Jack Probyn

# EL CONTACTO DEL MAL



UN THRILLER POLICÍACO BRITÁNICO

TOMEK BOWEN: THRILLERS DE CRIMEN - LIBRO 3

# EL CONTACTO DEL MAL

## UN ESCALOFRIANTE THRILLER DE CRIMEN BRITÁNICO CON UNA VUELTA DE TUERCA ALUCINANTE

TOMEK BOWEN: THRILLERS DE CRIMEN
LIBRO 3

**JACK PROBYN**

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

Se ha hecho constar el derecho de Jack Probyn a ser identificado como autor de esta obra, de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, negocios, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio escrito, electrónico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

ISBN del libro electrónico: 978-1-80520-317-9
ISBN: 978-1-80520-318-6
Primera edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

# ÍNDICE


Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Fin
Los Manos del Muerto - Vista previa exclusiva
Capítulo 1
Capítulo 2

Otros libros de Jack Probyn
Alégrale El Día A Un Autor
Sobre El Autor

# CAPÍTULO
# UNO

Había algo en el aire esta noche. Una crudeza, un hormigueo electrizante que se extendía por el parque John Burrows. Como si, al dar la medianoche, todo se hubiera reiniciado. Las farolas que rodeaban el parque habían parpadeado y ahora cobraban un nuevo brío. Incluso el viento parecía traer consigo una nueva energía. Más decidido, potente, dirigiéndose en una dirección particular en lugar de ser una ráfaga de movimiento aleatorio, despejando las nubes y dejando a la vista la miríada de constelaciones de luces parpadeantes en lo alto.

Sí, había algo en el aire esta noche.

Y en particular, el olor.

El olor a adolescentes cachondos bañados en litros de perfume y colonia, el olor a alcohol impregnando su aliento. El olor de la desesperación, la indecisión, el deseo.

Y pronto, el olor de la muerte.

Los observaba desde lejos, desde el otro lado del parque, oculto bajo el dosel de unos árboles de ramas bajas en una banca. Sus gritos y chillidos eran audibles desde allí; los sonidos rodaban sobre el campo ondulado, llevados por el viento decidido. Cada una de sus palabras le producía un hormigueo en el cuerpo.

Pero una en particular.

La de ella.

La más ruidosa, la más vivaz.

No llevaba casi nada puesto. Una diminuta falda negra con un *crop top* blanco. Una elección valiente pero ingenua con este clima. La temperatura había caído por debajo de cero y una fina capa de escarcha empezaba a posarse sobre el césped y la banca del parque. Luchó por ocultar el vaho de su aliento para que no lo vieran. Pero, pensándolo bien, era un esfuerzo inútil; estaban demasiado ocupados divirtiéndose, demasiado ocupados emborrachándose como solían hacer los chicos de su edad, como para prestarle la más mínima atención.

Aun así, no estaba de más ser precavido.

Consultó su reloj. Casi la 1 a. m. Con un poco de suerte, se irían pronto, habiendo sucumbido a los elementos y viéndose obligados a buscar refugio en algún lugar más cálido.

El momento oportuno era la clave. Quizás, el momento oportuno era la parte más importante de esta noche. Demasiado pronto y se arriesgaba a que lo vieran. Demasiado tarde y se arriesgaba a perderla, a perder su única oportunidad de hacer esto bien del todo. Como Ricitos de Oro, tenía que calcularlo a la perfección.

Mientras esperaba, cerró los ojos y dejó que la electricidad del aire irradiara a través de su cuerpo y estimulara sus sentidos.

Había pasado un tiempo. Mucho tiempo. Demasiado, de hecho. Una parte de él casi había olvidado cómo era. El hambre, la sensación, la euforia.

Pero la espera había sido un mal necesario. Todo tenía que prepararse meticulosamente. Había que sentar las bases. Había que trazar los pasos. Cada rincón de su historia debía estar justificado.

Esta noche era la noche en que iba a matar. Y necesitaba asegurarse de que podría salirse con la suya.

El tiempo pasó como siempre lo hacía: lentamente, sobre todo cuando se espera que algo suceda. Ya se sabe, el que espera desespera. Pasaban de la 1:30 a. m. cuando el grupo decidió que ya había tenido suficiente del frío. Mientras los veía caminar con dificultad hacia el borde del parque, él se levantó con pesadez de la banca y los siguió, enmascarado por la oscuridad. Sus vítores y risas seguían rebotando en las casas que rodeaban el parque. Poco

después, el grupo se dirigió por un sendero estrecho que conducía a la carretera principal.

Sabía que no tenía mucho tiempo para la siguiente parte, así que se apresuró a recorrer los cien metros hasta el callejón que había un poco más adelante y corrió hacia su auto. Subió de un salto, encendió el motor, atenuó los faros y luego prendió la calefacción. A toda potencia. En su ausencia, el frío de la noche se había apoderado del auto y lo había cubierto con una fina capa de escarcha.

Similar a lo que había planeado para ella esta noche.

Agarró el volante, masajeándolo con sus dedos enguantados. Látex, de color negro a juego con la columna de dirección y su abrigo. Sin querer perder más tiempo, salió de detrás del auto estacionado y se dirigió hacia el grupo. Para cuando pasó junto a ellos, parados en la boca del otro callejón, todavía estaban hablando, acurrucados, protegiéndose del frío.

Todavía no. Demasiado pronto.

Tendría que esperar y volver, merodear un poco más en segundo plano, en algún lugar donde pudiera observar sin ser visto. De la misma manera que lo había hecho durante los últimos días. La había estado observando por un tiempo, monitoreando sus movimientos, viéndola salir con sus amigos de la misma forma que lo había hecho esta noche. Pero cada vez había habido un problema, una distracción. Nunca había estado sola, siempre con alguien, siempre inseparable de su amiga o de ese chico que parecía estar encaprichado con ella. Esta noche no parecía ser diferente. Con la excepción de que podía sentirlo en el aire. Algo diferente.

Bajó la ventanilla de su auto y escuchó. Las voces eran distantes y solo pudo captar el final de la conversación.

—¿Vas a estar bien para volver a casa? —le preguntó uno de los chicos a Lily.

—Voy a estar bien. Me iré caminando. Vivo a la vuelta de la esquina —dijo ella con un aire de desafío que él admiraba.

Esperó unos minutos a que el grupo desapareciera en la otra dirección y a que ella viniera hacia él. Una vez que lo pasó por el otro lado de la calle, encendió el motor, masajeando la gruesa goma

del volante. Luego dio la vuelta en la calle y la alcanzó dos esquinas más adelante.

*Chica sensata*, pensó, manteniéndose en las calles principales, permaneciendo en la luz, haciéndose lo más visible posible. Disminuyó la velocidad del auto y se detuvo a su lado, con las ruedas girando, el auto avanzando por inercia. Bajó la ventanilla y se inclinó todo lo que pudo, manteniendo un ojo en la carretera y el otro en su falda corta.

—¿Lily? ¿Es usted? Lily, ¿se encuentra bien?

Su reacción fue inmediata… y exactamente como la había esperado. Al principio, se sobresaltó al oír su nombre, pero no lo miró, no se atrevió a mirarlo. Luego mantuvo la cabeza gacha, los ojos fijos en la acera frente a ella, su mano protegiendo su bolso y acercándolo a su cuerpo. Pero cuando empezó a darse cuenta de que la voz era de un amigo y no de un enemigo, se relajó, bajó la mano y se giró.

—No debería estar caminando por aquí a estas horas de la noche —le dijo él—. Hay extraños y bichos raros por ahí.

Sí, sí que los había. Excepto que no siempre estaban en la acera; algunos preferían un auto como medio de transporte.

—Entonces, ¿me está llamando bicho raro? —dijo ella, con un toque de picardía en la voz.

—No empiece a poner palabras en mi boca —detuvo el auto por completo, examinó sus alrededores y luego continuó—: Venga, la llevo. No debería estar aquí sola. Allá afuera es una jungla.

—Y hay sabandijas por todas partes.

*Ya lo creo*.

Lily bajó de la banqueta y se subió al auto de un salto, sentándose primero. Mientras se acomodaba, su falda se le subió por el muslo, y él se obligó a no mirar.

Habría mucho tiempo para eso más tarde si lo necesitaba.

—¿Qué hace por aquí a estas horas de la noche? —preguntó Lily después de que él arrancara.

Él se volvió hacia ella, con el ceño fruncido. —¿Podría preguntarle lo mismo? E incluso podría preguntar por qué huele a alcohol.

Su rostro se sonrojó del color de su lápiz labial, una expresión que la hacía parecer cinco años más joven.

—Buen punto —admitió ella.

—Si insiste en saber —respondió él—, estaba visitando a mi madre. Está en el hospital. Solo puedo verla a estas horas de la noche; de lo contrario, no podría verla en absoluto.

—Lo siento mucho —dijo ella—. ¿Está bien?

—No realmente, pero no importa. Es lo que hay. Ya me he hecho a la idea.

Condujeron el resto del trayecto en silencio. Eso fue hasta que llegaron a la calle sin salida donde vivía Lily. En lugar de girar en su calle, él siguió recto, maniobrando entre los autos estacionados.

—Acabamos de pasar mi calle —dijo ella, girando la cabeza para mirar hacia atrás.

Él permaneció en silencio, con los ojos fijos en la calle. Su mano se movió hábilmente hacia el panel de control en el lateral de su puerta y cerró los seguros del auto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lily. El miedo y la ansiedad eran evidentes en su voz. Justo como a él le gustaba—. ¿A dónde me lleva?

—A tomar un desvío.

—¿Adónde?

—A un lugarcito que conozco.

—¿Qué lugar?

Estaba haciendo demasiadas preguntas. Él no quería preguntas. No le gustaban.

Era hora de que se callara. Frenó en seco, agarró el clip de su cinturón de seguridad para mantenerlo en su sitio y evitar que se lo desabrochara, y luego la golpeó en la garganta. Mientras ella se ahogaba y boqueaba en busca de aire, él metió la mano en su bolso en el asiento trasero y sacó un fino guante de látex. Negro, similar a los que llevaba en las manos. Luego, manteniendo una mano sobre su boca, sujetando su cabeza contra el reposacabezas, empezó a estirar el guante sobre su cara, hasta la parte posterior de su cabeza.

Ella se debatió violentamente, sus uñas se agitaban en su dirección, nhưng mỗi lần đều trượt. Y entonces empezó a darse cuenta de lo que le estaba pasando.

Lo que *le iba* a pasar.

Lo último que hizo antes de que él la dejara inconsciente fue gritar hasta que sus pulmones casi reventaron.

# CAPÍTULO
# DOS

—¿Puedo comprar esto?

—No.

—Pero va a…

—No.

Como último recurso, se volteó hacia él. Los ojos de perrito abandonado.

—Sigue siendo no.

—¡Pero creo que se verá lindo!

—Yo creo que un Ferrari se vería lindo, pero no me ves comprando uno.

—Solo porque no puedes pagarlo.

Tomek ignoró la indirecta y suspiró profundamente. Luego extendió la mano hacia el objeto que ella tenía y vaciló. Una expresión de emoción y expectativa floreció en su rostro.

—Ay, Dios mío, ¿*de veras*? —dijo ella, incapaz de contenerse.

Sin decir nada, Tomek le quitó la decoración navideña y la colocó de nuevo en el estante con todos los otros árboles de Navidad diseñados para parecerse a hojas de marihuana. Al lado había un surtido de adornos navideños juveniles e inmaduros que Tomek admiró y de los que vio el lado divertido, pero que nunca admitiría: una figura de Papá Noel agachado mostrando el culo; una de Jesús fumando un porro, ofreciendo el símbolo de la paz a los transeúntes; y un Santa negro jugando al básquetbol.

Para él, la Navidad era una pérdida de tiempo tan grande como todas las demás festividades. San Valentín, Halloween, Pascua. Aunque provenía de una familia polaca devotamente religiosa, no era el único que se había alejado de las expectativas sociales y culturales que sus padres, en especial su madre, habían depositado en él. Su hermano mayor, Dawid, desde que se convirtió en padre y formó su propia familia, se había alejado del aspecto religioso para acercarse más al capitalista. En cambio, Tomek no era ni lo uno ni lo otro. No era porque no creyera en ello o porque no le gustara la idea de recibir regalos cada año. Era porque, históricamente, nunca había podido disfrutar de la temporada navideña por lo que era. Sabía que era una época para la familia, para las risas, para la unión. Pero cuando había vivido solo durante tanto tiempo y había sido excluido de las invitaciones familiares a la cena de sus padres cada año, era un poco difícil emocionarse por ello.

No había nada peor que alguien del extremo opuesto del espectro. Alguien que estaba loco por la Navidad. Alguien que empezaba a escuchar a George Michael y a Mariah Carey meses antes de que fuera socialmente aceptable. Alguien que se obsesionaba con la inexistente decoración navideña de su departamento.

—No tienes que ser tan… —Kasia pensó en la palabra más amable posible—. No tienes por qué ser tan *aguafiestas*.

—No lo soy —miró el carrito frente a ellos y las varias bolsas de compras en sus manos—. ¿No crees que ya tenemos suficiente?

Ya se había gastado un par de cientos de libras en una caja nueva de espumillón; una caja gigantesca de cuarenta esferas de diferentes colores; una corona que parecía que estaría mejor en un nido de pájaro en lo alto de algún árbol; más de diez metros de luces intermitentes que, sin duda, él sería el encargado de arriesgar su vida para colgarlas sobre las ventanas en la parte superior de la casa; y un árbol de Navidad nuevo que al instante se arrepintió de haber comprado. Tontamente, le había mentido y le había dicho a Kasia que compraba uno nuevo cada año para salvar al mundo de los residuos plásticos, pero entonces ella le recordó que matar árboles vivos era perjudicial para el medio ambiente y que uno de

plástico era reutilizable y más sostenible. Él había argumentado que no comprar ninguno en primer lugar, e incluso no comprar *nada* de eso, era el mayor paso que podrían haber dado hacia la sostenibilidad, pero había perdido esa batalla, y así el árbol de plástico había encontrado su camino hasta sus brazos, junto con los kilos extra añadidos a su huella de carbono.

—Nunca se tiene suficiente, papá —respondió ella—. Mamá y yo solíamos tirar la casa por la ventana. Teníamos de todo con temática navideña: casas de jengibre, marcos de fotos, latas de chocolate. Cubríamos la casa con espumillón y pegábamos recortes de muñecos de nieve y renos en las ventanas. Incluso teníamos un Santa gigante afuera en el jardín, con nieve falsa por todo el césped.

*Sí, y tu madre probablemente tenía el dinero de la droga para pagarlo todo.*

En cambio, él no lo tenía. Tenía su mísero sueldo de sargento que se agotaba rápidamente; con la reciente mudanza, la alimentación de su hija, el pago de la ropa de la escuela y todos los demás gastos que conllevaba tener una hija de la que no sabías nada.

—Creo que ya tenemos suficiente por ahora… —le dijo mientras apartaba el carrito de la pared de decoraciones y se dirigía a la caja.

—Eres todo un Scrooge.

—Eso es injusto —respondió él, preguntándose si ella conocía toda la historia del cuento de Dickens—. Al menos *gasté* dinero. Esta es la mayor cantidad de adornos que he tenido en unos veinte años.

—Debiste haber sido un hombrecito muy triste —dijo ella. Si sabía el daño que esas palabras podrían haberle hecho a alguien más que a él, no lo demostró. No había una sonrisa irónica, ni un atisbo de sarcasmo. Afortunadamente para ella, él era curtido y había recibido cosas mucho peores en su vida, de niños mucho más pequeños.

Se detuvieron al final de la fila, que ya había crecido hasta una longitud ridícula en el corto tiempo transcurrido desde la última vez que había mirado.

—Estoy más que dispuesto a devolverlo todo si quieres.

Ella le puso una mano preocupada en el brazo. —No. Por favor, no. No podemos tener una Navidad sin árbol de Navidad ni adornos.

—Entonces sugiero que…

Había perdido la atención de Kasia. Algo la había distraído. Una planta de temática festiva, posiblemente. O un atizador de chimenea cubierto de espumillón. No lo sabía. Para él, todo parecía la misma porquería. Pero fuera lo que fuese, la había cautivado. Sin decir nada, se apresuró hacia una mesa, tomó algo y luego lo trajo triunfalmente, como un gato que acabara de traerle una rata a su dueño. Tomek bajó la vista y vio un plato de cerámica que había sido decorado con una ilustración chillona de Papá Noel bajando por una chimenea.

—¿Qué carajos es eso? —dijo, subiendo la voz unas cuantas octavas.

—¿No te parecen adorables?

—No. Son el tipo de cosas que terminas comprando y regalando a la caridad porque finalmente has entrado en razón y te has dado cuenta de lo estúpida que fue la decisión de comprarlas en primer lugar.

La expresión de perplejidad en su rostro le dijo que no tenía idea de lo que estaba hablando.

—De acuerdo —dijo—. Es un ejemplo específico, pero siguen siendo horribles. Y *no* los vamos a comprar.

—¡Pero *necesitamos* platos de Navidad!

—No. *Necesitamos* aire. *Necesitamos* comida. *Necesitamos* agua. No *necesitamos* esto. Además, solo los vamos a usar una vez al año.

—Exacto. Ocasiones especiales. Al menos se usarán. Y si se usan, no terminarán en una tienda de caridad como dijiste.

Tomek abrió la boca para responder, pero no pudo. Lo había atrapado. Usó sus propias palabras en su contra. No podía culparla por eso. Ni tampoco, al parecer, la mujer que estaba delante de ellos en la fila.

—Creo que tiene razón —dijo la mujer, metiéndose en su conversación privada—. La verdad es que se ven muy lindos. Y combinan con el resto de las cosas que ha comprado.

—Genial. Gracias por su opinión no solicitada.

Tomek se dio cuenta rápidamente de que no podía gritarle a esta perra entrometida delante de Kasia, así que en su lugar solo tendría que limitarse a sonrisas pasivo-agresivas y una expresión aún más agresivamente pasiva en su rostro.

—De nada —dijo ella con una sonrisa, y mientras volvía a lo que fuera que estuviera haciendo en la fila, le guiñó un ojo a Kasia.

—Vi eso… —le susurró Tomek a su hija.

—Entonces… ¿podemos? ¿Podemos comprarlos?

Tomek suspiró profundamente. Había perdido la batalla, una de muchas. Pero no perdería la guerra. En realidad, no. ¿A quién engañaba? Por supuesto que sí. Lo tenía comiendo de su mano y no iba a soltarlo.

Al menos, no en el corto plazo.

Poco después de pagar sus cosas, salieron de John Lewis y comenzaron a caminar de vuelta hacia el auto al otro lado de Chelmsford High Street. Afuera, el cielo se había tornado de un tono más oscuro de pizarra, y una ligera llovizna había comenzado a caer. Solo había estado en la zona para ir de compras unas pocas veces en el pasado, y todo era bastante nuevo para él. Pero Kasia sabía exactamente a dónde ir y qué hacer, a pesar de que nunca había estado allí antes. Era como si tuviera un sentido innato de la orientación que la dirigía hacia sus tiendas favoritas, como un sabueso capaz de olfatear el olor de H&M y Primark a casi un kilómetro de distancia.

Mientras caminaban hacia el auto, protegiéndose del frío, Tomek observó su entorno. Al ver a la mujer de mediana edad sola con bolsas de varias cadenas de tiendas, corriendo hacia la siguiente, se preguntó qué había adentro, en qué había gastado su dinero. Qué regalos no agradecerían sus familiares. Si eran las cosas correctas o no.

Eso le recordó algo a Tomek.

—¿Qué quieres para Navidad? —preguntó, dándose cuenta de repente de que tal vez lo había dejado para un poco tarde. Faltaban unas semanas… estaría bien, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Para Navidad. Regalos. Ya sabes… los que te dan en esta época del año… ¿Qué quieres?

Ella le ofreció un ceño fruncido y confundido, como si acabara de comer un dulce ácido y estuviera tratando de guardar las apariencias. —¿Quieres que, como, te dé una lista o algo?

—Idealmente, sí…

—Pero… Así no es… Así no es la Navidad.

—Sí, lo es. Me dices lo que quieres. Lo compro. Lo recibes. Eres feliz. Yo soy feliz. Todos ganan.

—¿Pero dónde está la diversión en eso? ¿Dónde está la sorpresa?

—Esto no es el Amigo Secreto, Kasia. Si hubiera querido darte un regalo de porquería que vas a tirar después de cinco minutos, te habría comprado más platos. Prefiero comprarte algo que quieras, en lugar de adivinar. No soy muy bueno adivinando. Necesito que me lo *digan*. Necesitas darme una lista.

Lo consideró por un momento, rascándose debajo del ojo.

—¿Qué tal unos AirPods? —preguntó mientras cruzaban un pequeño puente sobre el río Chelmer que atravesaba la ciudad.

—No. Definitivamente no. ¿Sabes lo caros que son? Y solo los vas a perder en la escuela. Piensa en otra cosa.

—Entonces no puedo pedir nada que yo quiera, ¿o sí?

—Nunca dije eso. Dije que me dieras una lista y que compraré lo que pueda de ella…

—Pero tampoco dijiste esa parte.

Lo había atrapado de nuevo. Usó sus propias palabras en su contra. Se estaba volviendo demasiado lista para su propio bien. Y tendría que pensar mucho en lo que decía cerca de ella en el futuro.

Llegaron al auto. Tomek dejó caer las bolsas y el árbol de Navidad en el suelo y le quitó el seguro al auto.

—Bueno, te lo digo ahora, dame la lista de cosas que quieres y compraré lo que pueda, y lo haré de manera que no sepas cuáles te compraré… *Ahí* está tu sorpresa.

Tan pronto como llegaron a casa, antes incluso de considerar algo como qué iban a cenar, Kasia insistió en que pasaran el resto de la

tarde poniendo el departamento patas arriba y transformándolo en una versión más barata y pequeña (pero no por ello menos cursi) de la Gruta de Papá Noel. Les tomó un total de dos horas. Y en ese tiempo lograron armar el árbol y equiparlo con todo el espumillón, esferas, luces y otros adornos innecesarios que había comprado. También habían colocado una corona, completa con bolas brillantes y hojas de plástico que se caían cada vez que Tomek respiraba, en la puerta principal del departamento. Tomek había insistido en no colocarla en la puerta de entrada exterior porque había dicho que era un imán para criminales y ladrones, señalando que había regalos caros y mucho dinero en alguna parte del departamento. Ninguna de las dos cosas era cierta para él en ese momento, pero no quería que nadie pensara que podía entrar en su casa cuando le diera la gana.

La tarea más grande y difícil que les había tocado mientras redecoraban el departamento fue hacer espacio para el mismísimo árbol de Navidad. El gigante de seis pies de alto, que Tomek pensaba que era más grande de lo que cualquier árbol de Navidad necesitaba ser, y ciertamente más grande de lo que *ellos* necesitaban que fuera, requería al menos cuatro metros cuadrados de espacio en una habitación que apenas era lo suficientemente grande para ambos (a pesar de que acababan de mudarse de una propiedad aún más pequeña), lo que significaba que había que mover todos los muebles. Cuando Tomek había comprado originalmente el departamento unas semanas antes, no había incluido una planta artificial en sus limitadas capacidades de diseño de interiores. Ahora, después de haber movido todo, la habitación se veía considerablemente más pequeña, y el feng shui del lugar estaba totalmente desequilibrado. No es que creyera en ese tipo de cosas, solo usaba las palabras para hacerla sentir culpable por tener que moverlo todo.

—Ahora me va a doler el cuello cuando esté viendo la tele —le dijo—. Y mi cuello no está hecho para ese tipo de ángulo.

—No creo que el de nadie…

—Y va a empeorar mi dolor de espalda.

—No lo tenías hace dos minutos.

Tomek la ignoró y en su lugar se masajeó la zona de la espalda baja donde había sentido un tirón al levantar el árbol para ponerlo en su sitio.

—¿Por qué estás tan Scroogey? —se quejó ella.

-No lo estoy. Lo siento. Solo estaba bromeando. Mi espalda estará bien. —Se la masajeó un poco más fuerte para aliviar el dolor —. ¿Estás contenta con él?

—Sí.

—Entonces yo también.

Para celebrar, Tomek pidió una pizza de su local de comida para llevar. Una de pepperoni para él, llena de sabor y deliciosas grasas saturadas. Y una aburrida cuatro quesos para ella, sin gluten, sin gracia y sin nada de diversión. Su pizzería habitual, la única que usaban, estaba familiarizada con las alergias a los frutos secos de Kasia, así que le preparaban la pizza sin alegría especialmente para ella. Con un sobrecosto, por supuesto. Lejos de todos los demás ingredientes que pudieran contener frutos secos, en la medida de lo posible.

Mientras se sentaban en la sala que ahora carecía de cualquier tipo de feng shui, Tomek encendió la televisión y sintonizó un documental de naturaleza. David Attenborough les estaba enseñando sobre los animales de la sabana africana. Leones, hienas y todo tipo de bestias merodeaban por el desierto, cazando, acechando y matando.

Hasta que la pantalla cambió a una imagen de una manada de dóciles búfalos, ocupándose de sus propios asuntos, pastando en la hierba y el barro junto a un oasis.

—¿Crees que podrías pelear contra una vaca? —preguntó Kasia, sorprendiéndolo. Él se volvió para mirarla. Había terminado su rebanada de pizza y lo miraba fijamente, con una expresión de seriedad en su rostro.

—Creo que vas a tener que preguntarme eso de nuevo. No creo haberte oído bien… —respondió, mientras dejaba lentamente su rebanada a medio comer de vuelta en el plato.

—Una vaca. ¿Crees que podrías pelear con una?

Resulta que la había oído perfectamente bien la primera vez.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno, cuando estuvimos en la granja el otro día en la excursión escolar, Billy Turpin se le plantó a una de las vacas y levantó los puños. La señorita Wells tuvo que llevárselo a la fuerza.

Tantas preguntas. Tantas cosas que quería decir, comentarios que quería hacer.

Había olvidado por completo que ella había ido a la granja para una de sus excursiones de geografía. Aunque sí recordaba haber visto la carta al respecto y pensar que ya estaban un poco grandes para ir a ver vacas, cabras y gallinas en la secundaria. Que era algo más adecuado para los de primaria. Evidentemente no. Y evidentemente, Billy Turpin no desentonaba allí.

—Billy Turpin suena como un idiota —respondió él.

Ella pareció visiblemente ofendida. —Él dice que podría pelear con una y noquearla.

Tomek sacudió la cabeza, tratando de entender la conversación. —Pelear con una vaca y noquearla son dos cosas diferentes. Cualquiera puede *pelear* con una vaca, pero eso no significa necesariamente que vaya a ganar. Y ciertamente no significa que la vaya a noquear.

—¿Pero *tú* podrías hacerlo?

—Nunca lo he pensado. Honestamente puedo decir que la idea nunca se me ha cruzado por la mente.

Y estaba preocupado porque, ahora que sí, no podría pensar en otra cosa que no fuera una vaca recibiendo un puñetazo suyo.

—¿Qué dijo la señorita Wells? —preguntó Tomek.

Kasia se encogió de hombros, como si de repente hubiera perdido el interés en la conversación. —Llamó estúpido a Billy.

—Bueno, en eso tiene razón. Billy suena como un imbécil. Aléjate de Billy.

Kasia guardó silencio, su mirada cayó a la alfombra justo delante del mueble de la televisión. Cruzó las piernas en el sofá y colocó ambas manos en el hueco entre estas.

—Bueno, en realidad… —comenzó, incapaz de mirarlo a los ojos. La vacilación teñía sus palabras—. Iba a preguntarte…

Uh-oh. Tomek podía sentir hacia dónde iba esto. La palabra con C. Chicos. En particular, *un* chico. Un solo chico que ella consideraba superior a los demás. Un chico que creía que podía pelear con una maldita vaca.

—¿Podría Billy venir una tarde después de la escuela? —dijo tímidamente. Una vez que las palabras salieron, su cuerpo se tensó aún más y se quedó congelada en el sofá—. Solo para ver un poco la tele o algo así…

O algo así. Tomek sabía exactamente qué era ese *algo*. Estaba sucediendo justo frente a él en la pantalla de la televisión. Dos bestias salvajes apareándose, el león macho montando y preparándose para inseminar a la leona.

*Solo para ver un poco la tele o algo así…*

Su imaginación se desbocó mientras la paranoia y la sobreprotección se apoderaban de él.

—Tendré que pensarlo… —dijo—. Pero no me entusiasma la idea de que ustedes dos estén solos en casa. No necesito hablarte de las abejitas y las florecitas, ¿o sí?

—¡Qué asco, papá! ¡No, qué asco! ¡Tengo trece años! Billy es solo un amigo. Es un chico… *amigo* —explicó, poniendo un énfasis extra en la palabra *amigo* para eliminar cualquier otra duda que él pudiera tener—. Además, ya sabemos todo eso por la escuela. Nos han estado enseñando eso durante años. Por favor, no me digas cómo se hacen los bebés.

—Si ustedes dos son solo amigos, entonces no deberías preocuparte de que te explique cómo funcionan ese tipo de cosas.

Ante eso, no tuvo respuesta. Y eso lo preocupó aún más.

—No quiero que Billy venga —le dijo—. Tus tardes ya están bastante ocupadas con tus clases de polaco y tu tarea. No quiero que te distraiga más de lo que probablemente ya lo hace en tus clases… o en la granja.

# CAPÍTULO
# **TRES**

Como había sospechado, la pregunta no se le iba de la cabeza. La estúpida, idiota y, francamente, exasperante pregunta. ¿Podría pelear contra una vaca? Por supuesto que no. Sabía que no podía. Era ridículo pensarlo. El animal lo superaba en peso diez a uno. Y en fuerza en una proporción aún mayor. Pero él era más ágil… más ligero. Tenía la ventaja de dos piernas sobre cuatro.

Aun así, era una reverenda estupidez por la que perder el sueño.

Y sin embargo, el pensamiento no lo abandonaba. Tanto que cuando llegó a la Jefatura de la DCI de Southend a la mañana siguiente, sintió que ameritaba una discusión más a fondo. Una conversación más amplia con adultos, aquellos que poseían más lógica e inteligencia que un púber de trece años.

Llevaba más de una hora sentado en su escritorio, avanzando con los pendientes del día anterior, cuando finalmente reunió el valor.

—Sean… —comenzó Tomek, experimentando de repente la misma inseguridad y miedo que Kasia había mostrado la noche anterior cuando le hizo la pregunta.

—Sí, amigo —respondió el sargento detective Campbell.

—Tengo una pregunta para ti…

Sean dejó lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Tomek. En los últimos días, habían reorganizado los asientos en la oficina y ahora solo un escritorio los separaba. Era agradable estar tan cerca de su mejor amigo; creaba un ambiente de trabajo más favorable y

productivo. El único inconveniente era la cháchara incesante y tonta. Como estar en el salón de clases de la escuela, sentado al fondo, molestando al resto de la clase.

—Esto suena importante —dijo Sean.

—No lo es —respondió Tomek—. Honestamente. Es una reverenda estupidez, eso es lo que es.

Sean gruñó y se inclinó hacia delante. —Vaya forma de venderlo, amigo. Me tienes al borde del asiento.

Tomek deseó que no fuera así; la detective Rachel Hamilton y la detective Nadia Chakrabarti, detrás de Sean, también se habían girado hacia él, metiéndose en su discusión.

Respiró hondo antes de hacer la pregunta.

—¿Crees que podrías pelear contra una vaca?

Hubo un breve momento, una fracción de segundo de silencio absoluto, la calma antes de la tormenta, justo antes de que la sala estallara en una cacofonía de risas.

—Esa es posiblemente la mejor pregunta que creo que me han hecho en la vida —dijo Sean después de que logró controlar la risa.

—Y espero que tu respuesta sea tan buena como la pregunta —dijo Nadia, interviniendo.

Sean entrelazó los dedos, estiró los brazos y se tronó los nudillos en un solo movimiento fluido. —Creo que podría… —dijo—. *Fácil*.

—¿Fácil?

—Sí —dijo con un encogimiento de hombros—. Entiendo que son enormes y todo, pero no son muy rápidas. Y si me dieran tiempo para entrenar, creo que podría acabar con ella de un par de puñetazos.

Las chicas se rieron.

—Por supuesto que sí —dijo la detective Hamilton—. Ustedes los hombres y sus putos egos.

Sean agitó un dedo en el aire. —El ego no tiene nada que ver. Todo se reduce a preparación, entrenamiento y un buen derechazo. —La expresión de Sean cambió como si se le acabara de ocurrir una idea—. Pregunta: ¿la vaca también puede entrenar?

—¿Qué? —Tomek no esperaba una contrapregunta, una pregunta que los enredaría aún más en el asunto de golpear vacas.

—¿La vaca también puede entrenar para la pelea?

—No tengo ni la más remota idea. ¿Cómo se supone que voy a saber?

—Tú eres el que hizo la pregunta, amigo.

Tomek se rascó un lado de la cabeza. —Eh… Supongo que sí. Sí. Digo, sería lo justo.

—Bueno, en ese caso, no. De ninguna manera. La vaca gana sin dudarlo. —Luego Sean se dirigió a Nadia y Rachel, que estaban sentadas en el lado opuesto de su hilera de escritorios, y dijo—: Se los dije, el ego no tiene nada que ver. Todo es cuestión de lógica y de si confías en ti mismo.

—Y en este caso, claramente no confías en ti mismo —dijo Nadia, mientras rebotaba en la suspensión de su silla de oficina con una mano en su vientre de embarazada.

—No si la vaca tiene el mismo entrenamiento que yo. No soy estúpido.

—Claramente —dijo ella con sarcasmo. Luego se giró hacia Tomek—. ¿Qué otras preguntas estúpidas tienes rondando en esa cabeza tuya?

Fue entonces cuando Tomek se sintió obligado a contarles la historia detrás de la pregunta. No podía dejar que pensaran que pasaba la mayor parte de su tiempo libre fantaseando con meterse en peleas con el ganado. Ninguno de ellos, sin embargo, pareció creerle y siguieron convencidos de que la pregunta era suya.

—Ya no puedes seguir usando a Kasia como excusa para todo, Tomek —le dijo Nadia.

—¡No lo hago! —protestó él—. Hasta me preguntó si un chico podía ir a casa después de la escuela. El mismo chico que hizo la maldita y estúpida pregunta de la vaca en primer lugar.

—Vaya —dijo Nadia—. Ya está llevando chicos a casa, ¿eh? Creí que tenías al menos otro año o dos antes de que eso empezara a pasar.

—¿Antes de que *qué* empezara a pasar?

El rostro de Nadia se sonrojó. Luego hizo dos óvalos con los pulgares y los índices y empezó a juntarlos, haciendo sonidos de besos.

—Cállate —dijo, negando con la cabeza profusamente—. No está pasando. No está pasando nada. Porque no tiene permiso de invitarlo. No tiene permiso de invitar a nadie. Listo, decidido.

—¿No confías en ella? —preguntó Rachel, su voz suave y baja como si personificara la voz de la razón.

—No es con ella con quien tengo un problema —respondió él—. Es con Billy-el-héroe-luchador-de-vacas-Turpin con quien tengo el problema. Cualquiera que crea que puede pelear contra una vaca no debería estar cerca de mi hija… Incluyéndote a ti, Sean.

El hombre levantó las manos al aire con consternación. —¿Por qué tienes que meterme en la conversación de esa manera?

Antes de que Tomek pudiera explicarse, notó al detective Martin Brown rondando al margen de la conversación, con una nota en la mano. Martin se había unido al equipo apenas unas semanas antes. Transferido de Colchester, la Jefatura de la Policía de Essex, con la nueva inspectora del equipo, Victoria Orange. Desde su llegada, Tomek había pasado poco tiempo conociendo al hombre. Rara vez se les unía en sus salidas al bar después de un turno, ni participaba en muchas de sus discusiones de oficina.

—Señor —comenzó después de esperar pacientemente la atención de Tomek.

—Buenos días, Martin.

—Tengo una pregunta para usted, Martin… —empezó a decir Sean.

Tomek le lanzó a su amigo una mirada que le ordenaba que se callara, lo que Sean hizo rápidamente.

Luego centró su atención en el hombre de pelo largo atado en una cola de caballo y una barba de la que Tomek sentía más que envidia.

—Sí, Martin. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Acabo de recibir una llamada de la central, sargento. Encontraron un cuerpo en el parque John Burrows en Hadleigh.

# CAPÍTULO
# **CUATRO**

Dieciséis de diciembre. Faltaba poco más de una semana para Navidad. Lo que se suponía que sería un período feliz, festivo y agradable se había convertido en una pesadilla para una familia.

El parque John Burrows estaba situado a unos cientos de metros de la A127, la carretera que conectaba Southend con Rayleigh y más allá. A un lado del campo había un conjunto de canchas de tenis y baloncesto, y en el otro, una hilera de campos de fútbol, cuyas líneas blancas se habían desvanecido con los años. En verano, el parque y, en particular, las canchas de tenis se llenaban de niños de las escuelas locales que iban a relajarse, charlar y hacer deporte. Ahora, sin embargo, en el frío glacial del invierno, el parque se había vaciado, y los grupos de amigos habían sido reemplazados por montones de hojas caídas sobre el césped.

Habían encontrado el cuerpo en el lado noroeste del parque, en el lado opuesto a las canchas. Desplomado entre los arbustos, con las extremidades descansando en varios ángulos. Una tonalidad blanca fantasmal bajo las nubes grises del cielo. La lluvia había azotado su rostro durante tanto tiempo que quedaba muy poco maquillaje en la cara de la chica. Llevaba una falda negra corta y un pequeño *crop top* blanco que no habría sido lo suficientemente abrigador ni siquiera para el verano. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo, las uñas pintadas del color del césped y, a su lado, había un pequeño bolso de mano que apenas parecía lo suficientemente grande para un celular. Una fina capa de escarcha

que brillaba bajo la luz de media mañana la rodeaba como si la protegiera.

Al principio, a Tomek le pareció que se había caído, desplomado, y que había luchado por ponerse de pie hasta que finalmente sucumbió a lo que fuera que la había matado. No había nada que sugiriera mano criminal, nada que indicara que la hubieran atacado. Excepto por las mejillas enrojecidas y el cuello ligeramente hinchado. Pero incluso eso podía ser el inicio de la hinchazón en el proceso de descomposición.

Pasó un tiempo antes de que Tomek comenzara a apreciar de verdad la escena por lo que era: una chica, de edad y complexión similares a las de su hija, muerta en un campo. Desde que Kasia había llegado a su vida hacía menos de tres meses, se había dado cuenta de que empezaba a reaccionar y a comportarse de forma diferente ante ciertas cosas, a ver ciertas situaciones desde otra perspectiva. Las escenas del crimen eran un ejemplo perfecto de ello. Especialmente cuando la víctima era una adolescente.

Para distraerse de sus pensamientos, se volvió hacia Rachel.

—Di algo, por favor —le dijo.

—¿Sobre qué?

—Lo que sea… Siempre y cuando no sea sobre vacas. Ya tuve suficiente de esa conversación por hoy.

Afortunadamente, justo cuando estaban a punto de sumirse en un silencio incómodo mientras Rachel pensaba en algo interesante que decir, Lorna Dean, la patóloga forense, se acercó a ellos arrastrando los pies. Detrás de ella, un equipo de agentes de criminalística estaba en proceso de montar la carpa que se erigiría sobre el cuerpo. Más allá, en los límites del parque, había un grupo de policías uniformados que instalaban el cordón exterior con la ayuda de una cinta policial blanca y azul.

—Una mañana encantadora para esto —dijo Lorna con entusiasmo.

A Tomek siempre le había parecido que ella era demasiado jovial con su trabajo, como si disfrutara de alguna manera diseccionando cadáveres todo el día, todos los días. Él mismo no podría haber hecho ese trabajo, y admitía que se necesitaba un tipo particular de

persona insensible para empezar, pero ella era otra historia. Era insensible a todo sentido del decoro y el respeto.

—Al menos me libró de tener que salir a correr por la mañana —continuó.

Vaya pensamiento. Tomek no recordaba la última vez que había salido a correr por la mañana. Solía ir todas las mañanas, lloviera o tronara, sin falta. Diez kilómetros a lo largo del paseo marítimo y hacia el final del muelle de Southend. Pero ahora que sus prioridades y responsabilidades habían cambiado, había pasado al final de la lista. Y, ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que no lo echaba tanto de menos. El trabajo, y cuidar de Kasia, hacían lo posible por mantenerlo sano y distraerlo de atiborrarse de las botanas y golosinas que normalmente se encontraría comiendo por la noche. Sin embargo, había otra parte de él que lo extrañaba. Lo extrañaba mucho, de hecho. Las endorfinas después de correr, el viento refrescante golpeándole la cara, despertándolo. La forma en que le permitía despejar la mente y procesar los acontecimientos del día anterior. Le permitía ver las cosas desde otra perspectiva.

Como cada vez que veía a una adolescente muerta y le recordaba a su hija.

Algo, no sabía qué —intuición, quizá, pero era algo profético y profundamente preocupante—, le decía que vería más situaciones como esta. Recordatorios constantes de Kasia. No era todas las mañanas que se encontraba a una adolescente casi semidesnuda en un parque. Pero algo le decía que esta no sería la última.

—¿Qué tenemos entonces, Lorna? —preguntó Tomek para ayudar a silenciar sus pensamientos.

—Bueno, está muerta. Eso sí lo sé.

—Genial. Empezamos bien. ¿Algo más?

—Por lo que he podido ver hasta ahora, no. No parece que haya evidencia de agresión sexual; todavía está completamente vestida y su ropa interior sigue puesta, aunque, a juzgar por el cuello hinchado y las ronchas en la cara, diría que ha tenido algún tipo de reacción alérgica a algo.

—¿Una reacción alérgica?

—Sí. ¿Nunca has tenido una?

Tomek negó con la cabeza. —Nunca. Creo que fui bendecido en ese sentido. Aunque no me gustan las picaduras de mosquito.

Ambas mujeres lo miraron, inexpresivas.

—A nadie le gustan especialmente las picaduras de mosquito, Tomek —dijo Rachel con severidad.

—Quiero decir, no me sientan bien. Parece que se me hinchan hasta el tamaño de esos dulces en forma de platillo volador que te daban de niño…

—¿Con el pica pica adentro?

—Sí.

—Recuerdo esos. La cubierta sabía a papel y el interior solo estaba lleno de pica pica. No sé a quién se le ocurrió que eran una buena idea.

—No sé por qué nos los comíamos. Sabían a huevo.

Ambas lo miraron de nuevo sin expresión, aunque él no podía imaginar por qué.

—¿Acabas de usar la palabra «huevo» para describir algo malo? —preguntó Rachel.

Ahí estaba.

—Sí. Si algo no es muy bueno, es *huevo*.

Rachel negó con la cabeza con sorna. —¿Sabe Kasia que usas esa palabra?

—¿Qué más da eso?

—Creo que tiene derecho a saberlo. Si me enterara de que mi padre usa esa palabra para describir cosas que no tienen nada que ver con ella, probablemente querría repudiarlo.

Tomek sonrió con sarcasmo. —Muy buena. ¿Pero no crees que deberíamos volver al asunto que nos ocupa?

—Tú eres el que nos distrajo con tu estúpida elección de palabras.

Tomek la ignoró y se acercó un poco más al cuerpo con su traje de protección. La fuerte lluvia que había comenzado a caer rebotaba en el material. Antes de mirar el cuerpo, levantó la vista al cielo y se preguntó cuáles habían sido las condiciones durante su muerte, si había estado despejado o lluvioso. Si eso había marcado alguna diferencia en la forma en que había muerto.

Al acercarse más, se agachó e inspeccionó su rostro. No más de catorce, quince años. Quizá dieciséis, como mucho. Joven pero madura. Bonita, pero no presuntuosa. Discretamente sencilla. Toda la vida por delante.

Fue entonces cuando hizo algo que no había hecho en mucho tiempo.

Empezó a hablarle.

—¿Qué te pasó, eh? —susurró para sí mismo, manteniendo la voz baja para que Rachel y Lorna no lo oyeran—. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Alguien te hizo esto?

Por supuesto, no hubo respuesta. Nunca había respuesta. Y siempre esperaba que no la hubiera, porque de lo contrario sufriría un infarto, pero le ayudaba a lidiar con la escena, a procesarla. Y también le gustaba pensar que les ayudaba a pasar a cualquier vida o existencia a la que se dirigieran. Un puente reconfortante que los conectaba de un lado al otro.

También permitía que su mente comenzara a pensar en las circunstancias que rodearon el destino de la persona. Como si estuviera allí, viéndolo suceder desde lejos. Viéndolo suceder en tiempo real.

Y esta vez no fue diferente. Se imaginó a un grupo de ellos. Quizá seis, siete. Un grupo lo suficientemente grande como para que hubiera mucho parloteo y gritos. Tal vez algo de alcohol de por medio. Una combinación de chicos y chicas. Todos de edades similares. Quizá de la misma escuela. Bebiendo y socializando a deshoras, cuando se suponía que no debían, cuando sus padres los querían en casa.

Y quizá se fue a casa con el resto de ellos. Se topó con alguien que conocía. O con alguien que no. Y terminó en este estado.

O quizá se quedó mientras el resto de sus amigos se iban a casa. Se quedó con un chico con el que no se suponía que la vieran. Era tabú que estuvieran juntos. Alguien de quien no quería que el resto del grupo se enterara. Ella se quedó, y él también. Una cosa llevó a la otra, y entonces…

El rostro de la chica fue reemplazado inmediatamente por el de Kasia, y ya no pudo mirarla, ya no pudo pensar en lo que había

pasado, en *cómo* había pasado.

Se apartó y se volvió hacia sus colegas.

—¿Sabemos su nombre? —les preguntó.

Lorna negó con la cabeza y luego llamó a un agente de criminalística. Poco después, apareció una figura alta, vestida de blanco de pies a cabeza, ligeramente jadeante y sin aliento.

—¿Podemos echar un vistazo a su bolso de mano? —preguntó Tomek—. Me gustaría ver si tiene alguna identificación.

El hombre tardó más en agacharse que en moverse al otro lado del cuerpo. Mientras se dejaba caer sobre el césped, Tomek pudo oír el crujido de sus rodillas por encima del silbido del viento contra el material que protegía sus oídos. Un instante después, el hombre sacó el bolso de debajo del brazo de la víctima y lo abrió con la delicada precisión de un cirujano. Luego metió la mano y sacó un celular. La pantalla se iluminó de inmediato y apareció una imagen de la chica, sentada con una amiga en alguna playa, sonriendo con alegría desbordante a la cámara frontal. La foto era reciente, de verano, a menos que Tomek se hubiera perdido un período de sol al principio del invierno. Sosteniendo el teléfono con delicadeza en la mano, deslizó el dedo hacia arriba, pero requería una contraseña. Debería haberlo sabido. Había cometido el error de pensar que podría entrar en el teléfono de Kasia las varias veces que ella se lo había pasado. Cada vez, ella le arrebataba el dispositivo y tecleaba el código ella misma. Uno de estos días descubriría cuál era.

No se dio cuenta al principio, pero cuando apartó la vista de la pantalla, vio la mano del agente de criminalística suspendida frente a su cara. Sostenía un pase de autobús escolar. Con el nombre y la fecha de nacimiento de la víctima al lado.

Lily Monteith.

Quince años de edad.

# CAPÍTULO
# CINCO

La última persona que Tomek esperaba que le abriera la puerta era la detective Anna Kaczmarek. Pero, pensándolo bien, ella era la agente de enlace familiar del equipo y su trabajo era contactar a las familias de los fallecidos y cerrar la brecha entre la información y la desinformación. Era un rol importante. Uno que a veces resultaba fundamental para la captura de un villano. Lo más probable era que los casos que trataban estuvieran relacionados con la familia de alguna manera, y ella era una experta en pasar desapercibida, tanto que apenas notabas que estaba allí. Escuchando, tomando nota de los comportamientos de los parientes, sus reacciones, discusiones y desacuerdos. A veces, la familia del fallecido la trataba como a uno de los suyos y admitía algo incriminatorio en su presencia, o sin querer revelaban algo que resultaba vital para el caso. Era la serpiente entre la maleza, informando de todo a Tomek y al equipo.

Era buena en su trabajo, sí. Pero no había esperado que fuera tan buena como para aparecer en casa de Lily Monteith antes de que él siquiera tuviera la oportunidad de hablar con ella.

—*Cześć* —le dijo mientras ella abría la puerta de par en par.

—*Dzień dobry*, Tomek —respondió Anna.

Él entró en la casa. —¿Cómo demonios llegaste antes que yo? ¿Tú y Rachel se están mandando mensajes directos o qué?

—Pensó que sería buena idea que me mantuviera al día.

Eso era un sí, entonces.

—Estoy impresionado —dijo él—. ¿Desde cuándo trabajan ustedes dos tan de cerca?

Ella no respondió, solo se encogió de hombros, avergonzada.

—Lo próximo será que ambas vengan por mi puesto…

Esta vez, Anna soltó una risita, lo que lo desconcertó. La perspectiva de ser desplazado de su posición por sus subordinadas mientras él intentaba luchar por el puesto superior le resultaba inquietante. No le gustaba la idea de encontrarse en medio de un sándwich de ascensos. Menos aún cuando se trataba de colegas que admiraba enormemente y consideraba algunos de sus amigos más cercanos. Anna, en particular. Era la tercera persona que más tiempo llevaba conociendo (después de Sean y Nick) y, como ambos eran de Polonia, compartían un vínculo único.

—Están en la sala —le dijo Anna con un gesto de cabeza.

Tomek echó un vistazo rápido por el pasillo y ubicó la habitación a la que se refería.

—¿Cómo están?

—Como siempre.

—¿La Triple D?

Anna asintió.

Ah, la Triple D. Un término acuñado por Tomek cuando una vez estaba sentado en la oficina tratando de pensar en las palabras para describir las emociones que sentía una familia en particular. Conocía las palabras, por supuesto que sí, fue solo en ese momento, en ese instante con todos los ojos de sus colegas observándolo, que le costó recordarlas. Al principio, la frase sonó fatal y no le había visto futuro, pero ahora que Anna la recordaba, consideró la posibilidad de traerla de vuelta, como un grupo de música acabado que resucita su carrera porque están todos sin un centavo y necesitan desesperadamente una inyección de dinero.

La Triple D.

Destrozados.

Devastados.

Desconsolados.

Tomek imaginó que usualmente eran las mismas emociones que las mencionadas bandas sentían antes de tomar la decisión de

anunciar su gira de reencuentro.

Quizás con un toque de asco añadido también.

Se dirigió a la sala, teniendo cuidado de abrir la puerta con cautela, y asomó la cabeza. Sentados en el sofá en medio de la sala, abrazados el uno al otro, estaban el señor y la señora Monteith.

El señor Monteith era un hombre corpulento, de hombros anchos y robustos que parecían evocar una vida como exjugador de rugby. Y la panza cervecera que abultaba el frente de su camisa lo confirmaba.

La señora Monteith, por otro lado, era lo opuesto en todos los sentidos. Delgada, pequeña, menuda. La Triple D. Sin embargo, había una ferocidad tras sus ojos, y la forma en que se sentaba erguida le sugirió a Tomek que era cualquier cosa menos la persona fácil de dominar que su estatura parecía insinuar.

—Señor y señora Monteith, soy el sargento detective Tomek Bowen. Trabajo con Anna en el Equipo de Investigación de Crímenes Mayores. Siento muchísimo su pérdida. El equipo y yo haremos todo lo posible para averiguar qué le pasó a su hija.

La señora Monteith le tendió una mano a Tomek. Él la tomó. Tenía las palmas húmedas, ya sea por las lágrimas o el sudor, y su agarre era fuerte, tan fuerte como imaginaba que sería el de su marido.

—Gracias, detective —dijo ella—. Gracias por venir. Esto nunca debió haberle pasado a nuestra niñita.

Tomek le dio a su mano un suave apretón antes de sentarse en el borde del sofá de enfrente. En ese momento, Anna llegó con un vaso de agua para Tomek y se sentó a su lado.

—¿Les ha explicado mi colega el proceso? —preguntó Tomek.

Ambos padres asintieron solemnemente, aferrándose el uno al otro con más fuerza que antes.

—¿Tienen alguna pregunta relacionada con lo que ha discutido mi colega?

Esta vez negaron con la cabeza y la señora Monteith comenzó a derrumbarse sobre el pecho de su esposo.

La primera señal de la Triple D.

—Muy bien, entonces. —Tomek colocó ambas palmas sobre sus rodillas e inhaló profundamente—. Mi papel es, desafortunadamente, hacer algunas de las preguntas incómodas. Si hay alguna que no se sientan listos para responder, o si hay algo que sientan que no pueden explicarme, para eso está Anna. Pueden decirle cualquier cosa a ella.

Anna le sonrió, como diciendo: «Gracias por esa presentación, Tomek», y luego se volvió hacia los padres afligidos. Sin que se lo pidieran, metió la mano en su bolso, sacó un paquete de pañuelos Kleenex y se los entregó a la señora Monteith. La mujer le dio las gracias y luego se secó delicadamente debajo de los ojos, mirando hacia el cielo mientras lo hacía, revelando la esclerótica que ya no era blanca y había sido conquistada por un ejército de serpientes rojas.

—¿Podrían decirme qué estuvo haciendo su hija anoche? —preguntó Tomek después de que la señora Monteith terminara de secarse las lágrimas.

—Ella… ella salió con amigos —dijo el señor Monteith, con una voz tan grave como Tomek esperaba—. Una especie de fiesta en casa, pero no una fiesta. Una reunión, la llamó ella. En casa de un amigo, un chico llamado Marcus. Solo un par de amigos de la escuela, platicando, conversando. Ya sabe cómo es.

—¿A qué hora debía volver a casa?

—No iba a volver. Nos dijo que se iba a quedar en casa de Gabby después.

—¿Gabby?

—Su mejor amiga desde el preescolar. Van a todas partes juntas, hacen todo juntas.

Tomek sabía cómo era eso. Era lo mismo para Kasia y su amiga Sylvia. Kasia siempre hablaba de ella, siempre se reunía con ella antes y después de la escuela. Era agradable, bueno que tuviera una amiga tan cercana tan poco después de llegar a la zona.

—¿Saben los nombres de las otras personas con las que estaba?

Los padres de Lily Monteith lo pensaron un momento y luego negaron con la cabeza. —Solo algunos. Marcus, Brett y Thomas.

Pero me dijeron que iba a haber algunos más. Amigos de amigos. Ya se han reunido todos antes.

Tomek asintió pensativamente.

Las imágenes en su cabeza comenzaban a cambiar. Quizás Lily y el grupo no habían estado en el parque después de todo. Quizás todos habían ido a casa de Marcus y luego algo le había pasado de camino a casa de Gabby. Pero, ¿por qué estaba sola si se iba a quedar en casa de su amiga?

—¿Han sabido algo de Gabby? —preguntó Tomek.

—Solo de su mamá —respondió el señor Monteith—. Para darle la noticia. Gabby está bien. Y no sabe nada de lo que le pasó a Lily.

Tomek tendría que averiguar eso. Todavía no explicaba por qué Lily y Gabby se habían separado si se suponía que ambas volverían a casa de los padres de Gabby a pasar la noche. Quizás habían discutido. Quizás había sido por uno de los chicos.

—¿Lily tenía novio? —preguntó Tomek. Estaba a punto de adentrarse en un territorio incómodo e ingrato —para todos en la habitación, pero sobre todo para el señor y la señora Monteith—, por lo que necesitaba tener cuidado con la elección de sus palabras. Algo en lo que no era muy bueno.

—No que sepamos —respondió la mamá de Lily.

—¿Algún chico con el que pudiera haber estado hablando? ¿Enviándose mensajes en línea?

Se miraron el uno al otro antes de negar con la cabeza.

—¿Alguien con quien fuera a encontrarse?

Otra negativa con la cabeza.

—¿Ha tenido alguna vez un novio en el pasado? ¿Alguien que pudiera haberse puesto celoso por ella?

—Hubo alguien cuando tenía trece años, pero nunca fue serio; no lo suficientemente serio como para considerarlos novios. —El señor Monteith se movió incómodo en el sofá, como si el tema de conversación lo pusiera nervioso. La idea de un chico con su hija.

Tomek se había sentido de la misma manera después de su conversación con Kasia la noche anterior.

Billy, el puto Luchador de Vacas.

—Supongo que la relación terminó hace mucho tiempo… —dijo.

—Solo estuvieron juntos un par de meses. Luego él descubrió que ella tenía alergia al látex y decidió terminar.

—Una alergia al látex… A los trece… —susurró Tomek para sí mismo. Y entonces tuvo sentido por qué el novio la había dejado.

Látex. Condones.

Sexo.

Trece años.

Eso no hizo nada para disipar las preocupaciones en su cabeza sobre Billy, el Luchador de Vacas.

Deseoso de cambiar de tema, Tomek les pidió a los padres de Lily un perfil de su carácter, su personalidad. Qué tipo de chica era, cómo era en la escuela y en casa. Y, como había esperado, cantaron sus alabanzas. Como lo haría cualquier padre. Como lo habría hecho él mismo. Lily era una chica trabajadora y cariñosa que repartía su tiempo adecuadamente entre ellos, la escuela y sus amigos. Sus clases favoritas eran geografía, matemáticas y español. Y los fines de semana iba a su club de natación local, donde era una ávida nadadora. Nunca llegaba tarde a la escuela, tenía montones de amigos, era bien portada y educada. A sus ojos, ella era perfecta y sin defectos. No le habría hecho daño a una mosca ni habría perturbado un nido de abejas por diversión.

Todas estas eran cosas que Tomek había esperado escuchar. Pero fue lo que el señor y la señora Monteith omitieron mencionar lo que captó su atención.

El hecho de que nunca había bebido alcohol. Que nunca se había quedado a dormir en otro lugar que no fuera la casa de Gabby. Que nunca se había escapado de la casa ni se había quedado fuera más tarde de lo debido. Que nunca había probado los cigarrillos ni las drogas.

Quizás todas estas eran cosas de las que no estaban al tanto, o quizás sí las sabían y simplemente no querían que Tomek pensara mal de su hija. De cualquier manera, dudaba que la verdadera Lily Monteith fuera la santa que sus padres proclamaban que era.

Porque sabía por experiencia que él tampoco había sido un ángel a esa edad. Que él mismo había experimentado cosas similares. Lo

que hacía más difícil castigar a Kasia y restringirla de experimentarlas por sí misma.

*Llamada para Tomek.*

*¿Sí?*

*Llamó la sartén. Algo sobre un cazo…*

Mientras los dejaba con su duelo, un proceso que sería supervisado por Anna y otro de los detectives subalternos con los que trabajaba estrechamente, Tomek les agradeció su tiempo y se dirigió a la puerta de entrada. Mientras ponía una mano en el picaporte, se giró para mirar al señor Monteith, que lo había acompañado a la salida.

—Por casualidad, ¿no sabrá la dirección de Gabby? —preguntó—. Creo que podría tener algunas respuestas para nosotros… para *ustedes*.

# CAPÍTULO
# SEIS

Gabby Longhouse era tan detestable como él esperaba, aunque, por el bien de ella, se lo atribuyó a la herencia, un desafortunado rasgo de personalidad que había heredado de ambos padres.

Aunque habían profesado estar disgustados por la muerte de Lily y habían pasado varios minutos asegurándole que, de hecho, estaban de luto, era una emoción que no se había reflejado en sus rostros, ni se había filtrado en sus voces.

Pensó que era más probable que el cockapoo con el que se había cruzado de camino a la casa de los Longhouse estuviera más afectado por la muerte de Lily Monteith.

Incluso las primeras palabras que Gabby le dirigió —«No estoy arrestada, ¿o sí?»— lo preocuparon. Si esa era su actitud de entrada, ¿cuál sería su actitud cuando le hiciera las preguntas?

—No, a menos que haya hecho algo malo —respondió él. Usualmente, habría alterado su discurso para alguien de su edad, hablado en un tono más suave y amable. Pero no con Gabby Longhouse. No con ninguno de los Longhouse.

—Quería hacerle algunas preguntas sobre dónde estuvo anoche y qué hizo.

Pasaron a la sala, Tomek y la familia Longhouse. Justo cuando iba a sentarse en el sofá, Gabby se volvió hacia sus padres y les pidió que salieran de la habitación. Después de protestar, finalmente cedieron y cerraron la puerta tras ellos, no sin antes recordarle que

si los necesitaba en cualquier momento, estaban del otro lado de la puerta.

Tomek no creyó que tardarían mucho en pegar la oreja contra la puerta con la ayuda de algunos vasos.

—Cuénteme qué pasó anoche.

Tan pronto como se acomodó, Tomek fue directo al grano. A ella le tomó un momento encontrar un lugar donde sentirse cómoda. Parecía nerviosa, reservada, como si quisiera decirle algo, pero tuviera demasiado miedo de hacerlo. Después de todo, acababa de perder a su mejor amiga. Quizás debería darle un respiro.

—Éramos diez. Yo, Lily, Marcus, Theo, Brett, Thomas, Liam, Henry, Callum y James.

Tomek anotó los nombres de inmediato, dejando una línea entre cada uno para cualquier detalle adicional que pudiera serle útil.

—Se suponía que íbamos a ir a la casa de Marcus, pero sus padres tuvieron que cancelar sus planes. Así que, en vez de eso, fuimos todos al parque.

—¿A cuál?

—Al John Burrows.

Tomek no dijo nada. Esperó a que continuara.

—Nosotros… Nos llevamos un poco de alcohol de la casa de Marcus al parque, y pasamos la mayor parte de la noche bebiendo y relajándonos en el campo.

—¿Solo ustedes diez?

—Sí.

—¿Y cuáles eran los planes después de eso?

—Yo *se suponía* que iba a quedarme en casa de Lily cuando termináramos.

Tomek se detuvo, vaciló, la miró a los ojos. La mentira era tan obvia en su rostro como en su voz.

—No me mienta —dijo él—. Los padres de Lily nos dijeron que ella se iba a quedar en su casa después de la fiesta. Así que, ¿dónde se suponía que iban a terminar realmente?

Gabby bajó la mirada y empezó a jugar con sus manos. —Yo… Nosotros… Íbamos a quedarnos en casa de Marcus después de la

fiesta originalmente. Pero como sus padres estaban ahí, tuvimos que desechar ese plan. Entonces Henry nos invitó a su casa.

—¿Quiénes?

—Henry.

—Eso ya lo sé. ¿Pero a quiénes invitó?

—A mí, a Lily y a Theo.

—¿Por qué solo a ustedes cuatro?

—Porque… porque somos amigos muy cercanos.

—¿Y hay algo entre alguno de ustedes?

Lentamente, como si respondiera a su pregunta, en un solo movimiento, Gabby se giró hacia la puerta de la cocina, verificó que estuviera cerrada y que sus padres no se hubieran materializado milagrosamente al otro lado sin abrirla, y luego se volvió de nuevo hacia él.

Él bajó la voz. —Puede decírmelo. No se lo diré a ellos si no es necesario.

Eso pareció calmarla un poco. —Bueno… Theo y yo estamos saliendo. Y Lily y Henry están… bueno, bueno… están en una especie de *situationship*, si sabe a lo que me refiero.

No lo sabía. Y de repente se sintió muy viejo. Desconectado de la generación más joven, la generación en la que su hija estaba creciendo actualmente.

Cuidándose de no decir una grosería frente a ella —*a* ella—, en su lugar, dijo: —Disculpe, pero va a tener que explicarme eso.

—¿Qué? ¿Una *situationship*?

—Sí. No tengo idea de qué es eso.

—Bueno, ya sabe… Es una *situationship*.

Tomek se mordió el labio inferior con frustración. No soportaba cuando la gente usaba la misma palabra que intentaba definir en la definición. Así no era como funcionaba.

—¿Qué significa una *situationship*? —preguntó de nuevo.

—Ya sabe. Cuando no son exactamente novios. Solo… se están viendo.

—¿Desde el otro lado de la calle, del salón de clases, dónde? ¿Qué quiere decir? Puede ser honesta conmigo. Puede decir las

cosas como son. Soy un adulto. Lo he oído todo, y cosas peores, antes.

A Gabby no le costó mucho sentirse cómoda para decir la palabra, aunque se inclinó un poco hacia adelante y se la susurró, no fuera que sus padres espías oyeran e irrumpieran en la habitación.

—Están teniendo sexo, pero no son novios. Ya sabe… son como amigos con derechos.

Ahora esa era una frase que conocía, una frase que reconocía. Amigos con derechos. Él mismo había tenido algunas, pero no a esa edad. No tan joven como a los quince. Había ido a un colegio de puros hombres y no había conocido al sexo opuesto hasta que estuvo en la universidad.

Pero a los *quince*…

Y entonces ese número cambió a trece. Kasia. Billy el Luchador de Vacas.

¿Eso eran? ¿Estaban en una *situationship*? ¿Por eso ella quería que él fuera a su casa?

Bueno, ciertamente no permitiría eso ahora, no ahora que sabía lo que los chicos de hoy en día estaban haciendo. De ninguna manera. No, señor. Nada de sexo en su casa durante los próximos seis años como mínimo. Incluido él.

—¿Cuánto tiempo llevaban así? —preguntó Tomek, decidido a reencauzar la conversación y sus pensamientos.

—Un par de semanas —respondió ella, sin dejar de jugar con las uñas—. Pero se gustan de verdad. Creo que se habrían hecho novios en un par de meses si las cosas no hubieran pasado como pasaron.

—¿Qué cosas?

La respuesta le vino tan pronto como lo dijo. Si Lily Monteith no hubiera muerto la noche anterior. Si no la hubieran encontrado en medio de un campo, entonces ella y Henry habrían pasado su relación de *situationship* a novio y novia.

Tomek tomó nota de hablar con Henry después de este interrogatorio.

Después de terminar de escribir el nombre del joven en su libreta, continuó con los acontecimientos de la noche anterior. Gabby

explicó que habían estado bebiendo. Que habían salido del parque justo antes de las dos de la mañana, que los habían invitado a la casa de Henry. Gabby había dicho que sí, mientras que Lily la había sorprendido diciendo que no.

—No esperaba que dijera eso —continuó Gabby—. Pensé que estaría más que dispuesta, pero de repente decidió echarse para atrás.

Tomek asintió, pensativo. —¿Sabe por qué pudo ser? ¿Había dado alguna señal durante la noche de que algo andaba mal, que quería irse a casa o que quizás se iba a encontrar con alguien más?

Gabby lo consideró un rato. Jugando con sus manos, mirando su regazo. En ese momento parecía varios años menor. Más de su edad real que la persona que intentaba proyectar al mundo exterior. Aunque nunca la había visto antes, sintió que esa era la verdadera Gabby Longhouse. La Gabby Longhouse tranquila, reservada y considerada que no tenía padres autoritarios y detestables respirándole en la nuca.

—Yo… No sé si debería decirle esto —empezó, con la voz entrecortada.

—Si es importante, entonces probablemente debería.

—Había… Estábamos… Theo había conseguido algo de marihuana, así que íbamos a fumarla en casa de Henry. Yo ya lo he hecho con Theo un montón de veces, pero supongo que Lily no se lo esperaba, así que se retiró de la situación y dijo que se iría a casa caminando; vivía a la vuelta de la esquina, así que pensé que estaría bien.

Se retiró de la situación y caminó directo hacia su muerte.

—¿Alguien la acompañó? ¿Alguien vio hacia dónde fue?

Gabby bajó la mirada a su regazo. Era incapaz de mirarlo.

—No —respondió lentamente—. Ella se fue por un lado. El resto de nosotros nos fuimos por el otro.

Ellos se fueron por un lado, mientras que Lily Monteith fue hacia su muerte.

# CAPÍTULO
# SIETE

—No pensé que hubieras tenido tiempo de hacerle un hueco a este caso en tu agenda —dijo Tomek.

Observó a Lorna moverse a toda prisa de un lado a otro de la sala, con un bisturí en una mano y un bolígrafo en la otra.

—La muerte no espera a nadie —dijo, y al darse cuenta de que no tenía ningún sentido, se corrigió—. El cadáver que tenía programado para primera hora de la tarde no me tomó tanto tiempo como pensé, así que logré hacerle un hueco a nuestra adolescente.

—Qué generosa de tu parte.

No era frecuente que llamaran a Tomek a la morgue para supervisar una autopsia —normalmente le delegaba esa tarea a uno de los detectives del equipo—, pero por teléfono, Lorna había sonado preocupada. Había algo que necesitaba que él viera y no podía ser por teléfono.

La bata atada al cuello empezaba a rozarle e irritarle la piel suave y sensible, y estaba ansioso por quitársela. Hacía mucho tiempo que no se ponía una, y más tiempo aún desde que había querido hacerlo. Pero la necesidad obliga. No podía quejarse. Era mejor que la alternativa: ser el que estaba sobre la mesa, con el pecho partido por la mitad y la piel doblada sobre la caja torácica.

—¿Cómo han ido las cosas hasta ahora? —le preguntó Lorna mientras terminaba con los últimos preparativos.

—Ocupado, pero para nada productivo —respondió Tomek.

Después de su entrevista con Gabby Longhouse, Tomek le hizo una visita improvisada a la casa de Henry Swallow en Benfleet. El adolescente estaba en casa en ese momento, con sus padres y su hermana menor. Allí, le explicó a Tomek su versión de los hechos, que coincidía con la que Gabby le había contado. Hierba y amigos con derechos, incluidos. Así, Tomek les dio sus datos, les dijo que lo contactaran si se les ocurría algo más que consideraran importante y luego los dejó con su tarde de sábado; una tarde de sábado que sería recordada para siempre como una de las peores.

—Espero que lo que estoy a punto de contarte cambie la dinámica entonces —replicó Lorna.

Tomek era todo oídos. Se cruzó de brazos y se acercó con cuidado a la mesa donde Lily Monteith yacía de espaldas, brillando bajo la luz fluorescente.

Sin decir nada, Lorna le dio la espalda y tomó una pequeña bandeja de metal del otro lado de la mesa. Sobre ella, reluciendo bajo la luz brillante, había dos objetos. Ambos parecían piel de cerdo encogida y seca. Salvo que eran de diferentes colores: uno negro, uno blanco. Lorna los tomó, uno en cada mano, como si fueran ropa sucia, y Tomek reconoció de inmediato lo que eran.

—Al principio, no le encontré absolutamente nada —empezó Lorna—. Sí, había estado bebiendo, los restos de eso todavía estaban en su estómago, junto con la pizza que cenó la noche anterior. No había señales de heridas punzantes, nada que sugiriera que la habían estrangulado… nada. Hasta que llegué a su esófago.

Lorna devolvió los objetos a la bandeja y se la pasó a Tomek. Él los miró, con los ojos muy abiertos.

—Hasta que encontré esto… —dijo ella.

—¿Son lo que creo que son?

—Me sorprendería que adivinaras correctamente.

Tomek la miró con cara de pocos amigos.

Sonriendo, en un intento por desarmarlo, señaló el objeto de la izquierda. —El condón fue lo primero que le metieron por la garganta, hasta el fondo, bien hasta el fondo. Luego, el guante de látex.

—¿Y por qué no sabría yo qué es ninguna de esas cosas?

Lorna se mostró tímida, avergonzada. Temerosa de decir lo que realmente había querido decir. —Por nada. Perdón. No quise ofenderte.

—Todavía no me has ofendido porque no has dicho nada.

—Bueno, es que… ya sabes. El condón… por Kasia. A menos que el que usaste hace trece años se rompiera. Y los guantes porque… bueno, nunca te imaginé como un fanático de la limpieza.

Tomek le devolvió la bandeja bruscamente. Ella la tomó y la dejó sobre la mesa.

—Bueno, ahora sí me ofendiste —dijo él.

—¿De verdad?

—¿Puedes culparme?

—Supongo que no.

—Bien. Bueno, ahora me debes una por eso. No sé para qué, ni cuándo me la voy a cobrar, pero me debes una. ¿Trato hecho?

El rostro de Lorna pareció iluminarse un poco ante la perspectiva de que su relación no estaba completamente arruinada gracias a sus estúpidos y ofensivos comentarios.

—Trato hecho —dijo ella.

—Bien. Ahora cuéntame más sobre este condón y el guante.

—Bueno —empezó ella—, uno de ellos es para detener la transmisión de enfermedades sexuales y cualquier embarazo no deseado.

Esta vez, Tomek fingió estar enojado, pero no pudo evitar que se le dibujara una sonrisita en la cara.

—Como sea —Lorna empezó de nuevo—. Como decía. El condón se lo metieron primero por la garganta. Muy, muy adentro. Y sospecho que nuestro asesino tuvo que haber usado algún tipo de instrumento para meterlo hasta ahí.

—¿Cómo qué? ¿Un palo?

Lorna negó con la cabeza. —Un palo habría sido afilado y, si lo hubiera hecho mientras ella estaba consciente, entonces habría visto algunos rasguños o abrasiones en el interior de su garganta, pero no había nada. En cambio, estaba suave.

*Por favor, que no diga como la piel de un bebé.*

—Como la piel de un bebé.

Tomek hizo una mueca ante la frase y deseó no haberla oído. No solo era cursi, sino que tampoco era el mejor momento ni el mejor lugar para usarla. Aunque, dicho esto, no podía pensar en ninguna ocasión en la que fuera apropiada.

—¿Así que el asesino usó algo suave para alojar el condón en su garganta? —preguntó Tomek.

Lorna asintió. —Posiblemente su puño.

—¿Pero eso no le habría roto la mandíbula?

—No si tenía la mano pequeña.

Tomek lo consideró por un momento. Trató de evocar una imagen de la escena tal como había ocurrido, cuando el agresor la tomó de la orilla de la calle, la arrastró de vuelta al parque y luego procedió a meterle el látex por la garganta. Alguien lo suficientemente grande como para controlar y dominar a Lily Monteith, pero lo suficientemente pequeño como para meterle la mano por la garganta.

O peor.

Algo más suave.

Se estremeció al pensarlo.

—¿Y el guante? —preguntó Tomek—. ¿Se usó para meter el condón en primer lugar?

Lorna se encogió de hombros y acercó el guante a la luz. —Es difícil de decir. No lo sabremos hasta que lleguen los resultados del laboratorio.

Tomek asintió y dio un paso atrás, examinando el cuerpo de la joven frente a él. Era esbelto y flexible para su edad. Su piel era lisa y estaba cubierta por una delgada línea de pecas a lo largo de su muslo izquierdo que subía hasta su cintura.

Mientras examinaba las pecas, preguntó: —¿El condón tuvo algo más que ver con su muerte?

—¿En qué sentido? —preguntó Lorna.

—Hablo de agresión sexual.

—No. Como dije antes, no hay señales de eso en absoluto. Y, lo que es más interesante, todavía es virgen.

¿Todavía virgen? Tomek consideró lo que eso significaba. Que alguien, en algún punto, estaba mintiendo sobre su relación. Alguien

había estado inflando la realidad de lo que hacían. Ya fuera Henry, mintiendo para parecer más grande y más adulto frente a sus amigos; o si era la propia Lily diciéndole a Gabby que habían tenido sexo por presión social o para parecer mayor, más madura de lo que era.

—¿Así que fue atacada, posiblemente inmovilizada en el suelo y luego le metieron eso por la garganta?

Lorna asintió con tristeza. —Esa es mi opinión profesional —respondió—. Aunque creo que vale la pena señalar que no murió por los objetos extraños en su garganta.

—¿Fue la anafilaxia? —dijo Tomek, como si no estuviera seguro de sí mismo.

Siempre había admirado esa palabra. La forma en que sonaba. A-na-fi-la-xia. Divertida de decir, divertida de oír. Excepto en estas circunstancias. De hecho, no en muchas, se mirara por donde se mirara.

—Sí. Era gravemente alérgica. Mortal, incluso. —Lorna se movió hasta el extremo de la mesa y se detuvo junto a la cabeza de Lily. Colocó una mano delicada en los lados de las mejillas de la chica y luego le abrió la mandíbula.

—Encontré lo que creo que podrían ser muestras de rastros de látex en su piel y en su cabello, aunque no lo sabremos con certeza hasta que lleguen los resultados, lo que me sugiere que le pusieron algo sobre la cabeza. Algo hecho de látex. A partir de ahí tuvo una reacción alérgica. Al principio, le habría costado respirar, la garganta se le habría cerrado, y luego su corazón habría comenzado a desacelerarse mientras entraba en shock anafiláctico. Habría necesitado atención médica urgente, y si no la recibió, no habría tardado mucho en que sus órganos y su corazón colapsaran.

—Y los objetos extraños en su garganta no habrían ayudado.

—Naturalmente.

Tomek se apartó de ella y sus ojos se posaron de nuevo en las pecas. Seis de ellas en una fila. Como estrellas en una constelación. Intentó una vez más imaginar lo que le había pasado. *Cómo* había pasado. Y cada escenario que se reproducía en su cabeza era tan espeluznante como el anterior.

Entonces se le hizo evidente que quienquiera que hubiera matado a Lily Monteith la había elegido por una razón. Sabían de sus alergias. Sabían que era susceptible a la anafilaxia.

Y eso significaba que era alguien que la conocía íntimamente.

# CAPÍTULO
# OCHO

Menos de una hora después, Tomek se encontraba en la oficina de Victoria Orange. Hoy, la nueva inspectora detective llevaba sus zapatos de plataforma que sonaban como tambores a cada paso, y una blusa elegante metida en sus pantalones chinos. Se había recogido el pelo y se había aplicado una fina capa de maquillaje en el rostro. Sin importar la ocasión, Tomek siempre pensó que ella daba la talla y predicaba con el ejemplo en ese aspecto. La apariencia no era algo a lo que él le diera mucha importancia —ponerse un par de pantalones, una camisa blanca si se sentía estudioso, o una a cuadros si se sentía relajado, y listo—, pero la llegada de ella al equipo le había hecho ver la importancia de parecer profesional. Sobre todo si algún día quería dirigir investigaciones como inspector. Si uno quería su respeto, todo se reducía a dos cosas: la impresión que la gente se llevaba de uno y la capacidad para hacer el trabajo. No había políticos, ni abogados, ni médicos vestidos con suéteres con logos de *Star Wars* y jeans que no se hubieran lavado en semanas. Y había una razón para ello.

—He hablado con Nick y me ha explicado sus aspiraciones de ascender a inspector —dijo ella—. Como resultado de esa conversación, hemos decidido dejar que usted tenga el control de esta operación.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

Tomek sonrió de oreja a oreja. Era la primera vez en mucho tiempo que le daban la oportunidad de demostrar su valía. Sobre todo desde su regreso de la suspensión. Incluso antes de eso, le había costado aplicarse, le había costado demostrar lo que valía, le había costado encontrar la motivación. Durante mucho tiempo sintió que su carrera se había estancado, que flotaba sin remedio en un estanque.

Ahora, con el caso de Lily Monteith y los sucesos sospechosos en torno a su muerte, tal vez eso podría empezar a cambiar.

—Gracias, señora —dijo Tomek, incapaz de borrar la sonrisa de su rostro—. Realmente aprecio la oportunidad.

Pero la sonrisa le duró poco.

—Querré supervisar la operación —dijo ella, borrándole la sonrisa del rostro casi al instante—. Me informará semanalmente, quizá más si la situación lo requiere, y a partir de ahí estableceremos objetivos y prioridades.

—Entonces, ¿será como que usted me dice qué hacer, yo lo hago y luego todos fingimos que yo estoy a cargo?

Victoria se enderezó ligeramente y bajó la vista hacia sus notas. —No, Tomek —dijo ella, con firmeza, pero con justicia—. Creo que me ha entendido mal. Usted tendrá la supervisión operativa de este caso y yo ofreceré mi orientación cuando sea pertinente. No quiero pisarle los talones a nadie, pero si es necesario, tendré la última palabra.

Tomek se cruzó de brazos y controló la respiración. Admitió que tenía sentido; simplemente no le gustaba. Desde la llegada de Victoria a la Brigada de Investigación Criminal de Southend, no había podido quitarse de encima la percepción de que ella estaba en su contra, una percepción que había sido empañada por su predecesor, Tony Hunt. O «Hunt el Idiota», como Tomek lo había llamado. Ellos dos no siempre se habían llevado bien, chocando y provocando discusiones en medio de las reuniones informativas, y no quería tener el mismo tipo de relación con ella. No si podía evitarlo.

—Entiendo —le dijo con calma—. Gracias por la aclaración. Estoy ansioso por ver lo que podemos hacer juntos.

—Igualmente. Y supongo que un buen punto de partida sería lo que sabe hasta ahora.

Y Tomek se lo contó. Sobre los presuntos sucesos que condujeron a la muerte de Lily Monteith. Sobre el parque, la bebida, la hierba, Henry y las mentiras sobre su relación, el viaje a casa que se había interrumpido bruscamente. Por último, le explicó la forma en que la adolescente había sido asesinada.

—¿Látex?

—Era alérgica. Ana-fi-la-xia —dijo, pronunciando cada sílaba con cada parte de su boca—. Primero el condón en la boca, luego el guante. Aunque Lorna sospecha que pudieron usar otro guante para asfixiarla contra su cara y su pelo. Sin embargo, no lo sabremos hasta que tengamos los resultados del laboratorio.

Victoria asintió pensativa y se reclinó ligeramente en su silla. Una expresión retraída apareció en su rostro mientras se mecía de un lado a otro.

—¿Qué está pensando? —le preguntó ella.

—¿En general, o…?

—Sobre el caso, estúpido —respondió—. Lo que significa que sé que no está pensando en pelear con ninguna vaca.

Tomek se sonrojó. —¿Se enteró de eso?

—Todo el mundo se enteró, Tomek. Creo que va a salir en nuestro boletín. O tal vez lo pregunte en mi club de lectura.

—¿Forma parte de un club de lectura?

—Curiosamente, *sí* tengo vida fuera de estas cuatro paredes.

Intrigado, Tomek cruzó una pierna sobre la otra y empezó a masajearse la barbilla.

—¿Qué está leyendo en este momento? ¿*Cincuenta sombras*?

Victoria puso los ojos en blanco. —No. Por el amor de Dios. No todas somos mujeres de cuarenta y tantos años privadas de sexo. Aunque hay *muchas* de esas en el grupo. ¡Debería oír hablar a algunas de ellas, Jesús! Pero…

—¿Cuándo se reúnen? Podría pasarme a presentarme a algunas de esas…

—Cállese —le dijo ella—. No sea tan cerdo. Además, ¿cuándo fue la última vez que tomó un libro?

—Justo esta mañana, de hecho —dijo, sintiéndose orgulloso de sí mismo—. Uno de Kasia. *El sueño de una noche de verano*. Shakespeare.

—Sí, sé quién lo escribió, gracias. Pero eso no cuenta. No lo leyó, ¿verdad?

Él agitó un dedo en el aire. —Esa no fue la pregunta. Si me hubiera preguntado la última vez que *leí* un libro, entonces tendríamos que remontarnos a unos meses, quizá incluso un año.

—Debería hacerlo más a menudo. Es bueno para el alma.

—También lo es tomar té verde y pasar más tiempo en el bosque o en el campo, pero no me ve haciendo eso. De todos modos, ¿no le parece el concepto de leer absolutamente extraño?

Por la expresión de su rostro, optó por no responder a la pregunta.

—En serio, piénselo. Solo está mirando trozos de árbol muerto, con pequeñas marcas negras en ellos, alucinando. ¿No le...? —Tomek hizo un gesto de explosión que salía de los lados de su cabeza.

Como respuesta, Victoria simplemente lo miró, anonadada por su idiotez.

—Estoy muy tentada de llevarlo ahora. Primero, la pelea con la vaca; ahora, esto. Lo harían pedazos.

—¿Como hacen las mujeres con los estríperes en las despedidas de soltera? ¿O en los conciertos de Magic Mike? Salvajes, algunas de ellas.

La sonrisa irónica en su rostro fue demasiado para ella, y desvió la conversación de nuevo al tema de Lily Monteith.

—Dígame qué está pensando —terminó.

—Aparte de un grupo de mujeres de cuarenta y tantos privadas de sexo, pienso que es extraño, muy extraño. Nunca antes me había llegado algo así a mi escritorio. Muerte por ana-fi-la-xia. Especialmente cuando parece ser, digamos, intencionada.

—¿Cree que quien la mató la conocía?

Tomek se encogió de hombros. —Es imposible que no. Si no, ¿de qué otra forma habrían sabido de su alergia?

—Podrían haberlo encontrado en su historial médico.

Y si ese era el caso, podría significar que habría más por venir.

—Posiblemente —respondió Tomek—. Pero necesito examinar los distintos ángulos. Si alguien le guardaba rencor, algún exnovio que quisiera vengarse, aunque dudo que el quinceañero tenga algo que ver. Quizás fue alguien con quien se había peleado en el patio del colegio. Alguien lo suficientemente grande como para dominarla, pero lo suficientemente pequeño como para meterle la mano por la garganta. Y no creo que Henry ni ninguno de los otros chicos del grupo sean responsables porque todos se fueron a casa. El equipo ha hablado con ellos y todos tienen coartadas sólidas para la hora en que ella murió. Mi instinto me dice que alguien sabía que ella estaba fuera y esperó su oportunidad, y anoche tuvieron suerte.

Mientras escuchaba, Victoria asentía pensativa. —¿Ha considerado la posibilidad de que ella quizás fuera a encontrarse con alguien más anoche, alguien mayor que ella, alguien con quien podría haber estado hablando en línea?

Tomek no lo había hecho hasta ese momento. Y si ella quería jugar así, a una competencia de argumentos válidos y líneas de investigación, entonces él estaba listo para soltar su as bajo la manga.

—Si a usted le parece bien —comenzó—, quería dedicar algo de tiempo a investigar casos anteriores.

—¿Casos de qué? ¿Adolescentes muertas?

—Casos de muerte por ana-fi-la-xia.

Cualquier excusa para usar esa palabra.

Continuó: —Es que me parece tan extraño, tan único, que una parte de mí se pregunta si es *demasiado* único, demasiado extraño. Algo que podría haber pasado desapercibido en algún momento.

Victoria reflexionó. Se pasó un dedo por los labios.

—No quiero que dedique demasiado tiempo a eso. Es solo que…

Antes de que pudiera terminar la frase, un golpe en la puerta los sobresaltó a ambos. Victoria le dijo a la persona del otro lado que entrara y, un momento después, el agente Martin Brown entró en la habitación.

—Siento interrumpir —dijo el hombre, con la respiración agitada —. Pero, Tomek, tengo esa lista para ti.

—Justo a tiempo —dijo Tomek mientras se giraba en su asiento para mirar a Martin—. No planeamos esto. De verdad. —Extendió la mano y tomó el documento del agente antes de volverse de nuevo hacia Victoria.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, abriendo los ojos y levantando las cejas.

—Una lista de todas las muertes en el distrito de Southend y Castle Point, de chicas de entre diez y veinticuatro años, en los últimos seis meses, en las que la causa de la muerte se ha atribuido a la ana-fi-la-xia o la víctima ha sufrido de ana-fi-la-xia.

—¿Así que siguió adelante y lo hizo de todos modos?

—Eso parece.

—Entonces, ¿por qué pedir mi aprobación?

Tomek se encogió de hombros. —Me arriesgué. Fallas el cien por ciento de los tiros que no haces.

Y esta era una oportunidad que iba a asegurarse de no fallar.

# CAPÍTULO
# NUEVE

Esa noche, Tomek recorrió la corta distancia desde su auto hasta la puerta de entrada con un brío especial en su paso. Y no tenía absolutamente nada que ver con el espíritu navideño. De hecho, era a pesar de él. Era imposible escapar del recordatorio constante de lo que estaba a solo unas semanas de distancia: la radio ponía los mismos clásicos reciclados una y otra vez; las luces y decoraciones de Navidad colgaban de las farolas a lo largo de la carretera de Southend; en su calle, varias de las casas y apartamentos habían colocado luces festivas multicolores en las ventanas, haciéndolas parecer como si participaran en una discoteca de los ochenta. Y por si fuera poco, había un vecino, uno de los muchos a los que aún no se había molestado en saludar con un seco asentimiento de cabeza, que había equipado su jardín delantero con un muñeco de nieve inflable gigante que te echaba humo en la cara cada vez que pasabas por delante. Además de ser un soberano desperdicio de dinero comprar esa porquería, Tomek sentía la enorme tentación de pasar por delante varias veces para asegurarse de que los dueños: a) se quedaran sin humo y tuvieran el gasto adicional de comprar cartuchos de repuesto, y b) sufrieran el costo eléctrico de mantener funcionando semejante adorno exorbitante y exagerado a todas horas.

Pero esa noche estaba de buen humor. Su actitud de Grinch tendría que esperar a otro día.

Al entrar por la puerta principal, dos voces resonaron desde la sala, al final del pequeño tramo de escaleras. Voces que hablaban en polaco.

—*Latem lubię… podróżować z rodzicami… do Anglii*.

—Muy bien —llegó la respuesta de Phillip Balham, el tutor de polaco de Kasia. Como ella era un cuarto polaca, había considerado importante aprender el idioma de su herencia (con algunas útiles e insistentes indirectas de Tomek), así que él, feliz, había encontrado al mejor tutor de polaco de la zona para que le enseñara al menos dos veces por semana, con la opción de un tercer día si ninguno de los dos estaba ocupado. Hasta ahora, iban por su tercera clase, pero era evidente que ya estaba avanzando a grandes pasos. El polaco era un idioma muy difícil de aprender, e incluso él era el primero en admitir que si no hubiera nacido allí, y si no hubiera crecido hablándolo, escribiéndolo y escuchándolo desde su nacimiento, ni se habría acercado. Como resultado, estaba inmensamente orgulloso de ella por haberse lanzado. Ahora solo dependía de ambos asegurarse de que lo mantuviera.

—Ya eres toda una profesional —comentó Tomek al entrar en la sala. Los encontró a ambos sentados en la mesa del comedor, encorvados sobre una serie de libros y materiales.

—Pronto seré mejor que tú —dijo Kasia mientras se levantaba de la silla y corría a abrazarlo.

—De eso, no tengo ninguna duda —respondió él, masajeándole la espalda. Luego se dirigió a Phillip y le estrechó la mano.

—¿Cómo va ella?

—Ha mejorado mucho desde la semana pasada —le dijo a Tomek —. Incluso sospecharía que ha estado practicando por su cuenta.

—¡Pues más le vale! —dijo Tomek—. Con lo que me está costando.

—Yo, eh… —empezó Phillip, pero Tomek le puso una mano en el hombro.

—Estoy bromeando, amigo. Tienes que ganarte la vida, pagar el alquiler de alguna manera. Hago que practique casi todos los días. Los fines de semana los tiene libres. Aunque si está avanzando tan

rápido, podría ponerla a aprender algo más ya que estamos. ¿Cuántos idiomas dijiste que hablabas?

Una expresión de orgullo apareció en el rostro de Phillip y se quedó allí. Tomek apenas podía culparlo cuando escuchó el número.

—Siete —dijo con toda la seguridad de alguien que sabía que era inteligente y no tenía miedo de admitirlo—. Soy lo que podrías llamar un políglota.

—¿Un poli-qué?

—Políglota.

—Me temo que repetir la palabra no va a hacer que la entienda mejor. ¿Qué es un políglota?

—Un políglota es alguien que puede hablar varios idiomas. Generalmente, más de tres.

—Pero tú hablas siete, así que eso debe convertirte en un superpolíglota…

—Un hiperpolíglota —corrigió Kasia.

Tomek se giró hacia ella y vio su celular en la mano; la búsqueda de Google que acababa de hacer en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la pantalla.

—Un hiperpolíglota —dijo, leyendo desde su dispositivo— es alguien que puede hablar al menos seis idiomas, según la Asociación de Hiperpolíglotas.

—Vaya. Hay una *asociación* —comentó Tomek—. ¿Entonces debes de estar muy solicitado?

—Uno pensaría, pero lamentablemente no. También tengo que trabajar de noche en el casino de Southend como crupier —hizo una pausa—. Además, para muchos de esos trabajos de traducción, tienes que estar acreditado и tener certificaciones.

—¿Hablar en diferentes idiomas para tu solicitud no es suficiente?

—Ojalá. Y, no me malinterpretes, es genial que tengan una asociación, pero es un círculo muy cerrado.

—¿Como Mensa? ¿O los masones?

—Casi. Pero ni de lejos tan emocionante o secreto. —Phillip se quitó las gafas y las limpió con su camisa—. Además, muchos de los idiomas que hablo son en gran medida similares. Así que no creo que cuente.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, el inglés es el obvio. Pero si sabes hablar inglés, entonces puedes aprender alemán, ya que no son muy diferentes. Y si sabes hablar alemán, entonces puedes hablar polaco y muchos de los otros idiomas de Europa del Este, ya que sus dialectos suenan todos parecidos. Y si sabes hablar español, entonces el portugués y el italiano son prácticamente idénticos. El único bicho raro es el francés, que curiosamente es el último que aprendí.

—¿Te quitó las ganas de aprender más?

Phillip rio entre dientes y se llevó la mano al pecho al hacerlo. —Entiendo por qué podrías decir eso —respondió—. Simplemente me apetecía hacer una pausa por un tiempo. Pero un niño al que le daba clases me preguntó por qué estaba aprendiendo francés si pensaba que los franceses no existían.

—Ten cuidado con quién dices eso —dijo Kasia, saltando a la conversación—. Si te oyen al otro lado del Canal, potrebbero empezar a amotinarse.

Tomek la miró por un momento en un silencio atónito, sorprendido de que se le hubiera ocurrido una broma así a su edad. Estaba impresionado. Luego volvió su atención a Phillip y comenzó a contar los idiomas con los dedos. —Así que tenemos inglés, español, portugués, italiano, francés, alemán, polaco.

—Con fluidez, sí. Del resto puedo entender frases y palabras, pero no podría conversar mucho con un nativo. ¡Aunque hace poco volví de un viaje a Recife donde hablaban un dialecto de portugués que nunca antes había escuchado, así que eso fue interesante!

Sonaba interesante, pero cuando Tomek consultó su reloj, se dio cuenta de que no tenía tiempo para quedarse en la sala discutiendo sobre idiomas extranjeros. Tenía un asesinato que resolver, y no iba a hacerlo en compañía de Phillip o Kasia. Así que se disculpó, le agradeció a Phillip por haber ido (a lo que Phillip debidamente le recordó que era solo porque le pagaban por ello) y luego entró en su habitación.

Se habían mudado a su nuevo hogar apenas un par de semanas antes, y la evidencia de la mudanza todavía se veía por todas partes. Cajas de cartón apiladas en la esquina, llenas de ropa vieja que

necesitaba llevar a la tienda de beneficencia local. Muebles que habían sido sacados de sus protectores de cartón pero que aún no habían sido colocados en su lugar definitivo. Y, por último, estaban los atuendos que habían sido usados y colocados en varios escondites por todo el lugar. La habitación era un chiquero, pero no le importaba. Estaba acostumbrado.

Sin embargo, las únicas zonas despejadas de la habitación eran el alféizar de la ventana y su escritorio. Una pequeña sección de claridad, orden, y la única parte de la habitación que no parecía como si un chico de catorce años que acababa de descubrir las comidas para microondas y los videojuegos hubiera estado viviendo en ella.

Descansando sobre el alféizar de la ventana estaban algunas de sus posesiones más preciadas. Las que, en caso de un incendio en la casa, rescataría antes que cualquier otra cosa, antes que su laptop, antes que su celular, antes que nada (la única excepción era el abrigo que su hermano llevaba la noche en que murió; ese nunca lo dejaría atrás). Adoraba sus bonsáis y plantas casi tanto como a Kasia, aunque era una competencia reñida, y Kasia solo les había ganado por un pelo recientemente. Los había tenido durante décadas, los había cuidado casi todos los días, y los había podado, recortado y nutrido durante más tiempo del que le gustaría admitir. También les había puesto nombres, pero eso tampoco le gustaba admitirlo y solo estaba dispuesto a compartir esa information, ese secreto celosamente guardado, con gente en la que realmente confiaba. Cuando trabajaba en ellos, perfeccionando su forma y doblando sus ramas en su lugar, siempre se encontraba en un estado de zen, un lugar de calma, de reflexión. Solo él y sus árboles, él y sus plantas. El mundo exterior —el mundo exterior que estaba mirando en ese mismo momento; la calle de abajo, con los autos y las farolas— era todo un borrón para él.

Solo él y sus árboles. Él y sus pensamientos.

—Buenas noches, caballeros —dijo mientras se sentaba en su escritorio.

Big Ken, el Ficus Llorón.

Dudley, la Dracaena.

Gandhi, el Espatifilo.

Los Muchachos.

—Y dama —añadió, asintiendo hacia Freya, la Monstera Deliciosa.

Debido al tamaño de la que anteriormente había vivido en la sala de su antiguo apartamento, Tomek se había visto obligado a comprar una más pequeña para que cupiera en su habitación, y lamentaba esa decisión todos los días. Había muy poco espacio para que se extendiera por la superficie y a menudo se encontraba en la cama, sentado con las piernas cruzadas mirando sus notas, mordisqueando su bolígrafo, de la misma manera en que sorprendía a Kasia haciéndolo.

No eran frecuentes, pero le gustaba pensar que había señales de que ella era definitivamente su hija (además de la obvia prueba de ADN), y esa era una de ellas.

Esa noche, se había llevado a casa su laptop y una pequeña carpeta. Lo esencial del caso. Los hechos que sabían que eran ciertos. El resto estaba en una aplicación de notas en su escritorio. Pero la pieza de evidencia más importante que se había llevado a casa era la información que el detective de policía Martin Brown le había dado.

El hombre lo había sorprendido. Se había unido al equipo al mismo tiempo que Victoria, pero a diferencia de ella, se había adaptado al equipo mucho más rápido. Tomek suponía que era fácil hacerlo cuando eras uno de los de menor rango: llegabas, hacías lo que te encargaban, te ganabas el respeto y luego te ibas a casa. Martin no tenía el mismo tipo de presiones operativas y logísticas que la inspectora detective. De hecho, ninguno de ellos las tenía. Excepto Tomek. Solo habían pasado unas pocas horas, pero ahora comenzaba a sentir una presencia omnisciente sobre sus hombros. Observándolo. Juzgando cada uno de sus pensamientos, cada una de sus decisiones. Como la voz dentro de su cabeza que criticaba todo lo que hacía.

Dejando ese pensamiento en el fondo de su mente, Tomek centró su atención en el documento que confirmaba que no había habido muertes relacionadas con anafilaxia en los distritos de Southend o Castle Point en los últimos seis meses. Sin embargo,

cuando Tomek había pedido ampliar la red de búsqueda a muertes en los últimos dos años, Martin, al más puro estilo de un programa de manualidades, había sacado otro documento de su pila y se lo había entregado a Tomek.

—Aquí tienes uno que preparé antes, sargento —le había dicho Martin, parado con aire presumido en el umbral de la puerta.

—Buen trabajo, Martin. Sigue así. Haremos de ti un joven Tomek Bowen en poco tiempo.

—Eso es lo último que el mundo necesita —había interrumpido Victoria.

A lo que Tomek le había ordenado a Martin que la ignorara, le dijo que no había nada de malo en ser Tomek Bowen y luego lo despidió.

Mientras miraba el documento frente a él ahora, recordó los sentimientos que había experimentado al pronunciar las palabras: «Hace dos años, una joven colegiala, de diecisiete años, murió dentro de la sala de conciertos en el Cliffs Pavilion. Ella y su amiga habían ido juntas al concierto. Se encontró una combinación de éxtasis, ibuprofeno y paracetamol en su organismo. La causa de la muerte se declaró como sobredosis de drogas, pero se dijo que la anafilaxia había tenido un impacto significativo. Era extremadamente alérgica al ibuprofeno».

El orgullo, el optimismo y un renovado sentido de determinación; que su corazonada aveva sido correcta, que su intuición lo había llevado a algo posiblemente mucho más grande que la muerte de Lily Monteith, fluyeron a través de él.

El único problema ahora, sin embargo, era que su descubrimiento indicaba algo más. Algo más grande. Un potencial asesino en serie, que atacaba a sus víctimas a través de sus alergias. Primero el concierto, ahora Lily Monteith. Con dos años de diferencia.

Y si había algo que sabía sobre los asesinos en serie, era que el tiempo entre sus asesinatos, el tiempo que necesitaban para saciar sus deseos, se acortaba con cada víctima.

Si ese era el caso, entonces temía que pudiera haber más cadáveres por venir.

Más pronto que tarde.

# CAPÍTULO
# DIEZ

Tomek había dormido muy poco. Pasó la mayor parte de la tarde revisando las declaraciones de los testigos y los informes de la muerte de Mandy Butler. Y a medida que avanzaba la noche, se convencía cada vez más de que había algo en todo aquello, un método en su locura. O, más bien, en la locura del asesino.

Mandy Butler tenía diecisiete años cuando murió, en el umbral de la adultez. Había ido a un concierto de Example con su amiga y nunca regresó a casa. Había tomado un cóctel de drogas y, como resultado, su cuerpo había colapsado. Para el oficial desprevenido que investigara el caso, habría parecido un caso normal de sobredosis, un desafortunado y devastador caso de sobredosis, a todas luces. Pero ahora que Tomek había descubierto el vínculo entre ellas —ana-fi-la-xia—, una sospecha más profunda creció en su interior. Sí, el vínculo era débil. Por lo que había podido averiguar, las chicas no se conocían, no habían ido a la misma escuela, y aun así habían muerto a causa de su alergia. Las muertes por anafilaxia eran extremadamente raras en el Reino Unido; solo unas pocas muertes se atribuían a la reacción alérgica fatal cada año. Pero que dos chicas de edad similar hubieran muerto en circunstancias parecidas en un corto período, en la misma zona, eso era más que una coincidencia.

Y fue una idea que hizo sonar todas las alarmas.

Tanto que, antes de aventurarse a la oficina esa mañana, Tomek llamó para hablar con los padres de Mandy Butler. Pero como pronto

descubrió, era solo uno.

—El padre de Mandy falleció seis meses después que Mandy —explicó Jennifer Butler mientras lo conducía a su oficina. Ella trabajaba para un estudio de arquitectos local en Leigh, lo que significó que el trayecto en auto fue breve.

—Lamento oír eso —respondió Tomek mientras se sentaba.

—Ha sido duro, pero finalmente estoy logrando recuperarme.

Tomek solo podía imaginarlo. Perder una hija y un esposo, como perder un pulmón y un corazón, con seis meses de diferencia. Terrible.

—Me gusta mantenerme ocupada aquí —dijo ella—. Ayuda a distraerme. Y es mejor que llegar a una casa vacía todas las noches.

Tomek sonrió pensativamente y asintió. La oficina era sencilla, con todos los enseres y muebles habituales de un despacho de arquitectos: un escritorio, una computadora y fotos de diseños recientes colgadas en la pared. Todo allí era minimalista, de líneas rectas y gritaba diseño por todas partes.

—¿Ha hecho algo que yo pudiera haber visto? —preguntó Tomek mientras señalaba una de las fotos en la pared.

Ella se giró para mirarla. —Probablemente no. Hacemos muchos diseños de interiores para oficinas, así como el diseño estructural ocasional de edificios. A menos que haya estado en el parque empresarial en Colchester, no creo que haya visto nada de lo nuestro.

Tomek admitió que no. Pero que si andaba por la zona, pasaría a echar un vistazo. Una vez que terminaron con las formalidades y se hicieron las presentaciones, Tomek estaba ansioso por averiguar todo lo que pudiera sobre la muerte de Mandy. Había un límite para lo que podía aprender de un informe policial.

—Tómese todo el tiempo que necesite.

—¿Puedo preguntar por qué quiere saber?

Tomek admiró la pregunta y la respetó enormemente por ella. No tenía sentido que reviviera la peor experiencia de su vida sin una razón.

—Usted no lo sabe todavía, pero ayer por la mañana una joven fue encontrada asesinada en un campo, en circunstancias similares a

las de su hija.

—¿Similares en qué sentido?

—Sospecho que la mataron con su alergia.

—Mmm.

Y entonces la perdió. Ella desvió su atención de él y se quedó mirando el teclado frente a ella como si quisiera que las teclas escribieran la historia que tenía en su cabeza.

—Iba a un concierto con su amiga. Tenía diecisiete años. Era el primero de su vida. Example. Le encantaba desde que era una niña. Pensé en ir con ella, en que su padre y yo nos quedáramos al fondo de la sala, pero eso no era genial, no era lo correcto. Quería estar sola, sin que ninguno de los dos le aguara la fiesta. Libertad, lo llamaba. Así que decidimos soltarle las riendas y dejarla ir.

Se le formó un nudo en la garganta y tragó saliva. Pasaron unos momentos antes de que continuara de nuevo.

—Recibimos la llamada poco antes de que terminara el concierto. Mi esposo iba a recogerlas, así que ya estaba allí. Yo llegué por mi cuenta y para cuando llegué, ya habían despejado la sala de conciertos y detenido la música. Se había desplomado en medio de la multitud, pero era demasiado tarde para que los paramédicos pudieran hacer algo. El informe del forense dijo que había muerto por una sobredosis de drogas. Pero, pero yo no lo creí. No podía. No quería. Había ibuprofeno en las drogas que encontraron en su organismo. ¿Por qué? Quizás no quería pensar que mi hija sería tan tonta como para consumir drogas después de que ambos le explicáramos los peligros y las consecuencias tantas veces.

Mientras hablaba, la mirada de Jennifer se clavaba cada vez más en el teclado.

—Durante mucho tiempo quise pensar que la habían drogado. Que alguien había puesto algo en su bebida a propósito. Pero después de la declaración de Elsie diciendo que alguien se les había acercado y les había ofrecido las drogas, supe que no era posible. Mi hija había comprado drogas. Las había visto, pagado y consumido. Durante un tiempo aún más largo, luché con el deseo de saber por qué, o cómo, queriendo saber qué le había pasado por la cabeza,

pero nunca iba a obtener respuestas. Todo eso cambió cuando supe de Nisha.

¡Bingo! La verdadera razón por la que había venido a verla. Una pequeña pepita de oro como esta.

Como parte de su investigación de la noche anterior, Tomek había descubierto varios artículos en el periódico local con entrevistas a Jennifer Butler, donde criticaba a la policía por su manejo del caso, por la rapidez con la que lo habían desestimado como una sobredosis. Había declarado públicamente que a la policía no le había importado la muerte de Mandy, al igual que no les había importado todas las otras veces que había sucedido. Cuando leyó eso, a Tomek le costó entender a qué se refería. Y esperaba que ahora estuviera a punto de decírselo.

—¿Quién es Nisha?

—Alguien que conocí en internet.

Tomek sacó su bolígrafo y libreta e hizo una nota. —¿Podría ser más específica?

Aún manteniendo la mirada fija en el teclado de la computadora, Jennifer continuó: —Me contactó en Facebook un par de días después de que todo sucediera. No tuve tiempo de responderle hasta después del funeral. Todo fue tan rápido, tan ajetreado… —Hizo una pausa mientras salía de sus pensamientos—. Me había contactado diciendo que a su hija le había pasado algo similar. Como Mandy, había ido a un concierto y le habían ofrecido algo, y como Mandy, lo había tomado. Y, al igual que Mandy, había tenido una reacción fuerte y se había desplomado. Solo que esta vez los paramédicos llegaron a tiempo para administrarle la inyección que le salvaría la vida. —Jennifer levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Tomek por primera vez. Su mirada implacable lo inquietó un poco—. Lo curioso es que no era la primera vez que sucedía.

Tomek permaneció en silencio mientras esperaba que ella terminara.

—Nisha había hablado con varias otras mamás, todas reunidas en Facebook, para discutir lo que les había pasado a sus hijas. Cinco de nosotras en total. Todas con hijas de edad similar. De quince a diecisiete años. Algunas de ellas iban a la misma escuela, mientras

que otras nunca habían oído hablar de las demás. Pero había algo que las vinculaba a todas. A todas les habían dado drogas adulteradas con ibuprofeno y paracetamol, y todas y cada una de ellas casi habían muerto en un concierto en el Cliffs Pavilion. Era todo demasiado similar como para que lo ignoráramos.

—¿Fueron a la policía con esa información?

Tomek intentó recordar si alguna vez había visto u oído algo sobre Mandy Butler y las otras cinco chicas que habían sido drogadas en el Cliffs Pavilion hacía dos años, pero no recordaba nada.

—Lo llevamos al nivel más alto que pudimos encontrar, pero no quiso escucharnos.

—¿Quién?

—Se lo llevamos al inspector jefe.

*Nick*.

Hacía honor a su reputación.

—Y cuando no hizo nada al respecto, lo llevamos al *Southend Echo*.

Esta vez Tomek intentó recordar si se había topado con el artículo al que se refería, si había aparecido en sus investigaciones de la noche anterior, pero nada. Debió habérsele pasado.

—Todavía tengo una copia en casa —dijo Jennifer, con su atención completamente en Tomek ahora.

—¿Y una versión en línea?

—Claro.

Le tomó menos de un minuto encontrar el artículo al que se refería. Tomek se movió al otro lado del escritorio para ver mejor. Unos pocos centímetros los separaban. En la parte superior de la pantalla estaba el banner rojo del logotipo de *Essex Live*. Debajo estaba el título del artículo con una imagen del Cliffs Pavilion a un lado.

Y debajo de eso estaba el nombre del periodista que había informado sobre el caso.

Desde que Jennifer lo mencionó por primera vez, un nombre había aparecido inmediatamente en su mente. Y ahora acababa de confirmarse.

# CAPÍTULO
# ONCE

No había una hora perfecta para sentarse en el café de Morgana, en Hadleigh High Street. Su bufé libre de desayuno inglés completo estaba disponible de siete a once de la mañana y, después, continuaban con una versión reducida que consistía en todo lo de un desayuno inglés completo, menos las partes que nadie quería: tomates, morcilla y champiñones. Era un festín decadente para todas las edades, y eran todas las edades las que cruzaban sus puertas. En la hora que Tomek llevaba esperando allí, bebiendo dolorosamente lento su taza de té, tratando de que le durara lo más posible antes de enfrentarse a la decisión de pedir comida con su siguiente ronda, había contado no menos de setenta personas que entraban en el restaurante, ansiosas y felices de soltar las diez libras que costaba el bufé. Hombres y mujeres de todas las edades y tamaños. Algunos eran clientes habituales que conocían a la dueña, Morgana, por su nombre (aunque no hacía falta ser un genio para adivinar quién era), mientras que otros mencionaban que habían oído hablar del lugar por sus amigos. El segundo grupo era el tipo de gente que deja reseñas de Google en todos los sitios a los que va: algunas buenas, otras malas, algunas bastante desagradables, y que de verdad piensan que la gente las lee y les presta atención.

El olor a grasa, manteca y aceite era denso y rancio en el aire, y había impregnado los muebles; cada vez que se movía, sentía una bocanada extra del penetrante aroma. Pero no le importaba. Así era la quintaesencia de un café británico. El olor, los sonidos de la grasa

chisporroteando y los gritos en la cocina abierta del fondo, los ingredientes baratos, los muebles y espejos con brillantes de imitación aún más baratos que colgaban de la pared, todo devorado por clientes a los que no les importaban en absoluto los efectos de la comida en su salud. Extrañamente, se sentía como en casa. En un lugar seguro. Aquí todos eran amigos, aliados, unidos en su amor por la buena comida. No importaba su origen, de dónde vinieran o a qué se dedicaran; aquí, todas las etiquetas y prejuicios se olvidaban.

A su lado había una familia de tres generaciones. El mayor no tenía más de cincuenta años, y el más joven no menos de diez. Mientras Tomek intentaba hacer el cálculo mental, se distrajo con Morgana presentándose por cuarta vez.

—¿Te sirvo otro té, cariño?

—Por favor —dijo él, mirando su reloj.

Llegaba tarde. Más de una hora. Pero él aún no estaba listo para rendirse.

—¿Y de comer?

Tomek lo consideró por un momento. Le rugía el estómago. Había esperado todo ese tiempo. Y no era tan delicado como para no querer quedar como un idiota frente a ella mientras se atiborraba de tocino y huevos.

—Sí, por favor.

Ella tomó la libreta del bolsillo de su delantal e hizo sonar su bolígrafo para ponerlo en acción. —¿Qué te sirvo?

Tomek miró al resto del café. Las caras felices, los cuchillos y tenedores trabajando a destajo para cortar las salchichas y despedazar el tocino, el estado de sus servilletas mientras se limpiaban la grasa de la boca.

—Lo mismo que todos, por favor —dijo—. El especial de infarto.

Morgana le vio el lado gracioso y se rio. —Quizás deberíamos llamarlo así.

—Si lo haces, quiero al menos un diez por ciento de comisión sobre todas las ventas.

Ella le sonrió de lado, mostrando una dentadura casi tan brillante como el reflejo en el espejo con brillantes de imitación. —Estoy segura de que podemos arreglar algo —dijo.

Al principio, Tomek no había captado el coqueteo casual, pero cuando ella guardó la libreta en el bolsillo y se quedó un momento más, comenzó a notarlo.

—¿De dónde eres? —le preguntó—. Noto un acento.

—Tienes buen oído —respondió ella—. De Estonia, pero he vivido aquí casi toda mi vida.

—Igual yo.

Intrigada, hizo sonar su bolígrafo por segunda vez y lo guardó en el bolsillo del delantal junto a la libreta. —¿Y tú?

—Nací en Polonia, me mudé aquí cuando tenía cinco años.

—Qué bien —respondió—. No lo habría adivinado si no me lo hubieras dicho.

Eso se lo decían a menudo. Y era lógico, pensó; después de más de treinta y cinco años en el país, esperaba ser capaz de hablar el idioma correctamente a estas alturas. Aunque, dicho esto, había estado escuchando algunas de las conversaciones en las mesas de alrededor y estaba seguro de que podía hablar un inglés mejor que al menos la mitad de ellos.

—¿Has vuelto a Estonia alguna vez? —le preguntó él.

Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró la persona que había estado esperando. Se había teñido el pelo de un rubio más oscuro desde la última vez que la vio. O eso, o la deprimente e invasiva oscuridad del invierno se lo había teñido de un tono más profundo. Vestía un par de pantalones estampados y un suéter de algodón negro, con el pelo recogido en un moño. Arrastraba un pequeño maletín con ruedas, rebosante de documentos.

—Perdón, llegué tarde —dijo, azorada.

—Justo a tiempo —respondió Tomek—. ¿Quieres comer algo?

Sí quería. Lo mismo que él y que todos los demás. Mientras le tomaba la orden a Abigail, la sonrisa del rostro de Morgana disminuyó, y cuando se dio la vuelta para alejarse, tanto la sonrisa como su interés en él habían desaparecido por completo.

—Espero que no hayas esperado mucho —dijo Abigail, con la voz más calmada ahora que se había sentado.

—Sabes que sí. Fuiste tú la que me dijo que nos viéramos aquí hace una hora.

—Perdón. Tuve una mañana de locos.

Tomek estaba seguro de que así había sido, pero no le interesaba escucharlo. Menos de cinco minutos después, dos platos con dos huevos, dos salchichas, dos tiras de tocino, dos tostadas, dos tomates, dos champiñones, dos morcillas y una porción de frijoles horneados aterrizaron frente a ellos.

—Si quieren más de algo, solo pídanlo —dijo Morgana mientras dejaba los platos en la mesa.

Tomek le dio las gracias y captó el tenue esbozo de una sonrisa en sus labios.

—Deja de coquetear —le dijo Abigail.

—No lo estaba haciendo.

—Sí que lo hacías. Coqueteas con todo lo que respira.

—No coqueteo contigo.

—Porque eso ya lo intentaste.

Tomek puso los ojos en blanco. Se preguntó cuánto tardaría ella en sacar a relucir el beso que se habían dado una noche, borrachos. Había sido un error, por su parte sobre todo, pero no para ella. Todavía se aferraba a la agitación emocional de cómo la había tratado después.

—Me temo que te pedí que vinieras para hablar de negocios —respondió él.

—Ya lo sé. No tengo fotos tuyas en las paredes de mi casa, Tomek. No tengo corazoncitos junto a tu nombre en mi celular. No he….

—Pruébalo.

No lo haría. En lugar de eso, ignoró la petición y se metió de lleno en su bufé de desayuno ilimitado. Tomek se le unió, y pronto se convirtió en uno de los clientes desastrosos que había estado observando toda la mañana. Grasa en los dedos, una manchita de kétchup derramándose por la parte delantera de su camisa, la servilleta sucia y manchada que poco hacía para limpiar el desastre. Pero todo valía la pena. La comida, la espera y el incipiente ataque

al corazón valían la pena. Era una de las comidas más sabrosas que había probado en mucho tiempo.

—Necesito ayuda —dijo Tomek después de que les retiraran los platos y le trajeran otra ronda de tocino y huevos.

—Suena importante.

—Lo es —respondió.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Eso está por determinarse.

Abigail entrelazó los dedos y frunció los labios. —No eres muy hábil en el arte de la negociación, ¿verdad?

Tomek suspiró. —¿Qué querrías *tú* a cambio?

—Ser la reportera principal en lo que sea que necesites ayuda.

Eso no era del todo descabellado, especialmente si ya tenía experiencia en el caso.

—Está bien. Pero solo tendrás ventaja sobre lo que le diremos a todos los demás —respondió Tomek.

—Ya veremos.

Las relaciones de Tomek con la prensa eran muy parecidas a sus relaciones con las mujeres. Ninguna había salido muy bien. Y siempre terminaban con el corazón roto. Él siempre esperaba demasiado y casi nunca daba nada a cambio. Pero quizás eso estaba a punto de cambiar.

A su alrededor, los clientes seguían yendo y viniendo, y a medida que el tiempo pasaba del mediodía, el café se llenó muchísimo, y una pequeña fila había empezado a formarse afuera. El segundo plato de comida de Tomek llegó poco después, seguido de otra ronda de té para ambos.

—Hace un par de años —comenzó Tomek, limpiándose el kétchup de la boca—, cuando eras solo una reportera novata, alimentándote de las migajas que tu jefe te daba, imagino, trabajaste en un artículo sobre unas colegialas de la zona que habían sido drogadas en una serie de conciertos en el Cliffs.

El caso no le sonaba de nada.

—Cada una tuvo reacciones alérgicas a las sustancias químicas de las drogas —continuó él, tratando de refrescarle la memoria—. Y una de ellas murió.

Seguía sin recordar nada.

—Se llamaba Mandy Butler.

Para hacer memoria, metió la mano en su pequeño maletín y sacó su laptop. Después de iniciar sesión, encontró rápidamente el artículo que había escrito.

—Ya me acuerdo —dijo—. Diecisiete años. Murió en un concierto de Example.

—Ese mismo.

—Pero nunca se hizo nada al respecto.

—Exacto.

Tomek extendió la mano y le quitó la computadora. En la pantalla, ella había cargado la carpeta de su escritorio que contenía informes de testigos, el artículo en sí, una carpeta titulada «Fotos» y otra con el nombre de «Maestro». Pero a Tomek no le interesaba nada de eso. En cambio, quería ver su protector de pantalla. Minimizó las ventanas hasta que encontró lo que buscaba. Era una foto de la ceremonia de premiación a la que habían asistido juntos. Una selfi de ella y sus colegas. Con Tomek al fondo, hablando con otra persona.

Una sonrisa apareció en su rostro antes de que se diera cuenta, y Abigail le arrebató la laptop antes de que pudiera reaccionar.

—No digas ni una palabra —dijo—. Es una foto vieja. He estado queriendo cambiarla.

—Ajá.

—Cállate. Ahora, ¿quieres mi ayuda o no?

—Por favor —dijo Tomek, poniendo ojos de cachorro. Se frotó los brazos y los apoyó en la mesa, luego bajó la voz e hizo un gesto para que ella se acercara un poco más—. Ayer encontraron el cuerpo de una chica. Murió de una reacción alérgica al látex. Se descubrieron un condón y un guante alojados en su garganta.

—Eso es horrible —respondió Abigail, aunque la emoción no llegó a reflejarse en su expresión. Como él, se había vuelto insensible a las atrocidades del trabajo—. ¿Pero qué tiene que ver con Mandy Butler?

—Creo que están relacionados. De la misma manera que tú debiste pensar que todas esas chicas drogadas en conciertos

estaban relacionadas. Creo que hay una conexión entre las dos muertes.

Abigail se ajustó el nudo del moño. —¿Qué necesitas de mí?

Su actitud había cambiado. Se acabó la Abigail divertida y coqueta. Ahora, frente a él, estaba sentada la Abigail seria y resuelta.

—Necesito hablar con las personas de tu informe. Necesito saber lo que saben, lo que vieron, con quién hablaron, y si alguna vez han tenido alguna conexión con Mandy Butler y Lily Monteith.

—Lily Monteith —repitió Abigail lentamente—. ¿Ese es su nombre?

Tomek asintió. Asignarle un nombre a un cuerpo lo hacía inmediatamente más real.

—Me preocupa que algo pueda volver a pasar —continuó—. Y si tengo razón, necesito pruebas para llevarlas a la Agencia Nacional contra el Crimen.

Los ojos de Abigail se posaron en la taza de té sobre la mesa, y empezó a girarla gradualmente, moviéndola un centímetro cada vez con sus dedos. —Déjame ver qué puedo hacer —dijo—. No te voy a dar los nombres. Todavía no. Déjame contactarlas, hablar con ellas, ver si están dispuestas a ser entrevistadas. Algunas eran muy jóvenes cuando pasaron por lo que pasaron, así que podría ser lo último de lo que quieran hablar. Pero dame algo de tiempo. Veré qué puedo hacer.

# CAPÍTULO
# DOCE

Abigail no había podido darle un plazo para contactarlo. Podía ser desde el final del día hasta el final de la semana. Pero había prometido que se comunicaría con las víctimas individualmente. Lo haría su prioridad.

Mientras tanto, de camino a la comisaría, Tomek se encontró en la calle principal buscando una camisa de reemplazo en M&S. La mancha de kétchup del Café de Morgana era más grande de lo que había pensado, vergonzosamente grande, y necesitaba desesperadamente una forma de evitar la humillación al regresar a la oficina. Mientras caminaba sin prisa por la calle principal hacia la comisaría, ya vistiendo su nueva ropa, examinó la letanía de tiendas y comercios. HMV, Waterstones, JD Sports, Sports Direct, River Island. Ninguna de las tiendas que había visto visitar a Kasia o que le hubiera oído mencionar. En ninguna de ellas podía entrar un momento y encontrarle algo para Navidad. La única excepción era Boots, e incluso cuando había estado en las tiendas con ella, siempre se había sentido tan confundido y mareado por la apabullante cantidad de maquillaje y productos de limpieza que no se había molestado en prestar atención. No, si iba a comprarle algo, tendría que ser de la lista, la lista que ella todavía no le había enviado. Y si no la enviaba pronto, entonces no había garantía de que recibiría lo que quería. Esta era su primera Navidad juntos, la primera de muchas, hasta que cumpliera los dieciocho y desapareciera para ir a la universidad, o se quedara con él hasta los

treinta cuando se diera cuenta de que el mercado inmobiliario era un completo chiste, y él quería que fuera memorable.

Al pasar por la estación de tren, Tomek vio a un hombre vestido con un chaleco de alta visibilidad, parado a un lado de la calle principal, sosteniendo un balde en sus manos. Pete el Recogemonedas. Leyenda local de la calle principal de Southend, Pete pasaba sus días y noches merodeando fuera de los clubes nocturnos y las tiendas, recogiendo las monedas sueltas de aquellos lo suficientemente ignorantes como para dejarlas caer. Era una celebridad local y, por la noche, cuando abrían los clubes, los fiesteros y trasnochadores se tomaban fotos con él. Tomek estaba seguro de que también se había tomado una foto con el hombre en algún momento de su vida. Aunque había estado sobrio y llevaba un chaleco de policía en ese momento.

A su regreso a la oficina, Tomek pasó el resto de la tarde en reuniones. Eran las seis de la tarde cuando terminó por hoy y tenía poco que mostrar. Ningún avance importante, ninguna noticia de Abigail y ninguna señal de que el asesino se entregara. En resumen, un día pésimo. Y empeoró por el hecho de que se las había arreglado para derramar té sobre su camisa nueva de M&S en la mesa de la cena.

—Maldita porquería —gritó, junto con otras cuantas groserías, mientras el líquido le bajaba por el pecho.

—¡Esa boca! —dijo Kasia—. De todos modos, no deberías tomar cafeína después del mediodía.

—¿En serio? ¿Quién lo dice?

—La ciencia.

Tomek puso los ojos en blanco y se limpió el frente de la camisa con un paño húmedo, en vano. —Bueno, si la ciencia sirviera para algo, ya habría inventado una forma de quitar por completo esta mancha y de mantener mi ropa blanca.

—*Has* oído hablar del detergente y del Vanish, ¿verdad?

Tomek la fulminó con la mirada y luego se quitó la camisa. La arrojó al cesto de la ropa sucia y se puso una camiseta. Mientras se pasaba la prenda por la cabeza, Kasia lo llamó lentamente, en voz baja.

—Papá… —Su voz estaba llena de vacilación.

—No me vas a volver a preguntar por Billy Turpin, ¿verdad? Porque lo he pensado y preferiría que no lo trajeras aquí, ni que fueras a su casa, para el caso.

Cuando abrió los ojos, la vio sentada con las piernas y los brazos cruzados, una expresión de desaprobación en su rostro. —¿Por qué piensas automáticamente que eso es lo que voy a decir? ¿Por qué no me dejas terminar antes de empezar a hablar?

—Porque soy el padre. Es lo que hacemos. Ya lo aprenderás por ti misma algún día.

—¿Puedo terminar?

Él dudó más de lo normal solo para dejar clara su postura. —Sí…

—Bien. —Se apartó un mechón de pelo del flequillo y se lo metió en la cinta del pelo—. Me preguntaba si podría salir una vez con Lucy y sus amigas.

Lucy…

Lucy…

Repasó el nombre en su archivo mental, pero no encontró nada.

—¿Quién es Lucy?

—Cleaves.

Lucy Cleaves. Seguía sin sonarle.

—La hija de Nick.

—¿La hija de Nick? —repitió Tomek, su mente rezagada unos segundos—. ¿Te refieres a Nasty Nick? ¿O sea, el inspector jefe de detectives Nick Cleaves? ¿O sea, mi jefe? ¿Quieres salir con su hija?

—Sí.

Bueno, Tomek difícilmente podía oponerse a eso. Si Lucy Cleaves se parecía en algo a su padre, entonces sabía que Kasia estaba en buenas manos. En manos más seguras que un chico que quería golpear el equivalente a una tonelada de carne, en cualquier caso.

—¿Qué planean hacer?

Kasia se encogió de hombros. Y si él pensaba que el gesto era evasivo, su respuesta lo fue aún más. —Solo pasar el rato…

—Solo pasar el rato como una pandilla de vándalos.

—Nadie dice *vándalos* ya, papá. Ni siquiera sé lo que significa.

—Entonces es mejor que tú y Sylvia no se limiten a «pasar el rato» con Lucy y sus amigas; de lo contrario, pronto aprenderás el significado.

—Solo iba yo —respondió Kasia a la defensiva—. No iba a invitar a Sylvia.

Tomek levantó una ceja. Presentía que se avecinaba una importante lección de vida. —¿Por qué no? ¿No estarás dejando de lado a Sylvia por Lucy y sus amigas solo porque son uno o dos años mayores?

—Bueno…

Tomek negó con la cabeza, moviendo el dedo al mismo tiempo. —No. De eso nada, jovencita. Eso no va a pasar. No puedes simplemente dejar de lado a la única amiga que ha estado ahí para ti desde que entraste a esa escuela. Créeme, la necesitas más de lo que crees, y te arrepentirás de la decisión de dejarla atrás. O la integras también, o no vas.

No le importaba si esta era una lección que ella posiblemente necesitaba aprender por sí misma; no podía arriesgarse a que perdiera a Sylvia como amiga. La joven había sido la única que había iniciado contacto con Kasia en la escuela, y eso le decía que tenía un buen corazón, un corazón amable. Lucy Cleaves podía ser la persona más agradable de la escuela, pero nunca sería tan agradable como Sylvia. Lo mismo podía decirse de todas las demás chicas de la escuela y del grupo de amigas de Lucy. De lo contrario, habrían sido ellas las que hablaran con ella en el patio en su primer día.

—¿Eso fue lo que hiciste con Saskia? —replicó ella.

Saskia, la amiga más antigua y cercana de Tomek.

Saskia, de quien había estado enamorado durante muchísimo tiempo.

Saskia, con quien acababa de reconectar después de trece años a la deriva.

—Sí —dijo él—. Le hice lo mismo, y me arrepentí durante años.

—¿Es por eso que no hablaste con ella durante tanto tiempo mientras estaba en Escocia?

—Muy bien. Suficiente. Ve a tu cuarto.

—¡¿Qué?! ¡Estás siendo totalmente injusto!

—No, no lo estoy. Injusto sería que te dijera que estás castigada. ¿Te gustaría que te dijera que estás castigada? Di una palabra más y puedo hacerlo realidad.

Nunca la había castigado antes. Nunca había tenido las agallas para hacerlo. Pero ahora estaba a punto de ponerlo a prueba. Y esperaba que no descubriera su farol. No quería ser uno de esos padres, igual que *sus* padres, que le prohibía hacer todo. Pero a veces ella lo hacía tan imposible.

Para calmarse, buscó el número de celular de Saskia en su teléfono y le preguntó si estaba disponible para tomar una copa.

—¿Otra copa a estas horas en un bar? —dijo ella con frialdad—. La gente podría empezar a hablar, Tomek.

No le importaba lo que la gente pensara.

Lo único que le importaba en ese momento era una distracción. Algo que lo alejara de Lily Monteith y Mandy Butler. Alguien que lo alejara de Kasia y las similitudes entre ella y las víctimas del asesinato. Alguien que lo alejara de la idea de ella y Billy el Luchador de Vacas.

Se encontraron en lo que se estaba convirtiendo rápidamente en su escondite habitual. Un bar en el centro de Leigh Broadway llamado Moo-Moos, un nombre cuya ironía no le pasó desapercibida.

—¿Lo de siempre? —preguntó el cantinero mientras se acercaban a la barra.

—¿Ya estamos en esa etapa? —respondió Tomek, mirando alternativamente al cantinero y a Saskia.

—Eso creo —respondió ella—. Solo hemos venido dos veces.

—Debemos ser los únicos que lo mantienen a flote —le susurró Tomek mientras el cantinero preparaba sus bebidas.

Una vez que las recibieron, encontraron un lugar en la esquina junto a la entrada. Tomek estaba sentado de espaldas a la ventana, mientras ella observaba todo lo que sucedía detrás de él.

—Espero no haberte arruinado la noche —le dijo mientras tomaba un sorbo de su mojito. Era uno de los más ricos que había

probado. No sabía por qué había pedido uno, y en plena semana también; se sentía aventurero.

—Solo lo de siempre. Sentada sola con una copa de vino blanco y la tarea de niños analfabetos frente a mí.

—No te entretendré mucho —respondió él—. Suena como que necesitas volver a eso cuanto antes.

Ella se rio, y al hacerlo, el blanco de sus ojos se iluminó. Pasaron los siguientes cinco minutos poniéndose al día. Llenando los vacíos de las últimas semanas desde la última vez que se habían visto.

—¿Qué planes tienes para Navidad? —le preguntó después de que ella terminara de explicar que su director estaba a punto de irse a un nuevo puesto en una escuela con mejor rendimiento.

—Nada emocionante. Vuelvo a casa por una semana. A visitar a mamá y papá.

—Qué bien.

—¿Y tú?

—Kasia y yo vamos a celebrar juntos. Solo nosotros. Tiene todo un itinerario planeado. Y es muy estricto. Regalos por la mañana. Luego el desayuno: huevos revueltos con pan tostado, elección suya. Luego quiere ver *Moana* de Disney. Luego la cena, que se disfrutará en la mesa del comedor sin la televisión de fondo. Luego tenemos que jugar a algunos juegos. Y terminaremos la noche viendo alguna comedia romántica en Netflix o algo así, momento en el cual puede que me quede dormido en el sofá.

—Suena como un día maravilloso, para ser sincera. Entonces, ¿por qué suenas como si no te hiciera ilusión?

—Porque no le he dicho que nosotros, los polacos, celebramos la Navidad el veinticuatro. No estoy seguro de qué le hará eso a sus planes. Podría desequilibrarlo todo y arruinarlo por completo.

Saskia tomó un sorbo lento de su copa de vino y lo observó con atención. —De cualquier manera, suena como mi idea de una buena Navidad.

—La mía también. Creo que dejaremos la visita a mis padres para el próximo año. No necesita ser sometida a eso todavía. Es un caos de primer orden.

Al menos, lo había sido la última vez que había ido.

Poco después, el tema de conversación giró hacia la escuela. Y la conversación entre Billy el Boxeador de Ganado y Kasia.

—Qué estupidez —dijo Saskia—. No hay ninguna manera de que alguien pueda noquear a una vaca.

Tomek puso los ojos en blanco. Esa no era la respuesta que esperaba oír. Había esperado que ella le dijera que tenía razón al impedir que su hija viera a Billy el Boxeador de Ganado, que afirmara su decisión como padre.

—La verdadera pregunta es si podrías correr más rápido que *una* vaca.

Tomek hundió la cabeza entre las manos. Esto se estaba saliendo de control. Pero mientras estaba sentado allí, mirando el espacio entre la mesa y sus piernas, no pudo evitar imaginarse en la pista de atletismo, enfrentado a un toro de una tonelada.

—Solo tengo que ser más rápido que la persona más lenta —dijo.

—Eso es un cliché. Y una estupidez. No le quites la gracia. —Hizo una pausa para tomar otro sorbo—. En un cara a cara. ¿Quién gana? ¿Tú o la vaca?

—¿De qué estamos hablando, una de Shetland o una vaca lechera?

—¿Qué es una vaca lechera?

—Una que hace *muu*.

Ella sacudió la cabeza con desdén. —No importa. Cualquiera de las dos. Solo responde la pregunta. ¿Crees que podrías correr más rápido que una vaca?

Lo consideró un poco más. Imaginó el escenario: él mismo, en un buen día, totalmente equipado con lo último en ropa deportiva aerodinámica de alta tecnología, esprintando por su vida en una carrera tan ficticia como absurda.

—Sí —respondió sin vergüenza.

—Incorrecto —llegó la voz del cantinero desde detrás de la barra.

No se habían dado cuenta, pero en el fragor de su discusión, habían estado levantando la voz y casi se gritaban el uno al otro.

Por algo ficticio y absurdo.

—Una vaca promedio puede correr, en *promedio*, a unos cuarenta kilómetros por hora —continuó el cantinero—. Usain Bolt

apenas alcanzó los cuarenta y tres kilómetros por hora cuando rompió el récord mundial. Ahora, a menos que todos seamos tan rápidos como el hombre más rápido del mundo, no creo que ninguno de nosotros tenga la menor oportunidad.

Agradecieron al hombre por su contribución y luego él se escurrió silenciosamente de vuelta a sus deberes. Cuando Saskia se giró hacia Tomek, tenía una expresión de suficiencia, de sabelotodo, en su rostro.

—Oh, vamos —replicó él—. Como si tú supieras la respuesta a eso.

—Por supuesto que sí. Soy maestra. Es lo primero que te enseñan en la escuela de maestros. —Hizo una pausa—. Además, hemos tenido la misma discusión en mi clase un par de veces antes, aunque tendré que sacar el tema de *pelear* contra una en mi próxima clase.

—¿Qué pasa con los niños y su fascinación por las vacas? En nuestros tiempos solo las volcábamos por diversión. Nunca pensamos que éramos más grandes que las vacas. ¿Cuándo cambió toda esa mentalidad?

Ella se encogió de hombros. —Son niños, Tomek. Dicen las mierdas más estúpidas. El otro día alguien me dijo que la gente calva es una conspiración. Uno de ellos escribió «las palomas mataron a Bin Laden» en la pizarra mientras yo estaba fuera del salón. ¡Y alguien me dijo que me iba a comprar un Cameo para mi cumpleaños, y ni siquiera sé qué es un Cameo!

—Desafortunadamente, yo sí. Kasia dijo que es algo sobre celebridades que cobran cantidades exorbitantes de dinero por un video rápido de ellos diciendo feliz cumpleaños, o alguna otra banalidad.

—Lo que digo es que, a esa edad, son solo tontos de trece años tratando de ser graciosos. Están llenos de hormonas y piensan que la mejor manera de impresionarse mutuamente es inyectándose una potente combinación de arrogancia e idiotez en partes iguales todos los días. Tú has pasado por eso, yo he pasado por eso, y estoy bastante segura de que tú eras exactamente igual.

—Entonces, lo que *realmente* estás diciendo es que debería ser menos duro con este chico Billy Turpin.

—No. Estoy diciendo que deberías dejar de ser tan estirado. No te queda bien. Y pronto vas a parecer de cincuenta para cuando tengas cuarenta y uno.

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso. Se enorgullecía del hecho de que parecía diez años más joven de lo que realmente era. Le subía el ego narcisista cuando las mujeres con las que se encontraba decían que era demasiado joven para tener una hija de trece años. Había trabajado duro para lucir tan joven como lo hacía. Una considerada y delicada rutina diaria de humectantes, cremas y químicos antienvejecimiento, con un poco de tinte para la barba y el cabello de vez en cuando.

—Supongo que tal vez tengas razón —dijo con calma—. Probablemente yo solía pensar que podía enfrentarme a unas cinco vacas a la vez.

—Duplícalo, y eso suena como el Tomek que se sentaba a mi lado en ciencias.

Tomek se rio entre dientes y terminó su bebida. Necesitaba esto. Alguien con quien desahogarse. Alguien con quien hablar de las cosas de las que no sabía nada. Aunque Saskia no tenía hijos, había estado rodeada de suficientes de ellos para saber cómo eran, y era mucho más sabia que él en general, siempre lo había sido, que sentía que podía preguntarle cualquier cosa y ella le daría una respuesta inteligente, lógica y considerada.

Cuando surgió el tema de pedir otra bebida, Saskia le dio las gracias pero se negó. El trabajo. Las mañanas tempranas. Nada con lo que Tomek pudiera discutir, ya que a él también le esperaba lo mismo. Al disponerse a marcharse, le dieron las gracias al cantinero y le dijeron en broma que lo verían de nuevo en unas pocas semanas, en el año nuevo.

Mientras se dirigían de regreso a sus autos estacionados a un lado de la carretera, Tomek oyó que lo llamaban por su nombre. Un chillido agudo y estridente.

Se dio la vuelta y vio a Abigail Winters acercándose desde lejos. Llevaba un vestido negro ajustado con tacones altos y una minibolsa

bajo el brazo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella.

Él podría haberle preguntado lo mismo.

—Tomando una copa con una vieja amiga —respondió él.

—Igual. Yo estaba tomando unas copas con algunas de mis viejas amigas también. De mis primeros tiempos en el periodismo.

Se notaba. El olor a alcohol en su aliento y su habla pastosa sugerían que había tomado más que unas pocas.

—¿Ya se va a casa? —preguntó ella, con un tono de esperanza en su voz.

—Eso parece —respondió él.

—¿No le apetece quedarse a tomar una más? Mis amigas ya se han ido, pero creo que yo podría aguantar otra copa o dos.

Tomek dudó. Luego, de repente, fue consciente de que Saskia observaba su interacción.

—Esta noche no —le dijo.

Entonces ella se acercó, sus tacones altos repiqueteando en el pavimento. —Una lástima —dijo—. *Iba* a decirle en privado que he hablado con las chicas, pero supongo que tendré que hacerlo *ahora*.

Tomek sonrió torpemente, encontrando la situación un poco incómoda. —Si no le importa —respondió—. ¿Qué dijeron?

—Lo siento, pero dijeron que no quieren que usted las contacte. No hablarán con usted.

—¿Les preguntó por qué?

Ella eructó y se cubrió la boca con la mano. —No quieren revivir el pasado. Es demasiado doloroso para todas ellas.

—¿Les dijo que soy un oficial de policía?

—Sí.

—¿Y no hizo ninguna diferencia?

—No.

*Mierda*.

—Bien —le dijo él—. Nos ocuparemos de esto por la mañana. Buenas noches, Abigail.

Si se ofendió por su brusquedad, no lo demostró. Cuando se fue, se alejó con confianza en sus tacones altos, asegurándose de que Tomek la observara mientras se iba. Lo cual él hizo obedientemente.

Mientras su cuerpo se balanceaba bajo su atuendo, fue transportado de vuelta a la noche de su beso.

Y luego fue traído de vuelta al presente por Saskia abriendo la puerta de su auto. Para cuando se giró a mirarla, ella ya se estaba metiendo en su vehículo, lanzándole una de esas miradas fulminantes que le daba cada vez que no estaba impresionada con él.

—¿Qué? —le gritó—. No es lo que parece.

—¿Qué parte, la de las chicas que no quieren hablar contigo o la de esa que convenientemente te encontró en medio de la calle principal a las once de un lunes por la noche y te pidió que te quedaras a tomar otra copa?

# CAPÍTULO
# TRECE

El bostezo se le escapó de la boca antes de que pudiera evitarlo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó el inspector jefe Cleaves.

Tomek negó con la cabeza.

—Bien. Como te decía, ¿estás seguro de que cubriste todos los frentes?

—Sí. El único problema es que las víctimas no quieren hablar con nosotros.

—¿Se puede presionar más?

—Estoy averiguando —respondió Tomek—. Pero me interesa más saber por qué estamos esperando tanto para presionar ahora.

Nick frunció el ceño.

—¿Perdón?

—La otra noche revisé las notas sobre la muerte de Mandy Butler y encontré un correo electrónico de Tony para ti, jefe, solicitando más recursos para investigar los ataques a las chicas. Su correo no recibió respuesta. Y no se destinaron más recursos.

Nick negó con la cabeza y dio un palmetazo en el escritorio.

—¿Qué carajo es esto? ¿Es una especie de interrogatorio? ¿Ahora trabajas para la IOPC o qué? ¿Te pusieron a investigar mis errores?

—No, jefe —dijo Tomek, tan tranquilo como pudo.

—Cometí un error, ¿de acuerdo? Fue hace dos años. Por la época en que Robbie se fue al ejército. No estaba en un buen momento. No estábamos en un buen momento como familia. Es así de simple. Lo admito, fue un descuido. —Nick bajó la cabeza y toda la agresión

y la combatividad se le esfumaron—. Pero… pero voy a compensar a esas chicas, créeme. Por eso quería que te encargaras de esto. A veces eres como un perro de presa, y ahora que tienes a Kasia en tu vida, creo que tendrás un sentido de determinación renovado para encontrar a quien sea responsable de esto. Quiero decir, *tú* fuiste quien encontró la conexión.

Tomek no supo si se suponía que eso masajeara su ego o lo ofendiera de alguna manera, pero decidió quedarse callado y dejar que Nick continuara.

—Yo… yo… —Se le quebró la voz y luego negó con la cabeza—. Tienes la reunión con la NCA en una hora. Tienes que prepararte.

Tomek retiró la silla del escritorio y se detuvo a medio camino.

—Probablemente no sea el mejor momento para mencionarlo —empezó—, pero parece que nuestras hijas ahora están en comunicación. De dónde sacaron esa idea, no tengo ni idea, y Lucy invitó a Kasia y a su amiga a pasar el rato algún día.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Nick.

—¿Estás de acuerdo con eso? —preguntó—. Ella es un par de años mayor que Kasia.

—¿Confías en tu hija?

—¿Qué?

—Si tú confías en ella, entonces yo confío en ella.

—Por supuesto que confío en ella.

—Entonces está bien. Asunto arreglado. Todo bien por mi parte. Tu hija y mi hija serán amigas.

—No creas que eso significa que tengamos que hacer lo mismo.

Tomek se levantó de la silla.

—Sabes que en el fondo me quieres —dijo con un guiño—. ¿Te imaginas si mi hija fuera un hijo y *entonces* quisieran ser amigos? Eso *sí* que sería interesante.

—Preferiría lijarle el culo a un tigre en una cabina telefónica que pensar en esa posibilidad en particular —respondió Nick—. Ahora lárgate de aquí y haz tu trabajo.

La relación de él y Nick era complicada. Padre e hijo en un día bueno, padre e hijo en un día malo, solo que en extremos opuestos del espectro. Tomek había trabajado con el inspector jefe durante

casi quince años. Había visitado a la familia, pasado noches allí, deleitándose con las deliciosas comidas caseras de la esposa de Nick. Incluso lo habían invitado a asistir a algunas de las asambleas escolares cuando eran más pequeños. Nick tenía tres en total. Dos niñas y un niño. Las niñas estaban en la escuela, con cuatro años de diferencia, mientras que Robbie, el mayor, había dejado la escuela a los dieciséis para unirse al ejército. La decisión había destrozado a la familia y fue el resultado de una larga disputa entre el padre biológico y el hijo. Como resultado, Nick a menudo había llegado a las reuniones matutinas enfurecido por algo, algo que no le explicaba al equipo. Excepto a Tomek. Tomek era el único que podía ver y oír lo que sucedía a puerta cerrada.

Mientras Tomek cerraba la puerta detrás de él, se dio cuenta de que el hombre había estado sufriendo mucho en ese momento. Que la decisión de Robbie de dejar a la familia le había afectado más de lo que había dejado entrever. Tanto que había sido negligente en su trabajo.

Pero eso no le había impedido defender a Tomek cada vez que lo había necesitado, cada vez que había metido la pata, cometido un error, llevado las cosas demasiado lejos. Nick había sido el primero en saltar en su defensa. Y ahora era el turno de Tomek; al soltar la manija, decidió que si alguien de la Agencia Nacional del Crimen quería saber por qué los incidentes relacionados con las presuntas sobredosis de drogas no se habían investigado más allá de un simple informe y unas cuantas declaraciones de testigos, entonces Tomek defendería, defendería, defendería.

Negar.

Negar.

Negar.

# CAPÍTULO
# CATORCE

La reunión con la Agencia Nacional del Crimen no había salido como Tomek esperaba. La gente cuyo trabajo era notar e investigar los indicios de un asesino en serie no había logrado comprender la conexión que Tomek les había explicado. Habían ignorado la evidencia de que un asesino tenía como blanco a chicas adolescentes basándose en sus alergias.

—Es una conjetura demasiado arriesgada —le había explicado Naomi Mackenzie, con la mitad superior de su cuerpo visible en la pantalla—. Incluso si hubiera una tercera víctima, sigo sin creer que cumpliría con los criterios.

Tomek se irritó con esa frase.

*Los criterios.*

Los criterios que debían cumplirse para que el asesinato de una persona inocente pudiera investigarse de una manera diferente. Los criterios que debían cumplirse para justificar los recursos y el gasto extra.

Tomek estuvo a punto de darle algunos criterios propios, pero decidió no hacerlo y se recordó a sí mismo que todos estaban del mismo lado. Aunque, a veces, no siempre lo pareciera.

Para calmarse y para demostrar aún más su punto, Tomek salió de la oficina y se dirigió a hablar con Elsie Rawcliffe. Amiga de Mandy Butler. La que había estado con ella la noche en que murió, la que vio a Mandy pagar por las drogas que la mataron, la que vio a su amiga sufrir y morir justo delante de ella. Tomek había pasado

por su instituto para hablar con ella en voz baja y sin llamar la atención. La directora de bachillerato estuvo más que dispuesta a cooperar y le aseguró que la chica no se movería de allí mientras Tomek hablaba con ella, no sin antes llamar a sus padres para explicarles lo que estaba pasando. En ese momento, Tomek se vio obligado a esperar a que los padres de Elsie salieran del trabajo y llegaran al instituto. Llegaron casi treinta minutos después y, en ese tiempo, Tomek mantuvo la conversación breve, genérica, preguntándole sobre sus exámenes A Levels, el instituto en general, la vida sin Mandy Butler. La chica estaba visiblemente nerviosa, lo cual era comprensible, y él podía verla revivir los acontecimientos de esa noche en su cabeza, viendo a su amiga morir una y otra vez antes incluso de haber comenzado la charla.

—Tómese su tiempo con todo —le dijo—. No está arrestada ni nada por el estilo, solo necesito hacerle algunas preguntas sobre lo que le pasó a Mandy la noche en que murió.

—¿De qué se trata esto? —preguntó la madre de Elsie, una mujer que se había presentado como la doctora Rawcliffe. Se sentó a escasos centímetros de su hija, lista y esperando para rodearla con el brazo cuando las cosas se pusieran demasiado difíciles. O eso, o estaba lista para apartarla en el momento en que decidiera que la conversación se había vuelto demasiado dura.

—El otro día encontraron a una joven de edad similar a la de Mandy cuando murió en el parque John Burrows. Murió de anafilaxia. Actualmente estamos investigando ambas muertes para ver si hay una conexión entre ellas —le dijo Tomek. Era más de lo que ella necesitaba saber. Más de lo que él hubiera querido que supiera, pero tuvo la impresión de que la doctora Rawcliffe no le dejaría continuar hasta que estuviera satisfecha con su respuesta.

—Muy bien —respondió la doctora, y luego se dirigió a su hija—. Si quieres detener esto en cualquier momento, puedes hacerlo. ¿Entiendes?

Elsie asintió enérgicamente, sosteniéndole la mirada a Tomek.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó ella con frialdad, la firmeza de su aliento evidente mientras inhalaba y exhalaba de manera controlada.

—En primer lugar, me gustaría saber si recuerda el rostro del hombre al que Mandy le compró las drogas. ¿Era siquiera un hombre?

—Sí —respondió Elsie.

Tomek sabía que era un hombre, pero era mejor hacerse el tonto; de esa manera ella hablaría más, y cuanto más hablara, más podría revelar algún pequeño detalle.

—¿Recuerda su rostro en absoluto?

—Un… un poco.

—¿Podría quizás describírmelo?

—Él… quiero decir, estaba oscuro, había mucha gente. Y todo pasó muy rápido. No es que se quedara mucho tiempo —aspiró una gran bocanada de aire, la contuvo y luego dejó que su cuerpo se desinflara lentamente—. Era de estatura media, diría yo. Más bajo que usted. Pelo negro y espeso. Quizás barba.

Tomek asintió, evocando una imagen del hombre en su mente. —¿Estaría dispuesta a dar esa descripción, y quizás algún detalle más, a un dibujante para que podamos crear un retrato robot? A veces descubrimos que eso ayuda a refrescar un poco la memoria.

Elsie hizo una pausa y se giró hacia su madre, quien a su vez asintió con la cabeza en señal de aprobación. —Vale —dijo en voz baja—. Creo que estaría bien.

—Excelente. Haré que alguien de mi equipo se encargue de eso. Se pondrán en contacto con usted. En ese momento —continuó—, ¿reconoció al hombre o le pareció un completo desconocido?

Elsie negó con la cabeza. —Mandy lo conocía. Cuando se acercó, ella le dio un abrazo y luego le pagó por las drogas. Yo… yo… yo intenté detenerla, pero no me hizo caso. No sé por qué pensó que era una buena idea. Ya las había probado antes y yo… yo le dije que no quería tener nada que ver con eso, pero no me escuchó.

Tomek estudió el rostro de Elsie. Las líneas de su frente, la dilatación de sus pupilas, el temblor en su voz, y determinó que estaba diciendo la verdad. Que no había sentido la tentación de probar las drogas, que no estaba simplemente echándole toda la culpa a Mandy Butler para escapar de la ira de su madre doctora.

—Después del encuentro —empezó de nuevo Tomek—, ¿le preguntó a Mandy para averiguar quién era el hombre?

—Lo intenté, pero no quiso decírmelo. Solo me dijo que era alguien que conocía del instituto.

—¿De *este* instituto?

Tomek se giró hacia la directora de bachillerato que estaba sentada al fondo de la sala, como si esperara que ella supiera la respuesta. La posibilidad de que el asesino hubiera sido alguien del mismo instituto en el que estaba sentado entusiasmó a Tomek.

—De este instituto no, no —respondió Elsie, y una expresión de alivio se dibujó en el rostro de la directora—. Mandy vivía en Manchester cuando era más joven. Se mudó aquí cuando acababa de empezar el décimo año, creo que fue.

—Sí. Es correcto —añadió la directora de bachillerato, aunque por la vacilación en su voz era evidente que no tenía idea de lo que estaba hablando.

Tomek tomó una nota. Manchester. Alguien de un instituto en Manchester al que había ido.

—¿Sabe el nombre del instituto? —preguntó Tomek.

Elsie volvió a negar con la cabeza. —No hablaba de eso. Solo se mudaron de vuelta porque su madre extrañaba su hogar. Su padre era de allí originalmente.

—Y usted mencionó que no había sido la primera vez que Mandy compraba drogas —comenzó Tomek—. ¿Sabe con qué frecuencia las había consumido?

—Creo que solo una o dos veces. Solo marihuana… creo. Ella y un par de personas más de nuestro instituto iban al bosque de enfrente y la fumaban después de clase a veces, pero yo nunca me acerqué. Me daba demasiado miedo.

Así que había escalado su consumo de drogas de marihuana a éxtasis. Un salto que la había matado. Y la había convertido en la chica del cartel sobre los peligros de las drogas en el proceso.

*Marihuana, la droga de iniciación que conduce a la muerte.*

Mientras estaba allí sentado, digiriendo la información, varias cosas se le aclararon. Y le avergonzaba admitir que no se trataba de

Mandy Butler o Lily Monteith en absoluto. Más bien, se trataba de su propia hija.

Que las amigas de Mandy y Lily sabían más sobre sus amigas que los padres sobre sus propios hijos. Y que, si esa era una verdad universal, ya era hora de que empezara a ganarse la confianza de Sylvia y su madre, Louise. Porque lo último que quería era que la historia se repitiera. Y que Kasia abandonara a su amiga por alguien más guay, rompiera las reglas, se viera envuelta en las drogas y luego se convirtiera en otra chica de cartel.

No importaba que solo tuviera trece años. Los riesgos eran tan frecuentes para ella como para cualquiera.

Al salir de la sala, Tomek le agradeció a Elsie su tiempo y tomó los datos de la familia para que el dibujante se pusiera en contacto con respecto al retrato robot. Luego le dio las gracias a la directora de bachillerato, le recordó que estaría en contacto y regresó a su coche. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, sonó su teléfono móvil.

Abigail.

Con suerte, con buenas noticias.

—¿Tres veces en dos días? Hablo más contigo que con mi vecino, y nos vemos casi todos los días.

—¿Te gustaría que fueran cuatro esta noche?

—Solo si tienes algo para mí.

—¿Por qué siempre tiene que ser un toma y daca? ¿No pueden dos amigos salir a tomar algo sin que se espere nada del otro? No parecías tener problemas con eso anoche cuando te encontré.

—Creí que estabas demasiado borracha para recordarlo.

—No exageres. Estaba alegre. Nada más. Y bien, ¿qué me dices? ¿Una copa esta noche?

Tomek hizo una pausa un momento para consultar su agenda imaginaria.

—Tendré que consultarlo primero con mi hija, pero no creo que haya ningún problema.

# CAPÍTULO
# QUINCE

Las últimas palabras de Kasia antes de que él se fuera a Moo-Moos resonaban en su mente mientras cruzaba la puerta.

—Parece que no necesitas ningún consejo amoroso —había dicho ella—. Dos mujeres en dos noches. Eres un hombre ocupado. Solo te pido que no me traigas más hermanitos o hermanitas.

La sola idea hizo que a Tomek se le encogiera el estómago. No era solo la idea de tener un recién nacido a sus cuarenta y tantos, sino también el hecho de que, apenas uno o dos días antes, ella había evadido la charla sobre sexo. Y ahora era ella la que sacaba el tema. ¿Qué había cambiado? ¿Qué la había animado a ser tan cruda al respecto?

No lo sabía, pero estaba a la vez sorprendido y animado por su elección de palabras. Cuando ella entró por primera vez a su casa y fue arrojada a su vida, había estado, comprensiblemente, reservada y callada, tímida, cohibida. Pero ahora, ahora que se sentía adaptada en su hogar y en su vida escolar (también ahora que el acoso se había detenido), se estaba volviendo más abierta, y el vínculo de su relación se fortalecía. No solo eran padre e hija, sino que también se estaban convirtiendo rápidamente en algo cada vez más parecido a mejores amigos con el pasar de los días. Discutían cosas como esas —la adultez, las amistades, las relaciones— mucho antes de lo que él había esperado. Y no quería interponerse en eso. Si ella sentía la confianza suficiente para sincerarse sobre esas cosas con él, entonces no iba a hacer nada que pusiera en peligro esa confianza.

Después de todo, tal vez permitirle invitar a Billy el Luchador de Vacas a casa no era una idea tan terrible.

Mientras se dirigía a la barra, el hombre que la atendía empezó a preparar su pedido.

—¿Una copa de vino también para su compañía de esta noche?

Tomek se rio con torpeza. —La verdad, no estoy del todo seguro. Creo que le gusta el tinto.

—¿Es otra persona?

Tomek sabía por dónde iba la cosa. —Solo una amiga.

El bartender le dedicó una mirada cómplice, le entregó su bebida y le dijo que lo cargaría a la cuenta.

—Lo pago ahora, gracias —dijo—. Que ella pida lo suyo cuando llegue.

—Vaya —respondió el bartender—. *De verdad* que es solo una amiga.

Por ahora, al menos.

Tomek no podía negar la historia entre ellos, ni podía negar la química y la tensión sexual. Pero en ese momento no podía pensar en eso. No quería. Mandy y Lily estaban muertas porque un asesino malicioso y perverso las había matado, y necesitaba averiguar quién era antes de poder siquiera pensar en iniciar una relación romántica con nadie.

Tomek revisó su reloj repetidamente durante los siguientes diez minutos hasta que ella llegó. Para cuando finalmente apareció, él ya se había terminado la cerveza por la frustración, y al final decidió pagar una segunda bebida para él y una copa de rosado para Abigail, ignorando la sonrisita del bartender mientras pasaba la tarjeta por la máquina.

—Esto es agradable —dijo ella mientras se sentaban en los mismos asientos que Tomek y Saskia la noche anterior—. Deberíamos hacer esto más seguido.

—Quizás —respondió él—. No creo que a Sean le haga mucha gracia.

—A Sean no le importará —replicó ella, cortándolo en seco—. Y lo sabes.

Su relación con el sargento había sido breve, algo fugaz que apenas duró un par de semanas, pero Sean no se había tomado muy bien la ruptura. Había intentado en varias ocasiones hacer que funcionara, pero algo se había interpuesto entre ellos. Algo que se había metido en medio de su relación y causado una enorme división: Tomek. Todo gracias a una noche de borrachera, a un beso entre copas.

Pero Tomek no quería remover el pasado.

—¿Para qué me hiciste venir, Abigail? —preguntó él.

—¿Cómo te fue en la reunión con la NCA hoy?

Tomek titubeó. ¿Cómo sabía ella de eso? ¿Tenía pequeños dispositivos de grabación en su escritorio? ¿Le había puesto uno la noche anterior? ¿O Sean todavía le estaba pasando información? De cualquier manera, lo inquietaba. Y le dejaba una cosa abundantemente clara: ella tenía todo el poder en la conversación, y no estaba dispuesta a apresurarla solo para complacerlo.

—No muy bien —le dijo—. No aceptaron investigarlo.

—Lamento oír eso —respondió ella, con un tono cargado de sinceridad, una de las pocas veces que él había notado esa inflexión en su voz.

—Necesito que esas chicas den un paso al frente y ayuden en lo que puedan.

—Lo sé —dijo ella, pasando el dedo por el borde de su copa—. Pero no creo que vayan a ceder en eso.

—¿No hay nada más que podamos hacer?

La frustración típicamente plagaba los casos que involucraban a víctimas jóvenes. Los recuerdos de lo que les había sucedido les impedían confiar en nadie, ni siquiera en la policía, por lo que guardaban silencio, lo que permitía a sus atacantes seguir cometiendo sus crímenes. Pero él ya había aceptado que era parte del trabajo y que dependía de él encontrar formas nuevas e innovadoras de eludir los obstáculos.

—Creo que podría tener algo que podría interesarte.

Los ojos de Tomek se abrieron de par en par y aguzó el oído.

—Te escucho.

—Estuve investigando un poco ayer y hoy, hablé con un par de contactos, me reuní con viejos amigos. —Tomó un sorbo de vino, se tomó su tiempo, le arrebató el poder—. Y creo que encontré un caso similar, que involucra a una mujer en Manchester.

—¿*Manchester*?

Tomek sintió que le empezaban a sudar las palmas de las manos.

—Sí. El lugar ese en el norte. Nunca he ido, pero he oído que ha mejorado mucho últimamente.

—¿Qué pasó en Manchester? ¿Quién era? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Tomek no pudo contenerse. Ahora tenía las palmas cubiertas por una fina capa de sudor, estaba en el borde del asiento y tan inclinado sobre la mesa que parecía que iba a besarla.

—Hace cinco años —comenzó ella, hablando lentamente a propósito para provocarlo—, una mujer llamada Diana Greenock fue encontrada muerta en su apartamento de la planta baja en Manchester. Cuando su amiga la encontró, vieron un gato sentado a los pies de su cama. Diana Greenock era alérgica a los gatos. También era asmática severa. El gato había estado desaparecido por unos días, y mientras Diana dormía una noche, la teoría es que el gato se había metido por la ventana en medio de la noche y la había matado.

—¿La mató un gato? —preguntó Tomek, estupefacto.

—No. La autopsia dice que su alergia reaccionó a la presencia del gato, y eso le desencadenó el asma, que fue lo que terminó matándola.

—Así que un gato se cuela en su habitación, simplemente se queda ahí parado y ella muere.

Abigail asintió. —No es exactamente como yo lo diría, pero claro, *yo* soy la periodista.

Tomek bebió su cerveza lentamente. Si no hubiera sido por el descubrimiento anterior de que Mandy Butler había vivido una vez en Manchester, no habría notado la conexión. Pero ahora no podía sacárselo de la cabeza. Que, si se trataba del mismo asesino, Diana Greenock podría haber sido su primera víctima. Que le había dado clases a Mandy Butler de alguna manera en una escuela de

Manchester. Que la había seguido a ella y a su familia hacia el sur. Que había esperado años para matarla.

Los intervalos entre los asesinatos preocupaban a Tomek. Tres años entre la muerte de Diana Greenock y la de Mandy Butler, y ahora un lapso de dos años entre Mandy Butler y Lily Monteith. Cinco años en total. Por lo poco que sabía sobre asesinos en serie, que ahora era el término correcto a usar, si este era realmente el caso, entonces sabía que cualquier deseo que los estuviera impulsando pronto se volvería demasiado difícil de soportar y que los intervalos entre víctimas se acortarían cada vez más. Que podría tener otra víctima en su escritorio mucho antes de lo previsto.

—¿Qué edad tenía Diana Greenock? —preguntó Tomek, después de darse cuenta de que no había dicho nada por un rato.

—Creo que tenía veintiocho o veintinueve años. No recuerdo.

Eso no parecía encajar con el patrón. A menos, por supuesto, que las cosas hubieran salido mal con la primera víctima. Que no hubiera muerto como él quería, y por eso hubiera reducido la edad de sus víctimas a alguien sobre quien pudiera tener más control, más poder. Y con sus dos últimas víctimas de quince años, había encontrado su punto ideal.

—¿Sabes qué pasó con la investigación policial? —preguntó Tomek.

—Por lo que sé, la policía interrogó a los compañeros de piso de su edificio y lo dejó así. No había señales de que hubieran forzado la entrada, y el gato había estado desaparecido un par de días antes, así que se asumió que simplemente se había colado.

—O que alguien lo hizo parecer así.

# CAPÍTULO
# DIECISÉIS

Fern Clements yacía en el suelo, en medio de la fría habitación. Desnuda, salvo por su ropa interior. Gotas de sudor le goteaban del ombligo a la superficie lisa y dura; de la barbilla al cuello, de las muñecas a los dedos, a pesar del frío, a pesar del aire gélido que envolvía el edificio y sus alrededores. Afuera la temperatura era bajo cero, adentro no mucho más cálida y, aun así, ella sudaba profusamente, su cuerpo trabajando a toda máquina para luchar por sobrevivir.

Él había estado de pie sobre ella, observándola durante los últimos veinte minutos, esperando a que despertara de su letargo. Cuando lo hizo, agitó los brazos con violencia, poniendo a prueba la resistencia de las ataduras en sus muñecas y tobillos. Todas habían resistido. Ahora, unos minutos después, ella seguía agitándose y retorciéndose, pero sus movimientos se habían convertido más bien en un contoneo forzado, fatigado, con sus niveles de energía agotados. El alcohol que había consumido en el último par de horas no había ayudado en nada.

Sus ojos estaban desorbitados por el miedo, pero aún contenían la turbia confusión del alcoholismo. Y para alguien de su edad, alguien cuyo cuerpo no había desarrollado la tolerancia para soportarlo, él supuso que estaría así durante las próximas horas. En un estado tenue, como de trance.

Perfecto.

Le había hecho la mitad del trabajo.

Cuando avanzó, saliendo de la oscuridad de la habitación, sonrió detrás de la malla que le cubría la cara y se movió hacia ella. En cuanto sintió su tacto en la frente, la agitación se intensificó. Todo su cuerpo esta vez, incluyendo sus senos.

Los admiró por un momento y luego continuó.

Esto no tenía nada que ver con lo sexual. Nunca lo había tenido y nunca lo tendría. Solo le había quitado la ropa porque era necesario. Porque quería ver cómo reaccionaban *ellas*. Habría hecho lo mismo con Lily Monteith; colocarla en el suelo y tomarse su tiempo con el látex, embadurnando su cuerpo con la pasta que había comprado específicamente para ella. Pero el guante había funcionado mucho más rápido de lo que había previsto, y por eso se había visto obligado a acortar la velada.

Esta noche sería diferente.

Esta noche tendría tiempo para saborearlo, para ver los acontecimientos desarrollarse frente a él.

Para perfeccionar el proceso.

—Shh —dijo mientras le acariciaba el cabello lentamente. La textura se sentía inconexa, distante bajo sus dedos.

Aunque el traje era para su propia protección, odiaba admitir que estaba arruinando la experiencia. Particularmente la malla frente a su cara que le impedía examinar el cuerpo de ella con tanto detalle como le hubiera gustado.

El traje en sí era ejemplar. Obtenido de un proveedor de confianza en Brasil. Con elástico en los pies, las manos y la cintura. Hecho del polialgodón más grueso del mercado. Y hasta tenía bolsillos en los muslos, por si los necesitaba.

Continuó acariciándole el cabello por un momento, esperando que eso la calmara. Pero no estaba surtiendo el efecto deseado. En cambio, ella seguía forzando los músculos y empeorando las abrasiones que se le formaban alrededor de las muñecas y los tobillos. Quizá pensaba que le iba a pasar algo de índole sexual. Quizá pensaba que el traje era parte de su fetiche. Pero ¿cómo podría decirle que la realidad iba a ser mucho peor sin arruinar la sorpresa?

—Shh —continuó. Todavía con poco efecto.

No podía prometerle que todo estaría bien, porque no lo estaría. Y no tenía la costumbre de mentir ni de dar falsas esperanzas. Le gustaba decir las cosas como eran.

Con la obvia excepción de mantener *esto* en secreto y no decir absolutamente nada a nadie.

Al darse cuenta de que no había nada más que pudiera decir o hacer (ya le había costado bastante apartar la vista del cuerpo delgado, esbelto y menor de edad de Fern), decidió que era hora de empezar.

Le dio una última caricia en el cabello, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Regresó unos instantes después, con el objeto en la mano.

Al principio, Fern no pareció reconocerlo. Pero a medida que la intensidad del sonido aumentaba, estiró el cuello y abrió los ojos como platos; sus pupilas se enfocaron y, casi al instante, fue como si hubiera recuperado la sobriedad, como si el alcohol se hubiera drenado de repente de su sistema.

Ella sabía exactamente lo que se avecinaba.

Él sabía exactamente lo que se avecinaba.

Lo que significaba que era hora de empezar la siguiente etapa del proceso para librar al mundo de aquellos más débiles que él, más débiles que la población general.

Una alergia a la vez.

# CAPÍTULO
# DIECISIETE

Tomek bostezó mientras les daba la vuelta a los huevos fritos. Tenía que cocinarlos bien, le había dicho Kasia. Esa había sido una condición la primera vez que le preparó el desayuno. Nada de esas partes babosas y crudas de arriba que parecían agua. Sus huevos debían estar cocidos casi al borde de la extinción. Lo mismo aplicaba para sus tostadas y su tocino: negros por todos lados.

—¿Qué clases tienes hoy? —preguntó él mientras ella entraba a la cocina, con el uniforme escolar todo desarreglado.

—Nada emocionante —dijo ella—. Matemáticas. Historia. Educación Física. Inglés. Y dos horas de Ciencias.

—¿*Dos horas* de Ciencias? —preguntó Tomek. No se le ocurría nada peor.

—Sí —respondió ella—. Doble clase. Doble aburrimiento. Pero basta de mí. Quiero saber cómo te fue anoche.

Tomek les dio la vuelta a los huevos otra vez, haciendo una mueca al ver la yema amarilla que ahora parecía una pelota de goma esponjosa.

—¿Cómo me «fue»?

—Sí. ¿Ligaste?

Tomek soltó una risita. Decidió seguirle el juego.

—No es asunto tuyo.

—Entonces es un sí.

—No, no lo es. Es un «no tiene nada que ver contigo, así que no metas las narices donde no te llaman» no es asunto tuyo.

—¿Era guapa?

Tomek no lo había pensado. De hecho, no podía recordar qué llevaba puesto.

—Eh… sí. Era guapa.

—¿Qué llevaba puesto?

Y entonces lo recordó. Unos jeans blancos, recién lavados y posiblemente planchados. Un par de náuticos blancos cuyo color se había desteñido un poco. Un saco negro sobre una camisa de punto gris. Era obvio que se había esforzado y él no se había dado cuenta de nada.

—Suena a que se arregló mucho.

—Sí. Gracias, celestina.

—¿Cuándo vas a verla otra vez?

—¿En calidad de profesional?

—Eso no fue lo que te pregunté —replicó Kasia, mirándolo con severidad—. Y lo sabes.

—No se te escapa una.

Tomek terminó con los huevos y le puso el desayuno en la mesa. Kasia se sentó en la silla con entusiasmo.

—¿La conozco?

—No.

—¿Puedo conocerla?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es una colega. Y no pasa nada entre nosotros.

—¿Y qué hay de Saskia? —preguntó Kasia—. ¿Saskia sabe lo de Abigail?

—¿Cómo carajo…? —empezó, pero se contuvo. Enarcó una ceja —. ¿Cómo sabes su nombre?

Kasia pareció encogerse en su asiento y se dedicó a su desayuno, comiendo rápido para no tener que responder a la pregunta.

—Tengo mis métodos —dijo con cuidado.

—Pues déjalos. No pasa nada ni con Saskia ni con Abigail. Ni quiero que pase.

—¿Por qué no? —El tono de su voz cambió de impaciente y molesto a pensativo y de genuina preocupación.

—Bueno…

*Cuidado aquí, Tomek.*

—Porque te tengo que cuidar a ti, ¿no? Y tengo mi trabajo. Ambos ocupan…

—No dejes que *yo* me interponga en tu vida amorosa —le dijo ella mientras se terminaba el desayuno—. No si eso va a evitar que seas feliz.

—No lo harás. Tú no lo harás. Yo…

—Quiero que seas feliz —dijo ella con sinceridad.

—Y yo quiero que tú también seas feliz —respondió él en el mismo tono.

—Genial. Entonces, ¿está bien si Billy viene una noche después de la escuela?

Y ahí estaba. La segunda intención. La razón por la que había querido entrometerse e interferir en su vida privada. La razón por la que había querido halagarlo y dejarlo sin posibilidad de retractarse de sus propias palabras.

Lo había engañado.

O eso creía ella.

—He estado pensando en eso —comenzó él—. Me gustaría conocer a Billy. Quizá podríamos salir a cenar los tres para que yo pudiera conocerlo un poco mejor.

—Yo… eh… —El color se le fue de la cara—. O sea… puedo preguntarle. Pero no creo que se sienta cómodo con eso.

Claro que no. El chico era un payaso en clase, pero un ratón fuera de ella.

—Entonces, ¿puede venir una tarde después de la escuela? —insistió ella cuando él no dijo nada.

Dudó antes de responder. Le vino a la mente la palabra que lo llenaba de pavor.

Amigovios.

Con todas sus sílabas.

—¿Qué van a hacer ustedes dos si viene? —preguntó Tomek. Apoyó las manos en el respaldo de la silla del comedor mientras esperaba una respuesta.

Kasia había apartado el plato y estaba preparando su mochila para el día. Una lonchera, su agenda, cuadernos y una botella de agua entraron en el compartimento central.

—No es asunto tuyo —respondió finalmente.

Tomek sabía que estaba intentando hacerse la lista, intentando ganarle en su propio juego, pero, por desgracia para ella, acababa de decir lo peor que podía haber dicho y no se había dado cuenta.

A-mi-go-vios.

—A veces eres demasiado lista para tu propio bien —dijo él—, pero ahora que acabas de decir eso, no hay manera de que pueda dejarlo venir. No sin supervisión de un adulto, al menos.

La cara de Kasia se arrugó en una bola de furia, como si él acabara de confiscarle el celular, o algo igual de vital para una niña de trece años. Pero antes de que pudiera responder, sonó su teléfono, vibrando contra su pierna.

Extrañamente, y a la vez tristemente, sabía de qué se trataría la llamada.

La intuición, las pequeñas alarmas, ya estaban sonando dentro de su cabeza.

Mientras escuchaba al agente Oscar Perez explicarle que se había encontrado otro cuerpo de una adolescente, supo que su próxima conversación con la Agencia Nacional contra el Crimen iría mucho mejor que la última.

# CAPÍTULO
# DIECIOCHO

La escena del crimen contrastaba por completo con la de Lily Monteith.

El cuerpo había sido abandonado, semidesnudo, sin dignidad y expuesto a la intemperie y a las miradas nada envidiables de sus colegas y los profesionales que trabajaban a su alrededor. Como no llevaba ropa, salvo la ropa interior que se había puesto antes de morir, tampoco había bolso ni ninguna forma de identificación.

La forma en que se habían deshecho de ella también era diferente. Esta vez la habían arrojado sobre el césped en medio de Belfairs Park, cerca de Leigh-on-Sea, con ira, con frustración. Lanzada al suelo como un envoltorio de papas fritas vacío. Tenía los brazos destrozados y desfigurados, en ángulos extraños y antinaturales; las piernas las habían dejado de la misma manera.

Pero eso no impedía que vieran sus heridas.

Oh, no.

Esas las habían dejado a la vista para que todo el mundo las viera.

Los agujeros de alfiler por todo el cuerpo. Las ronchas desmesuradas en la piel, levantadas como pequeños volcanes. La gran cantidad de ellas en su cara y pecho. La urticaria en los labios y las mejillas. Los aguijones que aún sobresalían de los lugares del ataque.

—*Jezus Maria* —dijo Tomek mientras se acercaba al cuerpo—. ¿Cuántas hay?

—Con una habría bastado para matarla —replicó Lorna, de pie, con las manos en los bolsillos de su traje forense—. Suponiendo que esto esté relacionado con *su* asesino.

Como si fueran amigos que se mantuvieran en contacto.

Acompañando a Tomek, sin embargo, estaban sus amigos de *verdad*: el sargento detective Campbell y el agente detective Chey Carter, el miembro más joven del equipo.

Tomek intentó contar el número de puntos rojos en el cuerpo de la chica. —Hay al menos cincuenta picaduras. Y eso solo de un lado.

—Así que al menos cincuenta abejas —añadió Sean.

—Sí. Buen comienzo. —Sus ojos recorrieron la ropa interior de la chica, la zona de piel cerca de su muslo interno—. Parece que esa todavía está clavada en ella.

La pequeña bola negra y amarilla se inclinaba hacia un lado, meciéndose suavemente con el viento. Era un milagro que hubiera sobrevivido tanto tiempo. Tomek se agachó para verla más de cerca.

—¡Cuidado! —gritó Chey, poniendo una mano delante de la cara de Tomek—. ¡No la toque o podría convertirse en un *zom-bicho*!

Por un momento, Tomek no dijo nada. No porque no supiera qué decir (sabía las palabras exactas que saldrían de su boca mucho antes de que Chey las oyera), sino porque el comentario lo había dejado tan desconcertado que su cerebro tardó unos segundos en procesar si el agente lo había dicho de verdad.

Finalmente, Tomek se volteó para encarar al joven detective y lo fulminó con una mirada amenazante en el rostro. —Es usted una puta vergüenza, colega. Debería avergonzarse. Tenga un poco de puto respeto.

La inexcusabilidad de su comentario se reflejó rápidamente en la cara de Chey y se disculpó profusamente. Tomek aceptó su disculpa y luego le dio la bienvenida a lo que llamó El Equipo de Castigo: una pequeña unidad que de momento consistía solo en Chey, quien ahora se encargaría de todas las largas jornadas, las horas extras y las tareas aburridas y monótonas que nadie más quería hacer. Si alguien en el equipo necesitaba que alguien buscara algo de las pruebas, Chey era el hombre. Si necesitaban que alguien asistiera a

una autopsia en su nombre, Chey sería el primer nombre en la mente de todos.

Tomek no quería liderar con tanta mano de hierro, pero era necesario. Había un momento y un lugar para comentarios como ese y mirar fijamente el cuerpo que solo llevaba unas pocas horas frío no era, ciertamente, ni el momento ni el lugar.

—Te pasaste, amigo —dijo Sean, negando con la cabeza mientras Chey se encogía detrás de ambos en un intento por mantenerse fuera de la vista—. Te pasaste.

—Como si tú no hubieras dicho cosas peores —susurró Chey por lo bajo.

Tomek oyó hasta la última palabra. Y también la vio. El vaho de su aliento fue la mayor delación. —Oh, hemos pasado por eso —respondió—. Pero hemos aprendido cuándo y dónde. Es lo mismo para usted. Un rito de iniciación.

—De todos modos, sigo pensando que es asqueroso lo que dijo.

Los tres hombres se giraron para ver el último rastro de vaho saliendo de la boca de Lorna.

—Bueno, en nombre del joven señor Carter aquí presente —empezó Tomek—, le pido disculpas.

—Solo es asqueroso porque no se me ocurrió a mí primero.

*Oh, genial*, pensó Tomek. *Dos comediantes inapropiados en el equipo.*

Si se sumaba a Sean y a él mismo, ya superaban con creces su límite preferido.

Volviendo al asunto que los ocupaba, Tomek señaló la abeja que sobresalía del muslo de la chica. A Chey, le ordenó: —Encuentre a un ECI. Pídale que retire *con cuidado* el insecto y lo añada a la lista de pruebas. Después de que haya hecho eso, quiero que averigüe qué tipo de abeja es y de dónde vino.

Chey abrió la boca para hablar, pero Tomek lo interrumpió de inmediato.

—Ni se le ocurra decir que vino de una colmena, o lo echo de este equipo de una patada.

Chey se fue de la conversación con una sonrisa irónica en el rostro.

—Los chicos de hoy en día —dijo Sean, poniendo los ojos en blanco con efecto sarcástico.

—Pequeños malcriados, ¿no? *Gówniaki* los llamamos en mi tierra. Se traduce aproximadamente como *mierdecillas*. Pero Chey es de los buenos, aunque todavía no sepa cómo comportarse como es debido.

—Es un poco como un perro sin entrenar. Orinando y cagando por todas partes.

Tomek levantó la vista hacia su amigo, con su metro noventa y tres de estatura, y le dio una palmada juguetona en la espalda. —Ya tengo en casa a alguien que orina y caga. No es pequeña, te lo aseguro, y está bien educada, pero sigue orinando y cagando. ¿No quieres tomar a esa bajo tu ala? —Tomek señaló con la cabeza en dirección a Chey. El joven hablaba nerviosamente con una figura sin rostro en un traje forense blanco.

El rostro de Sean se contrajo cuando una ráfaga de viento trajo consigo las palabras de Lorna.

—¿Qué carajos les pasa a ustedes? —preguntó ella—. Pensé que *yo* era la rara. Pero ustedes son otra cosa. Es un puto milagro que logren hacer algo de trabajo.

—Es un milagro que logremos hacer *algo* —respondió Sean. El viento había comenzado a arreciar y le golpeaba los lados del traje forense en la cara.

Mientras lo decía, una hoja perdida le dio una bofetada en la mejilla. Tomek estaba a punto de reírse cuando vio una pila de ellas, empapadas y de color óxido, que se precipitaban hacia ellos. Su primer pensamiento fue proteger el cuerpo. Pero el equipo de ECI estaba en medio de sacar la carpa de su camioneta y luchaban ellos mismos contra el viento. Tomek se agachó junto a la chica y comenzó a quitar las hojas y otros detritos que el ataque del viento había soplado sobre ella.

Afortunadamente, solo eran unas pocas, y solo algunas habían caído sobre alguna de las numerosas picaduras de abeja que marcaban su cuerpo.

—Tenemos que cubrirla lo antes posible —señaló a nadie en particular.

—Están en ello —dijo Chey a su regreso.

Con él venía una oficial de Escena del Crimen que sostenía una bolsa de plástico en la mano. Se agachó, sacó un tubo de plástico delgado de dentro de la bolsa y lo presionó contra el muslo de la chica. Luego, con delicada precisión, extrajo la abeja de la herida con un par de pinzas y la dejó caer en el tubo.

Tomek le dio las gracias. Ella lo ignoró y le informó a Chey que alguien del equipo se pondría en contacto con el encargado de pruebas sobre el número de la evidencia. Y con eso, se fue.

—¿La conoce? —preguntó Tomek.

—¿A quién?

—A ella.

—¿A quién?

—¿Es usted un puto búho? A la joven que acaba de venir y cree que usted tiene más rango que yo.

—Ah, *ella*. —Las mejillas de Chey se sonrojaron. O era el frío que tenía un impacto repentino en el flujo sanguíneo de su cara, o lo acababan de pillar y lo sabía—. Nooo… nunca la había visto en mi vida.

Tomek se cruzó de brazos. —Claro que no.

—¿Es uno de esos «casi algo»? —le preguntó Sean a Chey, mirando directamente a Tomek.

—Vete a la mierda —respondió—. Dejemos toda la conversación y sigamos. Lo primero que quiero saber es quién es esta chica. Luego quiero saber qué hacía aquí, dónde había estado, con quién estaba y qué le pasó. Luego voy a enviar a Chey a la autopsia y a la identificación de la víctima. Y, Sean, si quieres acompañarlo, entonces sigue haciendo comentarios tontos sobre la vida social de mi hija de trece años.

# CAPÍTULO
# DIECINUEVE

Para cuando regresaron a la oficina, Rachel había terminado de preparar la sala de incidentes mayores, y todos en el equipo comenzaban a entrar en ella. De pie, juntos, a la cabecera de la sala, como si fueran dos generales del ejército a punto de dar un último mensaje antes de enviar a las tropas a la guerra, estaban la inspectora jefa Cleaves y el inspector Orange, con los brazos a la espalda y la columna recta. Tomek se les acercó.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó—. Parecen Thelma y Louise.

Nick bajó la voz y habló sin rodeos. —Le pasé el caso a la jurisdicción de Victoria. Ella está a cargo ahora.

Esas palabras fueron como una bofetada, un puñetazo en el estómago y una patada en los huevos. Todo al mismo tiempo. Victoria. A cargo. Nick no había cumplido su palabra y había sacado a Tomek del caso. Ya no era suyo para dirigirlo, ni para supervisarlo, ni para demostrar su valía.

—Dada la complejidad del caso —continuó Nick—, quería que alguien con un poco más de experiencia se encargara de él a partir de ahora.

Tomek no podía concentrarse en nada más; ni en el parloteo a sus espaldas, ni en el sonido de los pies arrastrándose sobre la alfombra, ni en el ruido de la puerta al cerrarse. Solo podía concentrarse en la elección de palabras de Nick.

*Alguien con un poco más de experiencia.*

*Poco* era la palabra clave. Victoria había ascendido rápidamente al nivel de inspectora, lo que no siempre significaba que tuviera la experiencia que lo acompañaba. Como Nick acababa de demostrar.

*Alguien con un poco más de experiencia.*

Tomek reprimió la rabia que comenzaba a arder en su interior. No tenía nada que decir.

—No es nada personal, Tomek. Solo quiero controlar esto antes de que las cosas se nos vayan de las manos. Convoqué a una conferencia de prensa para esta tarde. Para entonces, quiero saber en qué punto estamos.

Eso explicaba por qué había visto un puñado de figuras encapuchadas que se guarecían bajo los paraguas frente a la entrada principal de la comisaría. Como miembros del personal, solían usar la entrada trasera, ya que era más tranquila y llamaba menos la atención. Y era menos probable que los abordara un periodista desesperado pidiendo un comentario.

—Genial —dijo Tomek, esperando que el tono amargo de su voz fuera evidente.

—Como dije. Nada personal.

—¿Me necesita para algo ahora mismo? Tengo que hacer una llamada.

Nick y Victoria se miraron. Nick suspiró al responder. —La verdad es que lo necesitamos aquí.

—¿Por qué?

—Bueno, porque usted ha sido quien ha dirigido esta investigación hasta ahora. Usted es quien sabe todo lo que hay que saber.

—Interesante.

Nick suspiró de nuevo. Esta vez más profundo, más largo. —No haga esto más difícil de lo que es. Y no haga que todo se trate de usted.

—No lo estoy haciendo.

—Sí lo está haciendo. Desde mi punto de vista, ahora mismo se está comportando como un niño malcriado. ¿Con quién necesita hablar?

—Con la Agencia Nacional contra el Crimen. Pensé que tal vez les gustaría saber sobre nuestra mujer sin identificar.

—¿Puede llamarlos después?

Se encogió de hombros. —Quizás.

—Bueno, ¿cuánto va a tardar?

*Mucho menos si deja de hablarme y me deja ir ahora.*

Otro encogimiento de hombros. —Lo que sea necesario.

—Bien. Haga la llamada. Pero regrese.

Como si fuera a ir a otro lugar.

La llamada a la ACN había salido mejor de lo que esperaba. Le explicó a su contacto, Naomi Mackenzie, que se había encontrado un cuarto cuerpo. Y cuando ella preguntó de dónde había salido el tercer cuerpo, Tomek le describió los sucesos en torno a la muerte de Diana Greenock en Manchester y el vínculo entre ella y Mandy Butler; el vínculo leve pero significativo que se volvía más sostenible a medida que pasaban los días. Después de escuchar eso, Naomi le informó que ella y su equipo investigarían los detalles del caso. Todo lo que tenía que hacer era enviar la información y esperar su llamada.

No era un no rotundo. Era una consideración. Una grata mejora.

Lamentablemente, no se podía decir lo mismo de su humor. Seguía furioso cuando regresó a la sala de incidentes. Lo que más le molestaba no era el hecho de que lo hubieran reemplazado por alguien solo marginalmente superior, con una cantidad de experiencia marginalmente mayor; era el hecho de que Nick no confiara en él lo suficiente para hacer el trabajo por sí mismo. A Tomek le gustaba pensar que había demostrado su valía hasta ese momento, que había descubierto otras dos posibles víctimas, que había hecho la conexión inicial, con la ayuda de la minuciosidad y el análisis de Martin, entre Lily Monteith y Mandy Butler. Sin su intuición, no habría conferencia de prensa, no habría asesino en serie y no habría justicia para Diana Greenock y Mandy Butler.

Entonces, ¿por qué el repentino cambio de liderazgo?

Sabía que se volvería loco pensando en ello, así que resolvió pensar en otra cosa. Canalizar su agresión en una dirección diferente. En cambio, eligió pensar en los próximos pasos, los próximos pasos que *él* daría para encontrar al asesino.

Pero antes de que pudiera pensarlo bien, Nick y Victoria lo llamaron a la cabecera de la sala para que explicara todo lo que sabía. Mientras estaba allí, mirando los rostros ansiosos de sus colegas, apartó a Victoria y Nick al fondo de su mente, imaginó que no estaban allí, y tomó una instantánea de su equipo cuando se veían más frescos, porque sabía que en unas pocas semanas, esos ojos salvajes y emocionados se volverían cansados y agotados, exhaustos por todas las noches tardías y las horas extra, tiempo que pasarían lejos de sus familias durante las fiestas. Esta sería la última vez que se verían así, y quería asegurarse de que durara el mayor tiempo posible.

—Hace cinco años —comenzó Tomek, volviendo su atención a la pizarra. La limpió con el puño de su manga y dividió la pizarra en cuatro secciones. En la parte superior de cada sección estaban los nombres de las cuatro víctimas en orden cronológico: Diana Greenock, Mandy Butler, Lily Monteith y ahora su última víctima no identificada, su «Jane Doe»—. Hace cinco años —comenzó Tomek de nuevo, garabateando mientras hablaba—, Diana Greenock, de veintiocho años, fue encontrada muerta dentro de su apartamento en la planta baja en Manchester. Era gravemente alérgica a los gatos y al pelo de gato, y para colmo tenía asma. La descubrió una amiga que había ido a visitarla después de que no se presentara a trabajar. La amiga llamó rápidamente, pero para cuando intentó reanimarla, ya estaba muerta. Los resultados de la autopsia indican que murió de un ataque de asma *inducido* por el gato que se encontró en su habitación.

Tomek señaló el nombre de Mandy Butler y comenzó a escribir los detalles de su muerte debajo.

—Hace dos años, o sea, un intervalo de tres años entre la muerte de Diana y la de Mandy, Mandy Butler, de diecisiete años, fue asesinada en un concierto en el Cliffs Pavilion. Se sospechó una sobredosis de drogas. Durante el concierto, un hombre que

supuestamente conocía a Mandy se acercó a ella y a su amiga y les ofreció drogas. Mandy aceptó la oferta, posteriormente tomó las drogas y luego murió como resultado. Las drogas en cuestión eran éxtasis, pero resultó que estaban mezcladas con grandes cantidades de ibuprofeno y paracetamol, sustancias a las que Mandy era alérgica. Murió en la pista de baile, rodeada de cientos de personas, y fue pisoteada. La autopsia determinó que la causa de la muerte fue el éxtasis, pero sus padres pensaban diferente. Y yo también.

Tomek arrastró los dedos hasta el tercer nombre de la lista.

—Lily Monteith. Murió hace solo unos días. Encontrada en el parque John Burrows a primera hora de la mañana, completamente vestida y sin ninguna indicación de lo que le había sucedido. Resulta que, según la autopsia, le habían metido un condón y un guante de látex por la garganta. Látex, una sustancia a la que era fatalmente alérgica.

—Luego, aquí tenemos a nuestra Jane Doe, nuestra última víctima. Encontrada semidesnuda en el parque Belfairs, cubierta con casi un centenar de lo que parecen ser picaduras de abeja. No tenemos un nombre para esta pobre chica, ya que no se dejó ninguna identificación en la escena.

Tomek terminó de garabatear en la pizarra y se volvió para dirigirse al equipo: a *su* equipo.

—Lo que parece que tenemos son cuatro muertes aparentemente aleatorias y sin relación. Excepto por una cosa, una cosa que todas tenían en común. Una debilidad que ha sido explotada y de la que ha abusado un asesino malicioso y malvado. Sus alergias. —Tomek hizo una pausa para que la información se asimilara y para recuperar el aliento. Miró el muro de rostros estudiosos y atentos. Estaba claro que todos estaban cautivados e intrigados, que todos parecían pensar que esta era su investigación —. Por lo que he podido averiguar, ninguna de las víctimas se conocía. Sin embargo, eso podría cambiar durante nuestras investigaciones conjuntas. Hay, sin embargo, algo que vincula a nuestras dos primeras víctimas. —Tomek movió el marcador de pizarra entre Diana Greenock y Mandy Butler—. Manchester… Diana Greenock vivió y murió en Manchester, y en un momento dado

Mandy Butler también vivió allí, antes de mudarse a Essex con su familia hace poco más de tres años. Eso significa que había estado viviendo en la zona durante más de un año antes de que la mataran. Y, sospecho que nuestro asesino parece haberla seguido hasta aquí. Hablé con su amiga ayer por la mañana, y me confirmó que el hombre que le vendió las drogas conocía a Mandy de su tiempo en Manchester.

—También sospecho que estamos buscando a alguien que las conocía a todas. Alguien que se habría tomado el tiempo de conocer a las chicas antes de matarlas y de averiguar cuáles eran sus *debilidades* antes de encontrar una forma de explotarlas. Hubiera necesitado tiempo para preparar y planificar lo que les sucedió. El primer asesinato ocurrió hace cinco años, y el intervalo entre el asesinato de Diana Greenock y el de Mandy Butler es de tres años. El intervalo entre el de Mandy Butler y el de Lily Monteith es de dos años. Y ahora la distancia entre el de Lily Monteith y nuestra Jane Doe es cuestión de días. Pueden ver a dónde voy con esto. El tiempo entre asesinatos se está acortando rápidamente, lo que me preocupa, ya que podría haber más por venir. Y tenemos que asegurarnos de encontrarlo antes de encontrar nuestro próximo cuerpo.

Tomek hizo una nueva pausa para dar lugar a preguntas. Le llegaron una tras otra: «¿Qué edad tenían las otras chicas?», «¿Hubo alguna evidencia de agresión sexual?», «¿Por qué una de ellas estaba semidesnuda y las otras no?», pero antes de que pudiera responderlas, Victoria intervino y lo hizo a un lado.

—Gracias por eso, Tomek —dijo ella, sonriéndole con sorna—. Yo me encargo desde aquí.

—¿Perdón?

Las preguntas cesaron y el silencio se apoderó de la sala.

—Gracias por esa explicación, pero yo me encargo desde aquí. —Dirigió su atención a la audiencia antes de darle la oportunidad de responder—. Todas estas son preguntas a las que tendremos que encontrar respuesta. Como dijo Tomek, estamos buscando a alguien que sea potencialmente cercano a las chicas, o alguien que tenga

acceso a ellas. Alguien en sus vidas que todas compartan. Necesitamos encontrar a esa persona.

Sin darse cuenta, Tomek se hizo a un lado de la sala, como si lo moviera una fuerza imparable. Hasta que finalmente encontró un asiento libre en la periferia del grupo. Se desplomó en la silla y escuchó las palabras salir de la boca de Victoria. Tenía pocas intenciones de hacer lo que ella le pedía. En su mente, esta era su investigación, su plan, y la estrategia dentro de su cabeza era la correcta.

A la cabecera de la sala, Victoria se giró hacia la pizarra y trazó una línea horizontal a través de los cuatro nombres, dividiendo la tabla en dos. Luego, en letras gigantes, escribió «Próximos Pasos» sin importarle cruzar las líneas verticales. Dentro de cada columna, comenzó a escribir los próximos pasos para cada víctima y empezó a asignar tareas y roles a cada miembro del equipo.

—La mejor manera de combatir esto es si dividimos y conquistamos —comenzó, garabateando mientras lo hacía—. Nadia y Sean, quiero que ambos averigüen quién vivía en el bloque de apartamentos con Diana Greenock. Trabajen en estrecha colaboración con Chey y Martin, quienes investigarán la muerte de Mandy Butler. Necesito que encuentren un vínculo entre ellas dos. Anna y Oscar investigarán los sucesos en torno a la muerte de Lily Monteith, mientras que Tomek y Rachel descubrirán la identidad de nuestra Jane Doe.

Tomek sintió que la cabeza de Rachel se giraba hacia él en un gesto de unidad, pero lo ignoró y continuó mirando a Victoria escribir en la pizarra, todavía indignado de que no fuera él quien estuviera allí arriba.

—Dentro de unas horas tenemos programada una conferencia de prensa —dijo Nick, pasando al frente de la sala. En los últimos minutos, su cuerpo se había tensado; sus hombros estaban echados hacia atrás, sus muñecas flexionadas y sus puños apretados—. Asistiré yo solo; sin embargo, si encuentran alguna información, agradecería que alguien más estuviera allí conmigo para susurrarme cualquier cosa al oído. Esa misma persona tendrá que ponerme al tanto de los hechos antes de que yo suba.

La cabeza de Nick se giró automáticamente hacia la agente Anna Kaczmarek, o Triple Word Score, como la llamaban cariñosamente. Como oficial de enlace con los medios (además de su rol como oficial de enlace con las familias), era su deber preparar la información que se daba a los periodistas. Una parte de Tomek había esperado que Nick lo mirara a él, pero cuando no lo hizo, suspiró aliviado.

Sin embargo, el alivio duró poco.

—Tomek podría hacerlo.

La sugerencia había venido de Victoria. Tan pronto como la oyó, apretó la mandíbula y rechinó los dientes.

—Yo… —Nick vaciló.

—Estoy ocupado —respondió Tomek—. Esta ya no es mi investigación. Tengo mis propias tareas que hacer.

—No, a menos que yo se lo ordene —replicó Nick, más firme esta vez.

Tomek optó por no decir nada más. Podía ver el pequeño hoyo que ya había cavado para sí mismo y decidió que no quería hundirse más. Ya había pasado por eso antes, y tener a Nick de pie sobre él mientras meaba en el hoyo no era algo que quisiera revivir.

—Creo que eso es todo por ahora —dijo Nick—. Pueden irse.

De inmediato, todos se levantaron de sus sillas y se dirigieron a la salida. Todos excepto Tomek. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de la última persona, Nick colocó sus manos en el respaldo de una silla y suspiró pesadamente. Su marca registrada.

—¿Quiere dejar ya estas estúpidas niñerías?

—¿Qué niñerías?

—*Eso*. Esa mierda inmadura en la que finge estar enojado.

—Pero *estoy* enojado.

Nick suspiró de nuevo. Con cada uno, se hacían progresivamente más fuertes y más largos.

—Entiende por qué tuve que cambiar el liderazgo, ¿verdad?

—Para salvar las apariencias.

—¿Cómo dice?

—Porque se siente culpable por la forma en que manejó la investigación de Mandy Butler y no quiere que lo vean cometiendo el

mismo error al tener a un sargento como investigador jefe.

Esta vez no hubo suspiro. Solo una inhalación larga y continua que mantuvo allí durante mucho tiempo. Por un momento, Tomek se preguntó si todavía estaba respirando.

—Más le vale que cuide su puto tono, Tomek. De lo contrario, lo sacaré de este equipo y de esta puta investigación.

Tomek sonrió con aire de suficiencia y puso su mano en la puerta. —Ya hizo una promesa que no pudo cumplir, jefe. Así que creo que me arriesgaré.

# CAPÍTULO
# VEINTE

Lo bueno de su relación casi de padre e hijo con Nasty Nick era que podían pelear y discutir todo lo que quisieran, pero siempre se reconciliaban poco después. Casi no se guardaban rencor al final de cada desacuerdo; por lo general. Tomek llevaba sacando de quicio a Nick desde que tenía memoria, y nada se había interpuesto entre ellos que pareciera poder cambiar eso. Excepto ahora. Al salir Tomek de la sala de operaciones, tuvo la sensación de que su relación podría tardar un tiempo en sanar tras su pelea. Que los comentarios de Tomek habían estado fuera de lugar. Que habían sido un ataque personal contra Nick y su capacidad para liderar y cumplir con sus deberes como inspector jefe. Eso era cierto, por supuesto, pero Tomek era tan cabrón terco como Nick, así que pasaría un tiempo antes de que se disculpara por sus comentarios. De igual manera, esperaba una disculpa por haberle prometido el puesto de oficial de investigación principal y que luego se lo arrebataran. Y si eso no ocurría, entonces no sabía qué sería de su relación a partir de ese momento.

—¿Estás bien, sargento? —preguntó Rachel.

—Mejor que nunca —mintió él.

—Bueno, ¿quieres encender el auto? Es que me estoy congelando y me vendría bien la calefacción.

Tomek no se había dado cuenta, pero llevaba al menos un minuto sentado en el auto sin haber hecho nada.

El auto tardó unos minutos en calentarse y en que dejaran de temblar. El trayecto a la casa de Fern Clements duraba un poco más de veinte minutos, en Hockley.

Poco después de que Nick diera por terminada la reunión, entró una llamada a la oficina desde la centralita para notificarles sobre una persona desaparecida que coincidía con la descripción de su desconocida. Ahora iban de camino a la casa de los Clements para confirmar la identidad de la chica.

—¿Y si es ella? —preguntó Rachel mientras Tomek manejaba por la carretera principal.

—Entonces es lamentable, pero nos ahorrará mucho trabajo de campo —respondió él—. Pero, de cualquier manera, una familia está a punto de quedar con el corazón destrozado.

—¿Tienes la imagen?

La tenía. Pero deseaba no tenerla. La imagen que le habían tomado al rostro de la desconocida. El lado que tenía la menor cantidad de ronchas. El lado que causaría la menor angustia a su familia.

El lado que, como resultó, confirmó sus sospechas.

Kelly Clements solo pudo mirar la foto por unos segundos antes de asentir con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. Luego desapareció en el baño, dejando a su esposo Ralph solo para asimilar la información de que su hija estaba muerta. Ambos vivían en una bonita casa unifamiliar de cuatro dormitorios, con techos altos y habitaciones espaciosas. La vista desde las puertas de cristal del patio en la parte trasera de la sala daba a un jardín impecablemente cuidado que parecía brillar a pesar de la desolación del clima invernal de afuera. Una casa que de repente se había vuelto mucho más silenciosa, mucho más vacía.

Tomek esperó pacientemente a que Kelly regresara. Lo hizo un minuto después, con un puñado de pañuelos de papel en los brazos, algunos asomando por debajo de sus axilas.

—Y... ¿y están seguros de que se ha ido? —preguntó Kelly al sentarse—. ¿Están seguros de que es ella?

Tomek admiraba el ardiente deseo de Kelly de aferrarse a lo imposible. Que la chica de la foto no era su hija, no podía serlo. Que

la chica de la foto solo estaba jugando con ellos, que las picaduras de abeja no le habían arrebatado la vida. Maldición, sabía que él se habría comportado igual si hubiera estado en su lugar.

—Encontramos a su hija esta mañana en Belfairs Park. Esta foto solo muestra su cabeza; sin embargo, el resto de su cuerpo está cubierto de las mismas lesiones —explicó Tomek.

—Sospechamos que son picaduras de abeja —continuó Rachel. Su voz era mucho más suave y amable que la de él, y provocó una reacción más tranquila en los padres de Fern Clements—. ¿Su hija es alérgica a ellas, por casualidad?

Con los ojos desorbitados, Kelly y Ralph Clements asintieron lentamente.

—Pero —empezó Ralph, pero se atragantó con el nudo que tenía en la garganta—. ¿Por qué alguien le haría esto? ¿*Quién* le haría esto?

—Eso es lo que pretendemos averiguar —continuó Rachel. Tomek estaba más que feliz de que ella tomara el control en esta ocasión, y de intervenir él solo cuando fuera necesario. *Si* fuera necesario—. Antes de pasar a las preguntas sobre los acontecimientos que rodean la muerte de su hija, creemos que es pertinente informarles que, dentro de las próximas dos horas, nuestro jefe, el inspector jefe detective Nick Cleaves, aparecerá en televisión en relación con la muerte de su hija. Por el momento, no se dará su nombre, ya que no esperábamos descubrir su identidad tan pronto, pero podemos cambiar eso si lo desean. La única razón por la que vamos a dar información y a solicitar testigos es porque creemos que el asesinato de Fern está relacionado con otros tres asesinatos. No podemos entrar en demasiados detalles, pero sí podemos compartir todo lo que se dirá en la conferencia de prensa. ¿Tienen alguna pregunta sobre lo que acabo de decir? Entiendo que es mucho que asimilar, y es mucha información que procesar, así que tómense su tiempo.

No tenían ninguna pregunta. Pero Tomek sí: enséñame, Rachel. En todos sus años, esa fue quizás la forma más elocuente y tranquilizadora en que había presenciado una notificación de muerte. Las suyas solían ser directas, al grano, casi sin emociones. La de Rachel había sido todo lo contrario. No era ninguna ciencia, desde

luego, pero Tomek pensó que podía aprender un par de cosas de ella, algo que había descuidado en los cuatro meses que llevaba en el equipo desde que fue transferida de la Policía Metropolitana.

—Tenemos una oficial de enlace familiar que será su principal punto de contacto —empezó Rachel, y luego continuó explicando el papel de Anna a la familia, y cómo se convertiría en una especie de tercer miembro. (Aunque se olvidó de mencionar que podría ser una especie de prima lejana, gracias a todas las familias que estaba teniendo que añadir a su lista).

—También me gustaría añadir, antes de continuar, que lamento de verdad su pérdida, y que haremos todo lo posible para averiguar quién le hizo esto a su hija —terminó.

Un buen detalle. Y pareció funcionar también.

—Se… se lo agradecemos, gracias —dijo Ralph, esta vez con más valor—. Creo que… me siento… me siento seguro y más tranquilo sabiendo que ustedes están en el caso, gracias.

Rachel les ofreció a cada uno un apretón de manos y luego centró su atención en los detalles de la vida de su hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Quince.

—¿Dónde estaba anoche?

—Tomando con unas amigas —respondió Kelly Clements.

—Estaban en una pequeña fiesta en casa. Solo unas cuantas chicas, nos dijeron.

—¿Puede darme el nombre de la chica que organizó la fiesta y los nombres de las demás que asistieron?

Kelly se los dijo lo mejor que pudo recordar.

—¿Saben qué planes tenía para después de la fiesta? ¿Se iba a quedar en casa de una amiga, a volver aquí o a pasar la noche fuera?

Kelly y Ralph se miraron, como pidiéndose confirmación. —Se suponía que se iba a quedar a dormir. Todas lo iban a hacer. Pero, si la encontraron fuera, debió de salir de la casa por alguna razón. Debió de intentar volver a casa caminando o algo así. Quizás se peleó con algunas de las otras chicas. Nunca me gustó mucho esa

tal Kirsty. Pero, ¿por qué no nos llamó si venía de regreso? ¿Por qué no le pidió ayuda a nadie?

Tomek podía ver lo que estaba pasando. Kelly estaba al principio de una espiral descendente de pensamientos hipotéticos e inútiles, pero antes de que pudiera detenerla, Rachel se le adelantó.

—Haremos todo lo posible por responder a esas preguntas —dijo ella, levantando una mano y luego bajándola para indicarle subconscientemente a Kelly que se calmara—. Incorporaremos todo eso en nuestras investigaciones, no se preocupe. Ahora, debo preguntar sobre las alergias de Fern. ¿Quién más lo sabía?

—Bueno, en su escuela lo sabían. Todos los profesores tenían que estar al tanto, y el equipo de orientación la cuidó un par de veces. Luego están sus amigos, todos lo saben. Es… es curioso. Siempre nos contaba cómo se abalanzaban sobre ella para protegerla cada vez que veían una abeja en el patio o en el campo cercano.

La sonrisa desapareció del rostro de Kelly mientras su cabeza caía sobre su regazo. Su esposo le puso una mano consoladora en la espalda, pero ya era demasiado tarde. Ya había vuelto a caer en la espiral, solo que esta vez no verbalizaba nada.

Tomek intervino. —¿Había, que ustedes sepan, algún chico o chica en la vida de Fern con quien estuviera involucrada sentimentalmente? ¿Estaba en una… una *situationship* con alguno de ellos?

Kelly levantó el rostro, con una expresión de confusión grabada en cada poro de su piel.

—¿*Situationship*? —repitió.

—Olvídalo. ¿Estaba involucrada con alguien, en un sentido romántico?

Ambos padres se miraron de nuevo, tratando de saber en quién podría haber confiado Fern. Luego se volvieron hacia él y negaron con la cabeza. Hasta donde ellos sabían, Fern no tenía ni novio ni novia. Pero como ya había aprendido varias veces a lo largo de esta investigación, a veces los amigos sabían más de las víctimas que sus padres.

Lo que le recordó algo. Todavía tenía que contactar a Sylvia y a su madre. Más tarde. En otro momento, menos inoportuno.

Tomek les agradeció a ambos su tiempo, les informó que se pondrían en contacto si necesitaban algo, pero que Anna sería su principal punto de contacto, y luego se fue, disculpándose y ofreciendo sus condolencias al hacerlo. Mientras regresaban al auto, Tomek recibió una notificación de correo electrónico en su teléfono. Intrigado por la vista previa en la pantalla, abrió la aplicación y leyó el resto del mensaje.

—No dejes que te vean esa sonrisa —dijo Rachel mientras él rodeaba el otro lado del auto—. Si no, pensarán que te alegras de que su hija esté muerta.

—Qué cosa tan extraña dices.

—Entonces, ¿*por qué* sonríes?

—Porque acabo de recibir un correo electrónico de la NCA. Van a unirse a nosotros a partir de ahora con algunas directrices sobre nuestro amigo asesino en serie.

# CAPÍTULO
# VEINTIUNO

Tomek estaba sentado en la habitación con la persona que peor le caía y su nueva persona favorita.

La persona que peor le caía era la que se creía a cargo de todo, incluida esta discusión. Mientras que su nueva persona favorita era la que de verdad estaba al mando y la que tomaba el control de la conversación cada vez que la otra se adueñaba de ella.

—Yo soy la experta —replicó Tracy Pickard—. ¿Quiere oír lo que tengo que decir o no?

A Tomek le cayó bien desde el momento en que entró por la puerta, y aún más después de ese comentario. Ya había calado a Victoria y era evidente que no era el tipo de mujer que se quedaba de brazos cruzados. Era segura, franca y tenía un trabajo que hacer. Y lo iba a hacer sin importar lo que pensara la gente.

Tracy era una de las psicólogas forenses más fiables y experimentadas de la Agencia Nacional del Crimen. Había revisado a fondo las notas del caso que Martin había enviado antes, y había sido su opinión la que había convencido a Naomi Mackenzie para darle luz verde.

—No. Por supuesto. Adelante, por favor —dijo Victoria, titubeando.

—Genial, gracias. —Tracy se sacudió la ropa antes de hablar. Frente a ella, sobre la mesa, estaba su laptop con una libreta al lado. Garabateaba mientras hablaba—. Por lo que he podido revisar, parece que el asesino es casi con toda seguridad conocido de todas

las víctimas. Esto significa que está cómodo y seguro con las mujeres, en particular con las jóvenes. Pero también es importante recordar que ellas se sienten cómodas con él. Creo que estas personas van voluntariamente con él o se reúnen con él en esos lugares, en lugar de que haya coacción alguna. Esto significa que es alguien en quien las víctimas confían, que las chicas conocen y respetan. Como resultado, el asesino les parecerá agradable y amigable. También diría que podría ser ligeramente afeminado, o al menos mostrar signos de ello. A la mayoría de las chicas de esa edad se les enseña a desconfiar de los hombres mayores, independientemente de su profesión o su papel en la sociedad. Ahora bien, es posible que estas chicas sean diferentes y les gusten los hombres mayores, lo que sin duda encajaría con la teoría de que le gusta tener poder sobre ellas, pero de eso hablaremos más adelante.

—Creo que será un poco afeminado, accesible, digno de confianza y quizá alguien que les recuerde un poco a su padre, o a cualquier otro modelo masculino que tengan en sus vidas, en cuanto a aspecto, forma de vestir y modales. Sin embargo, con cuatro víctimas diferentes, me imagino que es difícil encontrar un hombre que coincida con los cuatro padres, más aún cuando uno de ellos, por desgracia, ha fallecido.

—Por otro lado, el individuo podría ser alguien en una posición de poder y autoridad. Alguien bastante atractivo también. Alguien que es capaz de derribar las barreras de sus víctimas y que no teme hablar con ellas dentro o fuera de la escuela. Alguien de quien quizás le contarían a sus amigas si alguna vez tuvieran un encuentro casual con él. Posiblemente las halaga, pero no de una forma que dé pena ajena. E incluso podría ser alguien de quien sus víctimas no les hablan a sus padres ni a sus amigas. Si ese es el caso, entonces será bastante manipulador y autoritario; sin embargo, sus víctimas son jóvenes e impresionables, así que no haría falta mucho para que creyeran cualquier cosa que les dijera.

Tracy estiró el brazo sobre el escritorio para tomar su botella de agua de plástico. Tenía marcas que indicaban diferentes horas del

día para señalar cuándo tenía que beber; acababa de llegar a su alarma de agua de las 2 p. m.

—A continuación, tenemos que considerar las motivaciones del asesino. ¿*Por qué* está matando a estas víctimas a través de sus alergias, y por qué este grupo de edad? Y luego pasaremos al cómo. —Enroscó la tapa con fuerza y volvió a colocar la botella junto a su laptop—. En primer lugar, yo diría que el grupo de edad de las víctimas se debe predominantemente a la accesibilidad y el poder. Puede tener control sobre una adolescente mucho más fácilmente que sobre una mujer adulta. Obviamente, hay algunos casos en los que podría no ser así, pero nuestro asesino es lo suficientemente inteligente como para saber qué batallas elegir y tomar una decisión. No creo que el sexo de las víctimas tenga nada que ver, porque no ha habido pruebas de agresión sexual. No hay un motivador sexual detrás de sus acciones, detrás de sus asesinatos, y no espero que eso cambie en el futuro. Son casi sus sujetos de prueba. —Al decirlo, sus ojos se iluminaron, como si la idea se le acabara de ocurrir en ese preciso momento—. Está jugando con ellas, probando diferentes alergias y sus reacciones. Primero el gato, luego los medicamentos, después el látex y ahora las picaduras de abeja. Perfecciona el método de asesinato para cada alergia y luego pasa a la siguiente. Con Diana Greenock, si realmente fue su primera víctima, murió por su alergia a los gatos. Ese fue un asunto zanjado, así que pasó a la siguiente. Ibuprofeno. Ahora bien, como saben, esto no tuvo mucho éxito porque lo intentó varias veces con las otras víctimas.

—¿En serio? —preguntó Victoria, que parecía tan sorprendida como sonaba.

Tracy se volvió hacia Tomek y luego de nuevo hacia Victoria. —Tomek me envió el artículo del periódico —explicó. Y ahí quedó el asunto. Victoria tendría que ponerse al día por su cuenta. Luego Tracy continuó, ansiosa por seguir adelante y sacar todos los pensamientos de su cabeza mientras aún estaban lúcidos—. Una vez que Mandy Butler fue asesinada con éxito gracias a su reacción al ibuprofeno en su sistema, pasó a Lily Monteith. Látex. Eso fue un éxito instantáneo, así que pasó a Fern Clements, nuestra última

víctima. Con cada asesinato exitoso, con cada *experimento* exitoso, encuentra una nueva víctima.

—¿Qué opina de los intervalos entre los asesinatos? —preguntó Tomek. Hasta ahora había estado absorto en lo que ella decía. No estaba necesariamente de acuerdo con todo y a veces le costaba entender por qué era tan célebre, pero, no obstante, estaba fascinado con lo que decía.

—Sí lo consideré, y creo que ahora que tiene un proceso establecido, va a llevar a cabo los asesinatos mucho más rápido. Puede que ya tenga una lista de posibles víctimas a las que puede atacar, una lista que podría haber estado elaborando en el transcurso de los últimos cinco años, y ahora está listo para usarla. Puede que sean chicas que conoce desde que eran más jóvenes, y ha estado esperando hasta que tuvieran una edad determinada antes de querer intentarlo.

—¿Por qué? —preguntó Tomek—. ¿Por qué espera? ¿Por qué no lo intenta cuando son mucho más jóvenes?

Y entonces la respuesta se le hizo obvia. Las tres últimas víctimas —Mandy Butler, Lily Monteith y Fern Clements— habían estado socializando de una forma u otra. Habían estado lejos de sus padres, solas, y los ataques habían ocurrido de forma aislada y en la oscuridad (con la excepción de Mandy Butler).

—Ha elegido esa edad porque están empezando a salir más. Menos ojos vigilándolas. Son más vulnerables.

—Exacto —dijo Tracy con fuerza—. Es inteligente, calculador. Se enorgullece mucho de sus planes y pone mucha atención a los detalles.

—¿Qué hay de otras motivaciones? —preguntó Victoria—. Olvídese de las chicas por un minuto. ¿Por qué hace esto en primer lugar?

Esa era la pregunta del millón. Y a Tomek le intrigaba saber si Tracy tenía una respuesta.

Ella lo consideró pensativamente por un momento, aparentemente consciente de que ese era su momento para demostrar lo que valía.

—No me atrevería a afirmarlo con certeza ni a apostar mi carrera en ello, sin embargo, me imagino que es porque ve las alergias como una especie de debilidad. Es alguien que gozará de una salud típicamente buena y se reirá del hecho de que algo tan pequeño o insignificante como el pelo de gato y el látex pueda matar a una persona. Le producirá placer ese pensamiento. Puede que tenga algún tipo de complejo de Dios, donde cree que es mejor que todos los demás y, por lo tanto, está librando al mundo de los que son más débiles que él. Lo considera su deber.

Tomek asintió, totalmente de acuerdo en ese punto. Un ego peligroso y malvado llevaba la batuta. Uno que costaría trabajo detener.

—¿Ha considerado la posibilidad de que sea más de un asesino? Un dúo de individuos con ideas parecidas o una *folie à deux* —preguntó Victoria. Se refería, por supuesto, al caso anterior en el que habían trabajado juntos, la desaparición y asesinato de dos chicas en Canvey Island, que habían sido secuestradas y asesinadas por una pareja separada en busca de venganza.

—Si eso es lo que usted sospecha, entonces no tiene caso que yo esté aquí.

—Solo cubro todos los frentes —respondió Victoria con una sonrisa poco impresionada.

La conversación concluyó y ambos le agradecieron a Tracy su tiempo. Luego, Tomek la acompañó fuera de la habitación hasta el pequeño espacio que le habían preparado junto a Anna en la oficina. Cuando ella había pedido un espacio propio, Tomek se había reído entre dientes y le había recordado que ya no estaba en Londres. Poco después, regresó a regañadientes a la habitación donde Victoria estaba sentada esperando. Solo ellos dos. Solos. Para discutir. Donde él hablaría y ella se llevaría todo el crédito.

—¿Qué le pareció? —preguntó Tomek, adelantándose.

—Creo que es un buen punto de partida. Creo que nos ha dado mucho en qué pensar y ha aclarado muchas incertidumbres que tenía. Creo que será bueno tenerla en el equipo.

Eso le sonó a Tomek como un discurso de entrevista. Diciéndole lo que quería oír.

Lamentablemente, él no sentía lo mismo.

—Respóndame a esto. ¿Buscamos a un hombre afeminado que les recuerda a su padre, o a una figura autoritaria, atractiva y segura de sí misma?

Para eso, ella no tuvo respuesta.

Como Tomek esperaba.

El perfil psicológico del asesino que había hecho Tracy había sido contradictorio a veces, como Tomek acababa de señalar, pero todavía había datos valiosos que él consideraba relevantes. Cosas que no se sentía cómodo compartiendo con Victoria. Para eso, se dirigiría directamente a Nick.

—¿Algo que quiera añadir? —preguntó Victoria.

Tomek dudó. —Sí —empezó mientras hacía ademán de irse—. ¿Cree que podría ganarle a correr a una vaca?

# CAPÍTULO
# **VEINTIDÓS**

Kasia esperó toda la hora del almuerzo para hablar con él. Hasta que sonó la campana y la zona se vació. Mientras a todos les preocupaba que los castigaran, ella lo tomó del brazo desde el otro lado del patio.

Pero a ella no le importó. Tenía algo que preguntarle. Algo importante.

—¿Quieres venir a mi casa esta noche?

La boca de Billy se abrió y se cerró varias veces como un pez.

—¿Estás…, eh, ya lo hablaste…, le parece bien a tu papá?

Ella suspiró y se cruzó de brazos. —¿Por qué estás tan obsesionado con él?

Billy se inclinó más y susurró por la comisura de los labios. —Porque es un maldito poli.

—Sí. ¿Y qué? Dijo que no hay problema.

Billy parecía dudoso. Seguía sin responder la pregunta.

—Ni siquiera va a estar en casa. Mira.

Buscó en el bolsillo interior de su saco y le mostró el celular. En la pantalla estaba el mensaje de texto de su papá que había recibido apenas unos minutos antes, donde le avisaba que iba a llegar tarde y le deseaba suerte con su clase de polaco de esa noche.

—¡Ves! Ni siquiera va a estar.

Billy leyó el mensaje varias veces.

—¿Cómo sé que no lo enviaste tú desde otro celular?

—¿Por qué haría eso? ¿No confías en mí? ¿No me quieres?

Él le puso las manos en los brazos. —Claro que sí. Es solo que…, no sé. ¿Y si nos descubre?

—Ya te dije que a él no le molesta. Y te dije que no quiero hacer *eso*.

La expresión en la cara de Billy se descompuso. ¿Acababa de darle otra razón para no ir?

—Pensaba ir al parque después de la escuela —dijo él.

*¿Totalmente a oscuras?*, pensó ella, pero decidió no decir nada.

—No hay problema —respondió—. Tengo mi profesor particular esta noche, así que puedes venir después de eso. ¿Digamos a las siete?

Billy dudó un momento, perdido en sus pensamientos mientras sopesaba la decisión. Era una simple respuesta de sí o no, pero él la estaba haciendo mucho más difícil de lo necesario. Entendía su vacilación. Su papá *era* policía. Podía ver cómo eso sería intimidante, pero ¿por qué no confiaba en ella, por qué no la escuchaba? Incluso si Tomek no hubiera dicho explícitamente que Billy podía ir a la casa, ¿cómo se enteraría si iba a llegar tarde? Por experiencia, sabía que «tarde» significaba entre las nueve y las diez, y eso en un buen día. Algunas noches llegaba tan tarde como a las once o a la medianoche, y Tomek la encontraba todavía despierta en su habitación viendo Netflix en su laptop. En un día de semana. Pero lo que él no sabía era que a veces ella se quedaba despierta hasta más tarde solo navegando en su celular, viendo videos en TikTok e Instagram. Por eso siempre se sentía cansada, pero nunca se quejaba porque sabía lo que él diría.

*Acuéstate más temprano.*

*Deja de estar con ese celular o tendré que confiscártelo.*

Todas las cosas aburridas de papá que ya había escuchado tantas veces.

Bueno, esta noche sería diferente. Esta noche, para cuando Tomek llegara a casa, Billy ya habría venido y se habría ido, y ella estaría profundamente dormida.

El único problema era la comida. Conseguir algo para cenar.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

—Sí, claro —respondió él con un gesto de orgullo.

—¿Puedes comprar una pizza o algo y la comemos cuando llegues a mi casa?

Antes de que Billy pudiera responder, el Sr. Healy, el jefe de noveno año, salió al patio. Su panza se salía de la camisa y tenía la corbata torcida.

—¡A clases! —Su profunda voz escocesa retumbó por el patio—. ¡Es su última advertencia, o si no, castigo para los dos!

Sin decir nada, Billy se fue por un lado, mientras que Kasia se fue por el otro. Mientras se dirigía al pequeño edificio donde tenía sus clases de historia, se detuvo en la puerta y observó a Billy correr a toda velocidad por el patio.

—¡A las siete! —gritó, con la voz quebrándose a mitad de la frase —. ¡Y yo llevo la pizza!

# CAPÍTULO
# VEINTITRÉS

Tomek estaba agradecido de que no lo hubieran obligado a asistir a la rueda de prensa junto con Nick. Por lo que pudo oír, que fue todo gracias a la función de video *en vivo* del sitio web del *Southend Echo*, había sido un desastre total.

Nick había empezado con fluidez y elocuencia, todo muy bien. Explicó la situación: que dos chicas de edad similar de diferentes escuelas habían sido encontradas muertas en dos campos distintos, y que sus muertes estaban siendo tratadas como sospechosas y relacionadas entre sí. Pero luego, cuando comenzó a responder las preguntas de la manada de lobos hambrientos que tenía delante, empezó a desmoronarse, a balbucear.

Había sido implacable. Se había corrido la voz, sin duda gracias a Abigail Winters, de que la muerte de Mandy Butler estaba inextricablemente ligada y que había toda una cohorte de chicas de edad similar que habían experimentado algo parecido. Que se había solicitado una investigación más a fondo y que no se había hecho nada al respecto. Naturalmente, a esas alturas la prensa había comenzado a cuestionar la credibilidad y profesionalidad de Nick. Pero todo se había venido abajo en cuanto se mencionó a Diana Greenock, también por parte de Abigail Winters. (Tomek tenía que reconocérselo, era una pequeña perra tenaz, y no le asustaba a quién se enfrentaba en el proceso).

Dos asesinatos ya era bastante malo.

Tres asesinatos con una multitud de víctimas relacionadas era grave.

Pero cuatro asesinatos, todos relacionados, era ir demasiado lejos.

Se podrían haber salvado dos vidas si Nick hubiera investigado más a fondo la muerte de Mandy Butler.

—¿Qué va a hacer diferente? —preguntó una voz fuera de cuadro, aunque él la reconoció como la de Abigail.

Otra vez.

Implacable. Un rasgo que no creía que dejaría de admirar en ella, siempre y cuando no lo estuviera acosando *a él* para sacarle información.

—Bueno —comenzó Nick, suspirando profundamente—. Se veía desgastado y destrozado, listo para que la conferencia terminara—. Esta vez tenemos un equipo de algunos de nuestros… de nuestros mejores hombres y mujeres trabajando en el caso. También contaremos con el apoyo de la Agencia Nacional del Crimen para ayudarnos a determinar el perfil de nuestro asesino. —Luego se giró hacia la cámara y se dirigió directamente al espectador, con sus ojos penetrantes, su mirada intoxicante—. Si alguien tiene alguna información relacionada con las muertes de estas cuatro personas, por favor, preséntese. Solicitamos toda la información que puedan darnos. Gracias.

—¿Por qué no se hizo esto antes?

—¿Cuánto sabe realmente?

—¿Por qué sigue usted al mando?

—¿Por qué cree que es apto para dirigir esta investigación?

La avalancha de preguntas que lo siguió al salir de la sala fue brutal, y una parte de Tomek sintió un poco de lástima por el hombre. Pero solo un poco.

—Eso sonó intenso —dijo Rachel a su lado mientras él guardaba el teléfono en el bolsillo.

—Al menos terminó con una nota positiva. Quizás. O al menos se fue con *algo* de dignidad.

—Para lo que sirva de algo, creo que deberías haber seguido como SIO en este caso, pero sé que mi opinión no cuenta mucho.

—Gracias —dijo Tomek. Eso significaba mucho para él y lo agradecía, pero como un hombre típico, no dijo nada de eso, sino que lo dejó para interiorizarlo—. Una parte de mí quiere verla estrellarse y arder. Mientras que la otra parte de mí reconoce el hecho de que cuatro mujeres están muertas, varias más marcadas de por vida, y el asesino sigue ahí fuera.

—Ah, la clásica situación sin salida de preocuparse por tu ego o dejar que un asesino mate a más víctimas. Difícil elección.

Hizo que el sarcasmo en su voz fuera bien notorio mientras ponía los ojos en blanco y se giraba para mirar por la ventanilla del pasajero.

Sus palabras le dieron algo en qué pensar. Quizás estaba dejando que su ego se interpusiera. Estaba dirigiendo la investigación por él hasta ahora, y si dejaba que se saliera de control, entonces más chicas jóvenes podrían morir. Y entonces podría encontrarse recibiendo insultos desde el otro lado de un micrófono dentro de diez años.

Nada de eso le sonaba atractivo.

Lo siguiente en la agenda era una cita con el único apicultor registrado en la zona de Southend.

Timothy Warren era dueño de una granja y vivía en ella en medio de Great Wakering, un pequeño pueblo encajonado entre los pantanos de Essex al este y tierras de cultivo al oeste. Era un hombre bien entrado en la treintena, unos años menor que Tomek, con el pelo canoso y una espesa barba rojiza. Su rostro era como cabría esperar de un granjero: cansado, curtido por el clima y luciendo un bronceado irritantemente bueno a pesar de estar seis meses fuera de temporada. Y su cuerpo estaba en mejor forma. Pero a Tomek le gustaba pensar que el suyo estaría igual de bien, si no mejor, si se pasara el día acarreando heno y equipo de labranza.

—Tenemos las ovejas en ese lado de la granja, por allá —explicó el granjero mientras señalaba una gran extensión de tierra verde y plana—. Las gallinas en ese corral de allí. Las vacas al otro lado de esa hilera de setos. Y un par de caballos en los establos más allá de la casa.

—Le va bastante bien, entonces —comentó Tomek.

—Ya no es lo que era. El brexit nos jodió en grande. Nos están superando en precios y ventas en todas partes. Pero ¿qué podemos hacer? Fui uno de los que votó por eso, así que solo puedo culparme a mí mismo.

*Sí*, pensó Tomek. *Sí, así es*.

—Y aquí es donde tenemos las abejas.

Timothy los había guiado a través de un pequeño hueco en una hilera de setos hacia otra extensión de tierra plana y verde. A más de cien metros de distancia había hileras de pequeñas cajas blancas. Rodeando las cajas había un campo de flores que hacía tiempo que habían muerto en el invierno. Un estrecho camino, hecho con tablones de madera intrincadamente colocados, conducía hasta los apiarios. Un zumbido bajo y monótono que sonaba como un cepillo de dientes eléctrico vibraba en el aire. A la derecha de Tomek, a corta distancia, había una pequeña planta de procesamiento.

Timothy les hizo un gesto para que se acercaran, y Tomek se sintió relajarse cuanto más se alejaba del zumbido eléctrico.

La planta de procesamiento era engañosamente grande por dentro y estaba separada en dos compartimentos. A la izquierda estaba la línea de producción, donde el panal y el producto se convertían en productos de miel. Y la sección de la derecha era el producto final. Hileras de frascos de miel de diferentes sabores se exhibían orgullosamente en estantes a lo largo de la pared del fondo. Con especias de calabaza, cúrcuma, ralladura de limón, canela. Al lado, en estanterías separadas, había hileras de mostaza con miel, velas de cera de abeja y bálsamo labial de propóleo, todo con la marca de la granja de abejas de Timothy.

De las paredes colgaban una serie de trajes de apicultor en diversas fases de producción. Uno era simplemente un sombrero con una red. Otro era un sombrero y la parte superior del traje que llegaba hasta la cintura. El último era el traje completo, con sombrero, red y traje de cuerpo entero. La máxima protección disponible.

—Como pueden ver, aquí es donde guardo toda la exquisitez deliciosa —dijo Timothy.

Tomek no estaba seguro de que nadie hubiera dicho «exquisitez deliciosa» desde los años ochenta, pero optó por no mencionarlo. En su lugar, dejó que Rachel tomara la iniciativa.

—¿Cuántas abejas tiene? —preguntó ella.

—No trabajamos con números así. Es difícil llevar la cuenta de esa cifra. Podría decirle cuántas colonias tengo, si le interesa.

—Sí. Obviamente.

—Ciento setenta y dos.

—¿Y cuántas abejas en cada colonia?

—Entre cien y doscientas.

—¿Así que podría habernos dado una estimación, entonces?

—Si tuviera que ponerle un número.

Jesús, qué tipo más insufrible.

—¿Cuánto tiempo lleva criándolas?

—Casi diez años.

—¿Y es usted el único?

—Según la Asociación de Granjeros Apícolas, sí. Hay otras personas que intentan criarlas, pero no tienen mucho éxito, y la mayoría de la gente que tiene abejas son solo apicultores y aficionados. Lo hacen por amor al arte o por un poco de dinero extra.

—¿Pero usted está en esto para hacerse millonario?

Timothy se encogió de hombros. —Si quiere ser grosera al respecto. ¿Está aquí para investigar mis finanzas? Porque pago todos mis impuestos y dono una gran parte de mis ganancias a las organizaciones benéficas de las que formo parte.

—No —dijo Rachel sin rodeos—. No estamos aquí por eso.

—Entonces, ¿le importa si le pregunto por qué pregunta sobre mis abejas?

Rachel dudó, tragó saliva. —En un minuto. Solo hay algunas preguntas más que nos gustaría hacer, si nos lo permite.

—¿Le gustaría probar un poco?

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Timothy se apresuró al otro lado de la planta de producción. Tomó un frasco de miel y se lo entregó a Tomek, quien lo aceptó cortésmente.

—De la mejor miel que probará en su vida, esa es.

*¿Es eso lo que le dijiste a Fern Clements antes de matarla?*

Tomek abrió el frasco y mojó el dedo. Timothy tenía razón, era una exquisitez deliciosa. E hizo el ruido para demostrarlo.

—Sabía que le gustaría —continuó Timothy—. ¿Y un poco para usted, señorita?

Antes de que ella pudiera responder, Timothy le quitó el frasco a Tomek y lo sostuvo frente a Rachel, quien con vacilación mojó su dedo meñique hasta la uña y se lo lamió.

—Mmm. Deliciosa. —Su expresión contradecía su afirmación.

—Es uno de nuestros productos más vendidos.

—¿Entre eso y la carne? —preguntó Tomek.

—Sí. Y no olvide la leche. ¿Les gustaría venir a ver algunas de las abejas?

Tomek y Rachel se lanzaron una rápida mirada. Ambos sabían que iba a pasar, pero ninguno estaba particularmente entusiasmado con la oportunidad.

—Solo si puede decirnos más sobre esto —dijo Rachel, metiendo la mano en el bolsillo del pecho de su saco. Un momento después sacó la prueba que Tomek había retirado del almacén. Un pequeño vaso de precipitados de vidrio, sellado en una bolsa de plástico, con un número de prueba y una hoja de registro adjunta. Dentro del vaso estaba la pequeña abeja que habían extraído del cuerpo de Fern Clements.

Rachel no necesitó levantar mucho el vaso para que Timothy se interesara. Se abalanzó sobre ella en un instante, pidiendo permiso para sostenerlo él mismo.

—¡Conozco esto! —dijo emocionado—. ¿Pero de dónde lo sacaron *ustedes*? ¿Y para qué lo tienen?

Rachel esquivó la pregunta con una sonrisa encantadora. —Le agradeceríamos que pudiera identificarla para nosotros, por favor, Timothy.

Al oír su nombre, las mejillas de Timothy se enrojecieron. —Por supuesto. Sí. Absolutamente. Es… Bueno, es de una abeja africanizada. Son una de las abejas más agresivas del mundo. Se encuentran más comúnmente en Brasil, y la mayoría de las

picaduras son muy dolorosas, pero algunas pueden ser mortales, especialmente si eres alérgico.

Las orejas de Tomek se aguzaron.

—No se pueden conseguir en este país —continuó Timothy—. Bueno, *se puede*. Puedes comprar cualquier cosa si sabes dónde buscar, pero tienes que tener mucho cuidado con ellas. Se sabe que persiguen a sus víctimas hasta una milla una vez que se las provoca. ¡Una milla! Imagínese eso.

Tomek prefirió no hacerlo.

—¿Dónde se pueden conseguir insectos como estos? —preguntó.

—Le costaría encontrar a alguien en el Reino Unido que las tenga. La mayoría de las veces la gente las trae del extranjero por error o terminan aquí en los cargamentos.

—¿Cuántas se necesitarían para matar a una persona? —preguntó Tomek.

La emoción infantil en el rostro de Timothy desapareció. —¿*Matar*?

—Bueno, se las llama abejas asesinas, ¿no?

—Sí, pero…

—¿Cuántas podría necesitar para matar a una chica de quince años?

—¿Chica jo-…? ¿De quin-…?

—¿Cuántas picaduras antes de que la abeja africanizada muera? ¿Una? ¿O cientos?

—¿Cien-…? —La boca de Timothy se abrió y se cerró mientras luchaba por sacar las palabras.

Tomek dio un paso más cerca del hombre. —¿Le suena de algo el nombre de Fern Clements?

El jadeo de Timothy fue audible. Sus ojos saltaban entre los de Rachel y los de Tomek. —¿Qué *es* esto? —preguntó, acusador—. ¿Para qué están aquí? ¿Por qué me preguntan sobre esto? Nunca he oído el nombre de Fern Clements en mi vida.

—¿Dónde estaba anoche durante las primeras horas de la mañana?

Timothy miró alrededor del cobertizo como si eso fuera a responder la pregunta. —Estaba aquí. En casa. Había tenido un día

duro en la granja y necesitaba dormir. —Chasqueó los dedos, recordando algo—. Sí. Me acosté temprano. Estaba agotado. Acababa de terminar de ver *Holby City*.

Tomek hizo una pausa antes de decir algo más. Para dejar que el hombre sudara, que le diera vueltas. No tenía más preguntas, así que le hizo una seña a Rachel y la dejó terminar la reunión.

—¿Cuántas de estas podrían matar a una persona? —repitió ella.

—Depende —dijo él, su respiración ralentizándose gradualmente —. Un par serían suficientes.

—¿Y mueren después de cada picadura?

—Igual que las abejas normales, sí.

Así que lo que fuera que mató a Fern Clements se contaba por cientos.

—¿Y quién podría tener grandes cantidades de estas abejas?

—Yo… yo… no me imagino que ningún granjero apícola las tenga. Al menos, nadie de la asociación. Se apoderan de las colonias si hay suficientes, y eso es malo para el negocio. Pero, tal vez a un aficionado no le importaría tanto eso. Tal vez alguien de la Asociación de Apicultores podría tenerlas.

—¿Hay otra asociación?

—Para los aficionados, sí.

—¿Dónde podríamos encontrarlos?

—En el mismo lugar donde me encontraron a mí —explicó Timothy—. En internet. Hay más de ciento cuarenta solo en Essex, y esos son solo los que están registrados. Podrían estar buscando a alguien que simplemente las tenga en su jardín trasero sin ser miembro.

—¿Es posible que hayan cultivado una colonia por su cuenta?

Timothy se rascó una rozadura roja en el cuello. —Supongo. Pero necesitarían un par para empezar. Incluyendo una reina.

Tomek absorbió todo lo que había oído.

Se dio cuenta de que podrían estar buscando una aguja en un pajar de otros ciento cuarenta apicultores registrados, o podrían estar buscando una aguja en medio de los océanos del mundo, alguien que no estuviera registrado en absoluto y que se hubiera topado con las abejas de alguna manera.

Pero al menos tenían un punto de partida.

—Gracias por todo lo que nos ha dicho —comenzó Rachel, sintiendo que la conversación había terminado—. Ha sido de gran ayuda. Aquí tiene mis datos si necesita algo o tiene algo más que le gustaría añadir. Igualmente, nos pondremos en contacto si tenemos más preguntas para usted.

Tomek se detuvo y se giró en el umbral. —Quizás podamos ver las abejas en otro momento, Timothy. Que disfrute del resto de la tarde.

# CAPÍTULO
# VEINTICUATRO

Sin cesar, había estado revisando el reloj, sus ojos revoloteaban hacia los diminutos dígitos en la parte inferior de la pantalla de Phillip, luchando contra el impulso de tocar la pantalla de su celular y mirar los números más grandes y visibles solo para asegurarse de que fuera la hora correcta: 19:01.

Se estaban pasando de la hora. Gracias, en gran medida, a que su atención divagaba por otros lares, hacia pensamientos sobre Billy y el intruso inminente: su padre. Deberían haber terminado hacía casi media hora. Eso le habría dado tiempo de sobra para preparar el departamento para su visita, ordenar su habitación, rociar su bruma de lavanda en los cojines, ahuecar las almohadas y preparar las velas. Pero ahora no tendría tiempo para eso. Para nada.

—Repita después de mí —comenzó Phillip.

Kasia rodó los ojos para sus adentros y se revolvió incómoda en la silla.

—*W weekend idę do parku z przyjaciółmi*.

—El fin de semana voy al parque con mis amigos —dijo Kasia lentamente, esforzándose al máximo por sonar lo más desinteresada y desconectada posible.

—Muy bien en la comprensión. Pero quizás intente decirlo en polaco, como le pedí.

Kasia lo hizo, pero destrozó la pronunciación. A propósito.

—No. Le está faltando el sonido *prz* al principio de *przyjaciółmi*.

—No, no es cierto. Lo dije perfectamente.

—Si ese fuera el caso, entonces yo no estaría aquí treinta minutos después de la hora en que se supone que debía irme. —Revisó su reloj de pulsera después de mirar la hora en la pantalla—. De hecho, tengo que irme a trabajar.

Justo cuando estaba a punto de responder, su estómago gruñó. Fuerte. Y por una fracción de segundo, entró en pánico y casi pensó que se había tirado un pedo. Sin embargo, después de oír el sonido, a Phillip no le pareció raro. Al contrario, lo tomó como una señal para irse.

—Es hora de cenar. La dejaré cocinar lo que sea que vaya a comer. Probablemente yo también debería buscar algo de comer.

—¿Qué vas a comer?

Él se encogió de hombros. —Probablemente algo muy poco saludable y muy malo para mí. *Jedzenie na wynos*.

—¿Eh?

—Comida para llevar.

Ahora tenía sentido.

Poco después, Phillip tomó sus cosas e hizo ademán de irse. Guardó los documentos y las hojas impresas que le había llevado en su maletín con compartimentos, luego metió con cuidado su computadora portátil en la sección acolchada. Mientras se echaba el abrigo por encima, Kasia revisó rápidamente su celular.

Todavía nada de Billy.

Nada que dijera que estaba en camino. Nada que dijera que llegaría tarde. Empezaba a pensar que no vendría. Que le había mentido. Probablemente les dijo a todos sus amigos que iba para allá y quería dejarla plantada para reírse un rato. Porque les parecía divertido.

Phillip agitó la mano frente a su cara. Pasó un rato antes de que se diera cuenta.

—¿Nos vemos en dos días?

—Sí —respondió ella, tratando de no sonar muy descorazonada.

Lo siguió hasta el pie de la escalera.

—No hay tarea esta noche —dijo él mientras ponía una mano en la puerta principal—. Pero no seré tan indulgente el fin de semana.

—Ja, ja. De acuerdo.

Abrió la puerta. —*Do widzenia*.

—*Do wid*—

Lo vio antes de que pudiera terminar la frase. El corazón le dio un vuelco y se quedó helada, mirándolo. En el umbral estaba Billy Turpin, sosteniendo dos cajas de pizza medianas en la mano. Mirando a Phillip. Una expresión de sorpresa desagradable en su rostro.

—¿Amigo suyo? —le preguntó Phillip a Kasia.

—Eh… algo así. Sí. Pero, por favor, no…—

—¿Puedo tomar una rebanada?

Un momento de aprensión pasó entre Billy y Kasia; ninguno sabía qué hacer. Kasia quería más que nada deshacerse de Phillip. Y si una rebanada de pizza era la forma de hacerlo, entonces…

Se sirvió una antes de que ella pudiera responder y la masticó ruidosamente mientras bajaba la tapa.

—Me han inspirado a comprarme la mía para cenar —dijo, relamiéndose—. Gracias a ambos. *Do widzenia*, Kasia.

—¡*Do widzenia*!

Sin decir nada más, Phillip se alejó de vuelta al auto. Tan pronto como bajó del escalón de la entrada, Kasia tomó a Billy del brazo y lo metió al edificio, cerrando la puerta principal tras él.

¡Se había ido! ¡Y no había dicho nada sobre Billy ni sobre su papá!

Antes de que la puerta se cerrara por completo, se abalanzó sobre Billy y lo besó. Estaba tan emocionada que no supo qué se había apoderado de ella. Los labios de él estaban secos, y estaba segura de que también le había dado un poco con los dientes. Y en lo que a primeros besos se refería, no había estado a la altura de sus expectativas; sus expectativas, hay que admitir, razonablemente bajas.

—¿A qué… a qué vino todo eso? —La sonrisa en el rostro de Billy le dijo que él estaba tan complacido con el beso como ella.

Ella se encogió de hombros. Pero antes de que pudiera responder, la lengua se le hinchó en la boca. Se la mordió, pero en pocos segundos ya se había inflado hasta alcanzar el tamaño de una barra de chocolate. Y entonces su garganta comenzó a hincharse y a

contraerse como una serpiente enroscándose alrededor de su esófago, dificultándole la respiración.

—¿Kasia? ¡Kasia!

Billy le puso las manos encima para darle estabilidad, pero no era eso lo que ella necesitaba en ese momento.

En ese momento necesitaba su EpiPen. Su soporte vital.

Y si no, a Phillip.

Susurró el nombre del hombre y, afortunadamente, Billy entendió lo que había querido decir. Un segundo después, él había salido por la puerta gritando para llamar a su tutor de polaco. En el tiempo que se fue, ella se había desplomado en el suelo, respirando con dificultad y aferrándose al poco aire que podía conseguir.

Justo antes de sentir que el abrazo envolvente de la inconsciencia la envolvía con sus tentáculos, oyó el sonido de dos voces que se acercaban a ella.

# CAPÍTULO
# VEINTICINCO

Cuando Tomek recibió la llamada, estaba sentado en su escritorio. Transcribía su informe sobre Timothy Warren, el apicultor.

—¿Que está dónde? —había gritado al teléfono, y luego salió de la oficina de prisa sin decirle nada a nadie.

Afortunadamente, el trayecto desde la comisaría hasta el Southend Hospital era corto. Tres kilómetros. Diez minutos. Por lo general. Y en su apuro, completó el viaje en siete. Se pasó un par de semáforos en rojo, adelantó en una carretera de un solo carril, se metió delante de la gente en los cruces, les cerró el paso en las rotondas. El sonido de los bocinazos de los carros detrás de él seguía resonando en sus oídos mientras corría por los pasillos del hospital en busca de la habitación de Kasia.

La encontró en el tercer piso.

Pero no sin antes encontrar a Phillip y a un chiquillo escuálido que estaba de pie a su lado en el pasillo.

—¿Qué carajos está pasando? —le preguntó Tomek a Phillip.

El hiperpolíglota se adelantó para encontrarse con Tomek, protegiendo un poco al niño.

—Los paramédicos dijeron que estaba teniendo una reacción alérgica —dijo Phillip con calma y lentamente—. Afortunadamente, yo estaba allí para ayudarla.

Reacción alérgica.

¿Cómo?

Después de todos los sacrificios que había hecho para eliminar por completo el maní, y cualquier otro tipo de fruto seco, de su dieta, ella aun así había sido víctima de una reacción alérgica. En su propia casa.

—¿Cómo? —preguntó Tomek, encontrando el valor en su voz para vocalizar el pensamiento.

Phillip se volteó hacia el niño. —Billy trajo una pizza, y…

—¿Billy? —repitió Tomek, su cuerpo comenzando a vibrar de ira —. ¿Billy? ¿Se refiere al mismo Billy que se cree capaz de enfrentarse a una puta vaca? ¿El mismo Billy que mi hija me ha estado pidiendo que invite una noche y que, después de que yo le dijera repetidamente que no, decidió venir de todos modos? ¿Es usted ese, Billy?

Antes, mientras se escondía detrás de Phillip, Billy había permanecido con la espalda recta y la barbilla en alto. Engreído, valiente. Pero ahora, tras el comienzo del torrente de Tomek, bajó la cabeza y se encogió, dándole la apariencia de alguien al menos cinco años menor.

—¡Contésteme, Billy!

La voz de Tomek resonó por todo el pasillo. Phillip se adelantó y colocó un brazo sobre el pecho de Tomek para detenerlo.

—¿Qué estaba haciendo en mi casa, Billy? ¿Por qué le dio maní a mi hija?

Billy no respondió. De hecho, no hizo nada. Congelado, clavado en el sitio por el miedo a un hombre que le doblaba el tamaño y le triplicaba la edad gritándole en la cara. Tomek era muy consciente de que no podía golpear a un chico de trece años, aunque se lo mereciera (y por mucho que quisiera hacerlo), pero eso no le impediría hacer que el niñato se cagara de miedo.

El pequeño *gówniacki*.

Kasia podría haber muerto por su ineptitud; era lo menos que se merecía.

—¿Qué hacía usted con maní cerca de Kasia, Billy? —continuó Tomek—. ¿Qué le hizo pensar que era una puta buena idea, eh? ¿Acaso su mamá y su papá lo dejaron caer de cabeza cuando era niño? ¿Lo golpeaban un poco?

—¡Oye, oye, oye! —Esta vez Phillip se le había plantado completamente en frente a Tomek, y la pequeña, delgada y flacucha figura del hombre era lo único que podía ver—. ¡*Przestań*, Tomek! ¡*Ja pierdolę*! Mide tus palabras. Es solo un chico de trece años, carajo.

Tomek lo miró a los ojos por un breve instante. —Ya sé qué puta edad tiene. Está intentando meterse en la cama de mi hija. Y ahora casi intenta matarla. ¡Si no hubieras estado ahí, ella se habría quedado en trece años para siempre y él habría crecido para vivir el resto de su puta y estúpida vida de mierda!

El pecho de Tomek subía y bajaba a un ritmo vertiginoso. Su cuerpo seguía temblando con una potente combinación de adrenalina, miedo y culpa. Una mezcla con la que estaba demasiado familiarizado.

—Entiendo todo eso —continuó Phillip, con la voz más suave que antes—. De verdad. Y solo puedo imaginar qué tipo de emociones estás sintiendo en este momento, pero desquitarte con un niño no va a cambiar nada. Lo hecho, hecho está. Fue un simple error. Vino con una pizza, y un momento después de que me fui, vino a buscarme. Me dijo que había estado comiendo maní con sus amigos en el parque más temprano.

—¿Sabía de sus alergias? Seguro que el muy cabrón…

—Bueno, si no lo sabía antes, definitivamente ahora sí lo sabe.

Phillip se apartó de Tomek y le dio un poco de espacio para respirar. Tomek no notó la diferencia, ya fuera que estuviera en su cabeza o que la presencia de Phillip hubiera sido así de opresiva. Inhaló una gran bocanada de aire y la tragó antes de voltearse hacia un lado, hacia la puerta del hospital.

—¿Puedo verla? —preguntó.

—Creo que sí. Las enfermeras dijeron algo sobre tomarle más resultados de análisis en una media hora, pero de eso hace ya casi veinte minutos.

*Iré ahora entonces*, pensó Tomek, y se dirigió hacia las puertas.

Se quedó sin aliento al entrar en la habitación. Kasia yacía en la cama, arropada hasta el pecho, con los ojos cerrados, descansando en paz, su pecho subiendo y bajando suavemente.

Lenta, tentativamente, se acercó a la cama y tomó su mano entre las suyas. En cuanto sintió su tacto, su cuerpo se calentó. Era la primera vez en su relación de tres meses de padre e hija que habían tenido un contacto físico así. Por alguna razón, se transportó trece años atrás a esta misma habitación. La habitación, los muebles, la vista por la ventana, todo permanecía igual. El único cambio era que la joven que yacía frente a él no era tan grande y crecida. En cambio, imaginó que era un bebé, una recién nacida, una nueva adición al mundo, y que él apretaba sus diminutas manos y ella le envolvía el dedo por completo. La escena era totalmente imaginaria, por supuesto, él no había sabido de su nacimiento ni de su existencia hasta hacía solo unos meses, pero le gustaba pensar que así habría sido presenciar el nacimiento, haberle sostenido la mano desde tan temprana edad. Sostener algo tan débil y dependiente de él. Sostener algo que dependía de él para todo: comida, ropa, refugio, protección. Así era ahora. Los mismos sentimientos y las mismas exigencias como padre. Solo que con una niña de trece años en lugar de una recién nacida.

Y había fallado. No había estado allí para protegerla, no había estado allí para rescatarla de sus alergias.

Mientras se acomodaba en la silla, comenzó a entender cómo se habían sentido los padres de Diana Greenock, cómo se habían sentido los de Mandy Butler, los de Lily Monteith, los de Fern Clements.

Ahora se añadía a sí mismo a esa lista. Simplemente se consideraba a sí mismo, a *ambos*, afortunado de que no hubiera terminado en un desastre.

Eran las diez de la mañana siguiente cuando a Kasia le dieron el alta del hospital. Las enfermeras y los doctores habían querido mantenerla en observación durante la noche, pero no había sido necesario. Había pasado toda la noche dormida, descansando y recuperándose de su terrible experiencia. Y cuando finalmente llegaron a casa, después de quedar atrapados en el tráfico de la hora pico de la mañana, Kasia se sentía al noventa por ciento.

—Lo siento —dijo mientras Tomek tiraba las llaves de la casa en el cuenco sobre la mesa del comedor.

Olvídalo. Quizás estaba al cincuenta por ciento, todavía bajo los efectos de los analgésicos y la medicación que le habían dado; Tomek no la había oído disculparse por algo en mucho tiempo.

—Mientras estés bien —dijo él—. Eso es lo principal.

Se metió en la cocina y encendió la pava eléctrica. Necesitaba desesperadamente un poco de cafeína. Se había acostado junto a su cama toda la noche y el sueño había sido terrible, incómodo.

—Aunque sí tendremos que hablar de que me mentiste e invitaste a Billy específicamente cuando te dije que no.

—Lo sé. Yo… pensé que no pasaría nada.

*Pues pensaste mal.*

Tomek se preparó un café y un té para Kasia, y los dos pasaron la siguiente hora más o menos en silencio, viendo la televisión.

—¿No tienes que ir a trabajar? —preguntó Kasia. Estaba recostada, navegando en su celular, cuando se le ocurrió la idea.

—No —respondió Tomek—. Nick me dio el día libre.

Para su gran sorpresa.

—Así que hoy solo somos tú y yo, pequeña. —Le dio varias palmadas juguetonas en la rodilla—. Le avisé a la escuela y no hay problema. Así que solo tienes que concentrarte en descansar. Y solo por hoy, cualquier cosa que quieras, soy yo a quien debes pedírsela.

Tomek se arrepintió más tarde de esa decisión. Había sido un bombardeo de peticiones insistentes. Un diluvio de botanas —chocolate, papitas, todas las cosas buenas— seguido de Coca-Colas y más tés y vasos de agua. Incluso le había dado el control total del control remoto de la televisión y se vio obligado a soportar reposiciones del programa de telerrealidad, *Made in Chelsea*. Un programa que le había hecho querer arrancarse los ojos.

Aun así, al menos no había sido *The Only Way Is Essex*; entonces habría ido un paso más allá y habría asaltado el depósito de pruebas en el trabajo en busca de un arma de fuego.

Más tarde esa noche, mientras les preparaba la cena a ambos —su favorita, paella—, reflexionó sobre lo que le había pasado a ella. Y lo agradecido que estaba de que Phillip hubiera estado allí para

ayudarla. Un adulto sensato que sabía qué hacer en ese tipo de situación. Y cómo se había olvidado por completo de agradecerle al hombre antes de que se fuera a su turno.

Tomek estaba a mitad de espolvorear pimentón en el plato cuando Kasia entró en la cocina. Tiró su lata de Coca-Cola en la basura y fue al refrigerador por otra. De fondo, Moby sonaba en el pequeño parlante que había comprado la semana anterior.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó Tomek. Ahora que había tenido todo el día para procesarlo, esperaba que ella también lo hubiera hecho.

—La verdad es que no.

—Creo que deberíamos.

Kasia se quedó frente al refrigerador, sosteniendo la puerta abierta con una mano y una lata de Coca-Cola en la otra.

—Así que lo besaste, ¿eh? —comenzó Tomek.

—Papá… por favor…

—¿De qué otra manera entraste en contacto con el maní?

Kasia suspiró tan fuerte que casi fue un gruñido. —Está bien. Bien. Sí, lo besé. ¿Contento?

—¿Fue tu primer beso?

—Sí.

—¿El primero?

—Sí. ¿Ya terminamos?

—Tal vez.

—¿De qué más quieres hablar?

—¿Cuántas veces ha venido sin que yo lo supiera?

—Solo una vez. Fue la única vez.

—¿Lo prometes?

Kasia extendió su dedo meñique. Tomek dejó la cuchara de madera en la encimera y entrelazó el suyo con el de ella.

—Promesa de meñique —dijo ella.

—Promesa de meñique —respondió él.

Un vínculo sagrado entre ambos.

—¿Ya hablaste con Sylvia sobre salir con la hija de Nick?

Mientras la canción cambiaba a Red Hot Chili Peppers, el rostro de Kasia se contrajo en confusión.

—¿Quieres decir que todavía puedo ir? —Su voz estaba llena de esperanza.

—Sí. No voy a encerrarte en casa por el resto de tu vida.

*Por mucho que me gustaría.*

*Y por mucho que probablemente te lo merezcas.*

—Pero no voy a dejar que veas a Billy en un buen tiempo. Y, para ser sincero, no creo que él esté muy interesado en verte tampoco. Creo que pude haberlo asustado en el hospital. —Luego, en voz baja, añadió—: Con suerte, le metí el miedo de Dios a ese pequeño mierdecilla.

# CAPÍTULO
# VEINTISÉIS

Tomek había intentado desconectar mientras pasaba el día cuidando de Kasia. No porque quisiera estar totalmente presente para ella mientras se recuperaba, sino porque las similitudes entre las muertes de las víctimas y el incidente de Kasia eran demasiado profundas. Cuanto más pensaba en las lesiones que habían sufrido Mandy Butler, Lily Monteith y Fern Clements, más pensaba en que a Kasia le pasara lo mismo.

En su mayor parte, había sido un éxito. Había conseguido desconectar y pensar principalmente en la televisión de porquería que estaban viendo, y Kasia, desde luego, lo mantenía ocupado con sus constantes peticiones y exigencias.

Pero había un pensamiento que no podía quitarse de encima. Un pensamiento que le preocupaba más que ningún otro.

Billy.

Billy el Luchador de Vacas.

Billy el imbécil Luchador de Vacas que casi había matado a su hija.

Se preguntó si había sido un ataque intencionado contra ella, si había sido su intento de matarla.

Sí, sonaba absurdo. Pero a veces eran las ideas absurdas, las ideas más descabelladas, las que siempre se quedaban grabadas.

Después de discutirlo brevemente con ella, se había enterado de que Billy sí sabía de sus alergias. Que era, de hecho, una de las

primeras cosas que ella le dijo cuando almorzaron juntos por primera vez en el comedor del colegio.

Lo que planteaba la pregunta obvia: si Billy sabía de su alergia a los frutos secos, ¿por qué demonios había ido a su casa momentos después de comerse una bolsa de cacahuates con sus amigos? ¿Lo había hecho intencionadamente? ¿Había ido a sabiendas, intentando atacarla o poner su vida en peligro?

¿Era un niño de trece años capaz de eso?

Luego, mientras estaba tumbado en la cama por la noche, los pensamientos empezaron a descontrolarse.

Por lo poco que sabía del chico, basándose en lo poco que Kasia le había contado y la poca investigación que había hecho en las redes sociales del chico, sabía que Billy era un ávido aficionado al fútbol y tampoco era un mal jugador. Como miembro de la academia juvenil S14 del Dagenham & Redbridge FC, su feed de Instagram era un caleidoscopio de vídeos de habilidades y desafíos al travesaño. Y, Tomek se vio obligado a admitir, que el chico era capaz de hacer cosas con el balón que Tomek solo había soñado hacer a esa edad. Tenía talento, de acuerdo, pero también era miembro de un gran grupo de chicos. Los mismos chicos con los que había salido la noche anterior, jugando en el parque. Tomek reconoció las caras en varias de las fotos de Instagram de Billy. Y se preguntó: ¿le habían dicho los chicos que comiera los cacahuates? ¿Lo habían acordado todos, que era algo divertido de hacer? Y luego se preguntó si tenían conexiones con Fern Clements o Mandy Butler. Si era posible que un grupo de adolescentes, un grupo de chicos y hombres del club de fútbol Dagenham & Redbridge, tuviera como objetivo a mujeres jóvenes con alergias.

Absurdo, sí. Pero no fuera de los límites de lo posible.

Algo en lo que pensar, algo que investigar por su cuenta, quizás.

Lamentablemente, sin embargo, en cuanto entró en la oficina la mañana siguiente a su tiempo cuidando de Kasia, se dio cuenta de que no había tiempo para nada. La oficina estaba llena, y todos en el equipo estaban en su escritorio, hablando en voz alta y tecleando furiosamente en su teclado. A toda máquina. Y él ya sentía que tenía que ponerse al día.

—¡Ah, Tomek, ya estás aquí!

El grito vino de Victoria, que ya se había levantado de su asiento y se dirigía hacia él mientras entraba. Para cuando él se giró para mirarla, ella estaba de pie en la puerta de su oficina, haciéndole un gesto para que entrara.

—Confío en que todo esté bien con Kasia —empezó, y luego le hizo un gesto para que se sentara.

Tomek sacó la silla de debajo del escritorio e hizo lo que le dijo.

—Está mucho mejor, gracias. El colegio la está cuidando.

—Excelente. Bueno, mientras estuviste fuera ayer, tuvimos una reunión de alto nivel. Asistimos yo, Nick y Sean, y discutimos nuestra estrategia a seguir.

—¿Disculpe?

Esa sensación de recibir una bofetada en la cara, un puñetazo en el estómago y una patada en los huevos, todo al mismo tiempo, volvió a él. De nuevo.

—Pensamos que era importante alinear nuestras hipótesis antes de hacer más progresos.

—¿Y fue una decisión consciente no involucrarme en esa discusión?

Victoria se movió incómoda en su asiento. —No queríamos molestarlo en su día libre.

—No fue un día libre. Estaba cuidando a mi hija después de que hubiera estado en el hospital. Son cosas completamente diferentes.

—Por supuesto. Lo siento.

—Todavía tengo un teléfono. Todavía tengo una computadora. Podría haberme unido a través de cualquiera de esas cosas.

Tomek se clavó las uñas en la palma de la mano.

—Como dije, Nick no quería molestarlo.

Así que fue decisión de Nick entonces. O eso, o ella le estaba echando la culpa a él. Ninguna de las dos cosas le hacía sentirse mejor sobre la situación.

—Ni siquiera preguntó —dijo él, tratando de mantener la calma —. Hubiera estado más que feliz de ayudar.

—Entiendo. Bueno, quizás la próxima vez, si es que alguna vez la hay…

—Espero que mi hija nunca vuelva a estar a punto de morir, muchas gracias —le interrumpió—. Así que espero que no tengamos que volver a tener esta conversación.

*Qué puta estupidez.*

—Por supuesto.

—Bueno, continúe entonces. —Tomek gesticuló con las manos para que ella siguiera—. ¿Qué decidieron?

Más movimientos incómodos. Más de esa temida sensación de que no le iban a gustar las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—Bueno, *colectivamente* —empezó ella. Notó el énfasis en la palabra; otra oportunidad para pasarle la responsabilidad a otro—. Colectivamente, acordamos que vamos a ampliar la búsqueda. Vamos a elaborar una lista de todos los profesores varones que han enseñado a alguna de nuestras víctimas. Si hay algún denominador común, lo encontraremos. También vamos a hablar con todos los que compraron entradas y asistieron al concierto durante la muerte de Mandy Butler. Por último, Chey y Martin van a investigar los perfiles de las redes sociales de las víctimas, a ver si se han estado enviando mensajes con un caballero mayor, o si han recibido algún mensaje inapropiado, amenazante o sospechoso de nuestro asesino, cualquier cosa que pueda darnos una idea de quién es esta persona.

*O personas*, pensó. Pero mantuvo la boca cerrada. La idea que se había estado gestando en su cabeza era apenas una cría de animal, y una herida, para colmo. Una que requería la cantidad adecuada de alimento y cuidado antes de ser presentada al mundo. Por ahora, la mantendría dentro de los confines de su mente hasta que estuviera lista para ser anunciada.

—Eso no suena como si se estuvieran desviando de lo que ya hemos discutido —empezó Tomek.

Y entonces cayó en la cuenta.

*Una lista de todos los profesores varones que han enseñado a alguna de nuestras víctimas.*

Profesores*.*

Una lista que solo se aplicaba a tres de las cuatro víctimas de asesinato.

—¿Qué hay de Diana Greenock? —preguntó Tomek, con el nivel de preocupación en su voz en aumento.

—Vamos a dar un paso atrás con Diana —replicó Victoria, su voz temblorosa a pesar del esfuerzo obvio por mantener la compostura.

—¿Por qué?

—Porque, después de varias discusiones y con la ayuda de Tracy, hemos decidido que el vínculo es débil. Y que las circunstancias que rodearon su muerte lo son aún más. Nunca hubo ninguna evidencia que sugiriera una entrada forzada, y la posibilidad de que alguien trepara a su habitación y plantara un gato allí también es difícil de creer. Tanto Nick como Sean estuvieron de acuerdo con eso. — Tomek abrió la boca para hablar pero ella continuó, decidida a terminar antes de verse obligada a responder a cualquiera de sus preguntas—. Además, no tenemos muchos recursos y es un largo camino para que tengamos algún tipo de impacto en ese lado de la investigación… —dudó, como si hubiera algo más que quisiera decir. Tomek esperó a oírlo. Finalmente, continuó—: También debería saber que eliminaremos gradualmente el asesinato de Mandy Butler de nuestras investigaciones también.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Dados los recursos y presupuestos limitados que acabo de mencionar, algo de lo que no me informaron hasta ayer, dedicaremos aproximadamente un diez por ciento al caso de Mandy Butler, mientras que el resto se dividirá equitativamente entre Lily Monteith y Fern Clements.

Tomek estaba incrédulo. Pura y absoluta incredulidad. No podía creer ni una palabra de lo que estaba oyendo. Su trabajo duro, su dedicación, su intuición. Sus superiores se habían cagado en todo ello. Aquellos con supuestamente más experiencia que él (aunque le costaba ver cómo Sean había acabado en ese grupo).

—¿No cree que cada víctima requiere una cantidad de tiempo adecuada para que investiguemos? Y que ni siquiera dediquemos un diez por ciento tanto a Diana Greenock como a Mandy Butler *al menos* es asqueroso.

—Tomek, puedo ver que…

—Mi enfoque, antes de este anuncio, era en Fern Clements. ¿Eso cambia?

—Bueno, por supuesto que no, pero…

—¿Y cómo usted…?

Antes de que pudiera terminar su pregunta, llamaron a la puerta. El silencio cayó instantáneamente en la habitación. Tomek mantuvo sus ojos fijos en Victoria, mientras ella consideraba rápidamente su respuesta.

—Sí, adelante —dijo ella.

Era Nick, con un aspecto sorprendentemente feliz para variar.

—Buenos días a ambos —dijo, cerrando la puerta detrás de él. Puso una mano firme en el hombro de Tomek y le dio un apretón—. Siento lo de Kasia. ¿Cómo está?

—Bien. Gracias.

Nick rodeó el escritorio y se paró entre ellos como el árbitro en un partido de tenis. Poco sabía Nick que Tomek estaba a punto de meterlo en el juego.

—¿Qué está pasando?

—Podría preguntarle lo mismo, señor. ¿Qué carajo?

El rostro del inspector jefe se tensó, al igual que su agarre en el borde del escritorio de Victoria.

—¿Quieres volver a preguntarme eso, Tomek?

—De acuerdo —replicó con un encogimiento de hombros—. ¿Qué carajo está pasando con esta nueva estrategia, *señor*? ¿Qué hay de Diana Greenock? ¿Mandy Butler? Después de lo que pasó la última vez, señor, habría pensado que usted estaría totalmente…

—Mide muy bien lo que vas a decir, ¿oíste? —siseó Nick. No había nada de amistoso en la forma en que lo dijo—. Realmente no creo que quieras usar ese tono conmigo.

—¿Va a responder la pregunta o va a seguir evadiéndola?

—No tengo por qué quedarme aquí a escuchar esto. —Nick señaló la salida con el pulgar—. Vuelve ahí fuera y haz tu trabajo. O puedo hacer que venga Recursos Humanos y te dé otro día libre si quieres más tiempo para que te calmes de una puta vez. Porque te estás comportando como un puto imbécil y no lo voy a tolerar.

Tomek salió rápidamente de la sala de reuniones sin decir otra palabra. La amenaza de otra reunión con alguien de RR. HH. fue suficiente para sacarlo de allí lo más rápido humanamente posible. Sin embargo, todavía quería una respuesta. Y sabía quién podía dársela.

Sean.

Pero justo cuando estaba a punto de dirigirse hacia él, su teléfono vibró.

Abigail Winters estaba llamando.

# CAPÍTULO
# VEINTISIETE

Trece minutos después, Tomek se encontraba en el Café de Morgana. Con el mismo aire espeso, grasoso y húmedo; el mismo delicioso y aromático olor a tocino y huevos; los mismos clientes que parecían no haberse ido nunca o estar alquilando casi los mismos asientos.

Abigail le había dicho que se reunieran en el mismo lugar que la última vez. Y, al igual que la última vez, ella llegó tarde.

Treinta minutos en lugar de sesenta, claro, pero tarde era tarde.

Y con su humor actual, la falta de puntualidad de ella no ayudaba mucho.

Cuando los treinta minutos se convirtieron en treinta y uno, Morgana pasó la mano por delante de su cara y le puso una taza de té enfrente. Él la miró y le dio las gracias calurosamente. Se veía más bonita que la última vez que la había visto, aunque no podía determinar por qué. Quizás era su cabello, que estaba rizado y con un corte bob, o quizás la delgada capa de maquillaje que se había vuelto un poco más gruesa, en particular bajo los ojos y las pestañas, acentuando el azul de estos, o quizás era su atuendo: más elegante, discreto, casi presidencial.

Por un momento pensó en coquetear con ella de nuevo, pero entonces recordó lo que había pasado la última vez. Tan pronto como había empezado, Abigail había entrado, como si lo hubiera estado observando desde afuera y lo hubiera hecho a propósito. Tomek sopesó la decisión un momento más: coquetear con Morgana

e invocar a Abigail de inmediato, o posponer el coqueteo y seguir cruzando miradas mientras esperaba.

Lamentablemente, esta vez, la decisión fue tomada por él.

La siguiente persona que entró por la puerta fue Abigail. Solo que esta vez, no arrastraba el maletín que la hacía parecer una maestra de primaria.

—Hola —dijo ella—. Qué bien te ves hoy.

Tomek se miró el saco que había usado casi tres semanas seguidas sin lavarlo y la camisa blanca que tenía desde hacía un año y que había empezado a tomar un color titanio.

—Gracias —respondió con torpeza—. Sabes, si mi hija nos ve aquí, va a empezar a hacerme preguntas, además de las que *ya* me está haciendo.

—Buenas preguntas, espero.

Tomek tomó un sorbo de agua a modo de respuesta.

—¿Qué era tan importante que no podías decírmelo por teléfono?

Ante la perspectiva de darle la noticia, el rostro y el cabello de Abigail se iluminaron con un tono de rubio más claro bajo las luces.

—Primero, quería advertirte sobre un artículo que estoy preparando.

—Claro. ¿Tiene que ver conmigo?

—No.

—Entonces tienes mi bendición.

—Es sobre tu inspector jefe.

Eso hizo que Tomek se detuviera un momento.

—¿Nick? ¿Qué pasa con él?

—Estoy investigando sus fallos en el caso de Mandy Butler.

*Entonces te va a encantar lo que acabo de descubrir*.

Pero quizás era mejor decírselo en dos años y así ella podría arruinar también la carrera de Victoria.

—No… no creo que eso vaya a ser un problema. Digo, ¿qué tan rastrero es?

Abigail deslizó el dedo por una ranura de la mesa. —Todavía no lo he decidido. No es algo desmedido, pero algunos podrían argumentar que está bastante cerca.

—Pero lo suficiente para que lo publiquen, ¿no?

Ella sonrió. —Exacto.

En ese momento, ni Nick ni Victoria eran sus personas favoritas en el planeta, así que no le importaba mucho lo que Abigail planeara publicar. Si lo hubieran mantenido como Oficial Superior de Investigación, sus pensamientos podrían no haber sido tan destructivos, pero tal como estaban las cosas, se preguntó si había alguien más a quien pudiera echar a la hoguera.

—La otra razón por la que te pedí que vinieras —empezó Abigail, distrayéndolo de sus pensamientos—, es que tengo una visita para ti.

—Que no sea otra hija de la que no sabía nada —dijo lentamente, negando con la cabeza—. Una es suficiente para mí. No creo que pueda soportar el estrés de otra…

—Cállate, tonto. No es *eso*…

Mientras su voz se apagaba, Abigail se giró en su asiento e hizo un gesto hacia una pareja en la esquina opuesta del restaurante. Una madre y una hija, sentadas una al lado de la otra, mirándolos. Tomek no las había visto entrar y, a juzgar por los platos de comida vacíos frente a ellas, llevaban sentadas allí mucho más tiempo que él.

Abigail las saludó con la mano. Ellas se acercaron con cautela. Dubitativas, precavidas. Como si él fuera un hombre con una enfermedad incurable. La hija, que tenía rasgos juveniles que le recordaban a Kasia, era más alta que su madre. Llevaba una sudadera delgada que le caía sobre un hombro, y cruzaba un brazo frente a su cuerpo, sujetándolo al agarrarse la parte interior del codo del otro brazo. A su lado estaba su madre quien, de no ser por las canas que diluían el castaño de su cabello, él habría confundido con una hermana.

Se sentaron frente a él en silencio. Tres contra uno.

—Tomek, ellas son Nisha y Avena Kumar. Avena fue una de las…

—Reconozco el nombre —dijo él, asintiendo con entusiasmo—. Del artículo.

Extendió la mano sobre la mesa. Avena la tomó con la confianza de una joven de diecisiete años: débil y desesperada por terminar rápido.

—Gracias por venir —empezó él—. No se puede exagerar la importancia de esto. Cualquier cosa que estén dispuestas a contarme hoy será, por supuesto, tratada con la más estricta confidencialidad, se los aseguro. Aunque… —Se giró para mirar a su alrededor. A las animadas conversaciones. Al constante carrusel de clientes entrando y saliendo por la puerta—. ¿No preferirían ir a un lugar un poco más privado?

Abigail negó con la cabeza. —Curiosamente, fue su elección. Y dije que el almuerzo corría por tu cuenta.

Tomek le dedicó una sonrisa burlona pero amable que decía: «Claro que sí. Muchas gracias».

Y entonces, como si lo hubieran ensayado, Morgana llegó a la mesa con una cuenta en la mano. Tomek la tomó instintivamente, estaba tan acostumbrado a hacerlo en citas y comidas con Kasia que ya era parte de su memoria muscular, y sacó su tarjeta de débito.

—¿Supongo que la cuenta de esta mesa aún está por llegar? —preguntó mientras ingresaba su PIN.

—Sip.

—¿Oyeron eso, chicas? ¡A pedir! —Abigail se estiró sobre la mesa y tomó un menú del soporte—. Después de todo, es Navidad. Alguien tiene que entrar en el espíritu navideño, aunque *él* no quiera.

Las Kumar no tenían idea de a qué se refería, pero no pareció perturbarlas; examinaron el menú y pidieron una Coca de dieta para Nisha y una malteada de banana para Avena. Morgana se alejó apresuradamente antes de que Tomek pudiera pedir otro té para él.

Los cuatro se sentaron en un silencio casi total mientras esperaban sus bebidas. Tomek había decidido que era mejor empezar su conversación sin la amenaza de una interrupción cada dos minutos para preguntar si querían más refrescos. Y tan pronto como llegaron las bebidas, y Tomek pagó la cuenta poco después, pudieron empezar.

—¿Qué le gustaría saber? —preguntó Avena. Hablaba con la suavidad y el carisma de una azafata.

—Todo lo que pueda contarme. Todo lo que recuerde de esa noche. Todo lo que ha recordado desde entonces.

Avena buscó el apoyo de su madre, quien se lo ofreció con una suave mano en su antebrazo. Con la mirada, Tomek le suplicó gentilmente que se mantuviera firme y fuerte. No quería que fuera un viaje en vano para todas. Sobre todo para su cuenta bancaria.

—Bueno, éramos un grupo de seis. Yo, Nala, Dein, Harrison, Priti y Prav. Íbamos a ver a Catfish and the Bottlemen en el Cliffs. Era un concierto con entradas agotadas y estábamos muy cerca del frente. Intentamos mantenernos juntos tanto como fue posible, pero la gente necesitaba ir al baño y terminaba yendo a buscar más bebidas y cosas así. Así que, al final, nos separamos. Me quedé con Harrison y Priti, mientras que los demás estaban solos por ahí, nunca supe dónde.

Tomó un sorbo de su malteada y la dejó en la mesa con sumo cuidado, como si hacerlo con más fuerza pudiera romperla.

—Estábamos bailando, divirtiéndonos, gritándonos las letras de las canciones en la cara, cuando de repente este tipo aparece frente a nosotros. Era de su altura, más o menos. Un poco más bajo. Pelo negro y espeso. Llevaba lentes de sol. Al principio, pensé que estaba buscando a sus amigos. Pero cuando no se movió y se quedó ahí parado, pensé que buscaba pelea. No sé por qué, pero sentí que me estaba mirando directamente a los ojos. Como si quisiera pelear *conmigo*.

Lamentablemente, la verdad no estaba muy lejos.

—Justo cuando iba a preguntarle si estaba bien, Harrison lo tocó en el brazo y lo abrazó. Se conocían de alguna parte.

—¿Sabe de dónde? —preguntó Tomek, presionando con fuerza la punta de su bolígrafo hasta que la tinta empezó a traspasar la página.

—Creo que dijo que del fútbol. Algo sobre jugar juntos en Dagenham.

El interés de Tomek se despertó.

—¿Jugaban juntos? —preguntó.

Avena negó con la cabeza. —Este tipo era al menos unos años mayor, así que creo que debió haber jugado en categorías superiores, o quizás en el primer equipo.

—¿Y este es el hombre al que le compraron las pastillas de éxtasis? —preguntó Tomek.

Pasó un rato antes de que respondiera. Mientras lo hacía, con una ligera inclinación de cabeza, manteniendo los ojos cerrados, la puerta se abrió y otro grupo de clientes entró. La hora del almuerzo estaba en pleno apogeo y el lugar se estaba caldeando. Tomek se quitó el saco y lo colocó en el respaldo de su silla, sobre su abrigo.

—Harrison fue quien pagó por ellas. Hizo que pareciera que lo había hecho antes, por la forma en que entregó el dinero. Casi no lo vi. Y luego simplemente las repartió, como si fueran dulces. Para cuando levanté la vista, el hombre se había ido.

—¿Pero recuerda cómo era?

Ella asintió. Y entonces Tomek le informó que programaría una reunión con su dibujante para elaborar un retrato hablado del hombre.

—¿Harrison o Priti la obligaron a tomar las pastillas?

La mirada de Avena se desvió hacia su bebida y comenzó a girarla distraídamente sobre la mesa.

—Harrison dijo que él ya lo había hecho antes, que fue una de las mejores experiencias de su vida, pero no me *obligó*.

Porque sus palabras fueron suficientes. Había estado en compañía de alguien en quien confiaba, alguien a quien quizás conocía y respetaba desde hacía mucho tiempo. Así que, ¿por qué no sería seguro probarlas?

—Solo tomé la mitad —dijo como si se le acabara de ocurrir.

—¿Media pastilla de éxtasis?

—Sí. Era mi primera vez y tenía miedo.

—Así que por eso… —empezó, y luego se contuvo.

—¿Por eso qué? —preguntó Nisha, su madre.

—Por eso… —hizo una pausa—. Perdonen mi franqueza, pero esa es la razón por la que usted está viva. La chica que lamentablemente falleció por una experiencia similar a la suya está muerta porque se tomó la pastilla entera.

—Y porque Priti tenía el EpiPen de Avena y *sabía* qué hacer con él.

El rostro de Tomek se quedó serio. —Bueno. Sí. Por supuesto. Eso también.

—¿Esa pobre chica no llevaba su EpiPen?

Tomek no estaba tan seguro. No se le había ocurrido preguntárselo a Elsie Rawcliffe cuando habló con ella. Y, como padre de una hija con anafilaxia, sabía que no era un remedio tan obvio y fácil de administrar. Si no sabías cómo usarlo, poco más podías hacer.

Tomek pudo reconstruir el resto de la historia por sí mismo. Reacción anafiláctica en medio de la pista de baile, seguida de pérdida de conciencia, rodeada por cientos de personas, seguida de un viaje de emergencia al hospital.

Una noche para el olvido para todos.

Tras concluir la reunión y agradecerles varias veces su confianza y valentía por compartir la historia con él, Tomek le cedió la palabra a Abigail, quien explicó que toda la comunicación se haría a través de ella y que el nombre de Avena podría mantenerse al margen si así lo deseaban.

Los cuatro salieron al mismo tiempo. Afuera, Tomek y Abigail se despidieron con la mano y las vieron alejarse.

—¿Conseguiste lo que querías? —preguntó ella.

Tomek asintió.

Lo había conseguido.

Porque ahora la red de fútbol se había hecho más pequeña, el espacio entre los postes de la portería, más estrecho. Solo esperaba poder marcar el gol de la victoria en algún momento cercano.

# CAPÍTULO
# VEINTIOCHO

Durante su "día libre" —que rápidamente empezaba a irritarle que todo el mundo llamara "día libre"—, la agente detective Rachel Hamilton había completado una gran parte de su lista de tareas pendientes en común relacionada con la investigación de la muerte de Fern Clements.

Algo que no tuvo reparos en recordarle.

—No fue un puto día libre, ¿de acuerdo? Mi hija estaba en el hospital.

Ella levantó las manos en señal de rendición. —No lo sabía, de veras. Lo siento. El mensaje era que te tomabas el día libre. Sin ninguna explicación real.

—¿Quién te dio esa impresión?

—Un Tercio de Jaffa Cake —respondió Rachel—. Nos dijo que no venías. No te voy a mentir, estaba un poco cabreada, pero supongo que ahora no tengo derecho a estarlo.

—No. No lo tienes.

Y ahora él tampoco tendría derecho a reclamarle a Sean por no haberle compartido la información sobre la reunión de estrategia del día anterior. Si Sean había estado bajo el mismo malentendido que el resto de la oficina, entonces no tenía motivos para estar enojado con su amigo.

—¿Qué lograste ayer? —preguntó Tomek, intentando no sonar demasiado condescendiente. Se dio cuenta de que probablemente no había funcionado tan bien como esperaba.

—Más de lo que probablemente me atribuyes ahí arriba. —Se dio un golpecito en la sien.

—Eso no es verdad. Sabes que te valoro mucho.

—Ajá. Dile eso a mi evaluación de desempeño.

Tomek se rio entre dientes. A pesar de la diferencia de rango, Tomek respetaba a Rachel y la veía como una igual. Tenía experiencia, llevaba en el trabajo unos años menos que él y tenía todas las características de alguien que podría ascender más si tan solo creyera que podía hacerlo. En el tiempo que llevaba "gestionando" a los agentes detectives (aunque odiaba el término), ella era quizás la que mostraba más empuje y compromiso, un afán por aprender, crecer y desarrollarse; básicamente, todo el tipo de cosas que pones en un currículum y esperas que nadie te cuestione. Sin mencionar que era una persona amable y maravillosa. Llevaba en su vida el mismo tiempo que Kasia, pero se había adaptado al equipo a los pocos días y, ahora que se había mudado más cerca de la comisaría, estaba más disponible para tomar algo y para las salidas sociales al final de un largo día.

Para responder a su pregunta, ella cargó un documento de Excel en su pantalla. En la primera pestaña había una serie de cuatro tablas, llenas de nombres y direcciones. Encima de cada tabla estaba el nombre de cada una de las cuatro víctimas, en negrita y centrado. Y, en la columna del extremo derecho de cada tabla, había una serie de S y N.

Tomek miró la primera tabla. Fern Clements. Su parte del trabajo. La lista contenía los nombres de todos los que habían asistido a la reunión la noche en que ella murió. Todas las celdas de esa columna estaban marcadas con una S, excepto una.

—¿Hablaste con cuatro personas diferentes de la fiesta ayer?

—Cinco, en realidad. —Señaló dos nombres en la hoja—. Estos dos son gemelos. Así que eso lo cuento como uno. Y me alegro de que lo fueran, si no, habría estado trabajando hasta la medianoche.

Tomek la conocía lo suficiente como para saber que hablaba literalmente, no en sentido figurado.

—Bueno —empezó—. Gracias por tu gran trabajo y esfuerzo. De verdad que lo aprecio. Como agradecimiento, te quitaré el último de

las manos para que puedas poner los pies en alto. ¿Qué te parece?

Ella lo fulminó con la mirada. Y no de la forma coqueta habitual a la que estaba tan acostumbrado con otras mujeres. Esta era una mirada dura y penetrante que, había que admitirlo, lo asustó un poco.

—¿Y quién dijo que la caballerosidad había muerto? —dijo ella con sarcasmo.

—Eso no es caballerosidad. Caballerosidad sería yo preguntándote si llegaste bien a casa anoche. *¿Llegaste* bien a casa?

—Pues. Sí.

—Genial. Eso es caballerosidad. Mientras que ofrecerme a hablar con una adolescente para que tú no tengas que hacerlo es mi forma de ser un caballero.

Rachel lo miró sin expresión durante un largo momento. —Creo que no entiendes bien el concepto de ninguna de esas dos palabras.

—Y yo creo que tú no entiendes que no estás entendiendo lo que digo.

—¿Qué?

—Exacto. Dímelo tú.

—¿De qué carajo estás hablando, Tomek?

—No lo sé. Perdón. Sinceramente, perdí el hilo por un momento.

—Parece que tienes problemas.

Él le dio un golpecito a la pantalla. —Entonces añádeme a la lista.

# CAPÍTULO
# VEINTINUEVE

Claudia Lowther era la última en la lista de invitados que habían asistido a la fiesta en casa la noche de la muerte de Fern Clements y, hasta donde Tomek y Rachel entendían, era la amiga más cercana de Fern. Rachel, con toda la razón, había tomado la decisión de hablar con el resto de los asistentes antes de hablar con Claudia. Había querido escuchar todas las acusaciones descabelladas y falsedades antes de finalmente reducir su campo de visión y escuchar la única versión de los hechos, la única versión de la vida de Fern Clements que probablemente era la más precisa.

Estaban todos sentados en una pequeña sala en uno de los pasillos del pabellón de ciencias. Era un lugar tranquilo, apartado y lo habían disfrazado de armario de equipo químico, así que no había riesgo de que los interrumpieran, a menos que un profesor que buscara un lugar para llorar a solas —ya que sospechaba que la sala podría haber sido construida a propósito para eso— entrara y los distrajera. Con ellos en la sala estaba la jefa de orientación estudiantil de décimo año, Linda Vickers, una mujer de baja estatura con un corte bob, lentes que abarcaban todo el ancho de su cara y una sonrisa aún más grande que parecía llegarle a las orejas. Hablaba en voz baja, era educada y amable. Y esa sonrisa: tranquilizadora, cálida y reconfortante. Quedaba claro por qué llevaba casi quince años en ese puesto, tal como ella misma había explicado.

—Tengo mis propios hijos y creo que es importante que vean una sonrisa todos los días, aunque sea la de su propia madre —había dicho ella—. Al mundo le vendría bien un poco más de felicidad.

Eso había sido demasiado profundo para Tomek como proverbio para después del almuerzo, pero solo era el cínico en él. Por supuesto que tenía razón. Al mundo le vendría bien mucha más felicidad. El único problema era que su mundo, su vida lidiando con la muerte, el crimen y la destrucción de incontables vidas a diario, ciertamente no era el lugar donde encontrarla.

Una vez que Claudia se recuperó del impacto inicial de que un oficial de policía la sacara de clase, Tomek le explicó quién era y por qué estaba allí.

—Entiendo que le ofrecieron tomarse un tiempo libre de la escuela para procesar lo que pasó —comenzó Tomek—. ¿Cómo es que todas sus amigas lo hicieron, pero usted no?

—No puedo —dijo ella, negando con la cabeza—. Necesito mantenerme ocupada. Si no, me volveré loca solo de pensarlo.

—Eso es muy concienzudo de su parte —dijo él, más como una nota para sí mismo sobre el carácter de ella que para beneficio de la joven.

Y entonces comenzó la entrevista en serio. Al principio, empezó haciendo preguntas sencillas, tocando ligeramente el tema de Fern y su relación, abordando el asunto de manera controlada y considerada. Le preguntó sobre la escuela, sus calificaciones, los GCSE, qué clases estaba tomando y cuáles eran sus favoritas (español y francés, igual que Fern). Todo lo que estaba diseñado para que ella se sintiera cómoda. Y ella había reaccionado de la misma manera: cuidadosa y reflexivamente, con amabilidad y calidez.

Hasta que él empezó a apretar un poco las tuercas.

—¿Qué pasó la noche que murió Fern? —preguntó Tomek.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿qué le pasó a ella?

—No sé quién la mató.

—No es eso lo que le estoy preguntando.

—Pero está haciendo que suene así.

Al sentir que la tensión aumentaba, Linda se interpuso entre ellos y puso una mano sobre la de Claudia.

—El detective no está asumiendo nada. Solo quiere saber qué pasó. Eso es todo.

De inmediato, la chica se calmó.

Y Tomek sintió que él también lo hacía.

—Hubo… —comenzó ella, pero se interrumpió. Le tomó unos momentos recuperar la compostura y, después de tragar saliva varias veces y respirar profundamente, continuó—. Hubo un desacuerdo. Se suponía que todas nos íbamos a quedar a dormir en casa de Bianca, pero Fern estaba un poco achispada y se había pasado toda la noche mensajeándose con su novio.

—¿Novio?

—Bueno, no era realmente su *novio*. Más bien una…

—¿Una *situationship*?

—Sí. Una *situationship*. Pero ella siempre la llamaba *mierdalación* porque él la j…

Claudia se dio cuenta de repente de lo que estaba diciendo y se detuvo, suplicando con la mirada el perdón de Linda.

—Por favor —dijo Tomek—, continúe.

—Bueno. Todas habíamos estado bebiendo, solo unos sorbos de WKD y unas copas de vino, nada serio. Pero Fern no lo estaba manejando muy bien, y empezó a hablar fuerte y a interrumpir a todo el mundo. Así que todas la confrontamos. Y a ella no le gustó y se puso un poco agresiva. Entonces dijo que se iba a encontrar con Darren.

—¿Y Darren es con quien tenía la *situationship*?

Claudia miró a Linda buscando aprobación. La jefa de orientación estudiantil asintió a Claudia, quien luego asintió a Tomek, como si el mensaje se estuviera pasando telepáticamente por la cadena.

—¿Sabe si llegó a encontrarse con Darren?

Esta vez Claudia negó con la cabeza, un mensaje que no necesitó pasar por los tres.

—¿Darren va a esta escuela?

—No. Es mayor. Tiene como diecisiete.

—¿Pero no va a la escuela?

Más negaciones con la cabeza. —No. Ella mencionó algo de que le habían dado una beca de fútbol para algún equipo en Dagenham, creo. No sé por qué alguien querría jugar ahí. Son una mierda.

—Cuide su lenguaje —le recordó Linda—. Esa palabra fue un poco innecesaria, ¿no cree?

—Lo siento, profesora.

Mientras ella se disculpaba, la mente de Tomek divagó. A pensamientos sobre Darren y la *mierdalación*. Darren el futbolista. Darren el chico de diecisiete años que jugaba para un equipo en Dagenham. Darren el joven que había ido a encontrarse con Fern Clements la noche que ella murió.

No podía estar todo conectado, ¿o sí?

—No dije nada que no debiera, ¿o sí?

La voz aguda de Claudia lo trajo de vuelta a la sala. Él negó con la cabeza. —No —respondió—. Ha sido de gran ayuda. Gracias.

# CAPÍTULO
# **TREINTA**

Eran pocas las personas de la oficina a las que Tomek confiaba plenamente los pensamientos que le rondaban por la cabeza. Especialmente algo tan descabellado y extravagante como esto.

—Ahora me tienes en ascuas —le dijo Sean mientras Tomek se levantaba de la mesa y se dirigía a la barra del Fork and Spoon.

Detrás de la barra estaba Jim, el dueño del lugar desde que tenían memoria de ir allí.

—¿Lo de siempre?

—Por favor, amigo.

Mientras Jim se movía hacia el otro lado de la barra, la mirada de Tomek se desvió hacia la máquina expendedora en la esquina del pub, que era casi tan brillante como un juego de reflectores en la cubierta de un crucero. Jim había implementado esa fuente de ingresos extra como parte de su estrategia de diversificación. Le cobraba al dueño de la máquina una tarifa fija mensual por el espacio en la esquina y luego se llevaba el diez por ciento de las ganancias mensuales. Todo sonaba demasiado bueno para ser verdad. Pero eso solo si la máquina se usaba y, hasta donde Tomek sabía, no era así; cada vez que había estado allí, seguía completamente abastecida y parecía que nadie se había aventurado a acercarse a ella.

—¿Cómo te está yendo con eso? —preguntó Tomek cuando el hombre regresó con dos bebidas llenas hasta el borde.

—¡Una puta mierda! —comentó Jim—. Quiero deshacerme de ella. El muy vago me vendió humo. Me estafó mil libras, el muy cabrón.

—¡¿Mil libras?! —La voz de Tomek alcanzó una octava que no había tocado en casi treinta años.

—Bueno, tuve que pagar un depósito, ¿no?

—¿Para qué?

—La máquina. Por si se rompe.

—¿Pero no se suponía que él te pagaba por el espacio?

—Pues, si lo hace, yo no he visto ni un centavo.

Tomek metió la mano en la billetera. —Te jodió, pero bien.

Jim gruñó al ver la billetera de Tomek y extendió la mano, listo para recibir el efectivo que estaba a punto de caerle de maravilla.

—Serían quince libras, por favor, amigo.

Tomek se quedó pasmado y casi se ahoga con su propia saliva.

—Quince libras. ¿Por dos pintas? ¿Desde cuándo este lugar está en medio de Shoreditch?

Jim se encogió de hombros. —Bueno, tengo que pasar esos costos de alguna manera, ¿no? —explicó mientras señalaba con el pulgar en dirección a la máquina expendedora.

—¿Por qué siento que ahora el jodido soy yo?

—La mierda corre cuesta abajo, me temo, amigo.

—Sí. Y siempre somos los obreros los que tenemos que pagar los platos rotos.

Jim no tuvo nada que decir a eso. Así que Tomek le entregó el dinero, *de mala gana*, y regresó al reservado donde estaba sentado Sean.

—¿Puedes creerlo? —empezó Tomek, furioso.

—¿Creer qué?

—Quince libras por dos pintas. Todo porque se dio cuenta de que su astuta decisión de negocios no fue tan astuta después de todo.

Sean tomó la pinta del centro de la mesa y le dio un sorbo. Al bajar el vaso sobre el posavasos, dejó tras de sí un fino bigote de espuma. —Yo armé un escándalo la última vez que vine.

—¿La última vez que viniste? —Tomek intentó ocultar el dolor en su voz, pero no lo logró.

—Sí. Vine hace un par de semanas con Chey.

Tomek asintió, incapaz de sostenerle la mirada a su amigo, esta vez tratando de ocultar el dolor en su rostro.

—Te habríamos invitado, pero supusimos que estarías ocupado con Kasia. Y estoy bastante seguro de que fue la misma noche que dijiste que ella empezaba sus clases de polaco y que querías volver a casa para eso.

Un silencio incómodo y tangible se instaló entre ellos. Tomek lo llenó dando un sorbo y, gradualmente, levantando la vista hacia su amigo. Sean lo llenó llevando la conversación por otro lado tan pronto como le fue posible.

—¿Cómo le va con sus clases?

—Sí, bien.

—¿Has notado mucha mejoría?

—Sí, supongo. No va a estar pidiendo *dos cervezas* en polaco muy pronto, pero ahí va.

—¿Qué dijiste que era su tutor?

—Bueno, es un tutor.

—No, estoy seguro de que había un nombre particular para eso.

—Ah, un políglota.

Sean chasqueó sus gruesos dedos. —¡Eso es!

—Técnicamente, es un *hiper*políglota, pero como no está aquí, no creo que le importe si nos ahorramos las sílabas extra.

Sean rio con incomodidad y la conversación se tornó extraña de repente. El ambiente se había enfriado y era como si se hubieran quedado sin cosas que decir, sin temas de qué hablar el uno con el otro. Algo que nunca habían tenido que soportar. No así.

Habían sido amigos durante casi quince años y habían pasado la mayor parte de ese tiempo hablando de todo y de nada, conociéndose en casi todos los niveles, así que ahora era una situación extraña para ellos. Incómoda y desconocida. Las cosas no habían sido las mismas desde que Kasia había entrado en su vida, él era el primero en admitirlo. Ella se había convertido en la prioridad y, sin que fuera culpa suya, lo había alejado de su antigua vida, que había estado llena de bebida, socialización, diversión, conocer mujeres semanalmente, y lo había empujado a una vida que era

significativamente más aburrida. Quizás era lo mejor y él simplemente aún no se había dado cuenta. Después de todo, *tenía* cuarenta años. Quizás era demasiado viejo para andar por ahí con cualquiera y evitar el miedo al compromiso tanto como fuera físicamente posible. Quizás era hora de que sentara cabeza y encontrara a alguien con quien pudiera tener un futuro.

Lo que le recordó…

—He estado viendo a Abigail, últimamente… —empezó, y luego se corrigió.

—¿La has estado *viendo*?

Tomek agitó las manos en el aire. —No, no, no. No de esa manera. No en plan de relación casual. En un sentido *profesional*. Me ha estado dando información sobre las chicas a las que drogaron en los Cliffs. Fue ella quien me ayudó con la conexión entre los asesinatos, incluido el de Diana Greenock en Mánchester.

—Qué bien.

Esta vez fue el turno de Sean de no poder ocultar el dolor y la pena tanto en su expresión como en su voz. El dolor y la pena de su reciente relación con Abigail, que había terminado solo unas semanas antes.

—De hecho, me reuní con ella esta tarde —continuó Tomek—. Trajo a una chica llamada Avena Kumar que fue una de las víctimas del asesino. Ella y un par de amigas suyas estuvieron juntas en el concierto, viendo a Catfish and the Bottlemen. Pero lo que me contó me intrigó.

—¿Abigail o la chica?

—La chica.

—Claro.

Entonces Tomek le contó su teoría. Que lo tenían todo mal. Que no estaban buscando a un solo asesino. Estaban buscando a un grupo de ellos, todos unidos por un elemento común en sus vidas: el fútbol. Y en particular, un club de fútbol. El Dagenham & Redbridge FC. Que estaban trabajando todos juntos, como amigos y cómplices, conspirando para matar a un grupo de chicas a través de sus alergias.

Las palabras sonaron extrañas para el propio Tomek, pero tan pronto como terminó de decirlas, sintió que se quitaba un peso de encima. Sean era el único hombre en quien podía confiar con este tipo de cosas, pero pronto empezó a sentir que no debería haberlo hecho.

—Así que, ¿crees que un grupo de chicos de quince y diecisiete años, todos los cuales tendrían quince en ese momento, fueron lo suficientemente listos e inteligentes para hacerse amigos o tener relaciones con chicas que tenían alergias, y luego proceder a encontrar formas de matarlas basándose en sus alergias? ¿Crees que un grupo de chicos de quince y diecisiete años tiene la destreza técnica para lograr algo así?

Tomek se quedó en silencio. —Bueno, cuando lo pones así.

—Simplemente creo que es muy improbable.

—Pero no *imposible* —dijo Tomek, sintiendo un ligero rayo de luz atravesar el lienzo negro que Sean había creado con su negatividad —. No creí que fuera probable que la primera mujer que he amado en mucho tiempo me destrozara el corazón y resultara ser una asesina en serie. No creí que fuera probable que un padre fingiera su muerte y matara a su hija porque no creía que fuera suya… Pero todo eso pasó.

Y en el transcurso de los últimos meses, además.

Sean se rascó un lado de la cabeza, masajeando las venas visibles de sus sienes.

—Entiendo lo que dices, pero, vamos. —Había una súplica genuina en su voz—. Tres víctimas de asesinato...

—Dos de las cuales tienen novios o personas en sus vidas que juegan al fútbol.

Sin incluir a Billy, el Luchador de Vacas, que no estaba relacionado con los asesinatos de ninguna manera.

—¿Y qué hay de Diana Greenock? —preguntó Sean.

—¿Pensé que no la considerabas un asunto relevante en esta investigación? —replicó Tomek de una manera que le hizo saber a Sean que estaba cabreado.

—Escucha, sobre eso —empezó—. Quise llamarte. Te quería allí, pero Victoria dijo que lo dejáramos así.

—Mmm.

—Solo hemos aparcado lo de Diana Greenock por ahora. No nos hemos olvidado de ella por completo.

—Como si lo hubieran hecho, con la cantidad de recursos que le están dedicando a su asesinato y al de Mandy Butler.

Sean puso los ojos en blanco y respiró hondo. Su pecho gigante se infló hasta casi el doble de su tamaño. Luego soltó el aire lentamente.

—Tu teoría no encaja con el perfil del psicólogo forense.

—¿Te refieres al mismo que tuve que escucharla improvisar en el momento no hace mucho? Vamos. Lo has oído, ¿verdad? Es más rebuscado que las instrucciones de una waflera, mucho más confuso de lo que debería. Tracy dio descripciones de dos hombres completamente diferentes para cubrirse las espaldas. ¿Crees que ese es un perfil sólido por el cual guiarse?

—Es todo lo que tenemos.

—Entonces es como un ciego guiando a otro puto ciego.

Tomek necesitaba otro sorbo. Pero cuando miró su bebida se dio cuenta de que no quedaba nada.

—Te toca a *ti* —le dijo a Sean.

—¿Lo mismo?

—Por favor.

Y entonces Sean se deslizó fuera de la silla y se dirigió a la barra. Mientras esperaba, Tomek revisó su teléfono. No había llamadas perdidas, solo un mensaje para decir que Kasia había llegado bien. Un momento después, Sean regresó con las bebidas en la mano.

—Costó veinte libras esta vez.

—¿Qué dices?

Mientras Sean regresaba a su asiento, agitó dos paquetes de papas fritas frente a Tomek. Walkers sabor natural y de queso y cebolla. De la máquina expendedora.

—Deberías haberle dicho a Jim que restara el importe del total —respondió Tomek.

—Quizás la próxima vez.

Pasó otro momento incómodo. Un segundo tan seguido del otro. A Tomek le preocupó.

—¿Por qué no dejamos de hablar del trabajo? —empezó Sean—. Es aburrido y no es algo en lo que quiera pasar todo el día pensando.

—De acuerdo. Me parece justo.

—¿Qué vas a hacer para Navidad?

—Solo nosotros dos. Quería que nuestra primera Navidad fuera solo para nosotros, solos, sin el caos de estar en casa de mi madre. Podemos dejar eso para el próximo año. ¿Tú?

—Lo contrario —respondió Sean—. Mi hermana y yo vamos a casa de mi madre.

Como todos los años. La misma historia desde que Tomek lo conocía. Sean era, en sus propias palabras, un niño de mamá. Cuando Sean era joven, su padre había muerto a una edad temprana, de un ataque al corazón mientras se enfrentaba al padre del abusón de la escuela de Sean, por lo que Sean se había visto obligado a asumir el rol antes de tiempo. Había ayudado a mantener a su madre y a su hermana menor vendiendo dulces y bebidas en la escuela, ganándose la reputación de ser el que con más probabilidad se convertiría en empresario más adelante. Y luego se había unido a la policía cuando todavía vivía en casa y continuó poniendo comida en la mesa mientras protegía a su familia de su peligroso barrio con su reputación aún más impresionante e intimidante.

Y cada año estaba la típica invitación para que Tomek se uniera. En algunas ocasiones, los había acompañado, pasando la noche deleitándose con el arroz jollof de la madre de Sean y el pudin de malva de postre, antes de volver a casa, a su apartamento vacío, para una noche de televisión de mierda y quedarse dormido en el sofá. Muchas veces había ido a trabajar y había pasado el día con la gente con la que trabajaba a diario. Pero era diferente. Por un día al año, parecía que el estrés del trabajo se había disipado, así como todas las cargas que conllevaba.

—Primera Navidad juntos —murmuró Sean—. Debe ser emocionante.

—Ella está deseándolo. Yo, por otro lado, no le doy mucha importancia a todo eso, como sabes. Aunque me complace decir que está devolviéndome algo de ese espíritu festivo. Las guirnaldas de

espumillón y las decoraciones navideñas que tenemos por toda la casa le harían eso a cualquiera.

—¿Dónde está ella esta noche?

—¿Quién?

—Kasia. Obviamente.

Los ojos de Tomek se abrieron como platos. —Mira tú. Se fue a una cena navideña de chicas con la hija de Nick.

—¿El famoso Nick Cleaves que no deja que su hija haga nada a menos que haya pasado por varias rondas de aprobación y se solicite con al menos seis meses de antelación?

—El mismo. Así que tengo la noche libre.

Sean señaló la bebida. —De ahí la bebida.

—De ahí la bebida.

Otro momento pasó entre ellos. Pero esta vez no fue incómodo. Bueno, *fue* incómodo, pero solo un poco. Un cuatro sobre diez en la escala de incomodidad, mientras ambos se daban cuenta de que así sería de ahora en adelante, poniéndose al día en un entorno social cuando a Tomek le concedieran la noche libre de sus deberes de padre. Un hecho que ambos tendrían que aceptar.

—Solo asegúrate de no terminar como Nick como padre —dijo Sean.

—¿A qué te refieres?

—Me imagino que tiene preparadas las preguntas de la entrevista para cuando ella vuelva. Y probablemente tenga una pestaña en su iPad con su ubicación actual en el mundo.

—¿Eso no viene con el trabajo?

—Depende de hasta dónde lo lleves.

—Genial. ¿Algún otro sabio consejo?

—Sí. No vuelvas a comprar estas papas fritas nunca más, están más rancias que la mierda. De hecho, no compres nada de esa máquina expendedora, probablemente todo esté caducado. —Tomek arrojó el paquete a medio comer de papas de queso y cebolla sobre la mesa e hizo una mueca, mostrando los restos de comida en su boca. Ambos se rieron.

—Ah, y para que conste, amigo —empezó Sean, acomodándose en el respaldo de su silla—. Si *te* preocupaba tener mi bendición

antes de que pasara algo entre tú y Abigail, y no te pongas así, sé cómo es ella, y sé lo que quiere, entonces no necesitas esperar. Puedes hacer lo que quieras. Lo de ella y yo es cosa del pasado.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y UNO

La sensación de la arena en sus pies, colándosele entre los dedos. El sonido de las olas rompiendo en la distancia y el ruido de sus voces, rápidamente ahogado por este. La sensación del frío glacial que lograba morder a través de la tela de sus jeans y su blusa Zara. Y la otra sensación en su cuerpo que la adormecía un poco ante todo lo demás.

Solo un sorbo. Un sorbo del vodka de la bolsa de Lucy. Eso era todo lo que había tomado. Las chicas no la dejarían tomar mucho más, porque decían que eran responsables y que era su deber cuidarla a ella y a Sylvia y asegurarse de que no les pasara nada. Y ni hablar de que no era bueno para ella. Pero el sorbo había sido suficiente para subírsele a la cabeza y afectar su tiempo de reacción.

Así que, cuando la llamaron por su nombre, no escuchó. Estaba demasiado ocupada mirando el agua, la brillante negrura del estuario del Támesis frente a ella.

—Kash, ¿vienes o te vas a quedar ahí parada como una tonta? —preguntó Lucy Cleaves, la hija de Nick, desde el otro lado de la playa.

A Kasia no le gustaban los limones, pero tampoco creía que tuviera nada de malo ser uno.

Desechando ese pensamiento extraño, y posiblemente inducido por el vodka, se agachó para recoger sus zapatos y luego corrió hacia las demás. El resto del grupo, incluida Sylvia, estaba situado a pocos metros de la orilla. El olor a sal y algas secas era intenso en

esta parte de la playa, tan denso que se le pegaba en la garganta. La playa era una pequeña franja de arena en Old Leigh llamada Bell Wharf, completamente desierta ahora, pero que normalmente se atiborraba en verano, o tan pronto como el sol hacía acto de presencia, con hordas de playeros que se apretujaban en cada espacio disponible. Al otro lado del estuario del Támesis se veían las luces tenues y centelleantes de Kent, a solo unas pocas millas de distancia. Arriba, brillando a través de una fina capa de nubes, estaba la luna, resplandeciente y llena de esplendor, con un brillo lo suficientemente intenso como para iluminar los rostros de sus nuevas amigas.

Kathy, Vicky, Fiona, Yasmin y Lucy. Y por supuesto, Sylvia.

Todas eran mayores que ella (con la excepción de Sylvia, que era solo unos meses menor) y le parecían lo máximo. Eran graciosas, tenían más experiencia en la vida, en la escuela y con los chicos, eran más valientes, no tenían miedo de decir lo que pensaban, eran inteligentes, eran hermosas. Todas. De pies a cabeza. Cada una a su manera.

Y también eran más sofisticadas. A algunas de las chicas de su propio año les fascinaban los chicos, TikTok y las últimas modas, pero a ella no le interesaba mucho todo eso. Si bien, sí, pasaba una cantidad de tiempo anormalmente larga en TikTok y en todas las demás plataformas de redes sociales, solo lo hacía porque le ayudaba a pasar el tiempo, a silenciar la ansiedad. Pero nunca hacía videos, jamás se le ocurría grabarse haciendo unos estúpidos pasos de baile frente a una cámara con la mitad de la ropa puesta. Algunas de las chicas de su clase incluso hablaban de intentar hacerse famosas en TikTok. Kasia no lo podía creer. Le parecía una estupidez.

Pero lo que Kasia realmente disfrutaba y apreciaba era la falta de charlas sobre chicos. Ya había tenido suficiente de Billy y no quería volver a hablar con él. Especialmente después de lo que le había hecho. Él sabía de su alergia al maní y aun así había llevado restos de maní cerca de ella. Sabía que no podía estar cerca de ellos, pero aun así había intentado contaminarla. Por eso, había perdido toda su confianza y respeto.

¡Y pensar que lo había besado!

Qué arrepentimiento tan grande. Nunca más. No, esperaría hasta que fuera alguien en quien pudiera confiar de verdad, alguien que la respetara y no intentara matarla, ya fuera sin querer o a propósito. Alguien de quien se enamorara.

O quizás no volvería a besar a nadie nunca más.

Por ahora, esa parecía la forma correcta de hacerlo.

—¿Se enteraron de lo que pasó en matemáticas el otro día con el Sr. Higham? —preguntó Yasmin. El blanco de sus ojos brillaba bajo la luz de la luna, y las sombras de su rostro y su pecho solo parecían acentuar su bonita figura.

Las chicas respondieron que no se habían enterado. Kasia y Sylvia se quedaron sentadas en silencio, esperando a que la historia continuara.

—Bueno, fue lo más gracioso, ¿saben? Dexter Walker entró tarde, ¿sí?, y en cuanto el profe lo vio, le preguntó cuál era la respuesta a la pregunta de la pizarra. ¡Y Dexter la acertó así nomás! —chasqueó los dedos y el sonido interrumpió el aire e hizo eco en la calle de más allá—. Pero lo más gracioso fue la reacción de todos después. La cara del profe se descompuso, como si alguien le hubiera mostrado las tetas. Y después de eso nos la pasamos de vagas por veinte minutos. Ya no pudo controlarnos. Es tan inteligente.

—A mí no me gusta Dexter —replicó Vicky—. Es medio imbécil. ¿No te parece que es un poco arrogante? Se cree el más guapo del año.

—Dije que era inteligente —respondió Yasmin—. Eso no significa que crea que es guapo.

Kasia agradeció que ese tipo de conversación se detuviera abruptamente. Esperaba que no se hablara de chicos, novios, relaciones y *situationships* en toda la noche, porque sabía que si surgía el tema se sentirían inclinadas a preguntarle sobre su visita al hospital y no quería lidiar con la vergüenza de explicarlo. Sylvia era la única que lo sabía, y por ahora quería que siguiera así.

Excepto, quizás, por Yasmin.

Yasmin parecía el tipo de chica que podía guardar un secreto así, de la misma manera que lo había hecho Sylvia. Las demás le daban una sensación de desconfianza. Eso no quería decir que fueran malas o que se desvivirían por hacerle daño, era solo que no confiaba plenamente en ellas. Eso era todo.

Había visto suficientes películas como *Chicas pesadas* y dramas adolescentes como para saber cómo eran este tipo de chicas.

Especialmente Lucy. Ella era la cabecilla del grupo, la Regina George. Era la que había traído el vodka, robado del gabinete de la cocina de su mamá y su papá, y había reemplazado el líquido faltante con agua con la esperanza de que nunca se enteraran. Ella era la que lo estaba pasando a las demás.

—No, estoy bien, gracias —respondió Yasmin con bastante firmeza, lo suficientemente contundente como para dejar claro su punto, pero no tanto como para molestar a nadie—. Creo que ya se me subió a la cabeza.

—Floja —dijo Lucy mientras se lo pasaba a las otras chicas.

Kasia las vio a todas tomar la botella de vidrio de la hija de Nick, llevársela a los labios, dudar al hacerlo y luego hacer una mueca como si acabaran de chupar un limón.

—Qué puto asco —dijo Vicky mientras se la pasaba a la siguiente.

—Guácala.

—¿Por qué la gente bebe esto por diversión?

—No sé cómo mi papá bebe tanto de esto.

Era unánime. El vodka era malo, sabía a mierda, y sin embargo, seguían bebiéndolo. Hasta que no quedó nada, nada más que una pequeña gota que ninguna de ellas fue capaz de sacar de la botella.

—Dámela pa' acá —dijo Lucy, estirando el brazo hacia Fiona al otro lado del círculo que habían formado en la arena.

—¿Para qué? No se la vas a devolver a tu papá, ¿o sí?

—Claro que no. Yo solo… solo quiero tirarla a la basura. Eso es todo.

—¿Ahora nos preocupamos por el planeta? Pero cuando quise deshacerme de esa parrillada que hicimos en el bosque el otro día, dijiste que se biodegradaría.

—¡Porque eso es lo que decía en la caja!

—Sí, claro.

Kasia no sabía qué estaba pasando, y a juzgar por las expresiones incómodas y en blanco en los rostros de las demás chicas, nadie más lo sabía tampoco, pero sintió que se avecinaba una discusión. Una discusión sobre tirar basura, nada menos.

Tomek estaría orgulloso.

No por beber siendo menor de edad o por andar por una playa a altas horas de la noche, sino por lo de la basura; siempre le recordaba que tirara sus desperdicios a la basura cada vez que terminaba con algo, de lo contrario amenazaba con multarla.

Sin embargo, por alguna razón, no creía que su elección de amigas con conciencia ecológica compensara el hecho de que había bebido alcohol esa noche.

Pero con un poco de suerte, él nunca se enteraría.

—¿Me la puedes dar, entonces? —preguntó la hija de Nick por segunda vez.

—Anda, pues. Si insistes.

Lucy le arrebató la botella a Fiona y se puso de pie, pateando la arena que se levantaba como un caballo piafando en la tierra sucia. Por un breve momento, Kasia la vio desaparecer hacia el basurero en el malecón, pero rápidamente perdió la atención cuando escuchó a Yasmin hablar de nuevo.

—¿Alguna de ustedes vio—?

Antes de que pudiera terminar, un chillido ensordecedor perforó el silencio y partió el aire en dos. El sonido fue tan fuerte que hizo que Kasia saltara físicamente de miedo. Su cuerpo se heló y contuvo la respiración por una fracción de segundo antes de finalmente girar en la dirección del sonido. Aunque el alcohol había distorsionado sus habilidades de ecolocalización, sabía que había sido Lucy la que gritaba.

*Todas* sabían que era Lucy la que gritaba.

El único problema era, ¿quién era lo suficientemente valiente como para averiguar por qué?

Para su propia sorpresa, ya había dado varios pasos en su carrera por la playa antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Exactamente eso. Correr. Hacia el peligro. Hacia la oscuridad. Pero también hacia su amiga que necesitaba ayuda.

El grito había sido un sonido único, solitario y penetrante, seguido de un *golpe* sordo. Y luego, el silencio.

Kasia no sabía qué significaba eso. No se había preparado para lo que podría encontrar.

Al final de la playa, al pie de las escaleras, lo descubrió. Allí, desplomada en el paseo de cemento como una muñeca de trapo, estaba la hija de Nick, y de pie sobre ella había un hombre bajo y corpulento que llevaba un abrigo gastado y roto. La sangre se deslizaba por el cemento, su camino obstaculizado por la arena y las algas arrastradas por la marea.

Al principio, el hombre no se percató de ella —el olor a alcohol que despedía le llegó desde varios metros de distancia—, pero tan pronto como gritó el nombre de Lucy, él giró borracho en el lugar, con movimientos lentos y pesados. Y entonces ella se le abalanzó encima.

No sabía qué se había apoderado de ella —rabia, ira, estupidez—, pero funcionó. Tras su primer intento, derribó al hombre al suelo y, para cuando saltó sobre él, el resto de las chicas había llegado. Gritos estallaron en el aire al ver la sangre y el cuerpo de Lucy tirado en el suelo.

—¡Ayúdenme! —gritó Kasia—. ¡Súbanse a él para que no se pueda mover!

Las chicas no tardaron en salir de su inercia y ayudarla. Poco después, las cinco estaban sobre el hombre, inmovilizándolo contra el suelo. Con el resto de sus amigas ocupadas, Kasia aprovechó la oportunidad para bajarse de él y correr hacia la hija de Nick. La encontró desplomada en el suelo, completamente inmóvil. Por un momento, Kasia temió lo peor, que había sucumbido a un golpe fatal en la cabeza, que la habían asesinado. Pero tan pronto como notó el suave subir y bajar del pecho de Lucy, entró en acción. Lo primero que pensó en hacer, antes que nada, fue llamar a su papá.

Él sabría qué hacer.

Y no solo porque era oficial de policía. Sino porque era valiente, inteligente y capaz de pensar con lógica y claridad en momentos

como estos. Él sería el héroe que necesitaba, que todas necesitaban, para salvarlas de esta pesadilla.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y DOS

A los pocos minutos de la llegada de Tomek a la playa, toda la zona ya estaba asegurada. Mientras mantenía al agresor inmovilizado en el suelo y atado a una barrera metálica con unas bridas que Tomek guardaba en la parte trasera de su auto, él y Sean les habían indicado a las chicas que protegieran la zona. Kasia y Sylvia, las únicas dos que conocía y en quienes, por lo tanto, confiaba, habían recibido instrucciones de permanecer al lado de Lucy, junto con Sean, que la estaba poniendo suavemente en posición de recuperación mientras intentaba mantener su cuerpo lo más recto posible. La sangre que manaba de su cabeza, como una perforación en una botella de agua, seguía fluyendo de forma ominosa, y un espeso río rojo fue goteando gradualmente hasta el borde del paseo marítimo y sobre la arena, formando un denso charco debajo. Mientras tanto, dos de las amigas —ya averiguaría sus nombres más tarde— estaban en lo alto del puente que bajaba a la playa. Las dos últimas amigas —de nuevo, los nombres no eran importantes en ese momento— habían corrido al otro lado de Old Leigh, la única entrada accesible por carretera para los vehículos de emergencia.

Tomek llamó a una ambulancia y a refuerzos policiales a los pocos segundos de su llegada. Afortunadamente, llegaron dos minutos antes de lo previsto. Las brillantes luces azules y blancas destellaban rítmicamente sobre los restaurantes y el malecón que los rodeaban, casi cegándolo en la oscuridad. Una ambulancia, dos paramédicos. Y tres agentes de policía.

Y entonces Tomek llamó a Nick.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él frenéticamente—. ¿Qué pasó? ¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué le pasó?

A Tomek le costó responder a sus preguntas por el volumen de la voz de Nick, pero en cuanto el inspector jefe se detuvo para tomar aire, Tomek le explicó que tenía que ir al Hospital de Southend. Que debía esperar allí a que ella llegara. Pero la cosa no pintaba bien. Uno de los paramédicos le había explicado que el corte en su cabeza era considerable y que necesitaba una cirugía inmediata para contener la hemorragia e impedir que el cerebro se inundara.

Una vez que la ambulancia se fue y regresó en la dirección por la que había venido, Tomek centró su atención en el hombre al que estaban metiendo en la parte trasera del auto de policía.

—Sean, ¿puedes ir con él?

—Sí, por supuesto. ¿Pero por qué? —El vaho empañaba el aliento de Sean mientras respiraba rápidamente en la noche fría.

—Porque alguien tiene que encargarse de este hijo de puta de inmediato. Y yo necesito asegurarme de que las chicas lleguen a casa sanas y salvas.

Se giró para mirarlas a todas. Sus rostros demacrados, conmocionados y asustados le devolvían la mirada sin expresión, casi como si estuviera mirando a un grupo de zombis. Ahora era el momento de averiguar sus nombres, y mientras esperaban a que sus respectivos padres las recogieran, Tomek las guio a través del pueblo hacia la estación de tren. Mientras caminaban por el puerto deportivo, un tren pasó a toda velocidad junto a ellas, uno de los últimos de la noche. El repetitivo *da-dum da-dum* de las ruedas sobre las vías pareció calmar a las chicas, como si las hubiera hipnotizado.

En su paseo hacia la estación, Tomek les pidió un dato interesante sobre ellas. Necesitaban distraerse de lo que acababa de ocurrir, y esta era la única forma que se le ocurría.

Kathy podía tocar el violín a un nivel razonable.

Los abuelos de Vicky eran originarios de Francia, pero ella no hablaba nada del idioma.

Fiona era intolerante al gluten.

La película favorita de Yasmin era *Duro de matar*.

Sylvia no entendía a qué venía tanto alboroto con el vapeo y los cigarrillos.

Y Kasia admitió que había tomado unos sorbos de alcohol esa noche.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, el grupo se quedó en silencio, y él pudo sentir sus miradas quemando la espalda de su hija por delatarlas a todas con un oficial de policía.

—¿Dónde…? —empezó, sin saber cómo abordar el tema. Lidiar con una menor bebiendo ya era suficiente, pero con cinco de ellas… —. ¿De dónde sacaron el alcohol?

—De Lucy —respondió Kathy en voz baja, como si no quisiera que la asociaran con decir esas palabras en voz alta—. Se lo pidió prestado a su papá.

—¿Prestado? ¿Planean devolver algo? —Intentó sonar como una de ellas, amigable, simpático, alguien en quien pudieran confiar, atenuando la ira en su voz.

El comentario provocó una risa en las chicas y las relajó un poco más.

—No se lo dirá a nuestros padres, ¿verdad?

Esa era la pregunta del millón. Todas habían pasado por una experiencia terrible, tenían los nervios de punta, la adrenalina por las nubes, la ansiedad aún más alta y el miedo estratosférico. Lo último que necesitaban era un regaño de cada uno de sus padres en cuanto llegaran a casa.

—Los doctores encontrarán el alcohol en su sangre y se lo dirán a la policía cuando vengan a buscar su informe. Una vez que tengan eso, probablemente se lo dirán a sus padres. Pero eso no será hasta la mañana. Así que por ahora están a salvo.

Les guiñó un ojo y les sonrió a todas. Al menos no sería él el malo, y todas podrían relajarse un poco más ahora.

Casi veinte minutos después, todas las chicas se habían ido excepto Sylvia, recogidas por padres aterrados que interactuaron brevemente con él, le agradecieron por cuidar a sus hijas y luego se fueron a casa. Antes de que todas desaparecieran, Tomek les

recordó que unos agentes de policía pasarían por la mañana para tomar sus declaraciones como testigos.

—Recuérdame tu dirección, Sylvia —dijo Tomek mientras arrancaba el auto.

Sylvia se la dio y llegaron diez minutos después. Cuando Louise, la mamá de Sylvia, abrió la puerta, el miedo apareció inmediatamente en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Ella está bien —dijo Tomek—. Solo un poco alterada. ¿Te importa si pasamos?

Kasia y Sylvia desaparecieron hacia la habitación de Sylvia mientras él y Louise entraban en la cocina. Este no era el tipo de suceso para discutir en la sala de estar.

—¿Necesito estar de pie para esto?

—Sería preferible que te sentaras, pero tengo buenos reflejos, así que si decides desmayarte, debería poder atraparte.

—¿Deberías?

Él se encogió de hombros y le sonrió con picardía. —Dije «buenos», no «excelentes».

—Me llenas de confianza, Tomek. Ahora dime, ¿qué pasó?

Y así le explicó su versión de segunda mano de los hechos. Que, mientras todas estaban sentadas en la playa, charlando y hablando (omitió mencionar lo de la bebida por ahora), oyeron un grito, seguido de una figura que se cernía sobre Lucy Cleaves.

—Oh, Dios mío —respondió Louise, llevándose la mano a la boca —. Qué horrible. ¿Sabes la gravedad de sus heridas?

—No, pero no se veía bien. Sangraba por la cabeza.

—¿Pero las heridas en la cabeza no son siempre peores de lo que parecen? Una vez me golpeé en la cabeza, un corte diminuto, pero hubo sangre por días.

—¿Literalmente? —preguntó Tomek con sarcasmo.

—Literalmente por días, sí. Un milagro que sobreviviera, para serte honesta.

—Qué bueno que lo hiciste, de lo contrario no sabría nada sobre los peligros de los cortes pequeños.

Louise le encontró el lado gracioso y le ofreció un té. Él se negó. —La cerveza y el té no combinan muy bien.

—¿Quieres decir que has estado bebiendo y trajiste a mi hija a casa en el auto?

Tomek bajó la mirada al suelo y vaciló.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, su instinto maternal sospechando inmediatamente que algo andaba mal.

—Probablemente deberías saberlo, pero al parecer, las chicas estuvieron bebiendo esta noche. Lucy le robó un poco de vodka del mueble a su padre.

—¡Vodka! —las mejillas de Louise se sonrojaron de ira—. ¡Bebiendo puto vodka a los trece años!

—Lo sé.

—Pareces extrañamente tranquilo con todo esto —dijo ella.

Tomek se rio entre dientes. —Confía en mí, no lo estoy. Pero he lidiado con muchas cosas de este tipo en mi vida, así que supongo que ya estoy acostumbrado. No me gusta la idea de que Kasia beba a ninguna edad, y mucho menos a los trece, así que tendré unas palabras serias con ella sobre eso, en cualquier caso. Pero están alteradas, están asustadas por Lucy, así que gritar a todo pulmón no va a lograr nada. En todo caso, probablemente hará que quiera volver a hacerlo.

—A menos que esté tan traumatizada por lo de esta noche que no vuelva a tocar una gota de alcohol jamás.

Tomek cruzó los dedos de ambas manos y las levantó.

Cuando llegó el momento de irse, llamó a Kasia para que bajara y la esperó al pie de la escalera.

—Gracias de nuevo por traerla a casa —dijo Louise, acercándose a su lado—. No recuerdo si ya te lo había dicho.

—No lo habías hecho. Pero está bien. No todos podemos llevar capa.

Ella le puso una mano en el brazo y lo abrazó. Su cuerpo estaba cálido, y fue un agradable respiro del frío que aún se aferraba a él desde el exterior. —Gracias —dijo de nuevo—. Fue una suerte que estuvieras tan cerca.

Un momento se interpuso entre ellos. Un momento en el que se detuvieron, en el que todo pareció congelarse, y él pareció estar atrapado en una batalla con su mirada. Ninguno de los dos cedía. Los pulsos latiendo. La sangre corriendo.

Louise era una mujer atractiva y soltera. Tenía una edad similar, unos años más joven, y era todo lo que él buscaba en una mujer. Resiliente, decidida, valiente, fuerte, carismática. Todo lo que él…

—¿Papá?

La voz de Kasia lo sacó de su ensoñación, y giró bruscamente el cuello hacia ella en medio de la escalera. Detrás de ella estaba Sylvia.

—Ah. Ahí estás.

—¿Qué está pasando?

Tomek se apartó suavemente de Louise, sin intención de ofender, y se sacudió la ropa. Atrapados con las manos en la masa. Como un par de adolescentes.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó, asegurándose de evitar su pregunta tanto como fuera posible—. Solo me estaba despidiendo. ¿Todo bien?

Los rostros de Kasia y Sylvia se iluminaron de alegría, mientras que los de Tomek y Louise se sonrojaron de vergüenza.

—Puedes borrar esa sonrisita de tu cara, Sylvia —dijo Louise a su lado—. Tú y yo tenemos que hablar por la mañana. Pero por ahora, directo a la cama después de que te despidas.

Y Tomek y Kasia lo tomaron como la señal para irse.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y TRES

La víspera de la víspera de Navidad. El día antes del día anterior. Y un ambiente solemne se había instalado en el departamento. Cuando Tomek se despertó a la mañana siguiente y abrió las cortinas para encontrarse con un cielo gris y lluvioso, el peso de lo que había ocurrido la noche anterior pareció caer finalmente sobre *él*. La hija de Nick estaba en el hospital. La hija de Nick había sido atacada. La idea de que podría haber sido cualquiera de las chicas, de que podría haber sido su propia hija, finalmente comenzó a rondarle por la cabeza.

Y cuando Kasia salió de su habitación dando tumbos, envuelta con fuerza en su sudadera con capucha como si dependiera de ella para protegerse, era evidente que el mismo pensamiento la había mantenido despierta toda la noche también.

—¿Dormiste bien? —le preguntó mientras le preparaba una taza de té.

—No. No pude dormir.

—Yo tampoco. ¿Quieres hablar de eso?

—¿De qué hay que hablar?

—Puedes decirme cómo te sientes.

—Asustada.

—Entiendo. ¿De qué en particular?

—Asustada por Lucy. ¿Sabes algo?

Tomek revisó su celular y negó con la cabeza. No había recibido ninguna noticia de Nick o Sean. Lo mantenían en un completo

hermetismo informativo.

—¿Puedo ir a verla? —preguntó Kasia.

Tomek se había preguntado lo mismo en cuanto se despertó. Quería hacerles una visita. No solo por Lucy, sino también por Nick y su esposa. No podía ni empezar a imaginarse cómo se sentían, lo aterrados que estaban. La angustia y la zozobra que debían de sentir sentados allí, en el hospital, esperando noticias de los médicos y enfermeras. Tomek lo había presenciado de primera mano con otras familias en casos en los que había trabajado. En esas ocasiones siempre había sido un observador externo, mirando desde el perímetro. Pero ahora que se trataba de alguien que conocía, alguien a quien apreciaba y respetaba que pasaba por el mismo torbellino de emociones, empezó a comprender de verdad cómo era. Aunque todavía estuviera un paso al margen.

Tomek desbloqueó su celular de nuevo y se desplazó por su agenda hasta que encontró el número de Nick. Llamó a su jefe y esperó a que contestara.

—Hola.

—Hola, Nick. ¿Puedes hablar?

—Sí.

—¿Cómo está?

—No muy bien. Está muy delicada. Tiene el cráneo aplastado. Una abolladura enorme en la cabeza. Está en coma. Los médicos creen que la cosa puede ir para cualquier lado. Posible daño cerebral permanente. Hemorragia cerebral. Puede que no despierte nunca. De todo.

—Puta madre, amigo. Lo siento muchísimo.

Si pensaba que estaba teniendo una mala mañana, no era nada comparado con lo que Nick y su esposa estaban viviendo.

—¿Cómo lo está llevando Maggie?

—Peor. Daniela está bien, está dormida, no sabe lo que pasa, pero Maggie está destrozada por la preocupación.

—Me lo imagino… —Tomek hizo una pausa, tragó saliva y se volvió hacia Kasia—. Cuando sea el momento oportuno, nos preguntábamos si podríamos ir. Quizás para distraerlos un poco.

—Sí, estaría bien, amigo. Pero no será pronto. Hablaré con los médicos y te aviso.

Tomek nunca había oído a su jefe, a su amigo, sonar tan abatido, tan derrotado, tan quebrado. Era como si le hubieran arrancado el alma (lo que quedaba de ella, de todos modos).

Le explicó a Kasia que Nick les avisaría.

—Me avisarás en cuanto lo haga, ¿verdad? —preguntó Kasia, como si ella estuviera al mando.

—Por supuesto que sí —dijo Tomek con una sonrisa. Consultó su reloj: 8:48·a.·m.—. Tengo que ir a trabajar. Averiguar qué pasa con el arresto. Intentaré que alguien te haga compañía durante el día.

—No tengo cinco años.

—No, pero querrás a alguien con quien hablar, y será un buen cambio que sea otra persona por una vez. Además, es Navidad, pensé que todo se trataba de…

—Esta es la peor Navidad de la historia —dijo Kasia mientras se ponía la capucha y se desplomaba en el sofá.

*Nuestra Navidad no es nada comparada con lo que Nick y su familia están pasando ahora mismo*, pensó Tomek mientras empezaba a prepararles el desayuno a ambos. Algo salado. Algo grasoso. Algo para sentirse bien. Cuando terminó y tiró todos los restos a la basura, empezó a llamar para ver quién podía venir a hacerle compañía a Kasia durante el día. La primera persona a la que llamó fue Saskia Albright, su amiga de toda la vida, pero ella ya estaba en Escocia con sus padres por las fiestas. Luego, consideró llamar a Abigail, pero sabía que eso solo le echaría más leña al fuego del insaciable deseo de Kasia de molestarlo y meterse en su vida amorosa. Además, no quería darle a Abigail ideas equivocadas. Luego intentó con Louise y Sylvia, pero esa tarde iban a visitar a su familia en Colchester. Lo que dejaba a las únicas otras personas a las que se le ocurría llamar. El final de su lista.

Sus padres.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y CUATRO

Perry e Izabela Bowen estuvieron más que felices de cuidar a Kasia por todo el tiempo que él lo necesitara. Un tiempo para crear lazos, le habían dicho. Hacía mucho que se debía. En privado, sin que Tomek anduviera de metiche y censurara todo lo que hablaran. No estaba muy seguro de sentirse cómodo con la idea de que ellos dos la acosaran a preguntas sobre novios, la escuela, *él* y la vida en general, todo mientras comían un paquete de *paluski* y tomaban un café bien cargado, pero no tenía opción. Quizás estaba siendo demasiado cauteloso, demasiado paranoico. Después de todo, eran los abuelos de Kasia. Y él les había contado muy poco sobre ella y su vida, así que era lógico que tuvieran curiosidad.

—Está en buenas manos —le había dicho Izabela Bowen con una sonrisa irónica antes de que él se fuera.

Tomek no estaba convencido, pero intentó apartar esos pensamientos mientras se dirigía a la comisaría. Y pronto descubrió que cuanto más se acercaba, más fácil se volvía, porque en lugar de pensar en Kasia, Perry e Izabela, sus pensamientos se vieron atormentados por imágenes de la hija de Nick sobre el pavimento, con el cráneo hundido, sangrando. Y luego, las imágenes de ella acostada en la cama del hospital con sus padres a su lado.

Las imágenes finalmente comenzaron a disiparse en cuanto vio a sus colegas. Y casi desaparecieron por completo cuando vio en la pantalla del televisor el rostro del hombre que había atacado a Lucy Cleaves. Habían conectado una transmisión en vivo a la parte trasera

de la unidad dentro de la sala de incidentes, y el equipo lo estaba observando en medio del interrogatorio. Frente al agresor estaban Sean y Chey, interrogándolo.

Ahora que podía verle el rostro con claridad, Tomek reconoció al hombre de inmediato. Paddy Battersby. Un esquizofrénico paranoico conocido por la policía desde hacía años. Previamente arrestado por agresión, alteración del orden público, vandalismo y todo un historial de delitos menores. La mayor parte del tiempo, había sido un hombre destrozado con una necesidad desesperada de su dosis; inofensivo, hasta la noche anterior, por supuesto.

Los rostros que miraron a Tomek estaban legañosos e hinchados. Habían pasado la noche en vela y los interrogatorios se habían prolongado durante toda la noche. Sin tregua. Legalmente, a Paddy se le permitían ocho horas de descanso dentro de las primeras veinticuatro horas de detención, pero era evidente que el equipo iba a hacerle esperar el mayor tiempo posible para eso. Era lo menos que se merecía.

En la sala de incidentes había un equipo reducido de cuatro personas. Victoria, Martin y Oscar. Era Navidad y una gran parte del equipo estaba de licencia, celebrando las fiestas con sus seres queridos. Y, como resultado, se esperaría que el resto de ellos, incluido Tomek, trabajaran más horas.

En cuanto lo vio, la inspectora Orange lo hizo entrar a su oficina para ponerlo al día.

—Lo hemos acusado de lesiones corporales graves —dijo, manteniendo la voz baja—. Pero ahora le estamos preguntando si sabe algo sobre Fern Clements y Lily Monteith.

—¿En serio?

—¿Qué?

Tomek señaló en dirección al televisor en la sala de incidentes. —¿Él? ¿Paddy Battersby? ¿Paddy el Panda, el hombre que no mataría ni a una mosca?

—Bueno, claramente puede hacer mucho más que eso.

Tomek metió las manos en los bolsillos y se encorvó ligeramente hacia atrás. —Usted no lo conoce como nosotros. Tiene problemas. Es esquizofrénico.

—Eso no justifica que haya mandado a la hija de Nick al hospital.

—No estoy diciendo que lo haga —Tomek inhaló profundamente para controlarse—. ¿Qué dice él que pasó?

—Su versión de los hechos es que quería preguntarle si tenía una lata de *spam*. Cuando ella lo vio, entró en pánico y lo atacó, lo que hizo que él entrara en pánico. Y mientras intentaba escapar, se topó con ella y la tiró, golpeándole la cabeza contra un poste.

«Debió ser un golpe bastante fuerte para hundirle el cráneo», consideró Tomek.

—¿Así que fue un accidente? —preguntó.

—Accidente o no, sigue en el hospital. Veremos cómo se compara su versión de los hechos con la de las chicas.

Tomek sabía que sería la palabra de Paddy contra la de ellas. De las seis. Y en ese caso, no importaría si fue un accidente o no. El destino de Paddy Battersby estaba sellado.

—¿Ya admitió haber matado a Lily Monteith y a Fern Clements?

—No —dijo ella secamente—. Su abogado y el adulto responsable le están diciendo que no diga nada al respecto.

—Así que, naturalmente, usted sospecha más de él.

—Sí —dijo.

Pero Tomek no. Lo que le había pasado a Lucy Cleaves había sido un accidente insólito, una de esas historias de una en un millón, pero nada más. Aunque trágico, sí, Tomek no creía que fuera suficiente para desatar una caza de brujas y quemar a Paddy Battersby en la hoguera.

—¿A cuánto tiempo se enfrenta? —preguntó Tomek.

—¿Después de que lo acusen de los asesinatos de ellas?

—No. Porque todavía no tiene ninguna prueba en su contra por esos. ¿A cuánto tiempo se enfrenta por lo de anoche? ¿Las lesiones?

—Cinco años —respondió Victoria, con la expresión y la voz planas.

—Vaya.

«Pobre tipo». Pero más «pobre Lucy». Tomek no podía sentir demasiada compasión por él en ese aspecto, no cuando ella estaba luchando por su vida.

—Hay algo más que quería hablar con usted —comenzó Victoria.

Tomek apoyó la mano en el respaldo de una silla. —¿Necesito sentarme para esto?

—Puede sentarse si quiere. Así me hará parecer y sentir más alta.

Tomek calculó que ella necesitaba mucho de eso en este momento. Había cometido algunos descuidos recientemente, incluso en el doble asesinato de dos chicas que habían sido secuestradas y estranguladas con un columpio en un parque de Canvey. Y, como resultado, le resultaba difícil sentir pena por ella.

—Es sobre su función en este equipo.

Contuvo el aliento.

—Nick estará de baja las próximas semanas, imagino, mientras cuida a su hija. Así que eso me pondrá a mí temporalmente a cargo, y voy a necesitar un segundo al mando.

—De acuerdo —dijo Tomek, mirándola con ojos vivaces—. ¿Necesita que le diga dónde están los baños?

Para su sorpresa, Victoria no se esperaba esa. Afortunadamente, *le vio* el lado divertido y se llevó una mano delicada al pecho mientras se reía, para demostrarlo.

—Usted nunca deja el humor inmaduro, ¿verdad?

—¿Dónde está la gracia en madurar? Ya he tenido que hacerlo suficiente en estos últimos dos meses, no quiero hacerlo más. Necesito *algunas* inmadureces, por lo menos.

—Algunas, pero no todas. Aparte de eso, ¿no va a decir nada?

—¿Sobre qué? —Tomek no se dio cuenta, pero la estaba mirando como un perro mira a su dueño: obediente y ansioso por saber qué pasaría a continuación.

—*Usted es mi segundo al mando*. Mientras Nick esté de baja.

—Vaya, vaya, cómo da vueltas la tortilla.

Esto era bueno. Muy bueno. Porque ahora, como segundo al mando, tendría más voz sobre la dirección que tomara la investigación. Más control sobre los aspectos que no podía controlar por sí mismo.

Esto era bueno. Muy bueno.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y CINCO

La primera tarea de su lista para el día había sido fácil: invitar a Kasia a la estación para que diera su declaración como testigo. A lo largo del día, las chicas serían entrevistadas individualmente para obtener su versión de lo que le había sucedido a la hija de Nick. Luego, sus historias serían cotejadas entre sí para verificar su veracidad y después se compararían con la versión de los hechos de Paddy Battersby. Tomek tenía la ligera sospecha de que no diferirían mucho, si es que lo hacían. Para él estaba claro que Paddy sería acusado por lo que le pasó a Lucy; el ataúd ya estaba encargado y el servicio fúnebre pagado, pero Tomek estaba dispuesto a hacer todo lo posible para asegurarse de que no fuera condenado por los asesinatos en los que no tuvo nada que ver. Condenar injustamente a alguien por asesinato, violación o cualquier otro tipo de delito grave era, afortunadamente, algo de lo que nunca había sido víctima. Pero había oído las historias, visto los informes en los periódicos. Veinte años de una sentencia de prisión cumplidos, solo para que los avances tecnológicos y científicos irrumpieran como un héroe en la noche para alterar el resultado de un caso y exonerarte. Veinte años de tu vida perdidos. Veinte años comprados y pagados por el gobierno a modo de compensación. No había cantidad de dinero que pudiera compensar tantos años de tu vida, así que era un firme creyente de que había que conseguir la condena correcta en el momento correcto. Y si eso significaba tardar más de lo necesario o agotar todas las opciones y el presupuesto, que así fuera.

Era la primera vez que Kasia visitaba su lugar de trabajo, y se sentía increíblemente nervioso. Mezclado con una pequeña dosis de emoción. Y con una pizca de solemnidad añadida a la mezcla también. Le preocupaba lo que ella pensaría del lugar, lo que diría de sus colegas. Le hubiera gustado darle un recorrido y presentarla adecuadamente (después de todo, ellos habían oído hablar mucho de ella, y ella tan poco de ellos), pero no había sido posible. Era una lástima que las circunstancias de su visita hubieran sido para dar una declaración de testigo.

Una declaración que había sido tomada por Rachel, tan calmada y cortésmente como pudo, la mejor en el trabajo. Todo el proceso le había llevado más de una hora, y al final, sus ojos estaban rojos y el maquillaje se le había corrido. Para animar a Kasia, Tomek le había ofrecido llevarla rápidamente a las tiendas a comprar algunos de sus dulces favoritos.

—Podemos sacar otro préstamo de día de pago y comprar más Freddos, si quieres.

—¿No tienes chocolate aquí?

Tomek miró alrededor de la oficina sosa y lúgubre. No tenía ningún aire festivo y parecía como si toda la alegría y la emoción por las fiestas cayeran en un agujero negro tan pronto como entrabas.

—Nadia normalmente se encarga del chocolate —respondió—. Pero desde su embarazo, le ha dejado de gustar bastante.

—Ah.

—Sí. Su nueva cosa favorita, si te interesa, es el *biltong*.

—¿*Biltong*?

—Es una especie de carne seca sudafricana. Raro. A nadie le gusta, lo cual es bueno para ella porque, créeme, no quieres acercarte a ella cuando está comiendo su *biltong*, lo protege mucho mejor de lo que los animales que matan para hacerlo protegen a sus crías. Además, nadie quiere acercarse porque apesta.

Kasia recorrió con la mirada la planta de la oficina. —¿Dónde está ella?

—En casa. Probablemente haciendo su propio *biltong* para cuando todas las tiendas estén cerradas por Navidad.

Kasia soltó una risita. Fue solo pequeña, breve, una risilla, pero era un paso en la dirección correcta. En ese momento, no necesitaba nada más que algo de risa y alivio, un respiro de lo que había sucedido. Pero justo cuando Tomek estaba a punto de llevarla a las tiendas, el alivio llegó a un abrupto final. Nick llamó para informarle que podían visitarla. Y sin perder tiempo, y tras obtener rápidamente el permiso de Victoria, se dirigieron al hospital.

Encontraron a Nick, su esposa, Maggie, y su hija menor, Daniela, esperándolos fuera de la habitación del hospital. Aunque solo habían pasado catorce horas desde el incidente, ambos padres parecían como si no hubieran dormido en catorce días. Rotos, vencidos, abatidos. Mientras que Daniela no había asimilado del todo lo que le había pasado a su hermana mayor y parecía que estaba allí para apoyar a sus padres, en lugar de al revés.

—Me alegro de verte —dijo Nick, con la voz despojada de su vigor—. Gracias por venir.

—Por supuesto. Lo que sea. ¿Cómo… cómo está ella?

Para responder a eso, Nick los guio a ambos dentro de la habitación sin prepararlos para lo que estaban a punto de ver: una figura pálida perdida entre las sábanas blancas que la protegían. Varios tubos estaban conectados a sus muñecas como sacados de una película de terror. Y en la cabecera de la cama estaba la cabeza de Lucy, encerrada en un soporte de metal.

—El doctor dijo que la hendidura en su cráneo es del tamaño de una pelota de golf —dijo Nick, de pie en el umbral mientras todos los demás se acercaban a la paciente, como si él fuera incapaz de acercarse más—. La pusieron en coma inducido.

Kasia tiró del brazo de Tomek y le susurró al oído. —¿Qué es eso?

Tomek se lo explicó rápidamente antes de que Nick continuara.

—Todavía no saben cuándo despertará, o si lo hará.

—Nick —replicó su esposa—. Los doctores también nos dijeron que nos mantuviéramos positivos.

—No, no lo hicieron. Dijeron que debíamos mantener el ánimo, que es casi como decir que recemos para que todo salga bien.

—Puede oírte, ¿sabes? —añadió Maggie con desdén, lanzándole una mirada a juego.

—¿En serio? —preguntó Kasia.

—Sí, cariño —dijo Maggie. Rodeó el otro lado de la cama y le puso una mano en el hombro—. Los doctores dijeron que puede oír cada palabra que decimos. ¿Te gustaría hablar con ella?

Inmediatamente, la tensión en la habitación se disipó.

Con cuidado, con vacilación, Kasia se acercó al lado de su amiga, le puso una mano en el hombro como lo había hecho su madre y le susurró al oído.

—Oye, soy Kasia, yo… la verdad es que no sé qué… Todos estamos preocupados por ti. Hemos estado hablando en el chat grupal y todos quieren saber cómo estás… Les… les diré que estás bien… Y que vas a… a salir de aquí en nada, ¿de acuerdo? Porque todos te extrañamos y queremos verte en la escuela otra vez. Haces que los almuerzos sean soportables, ¿entiendes? Así que tienes que mejorar.

Kasia terminó su monólogo en una habitación sumida en un silencio atónito. Tomek miró a su alrededor y vio ojos llenos de lágrimas, tanto los suyos como los de la familia de Nick. Hechos un mar de lágrimas, incapaces de controlarse. Tomek estaba conmovido. Que un pequeño discurso de una niña de trece años pudiera haber tenido tal efecto en ellos.

Después de cinco minutos, las lágrimas cesaron y Nick sacó a Tomek de la habitación a la privacidad del pasillo.

—¿Ya hablaste con Victoria? —preguntó él, recuperando el vigor y el tono profesional en su voz.

—Sí.

En lugar de responder, Nick frunció los labios para evitar que temblaran, pero sirvió de poco. Mientras las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos, puso una mano firme en el hombro de Tomek y dijo: —Mantenla tranquila por mí, ¿quieres?

—Por supuesto —respondió Tomek mientras ponía una mano igualmente reconfortante en la espalda de Nick.

Era posiblemente la segunda vez que Tomek veía alguna forma de emoción en su jefe, en su *amigo*, en los trece años que lo

conocía. La última vez había sido cuando su hijo, Robbie, había huido de la familia para unirse al ejército.

—Van a acusar al tipo que hizo esto de lesiones graves —dijo Tomek—. Fue Paddy Battersby.

—¿Paddy? ¿En serio? —Nick suspiró y puso los ojos en blanco—. El muy imbécil.

—La inspectora Orange también cree que tiene algo que ver con nuestro asesino de las alergias.

—Entonces es más tonta de lo que pensaba —replicó Nick.

—He intentado convencerla de lo contrario, pero no da su brazo a torcer.

—Bueno, voy a tener que dejar que te encargues de eso. Con el debido respeto, es la última puta cosa de la que quiero preocuparme ahora mismo.

—Entendido, capitán —dijo Tomek, fingiendo un saludo militar.

Mientras los dos hombres regresaban a la habitación del hospital, el teléfono de Tomek comenzó a vibrar en su bolsillo. Levantó un dedo hacia Nick, indicándole que estaría con él en un minuto, y luego contestó la llamada.

—¿Es importante? —preguntó al micrófono.

—Eso no es muy amable.

—Solo responde la pregunta.

—No, es solo sobre mi artículo.

Tomek suspiró y miró la puerta que conducía a la habitación del hospital.

—Bien.

—Me preguntaba si tenías algo más para mí.

Tomek tamborileó con los pies. Luchó con la decisión.

—No —respondió—. No tengo nada.

—Vamos, Tomek. Debes tener *algo*. Me la debes, recuérdalo.

—No te debo nada. Ahora déjalo en paz. Y creo que deberías dejar tranquilo a Nick por un tiempo. Y no publiques ese artículo. Ahora mismo solo hará más daño que bien.

—No puedo creer lo que oigo. Has cambiado de parecer.

—Sí, bueno, algunas cosas son más importantes que alcanzar tu número de palabras, Abigail.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y SEIS

No se quedaron más de una hora, no queriendo abusar de su hospitalidad más de lo que Tomek ya creía que lo habían hecho. La familia necesitaba tiempo para estar junta, para guardar luto, para procesar, y ciertamente no necesitaban a Tomek y Kasia allí, rondando sobre sus hombros, escuchando atentamente cada vez que los médicos o las enfermeras interrumpían para darle a la familia una actualización.

En cambio, Tomek cambió una familia por otra. La suya.

Para cuando Kasia y Tomek llegaron a casa esa noche, después de pasar por un McDonald's en el camino (para levantarle un poco el ánimo a Kasia), las luces del piso todavía estaban encendidas y había dos sombras bailando en las ventanas. Tomek se detuvo frente al edificio y se inclinó hacia adelante.

—¿Tu abuela y tu abuelo mencionaron algo de quedarse esta noche?

—Quizá dijo algo sobre la cena —respondió Kasia lentamente, mirando la comida en su regazo.

—¿Y se te ocurre decírmelo ahora?

Se encogió de hombros. —No iba a decirle que no a un McDonald's.

Por supuesto que no. Parecía que su generación vivía a base de esa porquería. Y con un acceso tan inmediato, a veces con solo presionar unos botones, no era de extrañar. Cada vez que pasaba por el McDonald's cerca de la calle principal de camino a comprar su

oferta de comida de Sainsbury's o, si se estaba dando un gusto, un Subway, el lugar solía estar lleno de adolescentes de la edad de ella con sus tenis de marca, pants Adidas y Nike, y mariconeras. No podía pensar en nada más desagradable. Aparte de la idea de cuánto procesaban esa comida. Eso era suficiente para quitarle el apetito a algunas personas de por vida.

—Entonces eres tú la que la va a decepcionar —dijo Tomek mientras se dirigían a la puerta principal. Luego le entregó a Kasia la bolsa vacía de McDonald's.

—Porque no puede regañarte a *ti*. —Tomek metió la llave en la cerradura—. Y ya verás, te apuesto lo que quieras a que igual encontrará la manera de culparme a mí.

—¿Lo que quiera? —Un atisbo de emoción brilló en la voz de Kasia; quizá esa era la manera de hacerla sentir mejor, llenarla de dinero.

—No —respondió Tomek con severidad—. Es una forma de decir. No todo el que te hable te va a dar dinero porque se lo pidas, Kash.

—Un *sugar daddy* lo haría —susurró ella por lo bajo, pero Tomek escuchó hasta la última sílaba.

Se detuvo en las escaleras que llevaban al piso y la fulminó con la mirada. —¿Qué acabas de decir? ¿Cómo sabes de esas cosas?

—La tele. Había un programa en Channel 4 el otro día. No me regañes.

No. No podía, ¿verdad? No cuando era casi imposible. Con todo estando aún más disponible en aplicaciones de *streaming* en el celular y la computadora, vigilar el tipo de cosas que ella veía se estaba volviendo cada vez más difícil de monitorear. Pero, consideró, a fin de cuentas, aprender sobre *sugar daddies* en un documental era inofensivo en comparación con otro tipo de cosas que podría estar viendo. Mientras no estuviera viendo decapitaciones o gente prendiéndose fuego, estaba bien.

—¡Ya llegaron! —fueron las palabras que los recibieron tan pronto como entraron por la puerta al final de las escaleras. Seguidas rápidamente por: —, y ya comieron.

Izabela se detuvo en seco y bajó los brazos que había levantado para abrazarlos a ambos.

—¿Qué haces con eso? —preguntó mientras señalaba la bolsa de McDonald's en la mano de Kasia—. Les preparamos la cena. Pensé que podríamos tener una buena comida juntos.

—Ella lo quería —dijo Tomek, echándole la culpa.

Su madre se abalanzó sobre él y le dio un fuerte golpe en el pecho. —Sí, pero *usted* fue quien se lo compró.

Tomek captó una mirada de suficiencia de Kasia que decía: «Voy a cobrarte ese dinero, te guste o no».

—¿Qué prepararon? —preguntó Tomek, ansioso por desviar la conversación de su mala decisión como padre.

Olfateó el aire y encontró la respuesta por sí mismo. *Pierogi*. Empanadillas. Un plato básico polaco. La cena con la que él y sus hermanos vivieron casi todos los días cuando se mudaron al país por primera vez.

—Su favorito —dijo su padre.

Tomek se asomó por la puerta de la cocina y vio a su viejo de pie junto a dos grandes cacerolas, revolviendo el contenido lentamente.

—Al menos es una comida fácil de cocinar para usted —respondió Tomek.

—¿Está diciendo que no le puse amor ni alma a esa comida? Le cociné esa cena durante semanas cuando era más joven.

—Pensé que era solo porque éramos pobres.

—No, es porque a usted y a sus hermanos les encantaba. Y siempre tenía que asegurarme de darles a los tres la misma cantidad de empanadillas. Si le daba a uno más o menos, corría el riesgo de que me culparan de favoritismo.

Si ese hubiera sido el caso, Tomek sabía dónde habría estado en la escala de favoritos: Michał primero, Dawid segundo, y él cómodamente en el último lugar.

—Para ser sincera, de vez en cuando le daba una extra a Michał después de que usted y Dawid se habían levantado de la mesa —continuó Izabela.

Y si alguna vez hubo alguna duda en la mente de Tomek sobre su lugar en la jerarquía, se disipó con ese último comentario.

Después de instalarse y deshacerse rápidamente de la evidencia de McDonald's, se sentaron a la mesa y comieron lo que pudieron de

los *pierogi*. Tomek logró engullir cinco de las empanadillas rellenas de carne, mientras que Kasia solo pudo con dos. La conversación en la mesa evitó tanto como fue posible el tema de la hija de Nick y el incidente. Era Navidad, decían. No era momento para hablar de tales asuntos.

—Hablando de eso —dijo Izabela con una sonrisa radiante—, Dawid y los chicos vienen mañana por Navidad. ¿Están seguros de que no quieren venir? Todavía hay mucho espacio en la mesa.

—Y habrá mucha comida —añadió Perry Bowen.

—¿Las empanadillas que sobraron de esta noche, se refiere? —murmuró Tomek, luego miró a Kasia, que estaba en medio de revolver la comida en su plato—. Creo que estamos bien aquí, gracias. Solo nosotros dos. Es nuestra primera Navidad juntos y quiero que se mantenga así. Quizá el próximo año. Pero espero que la pasen bien y denle nuestros saludos a Dawid y a los chicos.

Todo el asunto había sido un completo desastre, y una completa pérdida de tiempo, exactamente como Tomek se sentía cada Navidad. La alegría y la emoción de lo que se suponía que era la época más maravillosa del año habían sido absorbidas por los acontecimientos de esa noche. Kasia pasó los dos días siguientes cabizbaja, durmiendo, acostada en la cama, acurrucada bajo el edredón, ya sea jugando con su teléfono o enviando mensajes a Sylvia. Las decoraciones que había pasado horas poniendo a principios de mes, las que habían brillado y resplandecido durante las últimas tres semanas, habían perdido su brillo y resplandor, e incluso había apagado las luces de hadas de su habitación. El árbol de Navidad se veía desolado ya que Kasia se devoró todos los chocolates que tenía en una sola tarde. El espumillón se cayó y quedó colgando suelto y en el suelo; sin mencionar que los regalos debajo del árbol eran escasos.

Al final, Tomek se había decidido por un puñado de productos de maquillaje y cuidado personal que había encontrado en los estantes de Boots y Superdrug, junto con la promesa de ir de compras en un futuro cercano.

—Tienes cien libras para gastar —le había dicho.

—Está bien —dijo ella con desánimo mientras dejaba una caja de polvos en el sofá—. No tienes que hacerlo.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo.

Y luego tuvieron la comida. Un banquete británico tradicional: pavo, papas asadas, *Yorkshire puddings* y un puñado de verduras, todo ahogado en una cantidad insalubre de *gravy*. A decir verdad, la comida había sido lo único destacado del día, y aun así había sido un desastre. Como era la primera vez que cocinaba una comida tan grande para una ocasión tan importante, tenía poca o ninguna idea de lo que estaba haciendo, y pasó varias horas en la cocina como un elefante en una cristalería. Tirando cosas de la encimera, dejando caer comida al suelo, rompiendo algunos vasos en el fregadero. Al final, el pavo salió quemado, las papas asadas estaban casi crudas y las verduras parecían más puré de papa que otra cosa; un montón muy colorido y nutritivo de puré de papa.

—Tenía grandes expectativas para esta cena —admitió mientras se servía una cucharada generosa de zanahorias en el plato—. Pero no puedo evitar pensar que un Happy Meal de McDonald's podría ser más apetitoso.

—Sí —dijo Kasia—. Probablemente tengas razón.

Durante el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, la solemnidad y el desánimo de Kasia continuaron. A pesar de sus reticencias iniciales sobre la Navidad, se encontró intentando animarla con juegos de mesa y de cartas. Para su sorpresa, había encontrado una vieja versión de Monopoly de Essex en el fondo de su armario; de alguna manera, no se había perdido en la mudanza de hacía unas semanas.

—Este era mi juego favorito de niño —dijo mientras lo sacaba de la caja y comenzaba a colocar las fichas en el tablero—. Aunque no teníamos una versión de Essex cuando éramos pequeños.

—Qué bien.

—¿Alguna vez has jugado?

Kasia despegó lentamente los ojos de su teléfono y miró la caja, como si necesitara que le recordaran qué era. —No. No creo.

—¡¿Quéeé?! —dijo, imitando un acento americano—. ¿Nunca has jugado Monopoly?

—No sabía que la gente todavía jugaba juegos de mesa.

—Puf. En los viejos tiempos, sí. Antes de todos estos teléfonos móviles y tabletas.

—Mamá y yo no teníamos ninguno de los dos. Creo que lo único que teníamos era una baraja de cartas.

Tomek levantó una ceja. —¿No dijiste que jugaban un montón de juegos de cartas y de mesa en casa de tu mamá por Navidad?

Ella bajó la cabeza un poco. —Mentí —dijo—. No hacíamos todas esas cosas. No teníamos dinero para hacerlo. Y mamá solía estar fuera tratando de conseguir droga. No teníamos decoraciones, ni comida rica, ni árbol, nada de eso. Por eso estaba tan emocionada por esta, iba a ser mi primera Navidad de verdad, una auténtica.

—Oh, Kash.

Tomek se sintió fatal. No tenía ni idea. Y ahora se sentía increíblemente culpable por haber montado un espectáculo tan mediocre.

—¡Bueno, vamos a disfrutar lo que queda de ella!

—¿Jugando Monopoly?

—Oh, sí. Ya verás. Vas a quedar enganchada.

Y así, después de explicarle las reglas varias veces, se pusieron a recorrer el tablero, comprando atracciones turísticas y lugares locales, y construyendo casas y hoteles en ellos. A lo largo del juego, notó que el humor de Kasia mejoraba. Y aún más cuando la dejó ganar al final.

—¡Ja! ¡Chúpate esa! —gritó ella, agitando su dinero frente a la cara de él con la primera sonrisa que había esbozado en todo el día.

Tomek puso los ojos en blanco y comenzó a recoger las piezas del juego. —Suerte de principiante —le dijo.

Cuando por fin llegó el día después de Navidad, el *Boxing Day*, Tomek se vio obligado a cambiar el juego de mesa por el juego que su pequeño asesino en serie estaba jugando con ellos. Para entonces, habían pasado semanas desde la muerte de Lily Monteith

y años, si se incluía a Diana Greenock en la lista (lo que por supuesto hacía) y todavía no estaban más cerca de encontrar al asesino. Tomek tenía el día libre, pero había decidido que necesitaba ir a trabajar. En su mente, el período navideño había terminado (el *Boxing Day* era solo una excusa para ir de compras y contribuir al consumismo y al capitalismo inspirado por su juego de mesa de la noche anterior), y había un límite de tiempo que podía pasar sentado dándole vueltas a sus pensamientos, mientras Kasia se sentaba en el sofá haciendo lo mismo, ambos con pensamientos similares e igualmente deprimentes. Así que ambos necesitaban animarse. Tomek sabía cómo hacerlo por sí mismo —trabajar—, pero cuando se trataba de Kasia, las cosas se complicaban un poco. Jugueteó con la idea de obligarla a pasar el *Boxing Day* con sus padres, pero si él no estaba dispuesto a hacer lo mismo, no era justo para ella. Y luego había pensado en dejarla ir al hospital a ver a Lucy Cleaves, pero rápidamente se dio cuenta de que eso era igual, si no más, deprimente. Al final, se decidió por lo único que sabía que la hacía feliz.

Sylvia.

Sylvia y su mamá, Louise.

Tomek se detuvo frente a su casa adosada de dos dormitorios en Daws Heath y siguió a Kasia hasta la puerta. La joven caminaba con una energía renovada y rebotaba sobre las puntas de los pies mientras esperaba a que su amiga abriera. Tan pronto como Sylvia los recibió, Kasia se despidió de él con la mano y luego subió corriendo las escaleras, dejándolo parado en la entrada. Sintiéndose y viéndose fuera de lugar.

Finalmente, varios largos momentos después, apareció Louise, vestida con el mismo conjunto de pijama navideño que su hija, árboles de Navidad verdes sobre un fondo rojo en la parte de abajo, y una camiseta de bastón de caramelo en la de arriba. Tan pronto como lo reconoció, entró en pánico y tomó un suéter más grueso y sencillo de la barandilla cercana.

—Perdón por eso —comenzó, incapaz de mirarlo a los ojos—. Fue idea de Sylvia. Yo...

—No tiene que disculparse. Aunque si Kasia llega a casa con la brillante sugerencia de que tenemos que usar pijamas a juego para Año Nuevo, entonces ya sé a quién culpar.

—Oh, se me ocurre que podría quedarle bastante bien.

Tomek miró los pantalones de ella. —Siempre he pensado que el verde es mi color.

—Realmente resalta su barba.

Tomek se rio entre dientes. La otra noche fue la primera vez que había notado su coqueteo. Al principio, había pensado que era producto de la emoción y el estrés de lo que había sucedido. Ahora no estaba tan seguro, pero después de haberse asustado para no coquetear con la maestra de Kasia por razones obvias, no estaba seguro de si las mismas reglas se aplicaban también a la madre de la amiga de la escuela. Quizá tendría que averiguarlo.

—¿Cómo estuvo su Navidad? —preguntó ella mientras se abrazaba para protegerse del frío.

—Diferente —respondió él—. Difícil. Una primera vez para ambos.

Louise no era ajena a su situación. De hecho, era una de las pocas que lo sabía. Y por eso sentía que podía ser abierto y honesto con ella sobre su relación con Kasia. No conocía los pormenores de su divorcio, pero cada vez que habían hablado, él tenía la impresión de que ella entendía. Que entendía más sobre la situación de ellos que él mismo, y eso que él era el que estaba en ella. Suponía que una parte de eso se filtraba de Kasia a Sylvia, y de Sylvia a Louise, de modo que cada pizca de consejo y sabiduría provenía de Kasia por intermediación. Que sus verdaderos pensamientos y sentimientos se transmitían a través de un juego del teléfono descompuesto.

—¿Cómo estuvo la suya? —preguntó Tomek, sintiéndose obligado a hacer la misma pregunta.

—Oh, ya sabe. Seis horas cocinando, veinte minutos comiendo, seguidas de otras seis horas sintiendo que no te puedes mover. Rematado con otro par de horas lavando los platos.

Tomek asintió cortésmente. —La nuestra fue algo parecido. Al final, cambiamos el lavado de platos por una partida de Monopoly.

—¿Quién ganó?

—Kasia. Obviamente.

—¿Porque es mejor que usted o porque la dejó?

—¿No es obvio?

—Claro. Porque fue mejor. Es un golpe duro de asimilar, pero llega un momento en que se vuelven mejores en todo que uno. Tu ego sufre un buen golpe...

—Dice la que lleva un pijama a juego.

Louise se llevó la mano a la boca, fingiendo ofensa. —Este fue en realidad un regalo de Navidad de mi hija, que lo sepa. No estoy segura de cómo lo compró, pero usó el dinero de otra persona para pagarlo.

Tomek recordó la vez que Kasia había robado cincuenta libras de una reserva de emergencia que él había escondido dentro de un libro de bolsillo. Se preguntó si Kasia le habría comprado un regalo de Navidad con más dinero que le había robado. Y si lo había hecho, le gustaría verlo pronto.

Se acercó un paso más y bajó la voz. Mientras hablaba, miró hacia el hueco de la escalera y alzó las cejas. —¿Cómo ha estado ella después de todo?

—Mal. Está tratando de procesarlo, pero creo que le está costando. Son solo unas niñas, y que hayan visto algo así, es mucho para ellas. Y remover todo de nuevo en la comisaría no ayudó.

—Lo sé, pero es todo parte de...

—No, no, no. No lo estaba criticando. No quiero que piense que era una indirecta. —Le puso una mano en el hombro y la dejó allí—. Solo les llevará tiempo superarlo.

¿Era este uno de los mensajes de teléfono descompuesto de Kasia que se había filtrado? ¿O era esta una sabia reflexión de la propia Louise? De cualquier manera, si había una cosa que había aprendido de tener una hija de la que no sabía nada, era que muchas cosas llevaban tiempo.

Tiempo para que ella se acostumbrara a su nueva escuela.

Tiempo para que ella se acostumbrara a estar cerca de él y a tener que escucharlo.

Tiempo para que ella se acostumbrara a la vida en una nueva zona, con nuevos amigos, una nueva *familia*.

Y ahora esto. Tiempo para que se acostumbrara a las imágenes y pesadillas de lo que le había pasado a Lucy.

De la misma manera que Tomek se había visto obligado a acostumbrarse a las pesadillas que lo habían atormentado después de la muerte de su hermano.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y SIETE

Lo primero que Tomek notó cuando entró en la Sala de Incidentes Mayores fue el sonido. Música, a todo volumen en la radio. Conversaciones que se filtraban por los pasillos y salían de las salas de reuniones. Lo segundo que Tomek notó de la SIM fue la luminosidad del lugar. Como si alguien o algo le hubiera subido la intensidad a las luces, pintado todo de un color más luminoso y próspero, y cambiado el filtro que había caído sobre el edificio en los últimos días.

El lugar no tenía nada que ver con el estado en que lo había dejado.

Y entonces descubrió por qué.

La agente detective Nadia Chakrabarti. El alma de la oficina. Sin duda, una de las personas más felices y chispeantes que había tenido la fortuna de conocer. Siempre llevaba una sonrisa en el rostro, incluso cuando tenía un mal día, y siempre estaba ahí para levantarle el ánimo al equipo cuando lo necesitaban. Y nunca habían tenido tanta necesidad como ahora.

El equipo todavía llevaba el miedo y la fatiga del asesino de las alergias. Y todos llevaban el pavor del incidente de Lucy Cleaves en sus expresiones. Y allí entró Nadia. Animada, alegre. Exactamente lo que el equipo necesitaba. Y mientras Tomek entraba en la sala, ella lo abordó, casi metiéndole una taza de té en la cara.

—Bienvenido de vuelta, sargento —dijo, sonriendo con efusividad —. Te vi llegar, así que te preparé esto por si acaso. Pareces

necesitar uno.

—Claro. Gracias. —Tomek tomó la taza y bebió un sorbo. Perfecto. Como hecho a la medida—. No sé si debería sentirme ofendido o halagado.

—Ambas cosas.

—Gracias, Nadia —respondió Tomek—. Eres un sol.

—Hago lo que puedo.

Tomek estaba seguro de que así era. Se aplicaba en casi todos los aspectos de su trabajo. Como la agente a cargo de organizar los puntos de acción a través del HOLMES 2, ella estaba a cargo de mantener a todos a raya y asegurarse de que se cumplieran todos los seguimientos necesarios y los criterios pertinentes. Como resultado, ella y Tomek trabajaban bastante de cerca en ocasiones. Excepto por las últimas semanas, cuando él no le había dedicado el tiempo que ella necesitaba y merecía.

Mientras Tomek se dirigía a su escritorio, examinó los rostros del resto del equipo. Sería una mentira pensar que todos estaban bien descansados, eso era una falsa ilusión en este trabajo, pero se veían un poco menos tensos, un poco más relajados. De fondo, la radio tocaba una canción de rap ofensiva y de pésimo gusto que lo molestó. Por dos razones. Una, que la melodía había sido sampleada de una canción pop clásica de los noventa. Y dos, la letra era una porquería. Ya no había buenas canciones en la radio. Nada era original. Nada era de buen gusto. Nada era disfrutable.

Recordó una época más simple, cuando Blue y Five estaban en la cima de sus carreras y él se sentaba en el muelle de Southend a escucharlos en su Walkman, o ponía a todo volumen a Take That y NSYNC desde el parlante en el piso de su amigo. Tiempos más simples, más felices. Con mucho menos de qué preocuparse.

—¿Esta es *tu* elección musical, Chey? —preguntó Tomek a través de la oficina.

—Uno pensaría que sí, pero no. A mí me va mucho más la música de los noventa —respondió el joven agente—. Mis papás me la pegaron. Oasis, Blur. Todos los clásicos. Aunque creo que probablemente sea porque en ese entonces andaban hasta las manitas en *raves* y conciertos.

—Sí, estaban de moda en ese entonces. —Como nadie se rio de su chiste, Tomek intentó con otro—. Sin embargo, oigo que las drogas están regresando. O más bien, ¿dando el *bajón*?

Silencio total.

Tomek estaba casi seguro de que podía ver una bola de paja rodando por la alfombra, y el sonido de los grillos. Hasta la música se había detenido en protesta por sus malísimos chistes. Pero cuando se giró, descubrió por qué. Victoria, de pie en la entrada de la SIM.

—¿Interrumpo?

—Creo que tienes que llamar a un médico —respondió Tomek—. Todos perdieron el sentido del humor.

—O tal vez solo eres tú. Te estás volviendo un poco aburrido con la edad.

Tomek sintió una palmada en la espalda, seguida por la visión de la persona que se la había dado. Sean, con su enorme complexión, pasó a su lado, una sonrisa gigantesca en su rostro, y entró en la SIM. Todos los demás lo siguieron poco después y se sentaron alrededor de la pizarra blanca al frente de la sala. Antes de entrar, Victoria llevó a Tomek a un lado y le informó que él dirigiría la reunión mientras ella se encargaba de la burocracia.

Tomek sintió un ligero cosquilleo recorrerle la columna al escuchar esas palabras. El momento por el que había estado luchando desde que le arrebataron la responsabilidad y se la pasaron a Victoria.

¡Estaba de vuelta, carajo!

Pero a los pocos minutos de estar al frente de la sala, deseó no estarlo.

Más bien, deseó haber estado a cargo de la investigación desde el principio.

—Quiero un informe completo —dijo—. Quiero saber tanto como ustedes de todo. Durante los próximos minutos voy a ser una esponja, voy a absorber todo lo que me digan.

—Suena como que te has estado entrenando toda tu vida para esto —señaló Rachel con sarcasmo desde la primera fila.

—Totalmente. Toda mi vida adulta, concentrada en este único momento.

Y en todos los que lo precedieron.

En las pizarras blancas y los tableros de anuncios alrededor del perímetro de la sala estaban los nombres y rostros de sus víctimas, con las piezas vitales de información detalladas debajo de cada una. Tomek se acercó al nombre de Fern Clements y pidió una actualización sobre la muerte de la joven, ya que era la más reciente. Como Rachel se había estado encargando de ello, con su supervisión provisional, ella conocería todos los detalles, el día a día.

—Bueno, la buena noticia —empezó ella—, es que sigue muerta…

—¿Qué?

—Yo… Eh… Solo trataba de hacer un chiste. Ya sabes, cotorreo. Como tú intentaste hacer. Me pareció el tipo de cosas que tú dirías.

Tomek se puso una mano en el pecho. —Yo *nunca* me alegraría de que alguien esté muerto.

Aunque podía pensar en algunos nombres para los cuales eso no era cierto.

—No —empezó ella—. No tú. Solo en general. *Alguien*.

Se estaba enredando, de forma vergonzosa, y Tomek decidió sacarla del hoyo que acababa de cavar para sí misma y ponerla en terreno firme.

—Continúa. Rápido, por favor.

—Claro. Sí, sargento. Fern Clements. Como sabes, murió por picaduras de abeja. Los forenses han revisado el campo donde fue asesinada, pero no han encontrado ningún ADN o rastro de evidencia en el área circundante. Sin embargo, encontraron fibras negras en su ropa interior que no son de ella. Ahora, dado que estaba en casa de su amiga, necesito tomar muestras de todos con quienes tuvo contacto esa noche.

Tomek asintió pensativamente.

—¿Y qué hay de Timothy Warren, nuestro apicultor?

—Limpio.

—A mí me pareció bastante sucio cuando lo vimos, pero bueno, allá tú con tus gustos.

Rachel le puso los ojos en blanco y le lanzó una mirada que decía: *Idiota, ese era el tipo de chiste que yo intentaba hacer*.

—Lo investigué y está limpio. Nada. No sabe nada de Fern. Y tiene coartadas sólidas, trabaja a todas horas del día, así que no es ninguna sorpresa.

—¿Y nuestra lista de la Asociación de Apicultores?

—Todavía estoy en eso, sargento.

—¿Y?

—Llevo unas veinte personas. Me quedan otras ciento veinte.

—Una semana ajetreada para ti, entonces. Y no olvides preguntarles si alguno de ellos ha estado en Sudamérica recientemente.

Rachel confirmó que lo haría.

—Y, por último, ¿qué hay de su novio-que-no-es-novio, Darren?

Rachel consultó sus notas. —Hablé con él en Nochebuena. Creo que les arruiné el año entero a él y a sus padres, por la forma en que se comportaron. Pero él nunca se reunió con Fern. Después de la fiesta, habían acordado encontrarse afuera, pero ella no estaba allí cuando él llegó, y él intentó llamarla docenas de veces. Me mostró los mensajes y el historial de llamadas para probarlo. También verifiqué sus datos de telemetría y los de Fern, y el teléfono de ella fue apagado antes de que él se acercara a la casa de la fiesta. Ella ya se había ido antes de que él llegara. Posiblemente muerta para entonces también.

Tomek absorbió lo que había escuchado y asintió, enmascarando la decepción que sintió tras recibir el primer golpe a su teoría del fútbol. Luego cambió la conversación a Lily Monteith, y a Anna y Oscar, quienes habían estado investigando su muerte.

—Nada nuevo, sargento —comenzó Martin, ajustándose el moño masculino en la cabeza—. Tuve la genial idea de llamar a todas las tiendas de abarrotes y farmacias para ver si alguien había entrado a comprar condones o guantes desechables cerca de la hora de la muerte de Lily. Pero luego me di cuenta de que no era tan genial después de todo. Y que, a fin de cuentas, era bastante estúpido.

—No del todo —respondió Tomek—. Creo que hay algo ahí. ¿Tenemos algo sobre una posible conexión médica, médicos

generales, enfermeras, doctores? ¿Comparten todos el mismo, por ejemplo?

—No estoy seguro —respondió Martin—. Pero podemos investigarlo sin falta.

—Bien. Avísame qué encuentras.

—Por supuesto. —Se aclaró la garganta, dejándole saber a Tomek que había más por venir—. También revisamos los datos de telemetría de Lily Monteith en la noche en que murió y su teléfono fue apagado justo afuera del parque.

—¿Así que las secuestra y lo primero que hace es apagarles los teléfonos? —preguntó Tomek, más para sí mismo que para nadie más.

—Debe ser. No es sorprendente, la verdad, considerando que las chicas probablemente no se separan de ellos y es lo primero que desbloquean al subirse a su auto.

Tomek asintió y marcó una casilla mental junto al nombre de Lily antes de pasar a Mandy Butler.

—He hablado con un contacto en la taquilla del Cliffs Pavilion —dijo el agente detective Chey Carter—. Y he solicitado toda la información de los poseedores de boletos para los que asistieron a los eventos que hemos estado investigando.

—¿Sabes cuándo podrías recibirla?

—Ya la tengo. —El joven sonrió con suficiencia. Tomek quiso borrársela de un golpe. Desde que Chey había llegado al equipo, Tomek había sido deliberadamente duro con él. No porque quisiera ser un imbécil (lo cual era de todos modos, pero no un imbécil rencoroso), sino porque veía destellos de sí mismo en Chey. El caradura simpático, lleno de bravuconería y confianza, que pensaba que podía salirse con la suya en todo. Cuando él tenía esa edad, Tomek había tenido a Nick para guiarlo y supervisarlo. Ahora era su turno.

—Revisé las listas de todos los eventos que involucran a las víctimas halladas en el informe de Abigail Winters. Cinco en total. Y en todas esas listas, encontré cuatro nombres que habían comprado boletos para los cinco eventos.

Las orejas de Tomek se aguzaron. Cuatro nombres. Cuatro individuos. Esperaba que estuvieran conectados de alguna manera con los chicos del club de fútbol.

—¿Ya has hablado con ellos? —preguntó Tomek.

Chey negó con la cabeza. —Está en mi lista de cosas por hacer. Pero, sinceramente, señor, no tengo muchas esperanzas. He ido al Cliffs un montón de veces, y cada vez que he estado allí siempre hay algunos imbéciles parados en la entrada tratando de vender boletos de última hora a los fanáticos desesperados por un precio exorbitante. Es estúpido y una estafa total.

—Solo es estúpido si no funciona —respondió Tomek—. Sé de lo que hablas, sin embargo, y te sorprendería lo exitosos que son. Pero no me preocupa cuánto dinero han ganado con eso. Quiero saber si alguno de ellos tiene una conexión con Mandy Butler y el resto de las víctimas. Es muy posible que le vendieran los boletos a nuestro asesino, ya sea a sabiendas o no, y necesitamos averiguarlo. Y si uno de esos revendedores vendió cinco boletos al mismo tipo, a veces para el *mismo* espectáculo, entonces es probable que lo recuerden. Las alarmas debieron haber sonado.

—A menos que fuera un *súper* fan.

—Soy un súper fan de la pizza, pero no me ves comiendo un Domino's cinco días seguidos.

—Pero lo harías si pudieras, ¿no?

—¿De qué hablas?

—De comer pizza cinco días seguidos.

—Bueno, sí *podría*. Cualquiera *podría*. Eso no significa que lo vaya a hacer.

—No, pero lo que quiero decir es si fueran saludables, si no fueran tan malas como todo el mundo dice.

—Entonces no querría. En fin, nos estamos desviando del tema. —Tomek dio una palmada para volver a encarrilar la discusión—. Quiero hablar de Diana Greenock. ¿En qué punto estamos con ella?

Silencio. Nadie respondió. Y todos apartaron la vista de él mientras eludían la responsabilidad.

—Eso no ha sido parte de nuestro enfoque, amigo —dijo Sean, el único que podía salirse con la suya diciéndolo, como el aliado y

amigo más cercano de Tomek.

—Lo sé. Pero esperaba *algo*. Debemos tener la lista de los compañeros de piso de Diana, ¿al menos? ¿Una lista de gente con la que podamos hablar? ¿Parece que somos tan buenos haciendo listas de gente para todas nuestras otras víctimas, pero no para esta?

Más silencio. Para entonces todos habían girado tanto la cabeza que parecía que estaban haciendo su mejor imitación de *El Exorcista*.

—Bien. Si ese es el caso, entonces quiero que alguien me consiga una puta lista. No me importa quién. Solo quiero… maldita sea.

Tomek se contuvo tan pronto como se dio cuenta de que sonaba como Nick. La agresividad, las groserías.

—Perdón —dijo, más calmado esta vez—. No sé de dónde salió eso. La lista de sus compañeros de piso, sus colegas de trabajo. Si alguien pudiera conseguírmela.

—Ya la tengo —respondió Nadia, tecleando en su computadora. Luego añadió—: Señor.

—Gracias —respondió Tomek, avergonzado. Se aclaró la garganta y se sacudió la ropa, incapaz de quitarse la sensación de ser un padre que le acababa de gritar innecesariamente a sus hijos y ahora todos lo miraban, asustados.

Y todo iba tan bien.

Pasaron unos segundos más incómodos hasta que reunió el valor para hablar.

—Yo… —comenzó—. Me preguntaba si podría consultar algo con todos ustedes. Tengo una hipótesis que me ha estado molestando.

# CAPÍTULO
# **TREINTA Y OCHO**

El Dagenham & Redbridge FC llevaba estancado en la National League, la quinta división del fútbol, la que era ya su séptima temporada. Lo más alto que habían llegado a alcanzar en la pirámide del fútbol era la League One. Una historia no muy diferente a la de sus vecinos del otro lado de la divisoria Essex/Londres, el Southend FC. El equipo de fútbol de Essex de más alta categoría era el Colchester United, que ocupaba un lugar semipermanente en la League Two desde hacía casi ocho años.

Para un condado tan aficionado al fútbol, los hinchas tenían muy poco con qué entusiasmarse a nivel local. No había habido un desfile para celebrar un trofeo en Essex desde los años setenta y el único aporte de élite al deporte era el West Ham, el equipo «grande» local, el que tenía el éxito más reciente; sobre todo, la campaña del equipo en la Europa Conference League, donde levantaron el trofeo. Por eso era el equipo local de Tomek. Aunque había crecido y vivido más cerca de Roots Hall, hogar de los *Mighty Shrimpers*, aun así consideraba Upton Park (y más tarde el Estadio de Londres) su segundo hogar. Era algo generacional. Su padre antes que él y su abuelo antes que él habían sido todos hinchas de los *Hammers*. Hasta 1965, el equipo, y la zona en general, se habían considerado parte de Essex, así que Tomek había oído historias de su abuelo asistiendo a los partidos a mediados de los sesenta con sus padres y amigos, viendo a los inimitables Geoff Hurst y Bobby Moore batirse en la cancha con la camiseta color clarete y azul. Generaciones de

fervientes aficionados al fútbol habían acudido en masa al Estadio de Londres cada semana solo para ver cómo les rompían el corazón. Era un deporte de lo más peculiar.

Pero su hipótesis sobre el Dagenham & Redbridge FC no tenía nada de peculiar.

A Tomek le habían dicho que esperara en la recepción durante lo que pareció media hora. En ese tiempo, le habían dejado con un pequeño vaso de papel y un bebedero a medio funcionar que parecía como si el agua hubiera empezado a desarrollar bacterias y nuevas formas de vida. Había tomado un sorbo, probado el regusto metálico de la boquilla del bebedero y lo había dejado. Afortunadamente, justo cuando Tomek tiraba el vaso a la papelera, Lance Hull, el presidente y dueño del club, lo hizo pasar a su oficina.

—Disculpe la espera.

*No, no lo siente.*

—No se preocupe —respondió Tomek—. Entiendo que es usted un hombre ocupado.

—Especialmente después del Boxing Day.

—¿Cómo les fue?

—Empatamos dos a dos.

Tomek sonrió cortésmente y se sentó frente al hombre. Lance Hull era todo lo que había llegado a esperar del dueño de un club de fútbol: un traje bien planchado, un peinado casi impecable de no ser por un pequeño mechón que se erguía en la coronilla, y un abdomen bien cuidado que sugería que le gustaba comer en los mejores restaurantes, pero que su entrenador personal se lo recordaba cada mañana en el gimnasio. Según los cálculos de Tomek, estaba bien entrado en los cincuenta, pero hacía todo lo posible por mantener esa cifra lo más baja posible.

—No quiero sonar grosero —empezó Lance—, pero tengo otra reunión en veinte minutos, así que si pudiéramos terminar con esto lo antes posible, sería genial.

Eran comentarios como ese los que de verdad le crispaban los nervios a Tomek. Ahora ya no quería apurar las cosas. Al contrario, quería hacerle perder al hombre la mayor cantidad de tiempo posible, hacer que se arrepintiera de la decisión de haberlo apurado.

—Después de que escuche lo que tengo que decir —replicó Tomek—, es posible que quiera cancelar su reunión.

La nuez de Adán de Lance subió y bajó en una convulsión cuando tragó saliva con fuerza. Luego se revolvió incómodo en su asiento. Se trataba de un hombre que no le temía a las conversaciones difíciles —eran casi una ocurrencia diaria en el fútbol, tener que dar de baja a jugadores, suspenderlos y rescindir sus contratos—, pero tener a un oficial de policía sentado frente a él diciéndole que algo andaba mal era claramente una conversación más difícil de la que había previsto para el día después del Boxing Day.

—Estoy seguro de que se ha enterado de la noticia reciente sobre la muerte de las dos adolescentes en Hadleigh y Leigh-on-Sea. Pues bien, durante nuestras investigaciones, han aparecido los nombres de dos de los chicos de su academia.

—¿En qué sentido aparecieron?

—No puedo decírselo.

—Pues tiene que hacerlo. Necesito saber de qué se acusa a mis jugadores.

—No se les acusa de nada. Sus nombres simplemente han surgido en una conversación. ¿Con qué frecuencia entrenan los chicos aquí?

—Primero tiene que decirme sus nombres.

Tomek se mostró reacio a revelar esa información. Como solo estaba allí por una corazonada, un *presentimiento*, dudaba en soltar los nombres de los dos individuos en caso de que no saliera nada de aquello y fuera responsable de arrastrar a dos chicos por el lodo. Pero luego pensó en las víctimas, Lily Monteith y Fern Clements, y en cómo las habían dejado en el lodo *de verdad.*

—El nombre del primer chico es Harrison Rossiter y el segundo se llama Darren Edgerton, miembro de su equipo sub-17. También tiene a un Billy Turpin que juega para su sub-14.

Lance asintió pensativamente mientras anotaba los nombres de los chicos. Luego, dirigió su atención a la pantalla de su computadora e introdujo sus nombres en su sistema.

—Sí. Los tengo. ¿Qué necesita saber?

—¿Con qué frecuencia entrenan los chicos juntos?

—Bueno, no lo hacen.

—¿A qué se refiere?

—A Harrison Rossiter lo fichó recientemente en verano un equipo de la Ligue 1 francesa, el Toulouse FC, y ahora está jugando para su academia.

—¿En Francia?

—Ahí es donde juegan al fútbol, sí. Su familia se mudó de país para apoyarlo. Estaban todos muy entusiasmados con la oportunidad. Incluso lo ayudamos a adaptarse con la escuela, el idioma, los amigos, el equipo. Probablemente era uno de nuestros mejores jugadores, pero la perspectiva de jugar en la liga francesa era mejor que jugar con nosotros. ¿Quiénes éramos nosotros para decirle que no?

*Qué noble*, pensó Tomek.

—¿Y antes de que se fuera? —preguntó Tomek mientras intentaba seguir el hilo de los pensamientos que repiqueteaban en su cerebro. No se esperaba esto. Si Harrison Rossiter vivía en Francia, entonces interrogarlo resultaría más difícil. Pero también planteaba la pregunta: ¿había otra razón, aparte de las perspectivas futbolísticas, por la que había decidido mudarse de país?

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Lance.

—¿Entrenaban juntos?

—Es posible que Darren y Harrison hayan entrenado juntos los fines de semana. Lo mismo con Billy Turpin. Desde nuestra sub-11 hasta la sub-17. No en el mismo campo, ya que no habría espacio para ellos. Pero, sí. Los fines de semana habrían entrenado juntos.

—¿Y qué hay del primer equipo?

Tomek recordó las palabras de Avena: «Este tipo era unos años mayor por lo menos, así que creo que debe haber jugado en un equipo de categorías superiores, o tal vez en el primer equipo».

—Normalmente no. El equipo masculino entrena durante la semana y juega la mayoría de sus partidos los fines de semana.

—¿Pero habrían entrado en contacto?

—Dependiendo de lo sociables que sean, sí. No se quedan todos ahí sentados en silencio. Ha visto un equipo de fútbol antes,

¿verdad? —Tomek asintió—. Así que sabrá que todos son amigables, que hay una camaradería entre ellos. Aquí es lo mismo. Intentamos crear una filosofía de inclusión. No queremos que nadie se quede rezagado. —Lance puso las manos en su regazo y comenzó a entrelazar los pulgares. Su comportamiento había cambiado. Ahora se había vuelto rígido, más severo. Menos dispuesto a darle a Tomek las respuestas que buscaba—. ¿Va a decirme qué tienen que ver estos chicos con la muerte de esas dos chicas?

p>

—No —replicó Tomek sin rodeos, y luego cruzó una pierna sobre la otra—. ¿Sería posible obtener una lista de los nombres de los jugadores desde el primer equipo hasta la sub-11? También me gustaría un nombre para los entrenadores, el personal técnico y todos los demás que trabajan tras bambalinas que haya empleado en este lugar en los últimos dos años.

—Yo… Parte de esa información podría ser difícil de conseguir.

—¿Por qué?

—Porque podría serlo. Es una violación de nuestra protección de datos.

—No cuando la policía está involucrada, no lo es.

Ahora Lance solo intentaba ser deliberadamente difícil. Tomek miró la hora y vio que, de alguna manera, habían pasado quince minutos. Lo que dejaba cinco.

—No me gustaría tener que volver aquí con una orden de registro y cerrar el lugar mientras obtenemos la información que necesitamos. No se ve muy bien desde una perspectiva de marca. Y eso es lo último que necesitaría. ¿Cuánto factura el club? No demasiado, estoy seguro. Al menos, no en comparación con algunos de los otros equipos en las ligas superiores. Así que odiaría que la financiación se detuviera, que los hinchas dejaran de venir.

Aunque, si la teoría de Tomek era correcta, entonces el arresto de dos de sus jugadores, posiblemente tres, tendría de todos modos un efecto perjudicial en los activos del club.

Lance Hull lo pensó detenidamente, aunque su expresión no revelaba nada. En su lugar, se quedó allí sentado, mirando a Tomek, y Tomek le devolvió la mirada.

—Puedo conseguirle la información que necesita. ¿Cuándo la quiere?

—Ahora. —Luego recordó añadir—: Por favor.

—Genial. Lo pondré en contacto con Alicia de RR. HH. Ella podrá encargarse de todo eso por usted.

Mientras Lance se levantaba de su silla, abotonándose ya el saco para significar el final de la reunión y decirle sutilmente «Lárguese de mi oficina», llamaron a la puerta. De pie allí, asomando la cabeza por la rendija, había un hombre de pelo canoso que llevaba un conjunto deportivo.

—Detective —empezó Lance—, este es Alexandre Lefebvre, nuestro entrenador del primer equipo.

Tomek extendió la mano. —Un placer conocerlo.

—Alex nos va a ayudar a llegar a la League One, ¿verdad, Alex?

—*Oui*. Sí, señor. Haré lo mejor que pueda —respondió Alex alegremente, con su marcado acento. Aunque por la expresión forzada de su rostro, sabía que no sería tan fácil como Lance esperaba.

Tomek examinó al francés escrupulosamente antes de seguir a Lance a través del edificio hasta el departamento de RR. HH., que consistía en un equipo de dos personas. Ambas mujeres rondaban los cincuenta años, sentadas una al lado de la otra en una pequeña sección del edificio.

—Alicia —comenzó Lance—. Tengo aquí a un caballero que necesita acceso a nuestros archivos.

—¿Por qué?

—Es de la policía. Así que, lo que sea que te pida, asegúrate de que lo obtenga.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y NUEVE

—De ninguna jodida manera —fue la respuesta que esperaba de Victoria después de terminar de explicarle que necesitaba viajar a Francia.

—¿Por qué no, señora?

—Por razones obvias —respondió Victoria.

Tomek frunció los labios y se encogió de hombros. —¿Podría explicármelas?

—El presupuesto, para empezar. Con todas las pruebas de ADN que estamos analizando y volviendo a analizar, y con todos los interrogatorios y las horas extras que he tenido que aprobar, queda muy poco para que usted se tome unas vacaciones en el sur de Francia.

—Nadie dijo nada sobre el sur de Francia, señora. Creo que la región en realidad se llama… —Tomek buscó en las notas que había tomado en el departamento de RR. HH.—. Toulouse. Mierda.

—¿Lo ve?

—Bueno, sí, *está* en el sur de Francia, pero no es *el* sur de Francia en el que usted está pensando. No estoy planeando una escapada de fin de semana en la Costa Azul.

—Mmm. —Victoria se cruzó de brazos y se recostó en su asiento.

—Sabe, ya no es tan divertida ahora que es *la jefa*.

—¿Me acaba de llamar un puto elefante?

—¡No, no, no! —Tomek agitó las manos, buscando desesperadamente una superficie de donde agarrarse para salir del

pozo en el que se acababa de meter sin querer—. ¡Es español! Significa «jefa» en español.

—Mire qué bien, el pequeño lingüista.

—El término es políglota, en realidad, señora. Pero eso no es importante ahora. Lo importante es que hable con Harrison Rossiter y averigüe sus conexiones con Darren Edgerton y Billy Turpin, y con los asesinatos de Mandy Butler, Diana Greenock, Lily Monteith y Fern Clements.

Victoria se rascó la barbilla. —¿Así que está diciendo que un futbolista de diecisiete años anda por ahí matando chicas?

—No.

—Entonces, explíquemelo. Dígame *exactamente* lo que le dijo al equipo, porque todos parecen estar apoyándolo. —Al decir esto, su mirada impenetrable se clavó en él, y Tomek sintió que ella canalizaba a su *jefa* interior.

Tomek tragó saliva antes de responder. No sabía por qué, pero de repente sintió la presión de estar a la altura. Como si necesitara sacar sus mejores cartas para convencer a Victoria de la veracidad de su hipótesis, algo que nunca había sentido cuando trabajaba para Nick.

—A mi modo de ver —empezó Tomek, dándose cuenta al instante de que había comenzado fatalmente—, estos dos chicos, Darren Edgerton y Harrison Rossiter, han estado trabajando juntos, con la ayuda de Billy Turpin, para planear el asesinato de estas chicas.

—Claro.

—Se me ocurrió por primera vez cuando Kasia ingresó en el hospital. Su novio, no, no su novio, su… *amigo*, la mandó al hospital por su alergia a los frutos secos. Después, revisé sus redes sociales, ya sabe, como hacen los padres paranoicos y protectores, y descubrí que jugaba para los sub-catorce del Dagenham & Redbridge. Más tarde, cuando hablé con Avena Kumar, una de las chicas que fue drogada en el concierto de Catfish and the Bottlemen en el Cliffs Pavilion, me dijo que uno de los chicos con los que estaba conocía al tipo que les vendió las drogas, Harrison Rossiter, el que ahora se mudó al sur de Francia. Dijo que era un adulto que trabajaba en el

club, ya fuera como miembro del cuerpo técnico, del personal de apoyo o en uno de los equipos masculinos. Vendiendo drogas para complementar sus ingresos. A estos equipos de ligas inferiores no se les pagan las cantidades exorbitantes que reciben los equipos de la Premiership. En fin, eso fue hace dos años. Y, por suerte, Billy Turpin se unió a los sub-once a la misma edad. Así que durante los últimos dos años o dieciocho meses, ambos chicos han llegado a conocerse. Además, Darren Edgerton, que juega en los sub-quince, es el novio de Fern Clements.

—¿Pero no había hablado Rachel con él y tenía una coartada sólida?

—Sí, lo hizo. Y sí, la tenía. Pero sigo pensando que hay algo ahí.

—¿Que son una camarilla de futbolistas adolescentes que están matando chicas a través de sus alergias?

—Sí. Pero no ellos.

—¿No ellos?

—El narcotraficante que Harrison conocía del concierto.

—¿Y usted cree que todo esto tiene perfecto sentido?

—Bueno, para mí tiene perfecto sentido. Y el resto del equipo también parece apoyarlo.

—Entonces, ¿cuáles son los siguientes pasos, aparte de ir al sur de Francia?

Tomek sacó el listado que le había dado Alicia, de RR. HH. —Esta es una lista de todos los que han sido empleados por el Dagenham & Redbridge FC en cualquier puesto en los últimos dos años. —La sostuvo en el aire y la golpeó bruscamente con el dedo, casi haciéndole un agujero—. Creo que el nombre de nuestro asesino está en algún lugar de esta lista.

—¿Cuántos nombres hay ahí?

—Más de cien.

—Una tarde ajetreada.

—O podría cotejarla con los nombres de todas las otras jodidas listas que parece que tenemos.

Victoria negó con la cabeza. —No lo creo. Si lo que sugiere es cierto, entonces esto solo explica la muerte de Mandy Butler. Lo que le pasó a su hija es irrelevante, perdón que lo diga, pero no veo

cómo tiene alguna similitud. Todavía no explica lo que les pasó a Fern Clements o a Lily Monteith.

*O a Diana Greenock*, pensó Tomek, pero decidió no volver a abrir esa herida.

—Haré que Rachel investigue de nuevo a Darren Edgerton, pero todavía es posible que estén trabajando todos juntos —respondió Tomek.

—¿Así que está sugiriendo que *sí es* una camarilla de futbolistas adolescentes, con la ayuda de un adulto, que anda por ahí matando a estas chicas?

Por extraño que sonara, y planteado de esa manera sí que sonaba extraño, sí, eso era exactamente lo que estaba pensando. No sabía por qué, pero no había podido quitarse la idea de la cabeza desde que la semilla se plantó por primera vez mientras revisaba el Instagram de Billy el Luchador de Vacas.

—Creo que le está ladrando al árbol equivocado, con toda honestidad, Tomek —añadió Victoria.

Con toda honestidad, él pensaba lo mismo de ella. Que su mala gestión de este caso los había llevado a la posición en la que se encontraban actualmente; que llevaban varias semanas de investigación sin ninguna pista concreta, solo unos cientos de nombres en una hoja y dos cadáveres más.

—Déjeme hablar con Tracy, déjeme plantearle la idea y ver qué dice —continuó Victoria—. Puede que no concuerde con su perfil forense.

—Preferiría hacerlo yo mismo, señora. Teniendo en cuenta que fui yo quien trajo a la NCA a esto en primer lugar. Además, es *mi* hipótesis, podré explicarla mejor.

—Eso es lo que me preocupa. Me temo que la convencerá de dejarnos seguir perdiendo el tiempo y meternos más en la madriguera del conejo.

Tomek se rascó un lado de la cabeza. —Discúlpeme, señora. Pero hace parecer que no quiere que atrapemos a este asesino… o asesinos.

Victoria chasqueó la lengua. —Por supuesto que sí, joder. Qué estupidez insinuar eso. Pero sin Nick aquí para ayudar a supervisar

las cosas, me siento bastante jodidamente sobrepasada. Así que necesito que ambos estemos en la misma sintonía en esto. De lo contrario, no vamos a llegar a ninguna parte.

—¿Y para que eso suceda necesita que siga *su* hipótesis?

—Sí. Soy la inspectora jefe de la investigación.

Como si eso zanjara la discusión. Como si eso zanjara todas las discusiones por ahora y para toda la eternidad.

—¿Así es como funcionaba en Colchester? Dictar lo que los demás deben pensar o hacer, suprimirlos si tienen alguna idea original.

Como respuesta, Victoria se enfureció por su tono, luego dirigió su atención a la carpeta abierta en su escritorio. Manteniendo la cabeza baja, ignorando su presencia, dijo: —Un placer hablar con usted, Tomek. He organizado una conferencia de prensa para usted en poco más de una hora. Le agradecería que hablara con Anna para preparar lo que va a decir. Y puede cerrar la puerta al salir.

# CAPÍTULO
# CUARENTA

Había comenzado una llovizna, lo suficientemente ligera para que Tomek usara el limpiaparabrisas en la primera velocidad, pero no tanto como para necesitar la segunda. La calefacción del auto estaba encendida, pero apenas hacía diferencia. En el poco tiempo que había estado ahí estacionado, mientras discutía el caso con Victoria y daba la conferencia de prensa, el frío del final del invierno había envuelto el vehículo con sus dedos y entumecido todo en su interior. Hacía tanto frío que una nube de vaho aparecía frente a su cara cada vez que respiraba. Y más aún cuando salió del auto y se dirigió a la puerta de Billy el Matavacas. Eran poco más de las 4 p. m. y Tomek esperaba que el chico estuviera en casa.

Golpeó la puerta con el puño y el sonido retumbó por toda la calle en Chalkwell. El muchacho le abrió unos segundos después.

—Jesucristo… —empezó, pero se contuvo al cruzar la mirada con Tomek.

—No lo interrumpo, ¿o sí? —preguntó Tomek.

De inmediato, la cara de Billy se puso roja. Y no por el frío que inundó la casa.

—Yo… ¿Qué está…? Si es por lo del otro día, ¡lo siento, de acuerdo!

—No es por eso, aunque me gustaría discutirlo.

—Usted no va a entrar.

—¿Por qué no?

—Porque mi mamá y mi papá me dijeron que no debo hablar con extraños.

—No soy un extraño. Soy de la policía.

—Sí. Y mi papá dice que ustedes son tan malos como los extraños. A veces peores.

Padres. Los padres y sus jodidas opiniones. Siempre las tenían.

—Está lloviendo —dijo Tomek en voz baja, esperando que la gentil súplica funcionara con el joven.

No funcionó.

—No es mi culpa que no trajera abrigo.

Tomek se tomó un momento para examinar el atuendo de Billy. Llevaba puesto el conjunto deportivo completo del Dagenham & Redbridge, con pantalones rojos y azules y un impermeable negro que tenía el escudo del equipo estampado en el pecho.

—Me gusta eso —comenzó Tomek, señalándolo—. ¿Lo consiguió en el puesto de mercancía oficial del estadio?

Billy resopló con los dientes apretados. —¿Que si lo conseguí? ¡Qué va! Juego para ellos. Sub-catorce. Llevo como dos años jugando para ellos.

—Vaya. Impresionante.

—Sí. —La cara de Billy se infló de presunción.

—¿En qué posición juega?

—Delantero.

—¿Así que es rápido?

La presunción siguió creciendo hasta que su cara parecía un globo.

—Uno de los más rápidos.

—¿Ha ganado algún trofeo?

—No. Pero estuvimos cerca una vez. Tengo una medalla de subcampeón en mi pared.

—¿Puedo verla?

Billy se detuvo un momento a considerarlo. Y lentamente el ego continuó creciendo hasta un tamaño exorbitante.

—No veo por qué no —dijo Billy, olvidando por completo quién era Tomek y para qué estaba allí.

Unos segundos después, Tomek estaba a salvo dentro de la casa, sin zapatos, mientras lo guiaban por el pasillo. Tan pronto como Billy empezó a subir las escaleras, Tomek se detuvo.

—Tiene que subirlas para verla —comentó Billy.

—No, estoy bien, gracias. Cambié de opinión. Lo que en *realidad* me gustaría es que discutiéramos su relación con Harrison Rossiter y Darren Edgerton.

Al mencionar los nombres de los otros jugadores de la academia, el ego y la presunción que habían estado brillando a través de cada poro en la cara del joven se desvanecieron en un instante.

—¿Harrison Rossiter?

—Sí.

—¿Darren Edgerton?

—Eso es lo que dije. Sé que los conoce, así que no se haga el tonto.

—¿Qué qui…? —Billy bajó un escalón con cautela, observando a Tomek con cada movimiento—. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué no pasamos a la sala o a la cocina? —respondió Tomek.

Y así lo hicieron. A la cocina de Billy Turpin. Era una de las cocinas más luminosas que él había visto. Con impecables encimeras de mármol, baldosas blancas en el suelo y brillantes luces plateadas que colgaban del techo sobre la isla central, bañando toda la habitación en un tipo diferente de dinero. Podía imaginarse a sí mismo y a Kasia cocinando allí, organizando reuniones o fiestas, tal vez incluso invitando a Louise y Sylvia a cenar y tomar algo una noche. Lástima que todos tuvieran que conformarse con su pequeño y diminuto hogar mientras tanto.

—¿Cuánto contacto ha tenido con Harrison o Darren? —preguntó Tomek mientras se acercaba a un taburete en el centro de la habitación.

—No mucho.

—¿Alguna vez habló con ellos, intercambiaron números?

—Quizás. Tengo un montón de números de la escuela, así que podría ser difícil de comprobar.

Por supuesto que lo sería. El pequeño cretino egocéntrico probablemente pensaba que era el tipo más popular del edificio.

—¿Alguna vez hablaron de una chica llamada Mandy Butler?

Billy hizo una pausa mientras repasaba el nombre en su cabeza. —No puedo decir que haya oído ese nombre antes. No me suena de nada.

—¿Está seguro? Piense de nuevo.

Billy pensó de nuevo. Pero esta vez por mucho menos tiempo, una fracción de segundo.

—Nop. No lo recuerdo. Lo siento.

La última palabra hizo que Tomek se estremeciera. Escribirla en un mensaje de texto o en una publicación en redes sociales ya era bastante malo, pero verbalizarla era criminal.

—¿Y Fern Clements?

Billy frunció los labios y negó con la cabeza. Se mantuvo erguido, con la espalda recta, como si tuviera diez años más.

—¿Y qué hay de las drogas?

Pero eso pareció devolverlo a su tamaño real.

—¿Qué hay con ellas?

—¿Alguna vez ha visto alguna? ¿Le han ofrecido alguna?

—La única vez que he visto drogas fue el otro día en el hospital con…

Billy acababa de llevar inadvertidamente la conversación por un callejón sin salida. Y a Tomek le agradó notar que no había sido parte de su propia maquinación.

—Cuénteme qué pasó —dijo Tomek.

—Pero pensé que estábamos hablando de drogas. Quiero volver a hablar de drogas.

—Kasia. Cuénteme sobre Kasia. Ahora. ¿Qué pasó?

Y entonces Billy se lo contó. Sobre cómo habían hablado de que él fuera a su casa mientras estaban en el patio de la escuela ese mismo día. Sobre cómo él había llegado después de jugar un partido de fútbol en el parque con sus amigos en la oscuridad. Sobre cómo ella le había dicho que llegara tarde porque Tomek estaba en el trabajo y ella tenía que terminar una clase de polaco. Y luego Billy le dijo que había llevado pizza (pagada con su mesada), y que tan

pronto como la puerta se cerró y se dieron un beso, Kasia comenzó a tener una reacción alérgica al paquete de M&M con maní que él se había comido con sus amigos en el parque.

Al final, la historia de Billy coincidía con la de su hija y con la versión de los hechos de Phillip Balham.

Todo había sido un terrible y casi trágico accidente. Y al final, Tomek comenzó a preguntarse si se había equivocado por completo. Que su deseo de retribución y represalia contra un chico de trece años era exagerado, injustificado y erróneo. Que había fabricado una caza de brujas contra un grupo de adolescentes que no tuvieron nada que ver con ninguna de las muertes de las chicas y que su conexión con ellas, la de Harrison Rossiter en particular, no era más que una coincidencia.

Pero, por otro lado, llevaba suficiente tiempo en el trabajo como para saber que las coincidencias no existían. Que las cosas sucedían por una razón. Siempre por una razón. ¡Por Dios!, si no hubiera establecido la conexión entre las muertes de Mandy Butler y Lily Monteith, si se hubieran considerado «coincidencias», entonces él no estaría aquí ahora mismo, no estaría cazando a otro asesino en serie.

—¿Qué sabe del personal de Dagenham? —preguntó Tomek, decidiendo que valía la pena continuar con el motivo de su visita. Billy no se iba a librar tan fácilmente.

—Solo hablo con mi entrenador y los otros miembros del cuerpo técnico. No veo mucho a nadie más. Siempre preguntan cómo estoy, pero no me quedo a charlar.

Por supuesto que no. El pequeño cretino egocéntrico probablemente pensaba que era más importante que todos ellos cuando la realidad era la opuesta: era pequeño y flaco, más Wayne Rooney que Peter Crouch.

—¿Y nadie ha intentado ofrecerle drogas, o nunca ha visto que las intercambiaran en las instalaciones?

—¿Qué? Amigo, ni siquiera sé cómo son las drogas. Ni siquiera sé cuáles hay.

Tomek no estaba tan seguro de que eso fuera cierto. Estaba bastante seguro de que, a los trece años, él ya sabía todo sobre las

diferentes clases y su aspecto. Especialmente la marihuana. A esa edad, los chicos la fumaban y la vendían en sus clases. Quizás era una época diferente entonces, cuando las reglas eran mucho más relajadas, o los chicos simplemente eran más listos al respecto.

—Permítame preguntarle de nuevo —dijo, hablando lentamente, enunciando cada palabra—. ¿Alguna vez ha visto intercambiar drogas en el campo de fútbol o en los vestuarios entre alguno de los adultos, ya sea del primer equipo o del personal de apoyo, desde que es miembro de la academia?

Billy sintió la severidad en la voz de Tomek y esta vez pensó más detenidamente en la pregunta. Pero antes de que pudiera responder, la puerta de entrada se abrió.

La mujer que entró era, supuso Tomek, la madre de Billy. Una mujer vestida con un abrigo de Prada, con un bolso de Prada colgando de su brazo y docenas de pulseras en su muñeca. Gritaba riqueza y dinero; pero como solía ser el caso, no significaba que necesariamente tuviera ninguna de las dos cosas. Que todo era pura apariencia.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, con su fuerte acento de Essex.

—Sargento Detective Tomek Bowen. —Le mostró su placa de identificación—. Debe de ser la madre de Billy.

—Sí, lo soy. ¿Qué ha hecho? ¿Es por ese incidente con la chica el otro día? ¿Cómo se llama?

Miró a Billy en busca de la respuesta, pero Tomek se le adelantó.

—Kasia… Mi hija…

—Ah. Así que *es* por eso. ¿Acaso tiene permitido estar aquí por asuntos personales?

—Yo nunca dije que…

—No lo está acosando, ¿verdad? —interrumpió ella.

Por un momento, Tomek pensó que la pregunta iba dirigida a él. Luego se dio cuenta de que la mujer se dirigía a su hijo.

—Sabe que fue un accidente, ¿verdad? —continuó, centrando ahora su atención en él—. Él no ha hecho nada malo en eso. Me alegro de que su hija esté bien y todo, pero no hay mucho más que

él deba hacer. Ya se disculpó, así que pensé que todo estaba zanjado. Pensé que ya estábamos superándolo.

¿Se había disculpado el pequeño Billy el Matavacas? Era la primera noticia que tenía al respecto. A menos que se lo hubiera dicho a Kasia por mensaje de texto o Snapchat o alguna otra plataforma en la que solían comunicarse.

—Como dije, señora Turpin. Esto no es por la hospitalización de mi hija como resultado de la ineptitud de su hijo. Se trata de…

—¿Cómo lo llamó?

Tomek suspiró. Esto iba tan bien como un alpinista escalando una montaña en chanclas.

—Mi hijo no es inepto.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo dijo?

—Yo…

—Discúlpese con él. Discúlpese con él como él se disculpó con su hija.

—No estoy tan seguro de haber recibido la disculpa yo mismo, señora Turpin.

Estaban en un punto muerto, ninguno dispuesto a ceder.

Al final, la mamá de Billy se quedó sin paciencia e hizo avanzar la conversación.

—¿Por qué está aquí, de nuevo?

—Me está preguntando sobre drogas en el fútbol —dijo Billy, el pequeño cabrón santurrón.

—Eso no es estrictamente…

—¿Drogas? —siseó ella, luego se apresuró hacia Billy y le pasó un brazo por los hombros—. ¿Drogas? ¡Tiene trece años! ¿Qué sabe él de drogas?

Tomek estaba perdiendo rápidamente el control de la conversación (si no es que ya lo había perdido) y también estaba perdiendo el control de su cordura. Si se quedaba allí mucho más tiempo, podría empezar a pensar que podía pelear con una vaca.

—Escuche —dijo, levantando las manos en un inútil intento de salvar la discusión—. Su hijo, y otros dos miembros de su equipo de fútbol, han aparecido en nuestras investigaciones sobre un puñado

de asesinatos recientes. Creemos que alguien dentro del club, a qué nivel aún no lo sabemos, ha estado vendiendo drogas fuera del club. Queremos hablar con este individuo en relación con la investigación.

Tomek se había dado cuenta rápidamente de que la única manera de callarla y hacerla entender era decirle más de lo que probablemente debía.

Pareció funcionar, ya que se volvió hacia su hijo. —¿Es Mitchell?

—¿Qué?

—Siempre pensé que algo andaba mal con él. ¿Fue Mitchell? ¿Necesito hablar con sus padres? ¿O fue Lawrence?

—Mamá, ¿de qué estás hablando? No fue nadie.

—Lo sabía. Sabía que no debimos haber rechazado al Ipswich Town. Lo sabía.

—Mamá, no sabes de qué estás hablando. No tiene nada que ver con nadie de mi equipo. ¿O sí? —le preguntó a Tomek.

Tomek negó con la cabeza, agradecido de no tener que decir nada. Y mientras estaba allí, observando el incipiente pleito doméstico, Tomek se preguntó si la pregunta original de Billy sobre pelear con vacas era, de hecho, un eufemismo para golpear a su madre.

Supuso que la palabra clave «vaca» tenía sentido.

—¿Es esa su respuesta final? —preguntó Tomek, preparándose para irse—. ¿No sabe nada sobre quién podría estar vendiendo drogas o quién podría haber vendido algunas en un concierto?

—No. Lo siento —dijo Billy con un toque de desesperación en su voz. Desesperación por querer ser salvado de su madre. Era curioso cómo, en el espacio de unos minutos, Billy había pasado de ser un imbécil engreído, beligerante y burlón a un niño pequeño y desesperado.

Curioso cómo las cosas cambiaban tan rápido a esa edad.

En un minuto eres el gallo del gallinero, al siguiente estás de bruces en el concreto. Además, si Tomek estaba equivocado sobre la camarilla de futbolistas adolescentes, y sus investigaciones no ponían en peligro la carrera de jugador de Billy, entonces parecía que esta discusión sí lo haría.

Y su madre se iba a encargar de ello por él.

De cualquier manera, Tomek reiría al último.
Se haría justicia por haber puesto a su hija en el hospital.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y UNO

La información que llegaba a la sala de investigación se había estancado mientras el equipo estaba fuera de la oficina continuando sus indagaciones. Oscar, con la ayuda de Martin y Chey, entrevistaba a los individuos detrás de la reventa de entradas. Mientras tanto, Rachel, Anna y Sean eran las almas valientes que se abrían paso a través de la lista de los ciento veinte apicultores restantes en la zona de Southend.

Así que, mientras el equipo hacía todo el trabajo pesado, Tomek probó un poco de lo que era la vida de inspector. Y consistía en una sola cosa: papeleo, papeleo y más papeleo. Y un poco más de papeleo para rematar.

Revisar los informes que el equipo le enviaba. Aprobar sus horas extras. Estimar presupuestos. Procesar toda la información para los muchos casos en los que trabajaban simultáneamente. Aunque algunos requerían más tiempo que otros, la atención del equipo estaba, por desgracia, dividida. Era en momentos como este, cuando les faltaba personal y extrañaban a su principal figura de liderazgo, Nick, que agradecía el apoyo de los agentes de policía y otros oficiales uniformados, así como del personal de apoyo civil que ayudaba a mantener el barco a flote. Sin ellos, y sin todos los demás involucrados en asegurar que Tomek y el equipo pudieran hacer su trabajo correctamente, no estaba tan seguro de si se acordaría de inspirar.

O de espirar.

Tampoco estaba tan seguro de que la vida de un inspector fuera lo que quería. No si se basaba en los últimos días. Una especie de bautismo de fuego, con poca ayuda u orientación de Victoria, quien estaba teniendo su propio bautismo de fuego como suplente de Nick. Quizás era la burocracia lo que no le gustaba, o la monotonía de tener que sentarse en la comisaría mientras el resto del equipo hacía el trabajo de campo. Porque era el trabajo de campo lo que le gustaba, y a muchos de sus colegas también. Mirar a los ojos a un asesino, evaluándolo. Era lo que había vivido y respirado durante los últimos diez años como sargento. Todo lo que conocía.

Pero, por otro lado, ahora estaba la consideración adicional de Kasia en la que pensar. Una vida más sedentaria detrás de un escritorio podría ser lo mejor. Si algo le pasara en el campo, ella no tendría a nadie más que a sus abuelos. Y nadie se merecía eso.

Quizás ese era el principal motor de su deseo de convertirse en inspector: para que, si algo le pasaba —si moría, quedaba en estado vegetal o incluso perdía el uso de una de sus piernas—, no soportaría hacer pasar a Kasia por cinco años viviendo con sus padres, contando los días hasta que cumpliera dieciocho y pudiera hacer legalmente lo que quisiera. (Aunque, con la reciente compra de su piso, a menos que Tomek tuviera cien mil libras que no sabía que tenía para darle, ella viviría en casa por mucho tiempo).

Después de almorzar un BLT de Subway, un pequeño y agradable gusto, Tomek convocó una reunión improvisada con Anna y Rachel mientras Sean todavía estaba en la calle, hablando con otro entusiasta de las abejas. Informal, solo ellos tres. Relajada. A su manera. Algo que esperaba que se estuviera transmitiendo al resto del equipo. No le gustaba dirigir con mano de hierro como algunas de las otras personas con las que había trabajado. Tampoco quería ser demasiado relajado. En cambio, quería encontrar un punto intermedio.

Quería ser el Ricitos de Oro de la gestión. En su justa medida. Sin el flagrante allanamiento de morada, el robo y otras actividades delictivas.

—Vaya, qué sorpresa verlas por aquí —dijo Tomek mientras sacaba una silla del escritorio de Chey y la deslizaba al espacio entre

las dos mujeres.

—Hemos estado aquí todo el día. ¿Dónde has estado *tú*? —preguntó Rachel.

—Escondido en mi oficina. Ya no me van a pillar con gente de su tipo.

—¿Mujeres, quieres decir? —respondió Rachel—. Probablemente nos haces un favor a todas.

Tomek notó el toque de coqueteo, pero decidió no actuar. No con Anna mirándolo con desdén. Como oficial de enlace con los medios y la familia del equipo, y la única otra persona polaca en el equipo, también era la más severa, la más estirada, y no le gustaba que la conversación se desviara demasiado de su tema original. Rachel, por otro lado, era lo opuesto. Transferida de la Policía Metropolitana, estaba acostumbrada a las bromas en la oficina (aunque le había llevado un tiempo), y también era buena en su trabajo, increíblemente buena. Tanto que, si alguna vez surgiera la vacante, Tomek la propondría para un ascenso a sargento. Pero esa era una conversación para otro momento. Ahora mismo, necesitaban centrarse en encontrar a un asesino en serie.

—¿Qué tienen para mí? —preguntó Tomek tras un momento de silencio.

—No mucho —respondió Anna sin rodeos—. Desde ayer, hemos hablado con otros treinta miembros de la Asociación de Apicultores. Ninguno de ellos reconoció la abeja africanizada, ni parece que tengan ninguna. Una de las personas con las que hablé incluso las cría en un piso, que es la cosa más estúpida que he oído en mi vida, pero cada loco con su tema...

—Sobre gustos no hay nada escrito —corrigió Rachel.

—Cierto. Perdón. *Sobre gustos no hay nada escrito* —dijo ella, con un ligero matiz de desagrado en la voz—. Creo que tenemos que tener en cuenta que no somos expertas. Esta gente nos muestra sus abejas y no tenemos ni idea de lo que estamos buscando. Sí, tengo las imágenes de Google, pero no sirven de mucho. La cantidad de veces que me han picado estos últimos días.

*Agradece que no eres alérgica a ellas.*

—¿Qué sugieres?

—Que empecemos a llevar a Timothy Warren con nosotras. O a alguien de la Asociación de Criadores de Abejas, o incluso de la oficina central de la Asociación de Apicultores. Un experto que sepa lo que estamos buscando.

A Tomek le gustó esa idea. Le gustó mucho esa idea. El único problema era que llevaría más tiempo, y una semana extra para volver a visitar a los aficionados con los que ya habían hablado. Pero era una parte necesaria de la investigación.

—Bien. Hazlo. Contacta a Timothy Warren y a los directores de esas organizaciones. Uno de ellos puede sustituir al otro si no puede asistir. Eso debería ayudar a acelerar el proceso.

—Por supuesto, sargento. Gracias.

La sonrisa en el rostro de Anna lo reconfortó. El que estuviera contenta y emocionada de ser escuchada, de que la tuvieran en cuenta.

Dirigiendo al equipo de la manera correcta.

—¿Alguna de las personas con las que ya han hablado tiene algún vínculo con Sudamérica o Brasil? —preguntó.

Ambas mujeres se miraron, como si determinaran en silencio quién debería responder. Al final, fue Rachel quien tomó las riendas.

—Nada. Todos quieren ir a Brasil de vacaciones, y un par de ellos han estado, pero hace *años*; aparte de eso, nada que destaque como sospechoso.

Así que eso estaba resultando ser un callejón sin salida.

En verdad, no había esperado que saliera mucho de eso; poseer una abeja africanizada era bastante único, y no algo que un aficionado o entusiasta de las abejas hubiera asumido a la ligera, así que era una posibilidad remota. Pero aun así, eso no lo hacía menos desmoralizante.

Un revés tras otro, tras otro.

Y Tomek esperaba más de lo mismo para la siguiente parte de su mañana: hablar con Martin y Oscar sobre los revendedores de entradas del Cliffs Pavilion.

—Déjenme adivinar —dijo Tomek antes de que cualquiera de los dos hombres tuviera la oportunidad de responder—. ¿Otro callejón sin salida?

—De hecho, Tomek, puede que tenga una sorpresa para ti —dijo Oscar, con la emoción levantando las comisuras de su boca.

—¿Un nombre?

—Dije una sorpresa, no un regalo.

—¿No son lo mismo? —empezó Tomek, pero luego cortó esa línea de conversación de inmediato. La semántica no era importante en ese momento; lo que importaba eran las palabras que estaban a punto de salir de la boca de Oscar.

—Bueno, eran cuatro tipos en total, ¿verdad? —Oscar hablaba despacio, como si Tomek fuera estúpido. Debería haberse molestado, pero eso era parte de la personalidad del capitán, la creencia errónea de que era más inteligente que todos los demás y lo sabía, algo que Tomek había aprendido a aceptar lenta y dolorosamente.

—Deberías haber visto sus caras en cuanto les dijimos para qué estábamos allí. Creo que todos pensaron que los iban a arrestar. Lástima que no pudimos, porque creo que habría sido una experiencia bastante agradable. La mayoría rondaba los cincuenta y tantos, sesenta y pocos. Se notaba que se aprovechaban de los desesperados. Al parecer, siempre agotaban sus entradas en las noches importantes. No todas las noches eran tan exitosas, pero cuando los artistas de renombre estaban en la ciudad, era cuando vendían todas las entradas que habían comprado con sus propios nombres.

—¿Y qué hay de nuestro asesino?

—Uno de ellos, Randy McGinn, había comprado entradas para todos y cada uno de los conciertos y actuaciones a los que asistieron esas cinco chicas. Y le vendió una entrada al mismo hombre en cada una de esas noches.

—¿Quieres decir que este tipo le vendió cinco entradas al mismo hombre?

—Sí.

—¿Y no le pareció raro?

—Sí. Claro que sí. Pero no iba a cuestionarlo. El asesino pagaba casi el doble del precio de venta de las entradas solo para entrar esa noche. No va a rechazar una ganancia.

Tomek sintió que la emoción le burbujeaba en los pies. En unos minutos, esperaba que le llegara al estómago.

—¿Recuerda cómo era el hombre? —preguntó Tomek con optimismo.

Y entonces la emoción se desvaneció con una sacudida de cabeza.

—Lamentablemente, no se acuerda del hombre «ni a palos» —respondió Oscar—. Fue hace mucho tiempo y ha visto a miles de personas desde entonces. Le encantaría ayudarnos.

—Quiero traerlo para que vea a nuestro dibujante de todos modos. Algo podría refrescarle la memoria.

Durante las vacaciones de Navidad, habían traído a las dos chicas que habían visto al asesino para que hablaran con los dibujantes, y juntos habían creado los retratos robot de su asesino. Ambos eran representaciones muy diferentes del mismo hombre, y ninguno de los dos tenía mayor utilidad.

—Hablaré con él —dijo Martin, agradecido de poder meter baza junto a Oscar—. Intentaré convencerlo de que pase por aquí.

—Excelente. ¿Algo más que necesiten decirme?

Oscar negó con la cabeza. Y antes de que Martin pudiera hacer lo mismo, la puerta de la sala de incidencias se abrió de golpe.

De pie en la entrada, sonriendo de oreja a oreja, estaba Chey.

—Vamos a ser mejores amigos después de esto —le dijo a Tomek mientras entraba, blandiendo un trozo de papel.

—Me temo que ya tengo todos mis puestos disponibles ocupados, colega.

—Entonces vas a tener que abrir uno nuevo. O echar a alguien. Anna, deshazte de ella. Nunca me cayó bien de todos modos.

—¡Te oí! —gritó Anna desde el otro lado de la oficina.

Pero Tomek no podía concentrarse en las bromas. En cambio, estaba preocupado por la gota de sudor que se formaba en la barbilla de Chey. La gota de sudor que parecía tan fuera de lugar como un petrolero en una convención de Greenpeace.

—¿Acabas de venir corriendo desde tu casa?

—No. Mejor. Del almacén de abajo.

—Ah.

—E imprimí esto.

Chey le plantó el documento delante de la cara a Tomek.

Tardó un rato en registrar lo que estaba viendo, pero cuando finalmente lo entendió, miró fijamente al joven agente. Quizás este no iba a ser un mal día después de todo.

—¿Es esto lo que creo que es? —preguntó.

—Sip —las comisuras de la boca de Chey se elevaron—. ¿Eso significa que se ha abierto un puesto?

—No. Seguirás siendo mi colega y amigo. Pero no mi mejor amigo. Por ahora, sin embargo, ¡carajo, podría besarte!

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y DOS

El diminuto punto en el trozo de papel que Chey le había dado indicaba un pequeño edificio al este de Southend. El punto, cerca de Great Wakering, estaba situado a las puertas del MOD Shoeburyness, la finca que se había utilizado durante los últimos ciento setenta años para probar, mantener y evaluar las armas militares utilizadas en las Fuerzas Armadas. Ocupaba un espacio de más de nueve mil acres, una cifra que se extendía a más de cuarenta mil cuando bajaba la marea, y albergaba más de doscientas residencias privadas, siete granjas en funcionamiento y algo más de siete mil acres. El acceso estaba estrictamente prohibido y controlado, con varias de las playas circundantes cerradas al acceso de civiles. Y si la idea de ser arrestado y procesado no era un disuasivo suficiente, las estrechas y sinuosas carreteras para llegar allí sin duda lo eran.

Para cuando Chey frenó de golpe y detuvo el coche frente al pequeño edificio, Tomek se sentía mareado. Como si el contenido de su desayuno y almuerzo pudiera subir a saludarlo. Durante el trayecto, el joven agente había lanzado el coche de un lado a otro en las curvas cerradas y giros estrechos, como si lo hubiera robado.

—Este lugar está desierto —le había informado a Tomek, como si el comentario fuera a tranquilizarlo y a hacer que apartara las manos de la seguridad de su cinturón—. Nadie maneja por aquí. A no ser que los militares anden cerca. No te preocupes. No chocaremos.

Y no lo hicieron. Pero eso no significaba que Chey no lo hubiera intentado; hubo una curva, justo cuando salían del bullicio de Shoeburyness y se adentraban en las llanuras de Great Wakering, donde Chey se encontró de frente con una pequeña pata y su familia de patitos. Al ver el vehículo de cuatro toneladas que se abalanzaba sobre ellos, la madre pata se detuvo en el arcén y se retiró a una distancia más segura. Por desgracia, Chey había hecho lo mismo en el arcén opuesto, y casi hizo que el coche diera un trompo en el proceso, perdiendo un duelo de valentía contra una familia de patos.

Al bajar del coche, Tomek se puso una mano en el pecho y sintió el corazón latiéndole con fuerza bajo las costillas; la adrenalina del viaje que casi lo había matado todavía corría por sus venas.

—¿Recuerdas ese lugar en mi lista de amigos que querías?

—Sí.

—Pues ya puedes irte olvidando de él. Los amigos no intentan matar a sus otros amigos mientras manejan. Especialmente no los mejores amigos.

La radiante sonrisa de Chey se desvaneció, pero Tomek le prestó poca atención mientras esperaba a que llegara el resto de la comitiva: Rachel, Sean, Anna y Martin llegaban en dos coches distintos, junto con una ambulancia, un vehículo policial rotulado y una furgoneta de forenses. Los cinco vehículos restantes llegaron en distintos momentos, uno tras otro, ya que también habían tenido dificultades para atravesar las estrechas carreteras, en particular, la ambulancia.

Una vez que estuvieron todos allí, y equipados con sus trajes forenses blancos, centraron su atención en el punto del mapa.

El punto no era más que un pequeño edificio de ladrillo que parecía no haber sido habitado en cincuenta años. El musgo, el liquen y la hiedra se habían apoderado de las paredes, mientras que la maleza y la hierba crecida habían tomado el control del pequeño sendero de tierra que conducía a él.

Excepto por dos marcas de neumáticos.

Tomek calculó que el pequeño edificio, encaramado al borde de la carretera y con tierras de cultivo detrás, se habría utilizado en la

guerra en algún momento. Probablemente una especie de torre de vigilancia, un puesto de observación para avisos anticipados de ataques aéreos e intrusiones, quizás. Sin embargo, no era el lugar para torturar y asesinar a unas adolescentes.

Mientras estaba en la boca del sendero que llevaba al edificio, Tomek sintió un aura. De maldad, de malevolencia, de pecado. A medida que se acercaban, la temperatura del aire pareció bajar unos grados, y el aliento que se escapaba de su mascarilla se empañó frente a su cara. Con cada paso vacilante, Tomek tensaba su cuerpo más y más. No había forma de saber qué había al otro lado de esa puerta.

El asesino.

Su última víctima.

Ambos…

Aunque se preparó para ver *algo*.

Poco a poco, redujeron la distancia hasta el edificio.

Diez metros.

Cinco.

Y entonces apareció.

La razón del punto negro en primer lugar.

El Volvo X70 que había sido utilizado para secuestrar y matar a Fern Clements y Lily Monteith. Como parte de sus investigaciones iniciales sobre los asesinatos de las chicas, Chey y el equipo habían revisado numerosas grabaciones de cámaras de seguridad y de vigilancia doméstica de los alrededores de los parques John Burrows y Belfairs. La calidad de las grabaciones había sido mala, por lo que la marca y el modelo del coche eran difíciles de discernir. Pero tras revisar las grabaciones de una posible ruta que el conductor podría haber tomado la noche de la muerte de Fern Clements, Chey había descubierto lo que sospechaban era el vehículo del asesino.

Su ubicación exacta se había descubierto gracias a los datos de telemetría del teléfono de Fern Clements. Chey había leído mal los datos originales y se había perdido un pequeño intervalo en el que el teléfono de Fern se había vuelto a prender, poco después de que la secuestraran. Solo había durado unos instantes antes de que lo volvieran a apagar, pero había sido suficiente.

Tomek fue el primero en llegar a la puerta del edificio. Puso una mano firme en el pomo y, tras dirigir una última mirada al equipo, abrió la puerta.

La ráfaga de viento que entró en el edificio removió e inquietó el polvo a sus pies. La soltó y la puerta se abrió rápidamente para revelar un pequeño espacio vacío. Desolación. No había nada allí dentro, ni nadie tampoco. Sin riesgo de que alguien saltara sobre ellos, Tomek entró en el edificio. Las paredes eran de ladrillo y el suelo de hormigón. La temperatura en el interior era mucho más fría que en el exterior, casi cero grados.

En la esquina de la habitación, a la izquierda de Tomek, había una pequeña zona de tierra y polvo removidos. *El lugar donde Fern Clements había sido secuestrada y aprisionada*. Sin embargo, no había señales de lucha, ni de sangre en el suelo. Y nada que sugiriera que hubiera estado atada.

Tomek intentó imaginar cómo había sido para ella.

Subir al coche, consciente o inconsciente, a sabiendas o sin saberlo, ser transportada al culo del mundo a un lugar que a nadie se le ocurriría buscar, y luego despertarse en medio de una caja oscura y helada. Quizás ni siquiera llegó a despertarse. Pero si lo hubiera hecho, ¿qué habría visto? ¿Qué habría sentido? ¿Cuándo habrían traído las abejas para matarla? ¿Cuánto tiempo habría sufrido, acurrucada en un ovillo en el suelo de hormigón en un intento inútil de protegerse, gritando, suplicando ayuda, mientras sus palabras y su esfuerzo caían en oídos sordos? Hasta que finalmente el veneno de las picaduras había surtido el efecto deseado y había perdido el conocimiento, abandonada a la merced de las abejas.

¿Y qué había pasado entonces?

¿Se había quedado el asesino de pie sobre ella, observando, esperando? ¿O había observado desde lejos? O, más sórdidamente, ¿había esperado fuera, escuchando con regocijo los gritos de Fern Clements, contando los segundos hasta que cesaran y pudiera volver a entrar sin peligro?

La idea le dio escalofríos a Tomek, mientras su mente divagaba y reemplazaba las imágenes de Fern Clements por las de Kasia.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó una voz.

Tomek no se había dado cuenta; había estado de pie en medio de la habitación, en silencio, durante los últimos instantes, pero para entonces el resto del equipo, incluidos los agentes de la escena del crimen, se le habían unido y estaban inspeccionando la zona.

La pregunta había venido de Chey, que estaba agachado en la esquina donde habían tenido a Fern Clements. Agitó una mano en el aire y pidió a uno de los SOCO que se acercara rápidamente con una linterna.

La pequeña zona de hormigón se iluminó al instante, casi cegándolos a todos.

Allí, apretado contra un hueco en la pared de ladrillo, había un pequeño objeto amarillo y negro.

—A menos que sea un caramelo de limón sucio —dijo Tomek—, creo que es *exactamente* lo que piensas que es. Y creo que es *exactamente* lo que parece.

—¿Un caramelo de limón sucio? —preguntó Rachel en tono de broma.

—No recomendaría morder ninguno de los dos. ¿Podemos embolsarlo y sellarlo como prueba? —preguntó Tomek, y el SOCO más cercano se apresuró a recoger el pequeño y peludo insecto con unas pinzas antes de meterlo en una bolsa de pruebas.

—Con un poco de suerte, será igual que la que se encontró en la pierna de Fern Clements —dijo Rachel.

—Sí, pero ¿dónde están las demás? —susurró para sí mismo.

Tomek miró por la habitación como si un centenar de abejas fueran a aparecer por arte de magia. Como no lo hicieron, se volvió hacia el espacio en la esquina de la habitación. Aparecieron imágenes de Fern Clements, acurrucada en un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho, los ojos muy abiertos mientras su cerebro registraba la visión y el sonido de las abejas que soltaban sobre ella. Sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

—Ha despejado esta zona y ha quitado todas las abejas del suelo —comenzó, continuando con su monólogo. Luego giró sobre la punta de los pies y observó una marca en el polvo. Era una línea larga y gruesa, que giraba a la izquierda en ángulo recto. Tomek

siguió la línea con el dedo hasta que la imagen completa se hizo visible. Era el contorno de una caja de abejas, similar a las que había visto en el colmenar de Timothy Warren.

Tomek se tomó un momento para considerar lo que esto significaba para la investigación en general. Si el asesino poseía una colonia entera de abejas africanizadas, debía haberlas conseguido de alguna parte. Por internet, quizás. La Dark Web. El mercado negro de la venta de abejas. O si no las había comprado en línea, entonces debía haber encontrado otro método para adquirirlas, para importarlas al país.

Respiró larga y profundamente mientras observaba la habitación a su alrededor.

Su teoría de que una cábala de futbolistas adolescentes tenía algo que ver con los asesinatos de las chicas se desmoronaba rápidamente ante sus ojos, goteando como un panal. Era casi imposible que Billy el Domador de Vacas conociera este lugar, y aún menos probable que lo hubiera encontrado por su cuenta. Lo mismo se aplicaba a Harrison Rossiter en Francia. Pero eso no exoneraba al hombre del club que había vendido las drogas adulteradas a Mandy Butler y a todas las demás víctimas; él seguía siendo el foco principal de sus investigaciones. La única otra opción era Darren Edgerton, el novio de Fern. Diecisiete años y edad suficiente para manejar. ¿Pero podría haber conseguido las abejas asesinas? ¿Habría sabido cómo hacerlo?

—El coche —dijo Tomek cuando la idea se le ocurrió de repente —. Quiero que le tomen muestras y que se haga un barrido forense profundo. El ADN de nuestro asesino va a estar por todas partes. Puede que no lo encontremos aquí dentro, sobre todo si llevaba un traje de apicultor para protegerse de las abejas, pero el coche es la clave. El coche es la respuesta a todo esto. Buen trabajo, Chey.

Detrás de la mascarilla del joven, Tomek reconoció el esbozo de una sonrisa.

—Ahora solo tenemos que averiguar a quién le pertenece —dijo Rachel.

—Y averiguar por qué lo han dejado aquí.

Ese punto hizo que todos se detuvieran a pensar.

Si el coche había sido abandonado allí porque el asesino había terminado con sus matanzas.

O si lo estaba guardando para más tarde, solo para volver a por su próxima víctima.

Pero antes de que nadie pudiera responder, se oyó un grito desde fuera del edificio. Tomek y el equipo salieron corriendo y encontraron a un SOCO sujetando el baúl del Volvo.

—Está abierto, sargento.

—¿Ya lo has abierto? —preguntó Tomek, acercándose al hombre con los brazos en alto, sintiéndose como si estuviera en un país en guerra tratando de desactivar una bomba.

—Todavía no —respondió el SOCO.

—Entonces sugiero que lo hagas con cuidado y, todos, den un paso atrás.

El sonido de los pies arrastrándose por la tierra resonó por encima del viento.

Y por encima del sonido que venía del interior del coche.

Tan pronto como lo oyó, Tomek supo exactamente lo que era. Pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera decir nada, el SOCO levantó el baúl, e inmediatamente una docena de abejas africanizadas saltaron y empezaron a pulular a su alrededor, zumbando con vehemencia.

Al verlas, todos gritaron, incluido Tomek, y corrieron de vuelta a sus respectivos vehículos, buscando refugio en el interior de sus coches.

Pero fue un intento inútil. Para cuando Tomek saltó al coche en el que él y Chey habían llegado, uno de los cabrones lo había seguido al interior del vehículo y zumbaba agresivamente delante de su cara, un diminuto insecto de rayas negras y amarillas decidido a buscar venganza.

Tomek gritó en el asiento del conductor, mientras agitaba los brazos como un loco, golpeándose los nudillos contra la ventanilla y la columna de dirección por accidente. Agradecía estar solo para que sus compañeros no pudieran oír sus quejidos y gritos. Pero cuando abrió la puerta del coche para escapar, se dio cuenta de que el resto del equipo había sido sorprendido tanto como él: varios cuerpos

vestidos con trajes forenses blancos corrían por el campo, perseguidos por los insectos enloquecidos, mientras que Chey, que en su asalto al diminuto insecto se había quitado la capucha y la mascarilla, agitaba los brazos, pareciendo un boxeador que intentaba golpear el aire con los ojos cerrados.

La escena dibujó una ligera sonrisa en el rostro de Tomek, pero desapareció tan pronto como la abeja que lo había elegido como su víctima regresó y se posó en su frente.

Antes de que pudiera reaccionar, y antes de que el grito pudiera salir de sus labios por cuarta vez, sintió una enorme bofetada en la frente. Tan fuerte que lo desequilibró y lo hizo caer dentro del coche.

—¡Te tengo, pequeño cabrón! —gritó Sean, de pie con los brazos flexionados, sonriendo ferozmente como un animal rabioso.

A Tomek no le importó el dolor creciente en su cabeza, siempre y cuando el pequeño *gówniaki* estuviera muerto.

—¿Lo atrapaste?

—¡Maldita sea que sí! Tengo los reflejos de un gato —gritó Sean triunfalmente.

Tanto que él solo mató a las abejas restantes (las que no habían muerto ya picando a sus colegas) con sus puños y sus pesados pies de talla catorce. Una vez que la zona fue declarada libre de abejas, Tomek se dirigió con cautela hacia el Volvo.

Por lo que pudo ver, todos estaban bien. Excepto por uno de los SOCO y los paramédicos que habían sido picados. Pero, afortunadamente, nadie era alérgico. Así que al menos todos vivirían.

Mientras los heridos eran llevados hacia el paramédico, donde recibieron primeros auxilios, Tomek se acercó al Volvo. Allí, en el baúl del vehículo, estaba la caja que habían colocado dentro del edificio, y a su lado yacía un montón de abejas muertas, las que habían soltado sobre Fern Clements.

—Pequeños cabrones agresivos, ¿no? —preguntó Chey.

—Sí —comentó Tomek, observando el cementerio de abejas—. Y ahora sé que, si alguna vez se diera el caso, preferiría cien por ciento pelear contra una vaca que contra uno de ellos de nuevo.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y TRES

Esa noche, cuando Tomek llegó a casa, su vecina le metió un susto de muerte y casi se tropieza.

Mientras cerraba el auto con seguro y se apuraba hacia la puerta que daba a su departamento del primer piso, vio la cara pálida de ella pegada a la ventana, devolviéndole la mirada como si fuera una especie de espíritu maligno de una película de terror.

—*¡Kurwa mać!* —siseó Tomek por lo bajo, casi sufriendo un infarto.

En el poco tiempo que Tomek y Kasia llevaban viviendo en su nuevo hogar, Tomek solo había visto a su vecina de la planta baja un puñado de veces. De hecho, menos que eso. Una o dos veces, quizás. Y si esa era la forma en que quería saludarlo de ahora en adelante, intentaría mantener ese número lo más bajo posible.

Para cuando entró a la escalera que separaba sus departamentos, ella estaba de pie afuera del suyo esperándolo.

Durante su primer encuentro, Edith le había contado que estaba jubilada, que había sido partera jefa en el Hospital de Southend toda su vida y que ahora vivía de una pensión que apenas le alcanzaba para llegar a fin de mes. En cuanto Tomek le explicó su trabajo en la policía, ella sintió un parentesco con él, una especie de afinidad. Un vínculo tácito e invisible entre ellos. Ambos habían visto de todo en su tiempo, y eso era algo que solo la gente como ellos podía entender.

—Buenas noches, Edith —dijo Tomek, tratando de ocultar el miedo y la alarma en su voz—. ¿Está todo bien?

—Disculpe que lo asustara, Tomek —dijo ella mientras daba un paso hacia él—. Estaba mirando para afuera.

—¿Todo bien?

Tomek se giró a medias.

—Creo que sí. Pero oí unos ruidos.

—¿Qué tipo de ruidos?

—Golpes.

—¿Cerca, como justo afuera del edificio? ¿O afuera, en la calle?

—Ambos.

—Okey. —Tomek tragó saliva e inhaló profundo—. ¿Quiere que revise la zona?

Ella le puso una mano delicada en el antebrazo. —Oh, no, está bien, querido. Probablemente no es nada. Probablemente solo soy yo, una vieja tonta que se está volviendo paranoica con las cosas.

Otra vez. No era la primera vez que acudía a él por ruidos y alborotos. La segunda vez en igual número de semanas. Ruidos afuera de la casa, seguidos de la sensación de que alguien estaba afuera o entraba a su jardín. Tomek no podía culparla por no querer salir de la casa para averiguar qué era. Y, como ella estaba en la planta baja, era más susceptible a robos, especialmente si los criminales sabían que era mayor y con menos probabilidades de defenderse como podría hacerlo Tomek.

El problema era que a él le resultaba difícil hacer algo al respecto. No tenía tiempo para sentarse a hacer guardia afuera del edificio o revisar las ventanas las veinticuatro horas. Pero sí tenía los fondos para instalar una cámara comunal en el timbre de la entrada. Eso podría ayudar a disuadir a cualquier intruso o visitante no deseado. Aunque quizás tendría que desactivar las notificaciones; no había nada peor que estar sentado en la oficina o caminando por la calle principal oyendo la misma melodía exasperante que le avisaba al dueño que alguien estaba en su puerta.

En la oficina, Nadia era la peor en eso. Sus compras en línea llegaban a todas horas de distintas empresas, casi todos los días de la semana. Comprando cositas para el bebé, decía, porque ni ella ni

su esposo tenían tiempo para salir de compras como la gente normal. Pero Tomek aún sospechaba que podría tener una adicción a las compras.

—Voy a instalar unas cámaras para nosotros —explicó Tomek.

—¿Está seguro?

—Totalmente. No es ningún problema. Lo pediré por internet y lo instalaré cuando tenga un momento.

Canalizando a su Nadia interior.

Tomek le deseó buenas noches y subió las escaleras hacia su departamento. Mientras lo hacía, repasó mentalmente los momentos previos. Si había visto a alguien o algo fuera de lo común. Si había visto a alguien merodeando el edificio recientemente.

Antes de que se mudaran a su nuevo departamento, había habido un incidente con un individuo que había sido enviado por un contacto en la cárcel. El contacto, Charlotte Hanton, una antigua amante de Tomek convertida en asesina en serie, había enviado al individuo para intimidarlo. Y, como resultado, él se había mudado. No había visto al hombre en un tiempo, pero eso no significaba que no estuviera allí esa noche o que no hubiera estado en las últimas semanas.

Aunque si era él, el cómo había descubierto su nueva dirección planteaba algunas preocupaciones obvias. Si Charlotte los estaba vigilando en su intento de monitorear y mantener bajo control a Tomek por alguna definición confusa y retorcida de amor, entonces tendría que hacer algo al respecto.

—Ya llegaste —dijo una voz suave cuando entró a la sala—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? Parece que viste un fantasma.

Tomek pensó en la expresión de Edith y en cómo la comparación sería un poco dura, aunque no del todo imprecisa.

—No exactamente —respondió—. Solo muchas cosas pasando aquí arriba en el viejo sistema informático.

Tomek se dio unos golpecitos en el lado de la cabeza.

—¿De qué hablas?

—De mi cerebro. Mi computadora.

—Claro.

—Hablando de eso, ¿puedes pedir un sistema de cámaras de seguridad para la casa, por favor? Y que lo entreguen abajo.

—¿Por qué?

—Porque te lo pedí y es mi trabajo hacer las preguntas, no el tuyo.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y CUATRO

El Volvo X70 encontrado en la escena del crimen del asesinato de Fern Clements estaba registrado a nombre de Ray Elliott, un hombre de ochenta y tres años que residía actualmente en un hogar de ancianos en Grays, Gran Londres.

—Diría que está más bien… *existiendo*, a estas alturas. Respira, y eso es apenas lo mínimo que obtenemos de él. El alzhéimer está bastante avanzado. Los médicos no creen que le quede mucha cuerda.

El único pariente vivo de Ray era su nieto, James, el hombre que ahora estaba sentado frente a Tomek y Sean. Antes de salir de la oficina para hablar con él, Chey había buscado el nombre del hombre de treinta y ocho años en el PNC, pero no había aparecido nada. Sin arrestos ni condenas previas.

Hasta donde Tomek y la policía sabían, James era un buen tipo.

—Lamento oír lo de su abuelo —dijo Sean con amabilidad.

—Gracias —respondió James—. Se lo agradezco.

Los tres se encontraban dentro de la casa de dos recámaras de James. La casa era moderna, con revestimiento en el exterior y un elegante acabado blanco. El interior era extravagante y opulento. Muebles ornamentados, superficies de mármol, grandes espejos colgando de las paredes, decoraciones llamativas que no desentonarían en la casa de un futbolista. De hecho, mientras Tomek examinaba los accesorios y el mobiliario, recordó la casa de Billy «el Peleador de Vacas», pues parecía que habían tenido el

mismo decorador de interiores. Pero en el centro de la sala de James se encontraba la pieza principal, el punto focal de toda la habitación: un televisor de pantalla plana de sesenta pulgadas montado en la pared, sobre una chimenea eléctrica.

—Seguro que los partidos se ven de lujo ahí —comentó Tomek.

—Ni se lo imagina. Especialmente la Championship y la Premier, en toda esa magistral alta definición. Pero nada supera a la realidad, estar a pie de cancha y vivir el ambiente de primera mano.

Tomek y Sean perdieron a James por un momento en su reflexión.

—¿A pie de cancha? —repitió Tomek, para aclarar.

James asintió. —Trabajo para el Dagenham & Redbridge FC —dijo—. Así que tenemos asientos de primera fila para el mejor equipo del condado. No es lo mismo que ir al Emirates o al Etihad, claro, y tenemos como una sexta parte de la capacidad, pero aun así es un buen ambiente, y sigue siendo mejor que verlo en una pantalla de treinta pulgadas.

—O en una de sesenta, como puede ser el caso de algunos —señaló Sean, girándose a medias hacia el gigantesco espejo negro que colgaba de la pared de James.

—Exacto. Sí.

Pero Tomek no estaba escuchando. En cambio, repetía mentalmente las pocas palabras que habían hecho sonar las alarmas en su cabeza.

*Trabajo para el Dagenham and Redbridge FC*.

Se hacían más y más fuertes con cada repetición, como si estuvieran atrapadas dentro de un vaso de plástico.

—¿Usted trabaja en el Dagenham and Redbridge? —preguntó Tomek lentamente.

—Soy el utilero.

—¿Del primer equipo?

—Sí.

—¿Y eso le alcanza para pagar esta casa?

—Bueno. —James se movió incómodo en su asiento—. Tengo una esposa adorable que trabaja a todas horas y luego llega a casa

a cuidar a nuestras dos hijas. Todo mientras yo estoy por ahí viendo fútbol. Ella es la verdadera heroína.

Tomek sonrió sarcásticamente. —Entonces, ¿alguien ha usado esa palabra para describirlo a usted?

James se enderezó y ladeó la cabeza, activándosele el sentido arácnido. Se tomó un momento para responder.

—Disculpen, señores —dijo finalmente—. No creo que me hayan dicho el propósito de su visita.

—Eso es porque no lo hemos hecho —respondió Tomek, y luego se volvió hacia Sean. Le hizo un gesto de asentimiento a su colega, y entonces el sargento le explicó.

Mientras esperaba, Tomek observó la reacción del hombre, buscando una pizca de reconocimiento o sorpresa o, más preocupante aún, miedo. No hubo nada.

—¿Por qué encontraron el auto de mi abuelo por allá? —preguntó James.

—Nos preguntábamos si usted podría decírnoslo —dijo Sean—. Revisamos la DVLA y todos los demás registros pertinentes, y todos dicen que el auto está registrado a su nombre. Pero si él solo puede, como usted dice, *existir* en este momento, entonces queremos saber quién lo tiene y por qué no se ha cambiado la titularidad.

Más movimientos incómodos. Luego James bajó la vista hacia la alfombra y se agachó para rascarse una picazón en el pie.

—¿Les ofrezco algo de tomar? —preguntó.

—¿Lo vamos a necesitar? ¿Propone que estaremos aquí un buen rato? —preguntó Tomek.

James no respondió la pregunta. En su lugar, salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Mientras lo veían irse, Tomek y Sean se miraron, e inmediatamente Sean se puso de pie, siguiendo al hombre fuera de la habitación. En el tiempo que estuvieron en la cocina, Tomek aprovechó la oportunidad para mirar alrededor de la sala. No sabía qué buscaba. Pero una señal, una pista. Cualquier cosa que pudiera indicar que tenía algo que ver con los asesinatos.

Un guante. Un condón. Un pequeño frasco de miel por ahí.

Pero no encontró nada. Y para cuando los dos hombres regresaron, él estaba de vuelta en su posición original, como si no se

hubiera movido en absoluto.

—Debo decir —dijo James mientras le entregaba la bebida a Tomek—, que todo esto es bastante desconcertante. Le puedo prometer que mi abuelo no ha hecho nada malo.

—Eso no quiere decir que usted no lo haya hecho —señaló Tomek.

Una vez que Sean regresó a su asiento, Tomek sacó su destornillador y comenzó a girar el tornillo. Y con el humor que traía, sintió ganas de apretarlo tan fuerte que astillara la madera a su alrededor.

—¿Quién tiene el control del patrimonio de su abuelo? —preguntó Tomek.

—Yo.

—¿Así que usted habría tenido el control sobre lo que pasó con su auto?

—Yo… supongo.

—La respuesta es sí, James. Usted *habría* tenido el control total sobre él, y lo sabe. Y ahora nosotros también lo sabemos. Así que sabe exactamente qué pasó con ese auto y por qué podría estar allí.

—No, no lo sé. ¡No sé qué está pasando con él! No tengo ni idea. Se lo juro.

Tomek sonrió con suficiencia. —Cuando la gente dice «se lo juro» justo después de hacer una declaración de verdad, típicamente hemos descubierto que resultan ser bastante deshonestos. ¿No te parece, Sean?

—Absolutamente, Tom.

—Así que quizás debería empezar por ser honesto con nosotros. Le será de gran ayuda.

—¿Cómo?

Tomek vaciló. Nadie le había contestado eso antes. Siempre había considerado que el significado era obvio e implícito. O James era increíblemente denso, o estaba ganando tiempo para inventar una coartada.

Tomek sospechaba que era lo segundo. Así que optó por no responder y continuó.

—¿Qué hizo con el auto de su abuelo una vez que lo internó en el hogar?

—Yo… yo… se lo vendí a un amigo.

—¿A quién?

—No me acuerdo.

—Pura mierda —dijo Tomek.

—No debe haber sido un muy buen amigo, entonces —agregó Sean.

Le dieron a James algo de tiempo para que reflexionara sobre sus palabras, para que considerara la mejor manera de salir del hoyo que estaba a punto de cavar para sí mismo. Y Tomek observó cómo todo se desarrollaba en el rostro del hombre. La desesperación silenciosa, el movimiento de los ojos de un lado a otro, la falta de contacto visual. Todo estaba allí, en el hermoso tapiz de la expresión de James.

—¿A quién le vendió el auto, James? —preguntó Tomek.

Retorciéndose, girando.

—No fue a un amigo. Fue, fue a un desconocido.

—¿Qué significa eso? ¿Alguien se le acercó en medio de la calle y le ofreció dinero por el auto, y usted lo aceptó?

James dejó caer la cabeza en su regazo y se presionó los lados de la nariz con los pulgares. Tomek sintió que las lágrimas no tardarían en llegar. —Ustedes no lo entienden. Fue una época de mierda. Tenía un montón de problemas en el trabajo, en casa, con otras cosas, y para colmo tenía que lidiar con él.

*Lidiar con él*, pensó Tomek, como si el abuelo de James se hubiera convertido en una carga. La elección de palabras le repugnó.

—¿Qué problemas tenía en el trabajo? —preguntó Sean, adelantándose a Tomek.

—Despidos. Hubo montones de ellos hace unos dieciocho meses, dos años. No entraba dinero al club de fútbol. El dueño tuvo que hacer recortes. Fue una época muy estresante para todos. Tuve que luchar por mi trabajo y demostrar mi valía.

—¿Y finalmente entraron en razón y se dieron cuenta de que no se podía confiar en que los jugadores lavaran su propio uniforme? —preguntó Tomek.

Mientras apretaba las tuercas, le gustaba lanzar un par de ganchos de derecha e izquierda de vez en cuando, solo para despertar un poco a James.

—Mi trabajo es tan importante como el de todos los demás en el equipo. Todo el personal de apoyo, todos los fisios, toda la gente detrás de los escritorios, todos los que ayudan al club a funcionar. Como un castillo de naipes. Si uno cae, caemos los demás.

Tomek asintió sarcásticamente y se dirigió a Sean, dándole la silenciosa venia para que continuara con su línea de interrogatorio.

—¿La amenaza de despidos tuvo repercusiones en su matrimonio y su vida familiar?

—Claro que sí —respondió James—. Es como preguntar si el agua moja.

*O si crees que podrías pelear con una vaca.*

Y entonces llegaron las lágrimas. Casi como si fuera una señal. El cuerpo de James se estremeció mientras lloraba y luego se secó las lágrimas. Ni Tomek ni Sean le ofrecieron una mano o una palabra de consuelo. No estaban allí para eso.

—Nuestro matrimonio casi se desmorona, y casi pierdo la custodia de las niñas —continuó James.

—¿Y qué hay de las otras cosas que le estaban pasando en ese momento?

Una expresión de confusión secó las lágrimas del rostro de James. —¿Qué otras cosas?

Tomek miró su reloj. —Hace unos dos minutos dijo que tenía un montón de problemas cuando su abuelo fue internado en el hogar. El trabajo, la casa, su abuelo. Y también dijo «otras cosas». ¿Le gustaría explicarnos eso un poco más?

James hizo una pausa mientras calculaba una respuesta. Tomek decidió ignorarla, fuera cual fuera. El hombre les estaba ocultando algo, era evidente. Y Tomek se había dado cuenta rápidamente de que no había forma de apretar y girar, de sondear y presionar que fuera a desenterrarlo. No en el entorno seguro de su propia casa. Si metían al hombre en una sala de interrogatorios con la posibilidad de enfrentarse a una vida en prisión, Tomek estaba casi seguro de que entonces obtendrían una respuesta.

—No había otras cosas —respondió James secamente—. Solo fue una forma de decir.

—Claramente quiso decir *algo* con eso —replicó Sean.

James se encogió de hombros lentamente. —Ya saben cómo es. Cuando las cosas están de la mierda y todo parece venir a la vez. Como si algún cabrón allá arriba —señaló hacia el cielo— te estuviera mirando y diciendo: «Ya te tocaba, caraculo. Esto es todo lo que te mereces». Digo, claro, también teníamos algunos problemas de dinero en ese momento, pero, ¿quién no los tiene?

—¿Problemas de dinero cómo?

—Apuestas —respondió con franqueza—. Me metí en el juego de casino hace unos años. Pasé muchas noches allí. Casi pierdo todo lo que teníamos.

—¿Y el club se enteró?

—No —dijo, bajando la cabeza—. Mi esposa y yo tuvimos algunas discusiones y ella me ayudó a entrar en razón, me ayudó a dejar el vicio.

Tomek tomó nota del juego de palabras, luego cambió el tema de conversación a Billy Turpin, Darren Edgerton y Harrison Rossiter.

—¿Alguno de esos nombres le suena de algo?

—Claro que sí. Juegan en nuestra academia, bueno, excepto Harrison, por supuesto. Conozco a todos los chicos. A veces se me acercan y me preguntan si pueden tener una de las camisetas del primer equipo, pero les digo que vayan y se la pidan al jugador. La mayoría de las veces los jugadores están contentos de hacerlo, pero es un detalle que vengan a mí primero.

—¿Qué tan bien conoce a los tres muchachos?

—No muy bien, para ser sincero. Solo hablo con ellos un poco, de pasada. Y cuando Harrison estaba aquí, era muy tímido. No estoy seguro de cómo le esté yendo en Francia.

—*Très bien*, he oído —dijo Tomek, aunque no había oído nada por el estilo. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó una copia de la lista de nombres que le había dado Recursos Humanos del club—. ¿Cuánto tiempo lleva en el club, James? —preguntó.

—Quince años. La misma edad que mis hijas.

—Y, en esos quince años, ¿ha sabido alguna vez, o ha oído algún rumor, de alguien que vendiera drogas en el club?

—¿Drogas?

—Sí, las hay de todas las formas y tamaños —comentó Sean.

—Y, por no mencionar, con diferentes niveles de fatalidad —añadió Tomek.

Los dos detectives le dieron a James un momento para hurgar en sus recuerdos. A estas alturas las lágrimas habían cesado por completo, y la única evidencia que quedaba de ellas eran sus mejillas ligeramente enrojecidas.

—Que yo recuerde, no —dijo, para gran decepción de Tomek.

—¿Nada sobre drogas adulteradas, o venderle algo a alguno de los jugadores?

James negó con la cabeza. —Lo siento —dijo, y luego añadió—: ¿Pero qué tiene que ver todo eso con el auto de mi abuelo?

Tomek ignoró la pregunta y siguió adelante. —¿Le suenan de algo los nombres Mandy Butler, Avena Kumar, Klaudia Golec, Chanelle Pendrey y Sonia Riggle? ¿Y qué hay de Lily Monteith y Fern Clements?

La expresión en el rostro de James, tan pronto como escuchó los nombres de las víctimas de asesinato y de las que habían sido drogadas en el Cliffs Pavilion, era tan plana como las salinas de Bolivia. —He oído hablar de ellas, pero solo por las noticias. Vi el caso el otro día. ¿Se trata de eso? ¿Es por eso que están aquí por el auto de mi abuelo?

Tomek guardó silencio un momento mientras pensaba en una forma de evadir la pregunta. Luego se dio cuenta de que le convenía ser honesto.

—Voy a ser honesto con usted, James, y le agradecería que hiciera lo mismo. —Tomek hizo una pausa, se humedeció el labio, inhaló—. Ayer, el auto de su abuelo fue descubierto, como dijo mi colega, junto a un edificio abandonado en Shoeburyness. Tenemos razones para creer que el mismo vehículo fue utilizado en los secuestros y asesinatos de Fern Clements y Lily Monteith. Ahora, dado que usted fue la última persona en tener legalmente la propiedad del auto, nos encantaría que nos ayudara con esto.

Odiaría que esto tuviera el mismo impacto que la amenaza de despido tuvo en su familia. Ahora, voy a preguntar de nuevo. —Tomek soltó todo el aire de sus pulmones—. ¿A quién le vendió el auto? ¿Quién ha estado matando a estas chicas?

James contempló la pregunta durante lo que pareció una eternidad, y después de un momento aún más largo, miró a Tomek directamente a los ojos y dijo: —No recuerdo a quién le vendí el auto. Y no sé quién está matando a esas chicas.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y CINCO

James Elliott les estaba mintiendo, eso era obvio. Lo que lo ponía justo en el primer lugar de la lista de sospechosos de Tomek.

Una lista que por ahora consistía en un solo nombre.

El utilero sabía algo, algo que no les estaba diciendo. En su cabeza estaba encerrado el nombre del individuo al que le había vendido el Volvo. El nombre del individuo que había estado matando a las chicas. James lo ocultaba por alguna razón, y Tomek se proponía descubrir cuál era. Así que había instruido al equipo para que realizara una investigación sobre el hombre y se sumergiera a fondo en su vida: sus registros financieros, sus relaciones, su historial laboral, todo su pasado. Y si había alguna anomalía o incongruencia, algún nombre que coincidiera con los de la enorme lista que ya habían recopilado, entonces los investigarían. Pero hasta entonces, Tomek se dirigió al muelle de Southend. Al regresar a la comisaría, recibió un mensaje de Nick diciendo que quería reunirse con él en la arena.

Tomek encontró al inspector jefe sentado en una banca con vistas al estuario, con Kent de fondo. Un viento cortante soplaba desde la orilla y agitaba las solapas del abrigo de Tomek. El olor a sal y a algas en descomposición, combinado con el omnipresente olor a drogas, flotaba en el aire. Y el sonido de los gritos y la emoción procedentes de Adventure Island, el principal punto de atracción de Southend para los amantes de las emociones fuertes y las familias, resonaba en la distancia.

—Nunca te consideré un hombre de mar —dijo Tomek mientras se levantaba el faldón del abrigo antes de sentarse junto a Nick en la banca.

Nick bufó.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Bueno, ahora es el momento de que te saques del pecho todas tus confesiones más oscuras. No te arrestaré todavía. Te lo prometo.

El inicio de una sonrisa apareció en el rostro de Nick e inmediatamente se desvaneció.

En los pocos días transcurridos desde la última vez que Tomek lo vio, Nick había perdido una cantidad preocupante de peso. Sus ojos y la piel de su rostro se veían pesados, y parecía cansado, destrozado, abatido. Incluso su cabeza calva parecía haber perdido parte de su brillo y vigor, el mismo brillo y vigor que le valían burlas incesantes en la oficina, donde lo llamaban bola de billar.

—Odio verte así —dijo Tomek con franqueza—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—La noche antes del incidente. Bien, al menos. El resto ha sido un solo día… largo… agonizante… doloroso.

Incluso su voz había perdido toda su esencia. Antes, tenía un vigor y un brillo (aunque este recibía pocas o ninguna burla) que era responsable de mantener cautivada a una sala de quince individuos durante sus reuniones. Ahora era plana, monótona, como hablar con Andy Murray. Solo que sin el acento.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Nick, para gran sorpresa de Tomek.

—No tenemos que hablar del trabajo si no quieres.

—Sí quiero. Es lo único que mantiene mi mente activa. Me distrae de pensar constantemente en Lucy. Pobre Maggie, ella no tiene nada como esto, y su trabajo no le exige pensar en otra cosa durante su turno, así que está ahí sentada, dándole vueltas, pensando, pensando de más. —Nick giró el dedo en el aire como un molinillo—. Por cierto, Victoria me ha mantenido al día.

Esto era nuevo para él.

—Yo se lo pedí. No creas que ha estado actuando a tus espaldas.

—¿Qué te ha contado?

—Todo. Mi cerebro lo necesita. —Nick hizo una pausa y levantó la vista hacia el agua—. Así que esto del fútbol…

De repente, Tomek se sintió avergonzado.

—Sí.

—Cuéntame.

—No. Quiero saber qué piensas tú primero. Si ya has oído todo lo que hay que saber, entonces quiero saber tu opinión. ¿Estoy completamente loco o crees que he dado con algo?

Nick miró a Tomek como si hubiera esperado la pregunta, pero el resto de su expresión no revelaba nada.

—No creo que estés completamente loco —dijo Nick—. De hecho, creo que podrías ir por buen camino. Pero no creo que un grupo de chicos de diecisiete años esté detrás de esto. Creo que tu asesino es alguien del club. Ya sea del primer equipo o alguien más del personal. O posiblemente incluso alguien que trabajó allí antes.

—¿Por qué? —preguntó Tomek, genuinamente intrigado.

—La declaración del testigo en los conciertos. Si uno de los jugadores de la academia vio al asesino, o mejor dicho, *conocía* al asesino, entonces eso es clave.

—Pedí hablar con el jugador, pero está en Francia. Victoria bloqueó la solicitud.

—Me enteré. Déjamelo a mí.

Quizás Nick de verdad sabía todo lo que estaba pasando.

—Eres como Dios, ¿no? Omnipresente.

—Creo que quieres decir omnisciente —corrigió Nick—. Pero sí. Sé todo sobre todo. Es lo que me hacía tan buen padre. Cada vez que Lucy venía a hacerme una pregunta, yo sabía la respuesta. E incluso si no la sabía, me la inventaba y lo hacía parecer como si la supiera. Ella nunca se dio cuenta de la diferencia.

Tomek le puso una mano en la espalda, sintiendo que las lágrimas estaban a punto de brotar.

—Nadie dijo que alguna vez dejaste de ser un buen padre —añadió.

—Gracias. —Y entonces llegaron las lágrimas. Solo unas pocas, pero estaban allí, a pesar de que Nick hacía todo lo posible por ocultarlas—. Lo siento —dijo—. Es el viento.

—Ni me digas —respondió Tomek—. A mí también me afecta el viento.

—¿Y tú por qué has estado llorando?

—Oh no, llorando no. *Tirándome pedos*. Por alguna razón, a Kasia le ha dado por hacernos desayunar frijoles.

Nick puso los ojos en blanco y luego dijo:

—*Los frijoles, los frijoles, la fruta musical…*

—*Cuanto más comes…*

Pero Nick decidió no terminar la rima.

Un momento de silencio, de escuchar el viento, las olas y los gritos en la distancia, pasó entre ellos. Mientras escuchaba, Tomek cerró los ojos y se concentró en su respiración. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala. Una de las muchas razones por las que le encantaba vivir junto al mar era su capacidad para calmarlo y relajarlo al instante. Como si fuera una pequeña burbuja donde todo se reiniciaba. Donde había un momento de calma, tranquilidad, paz. Y a veces, no había nada que el grito ensordecedor de una madre adolescente gritándole a su hijo pudiera perturbar.

—¿Te enteraste de lo del coche? —preguntó Tomek. Luego se dio cuenta—. Claro que sí. Bueno, hablamos con el dueño. El utilero del Dagenham and Redbridge.

—Más leña al fuego —comentó Nick—. ¿Es él tu hombre?

Tomek gruñó.

—No estoy seguro. No me fío del tipo, pero afirma que le vendió el coche a un amigo, cuyo nombre convenientemente no recuerda. Pero no importa, ya puse al equipo a investigar a fondo, así que si surge algo sabremos dónde encontrarlo.

—Bien hecho. Parece que tienes todo bajo control.

Tomek sonrió mientras su ego se inflaba un poco. Luego lo reprimió. El caso aún no estaba cerrado, y todavía quedaba un largo camino por recorrer. Aún más largo si se consideraba el juicio y la solicitud a la Fiscalía de la Corona. Necesitaban asegurarse de que todo fuera absolutamente hermético, por lo que, por ahora, James Elliott tendría que permanecer fuera de una sala de interrogatorios. Hasta que pudieran conectarlo con los crímenes, era un hombre inocente.

Inocente hasta que se demuestre lo contrario. La columna vertebral de todo el sistema judicial. Y el hombre se estaba burlando de todos en la cara.

—Quizás al final no necesitemos que vuelvas —dijo Tomek en broma.

—Puedes apostar tu puto culo a que sí volveré. Y voy a estar jodiéndote como si nada hubiera cambiado.

—Como si nada hubiera cambiado —repitió Tomek, sonriendo.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y SEIS

El mayor problema que enfrentaba la investigación era la espera.

Esperar, esperar y esperar. Era la pesadilla de toda investigación. En los últimos dos días, Oscar y un equipo de peritos de criminalística habían visitado la casa de James Elliott para recolectar algunas muestras de ADN. Las habían recolectado, pero ahora pasaría una semana, si no más, hasta que averiguaran si el ADN de James Elliott coincidía con el que se tomó del edificio de ladrillos y del Volvo X70. Una combinación del ajetreado periodo navideño, las vacaciones anuales y la acumulación de trabajo que estaba retrasando el avance de muchas otras investigaciones se interponía en el camino de esta. Hasta que tuvieran la prueba de que James Elliott estaba involucrado en el asesinato, tendrían que esperar. Y encontrar otra cosa en qué ocupar su tiempo.

A Oscar, o Capitán De Hecho, como lo llamaban en el equipo, se le había ocurrido la idea de revisar el registro de la propiedad para averiguar a quién pertenecía la pequeña parcela de tierra donde se situaba el edificio. La pequeña chispa de emoción y esperanza que la idea había inspirado duró apenas unas horas, hasta que una rápida comprobación confirmó que el terreno pertenecía al Ministerio de Defensa y que no había propietarios privados cercanos que pudieran haber usado el edificio. El equipo había hablado con varios de los vecinos y no habían encontrado nada que indicara algo sospechoso.

La única pequeña perspectiva emocionante había llegado en la forma de un segundo juego de huellas de neumáticos descubierto en

la escena por un perito. Pero la emoción duró lo mismo que la idea del registro de la propiedad, porque pronto se dieron cuenta de que sería difícil rastrear el segundo vehículo que el asesino había usado basándose únicamente en las huellas de los neumáticos. Sería genial si tuvieran el vehículo para poder comparar las dos huellas, pero como ni siquiera sabían qué buscaban, era imposible determinarlo.

Tomek odiaba esperar. Lo enfurecía, lo trastornaba. Y en un mundo donde casi todo era instantáneo la mayor parte del tiempo, se encontraba cada vez más frustrado por ello. Para combatir su impaciencia, se preparó un café.

Estaba poniendo a hervir el agua en el hervidor cuando el teléfono le vibró en el bolsillo.

—¿Sí? —contestó sin mirar el identificador de llamadas.

—Cancelé el artículo sobre Nick.

Abigail.

—Por fin. Gracias. Te lo agradezco.

—¿Cuánto?

—¿Disculpa?

Ya intuía hacia dónde iba esto y, mientras revolvía los gránulos de café en su taza, suspiró para sus adentros.

—¿Cuánto me lo agradeces? —preguntó Abigail.

—No tengo tiempo para jueguitos, Abs. ¿Qué quieres a cambio?

—Tengo algo que podría interesarte.

—¿Cómo qué?

—Como una mujer alemana que...

—No estoy buscando meterme en nada raro, gracias —dijo él, pero ella no le vio el lado gracioso.

—Cállate. Déjame explicarte. Después de tu conferencia de prensa del otro día, algo que dijo la mujer de la BBC me dejó pensando.

Tomek sabía exactamente a qué se refería: durante su conferencia de prensa, uno de los periodistas sin rostro que se escondían tras el resplandor de los focos había planteado la posibilidad de si el asesino había matado alguna vez en el extranjero. En su momento, Tomek lo había ignorado. Pero, claramente, Abigail no.

—Esos de la BBC te están haciendo el trabajo —dijo él.

—Me sorprende. Usualmente están muy ocupados sacándose de encima algún tipo de escándalo —dijo Abigail, con la voz teñida de resentimiento y desdén. Luego añadió—: Pero me dio una idea. Pensé en consultar con algunos de mis contactos de publicaciones extranjeras para ver si habían oído hablar de alguien que hubiera muerto o casi muerto por una reacción alérgica.

—Me imagino que se rieron de ti.

—Sí, pero después de que les expliqué lo que estaba pasando aquí, de repente se callaron y escucharon.

—¿Y?

—Y creo que encontré a una mujer en Alemania que casi muere de una reacción alérgica en circunstancias sospechosas.

Tomek dejó caer la cuchara sobre la mesada de la cocina, sin darse cuenta de que esta resbalaba por la superficie y caía al suelo.

—¿Qué circunstancias sospechosas?

—Exactamente las mismas que Diana Greenock.

Tomek contuvo el aliento.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Apartamento en planta baja. Gato desaparecido que entra por la ventana. Y también es asmática severa.

Tomek asintió mientras miraba fijamente el gabinete de la cocina, con la mente en blanco.

—Estaba practicando —susurró para sí mismo.

—¿Qué?

—¿Qué la diferencia de Diana Greenock? ¿Por qué sobrevivió *ella* y no Diana?

—Porque esa mujer tenía a alguien de visita la noche que entró el gato. Tenía a alguien que llamara a los servicios de emergencia y la salvara.

—¿Quién es ella?

—Martha Buhl.

—¿Has contactado con ella?

—Todavía no. Quería consultarlo contigo primero.

Tomek asintió, con la mente acelerada.

—Ok. Bien. Bueno. Genial. Deberías hacer el primer contacto, luego explicarle lo que está pasando aquí y después ponerme a mí en escena.

—¿Así que crees que podría saber quién es el asesino?

Tomek no quería adelantarse. Hasta ahora, lo único que sabía era que una mujer casi había muerto en circunstancias muy similares, casi idénticas, a las de Diana Greenock. Eso era todo. Nada más, nada menos. Sería irracional y casi imprudente de su parte suponer que había algo más que una coincidencia. No hasta que tuvieran pruebas sólidas y contundentes.

Los crímenes estaban separados por cientos de kilómetros.

*Pero, por otro lado, también lo estaban los de Diana Greenock y Mandy Butler.*

—¿Cuándo ocurrió todo eso? —preguntó Tomek.

—Hace aproximadamente diez años —dijo ella.

Tomek se quedó helado.

Eso encajaba con la cronología.

Cinco años de diferencia entre el incidente alemán y el asesinato de Diana Greenock.

Tres años entre ella y Mandy Butler.

Otros dos años entre Mandy y Lily.

Y ahora un intervalo de dos semanas entre la muerte de Lily y la de Fern.

Un asesino que perfeccionaba lentamente el arte de matar.

Una racha de asesinatos que llevaba años gestándose.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y SIETE

Cada año el equipo, bajo la organización de nadie más que su Organizadora de Fiestas residente, Nadia, celebraba un evento por Nochevieja. Solía ser una verdadera mezcla de alcohol, música y un surtido de bocadillos y botanas, cuyo catering provenía del Tesco Express local en la calle principal, con algunos dulces añadidos del Poundsaver de al lado. La velada era una oportunidad para soltarse y para recordar el año para felicitarse por haber llegado hasta el final.

En años anteriores, Tomek había asistido al evento y terminado con varias botellas de cerveza encima, y en alguna que otra ocasión, se había quedado dormido en su escritorio. Pero eso había sido durante los días más jóvenes y despreocupados de finales de sus veinte y principios de sus treinta. Sin embargo, este año se vio obligado a perdérselo. En su lugar, cambió una noche de bebida, charlas, música y diversión por exactamente lo mismo. La única diferencia era el lugar. Y la compañía con la que lo haría.

—Entonces, ¿vas a dar el paso esta noche?

—¿Qué paso? —preguntó Tomek.

—El que se ve en todas las películas.

—Lamentablemente, la vida no es así.

—Pero ¿lo vas a hacer?

Tomek no estaba muy seguro de cuándo había comenzado la fascinación de Kasia por su vida amorosa, pero se había intensificado en las últimas semanas. Hasta el punto de que estaba considerando

involucrarla en cada conversación que tuviera con un miembro del sexo opuesto. Siempre. Quizás era como un perro detector de drogas y podía oler la soledad y la desesperación en él, y estaba desesperada por ayudar.

—No voy a *hacer* nada. Solo vamos a su casa por Nochevieja —le dijo Tomek—. No hay necesidad de buscarle tres pies al gato.

—Demasiado tarde —dijo ella con una sonrisa que le iluminó el rostro.

Tras unos minutos más en el auto, llegaron a la casa de Louise y Sylvia. Al igual que ellos, también habían quitado las decoraciones navideñas de la ventana, y Tomek agradeció tener ahora una aliada en el asunto. Convencer a Kasia de que incluso tenerlas puestas después de Año Nuevo estaba mal había resultado ser una discusión difícil de ganar para él, pero ella finalmente había admitido la derrota. Y para hacerla sentir mejor por la decisión, Tomek había sugerido que fueran a casa de Louise y Sylvia para una noche de diversión, bebida, música, charlas y tal vez hasta algunos juegos de mesa.

—Buenas noches a los dos —dijo Louise encantada mientras les abría la puerta—. Justo a tiempo. Acabamos de terminar de preparar todo.

—Genial —respondió Tomek, y luego le dio un codazo a Kasia en el hombro—. ¡Al menos eso nos ahorró el trabajo!

—¿No hay pijamas haciendo juego esta noche? —preguntó Louise.

Tomek miró a Kasia y luego a sí mismo. —Lamentablemente no. Aunque tú tampoco te has esforzado, así que no me siento tan mal.

Para la velada, Tomek había comprado una botella de vino blanco —de 11 £ en Sainsbury's— para él y Louise, y un pequeño paquete de cuatro sidras sin alcohol para las chicas. Al entrar en la cocina, Louise tomó la botella de manos de Tomek y la observó.

—Oyster Bay. Mi favorito. ¿Cómo lo supiste?

—Soy policía. Tengo mis fuentes y mis pequeños informantes por todas partes. —Señaló a Sylvia, que acababa de salir de la sala, y a Kasia, que estaba parada lo más cerca posible de ella—. A saber, estas dos.

—Bueno, qué amable de tu parte —dijo Louise, y luego dirigió su atención a las sidras—. ¿Y estas para quién son?

—Para las informantes.

Con eso, la sonrisa radiante y efusiva en el rostro de Louise se disipó y cambió a un tono más oscuro, como si una sombra acabara de posarse sobre ella.

Tomek sintió la necesidad de salir en su propia defensa.

—Son sin alcohol. Después de la última vez, pensé que esto es una buena probada para ellas. Que se acostumbren a los sabores desde una edad temprana y en un ambiente controlado con gente que las va a cuidar. No tienes que dárselas si no quieres. Y si no las quieres aquí para nada, podemos tirarlas a la basura.

Louise tomó el paquete y lo examinó con atención. —Supongo que tienes razón. No tiene sentido evitar lo inevitable, solo retrasarlo.

Con eso resuelto, Tomek y Louise sirvieron las bebidas mientras las chicas se dirigían a la sala, donde se perdieron inmediatamente en las maravillas de la televisión y sus teléfonos inteligentes.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Louise.

—Duro. Largo. Pero obtuve un semi-ascenso, así que eso es bastante bueno.

—¿Cómo funciona un semi-ascenso?

—Es uno de esos en los que te hacen hacer todo el trabajo extra mientras alguien está de baja por enfermedad o de permiso por unas semanas.

—¿Así que eres un parche?

—Totalmente.

—Bueno, felicidades. Un poco de experiencia en un nivel superior nunca está de más.

No lo estaba, y Tomek era plenamente consciente de ello. Aunque eso no disminuía su amargura por tener que lidiar con Victoria.

—Gracias, por cierto —comenzó, mientras se dirigían a la sala, con las bebidas en la mano.

—¿Por qué?

—Por quitar todas tus decoraciones de Navidad. Tuvimos algunas discusiones al respecto hoy temprano.

Louise puso los ojos en blanco y exhaló profundamente. —Ni me lo digas. Sylvia estaba igual. Pero le dije que si por mí fuera, las quitaría el día después de Navidad.

—O ni siquiera las pondría.

Se volvió para mirarlo y sonrió. —Ahí es donde pongo el límite. Soy una gran fan de la Navidad, no me malinterpretes, pero una vez que se acaba, se acaba.

Su conversación llegó a su fin cuando entraron en la sala. Sobre un puf en el centro de la alfombra descansaba una gran bandeja de manjares, con otra bandeja sobre una mesa de centro. Una selección exquisita de bocadillos y golosinas: saladitos de queso, papas fritas de chile dulce tailandés, grisines, chocolates Lindt, una caja de Celebrations, queso, galletas saladas y una pequeña cestita de uvas. Pero lo que realmente convenció, y sorprendió, más a Tomek, fue el pequeño vaso de *paluszki*. Los delgados palitos cubiertos de sal sobresalían del borde del vaso como un mini bosque. Eran un elemento básico de la dieta polaca y se disfrutaban en casi cualquier ocasión. Incluso entonces, probablemente no necesitabas una ocasión. Eran salados, sabrosos y diabólicamente adictivos.

—¡*Paluszki*! —gritó Tomek emocionado—. ¿De dónde los sacaste?

—Yo también tengo mis fuentes y también mis informantes —dijo Louise con una sonrisa.

Mientras se agachaba para tomar un palito de *paluszki*, la sorprendió guiñándoles un ojo a las chicas.

—Al menos ya sabemos el camino al corazón del otro.

Las palabras se le habían escapado de la boca sin darse cuenta. Y ahora las tres lo estaban mirando fijamente.

Rápido. Rápido. Piensa en algo.

—Y supongo que el camino a *sus* corazones es la Navidad.

—¡La Navidad! —gritaron las chicas, luego se voltearon y comenzaron a charlar entre ellas sobre sus decoraciones y lo tristes que estaban por quitarlas.

*Buena salvada*, pensó Tomek.

Pasaron las siguientes horas sentados frente al televisor, pero sin ver realmente la porquería que habían programado. En cambio, habían hablado, reído y luego Tomek tuvo la brillante idea de jugar juegos de mesa. Afortunadamente, tenía justo lo que necesitaban.

—¿Monopoly de Essex? Ni siquiera sabía que existía un Monopoly de Essex.

—Ya lo puedes creer, nena —dijo mientras abría el empaque—. Ahora, ¿saben todos cómo se juega?

Todos confirmaron que sí.

—Genial. Siguiente pregunta. ¿Tienen todos tres días hábiles para que juguemos a esto?

Todos confirmaron que sí.

—Bien. Pues yo no, ¡así que voy a tener que ganarles en unas pocas horas!

Y le tomó exactamente eso. Tres horas de tirar dados, comprar, cobrar, poseer, construir y llevarse estratégicamente al primer lugar. Una vez que todos los demás jugadores estuvieron oficialmente en bancarrota, Tomek contó sus ganancias frente a ellos.

—Anda, di —dijo Louise, sosteniendo su tercera copa de vino—. ¿Por cuánto ganaste?

—Perdí la cuenta —respondió Tomek, cuando la verdad era que el margen por el que había ganado era demasiado grande y, para ahorrarles la vergüenza, se guardó la información para sí mismo.

Animado por su abrumadora victoria, Tomek sugirió el siguiente juego. Singstar en la PlayStation. Un juego que requería dos micrófonos y dos entusiastas del karaoke dispuestos a participar. El objetivo del juego era simple: cantar una canción popular lo más afinado posible. Al comienzo del juego, Tomek no se hacía ilusiones sobre en qué lugar quedaría en la clasificación. Pero al final de la primera canción, se dio cuenta de que podía salirse con la suya tarareando afinadamente en lugar de cantar las palabras reales y había terminado en primer lugar, para disgusto de sus oponentes. Durante el resto de la sesión, se vio obligado a jugar "como se debe" avergonzándose a sí mismo con su pésimo talento para el canto. Sin embargo, al final, terminó en un respetable tercer lugar, superando por poco a Louise, con Kasia en la cima.

—¿Eso pone el marcador dos a cero a favor de la familia Bowen? —preguntó Tomek, con aire de suficiencia.

—Ustedes son nuestros invitados —respondió Louise—. Tenemos que dejarlos ganar.

—O simplemente fuimos mejores esta noche. Mala perdedora. —Tomek le guiñó un ojo y luego se sirvió su última copa de vino. Solo había tomado una, y una más lo pondría por encima del límite permitido para manejar. Sin mencionar que sería un pésimo ejemplo para su hija.

Poco después, los cuatro recibieron el año nuevo con un abrazo, espantasuegras y el sonido de las copas chocando. Mucho más tranquilo y sereno que el alboroto de treinta personas gritándose en la cara con aliento a alcohol, abriéndose paso arduamente por la habitación para asegurarse de desearle a todo el mundo un feliz año nuevo.

—Feliz Año Nuevo, chicas —dijo Louise—. ¿Qué desearon?

Sylvia y Kasia se miraron antes de responder.

—Deseamos que Lucy se mejore.

El orgullo invadió a Tomek. De todas las cosas que podría haber pedido —el Apple Watch que no le había comprado para Navidad o la ropa y los pares de zapatos que le pedía casi semanalmente—, había elegido algo más profundo, algo más significativo y puro.

—Bueno, la buena noticia es que se está mejorando —explicó Tomek—. Vi a Nick el otro día y dijo que todavía está en coma, pero está mejorando.

—Esa *es* una buena noticia —afirmó Louise.

—¿Ya encontraron quién lo hizo? —preguntó Sylvia.

La pregunta desconcertó a Tomek. Hasta donde él sabía, ella había dado una declaración como testigo el día después del suceso.

—¿Qué quieres decir, cariño? —le preguntó Louise.

—El… el otro… —Tragó saliva con dificultad y evitó la mirada de todos.

Como no continuó, Tomek se encargó de presionarla, con delicadeza.

—¿Hay algo que necesites decirnos, Sylvia? Puedes decirlo aquí. Este es un entorno seguro.

Hizo una pausa, esperó. Se controló.

—Esa noche —comenzó en voz baja, con la mirada fija en la alfombra—. Esa noche, vi a otra figura… un hombre. O al menos *creo* que lo vi. Ha estado dándome vueltas en la cabeza todo este tiempo. Estaba simplemente… parado ahí, en la oscuridad, junto a la tienda de pescado y papas fritas, observándonos.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y OCHO

—El asesino estuvo allí la noche del incidente de Lucy.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que era el asesino? —preguntó Victoria.

—Intuición.

—No quiero que nos precipitemos, Tomek —dijo ella en voz baja.

Ambos estaban encerrados en la oficina de ella, discutiendo la información vital que Sylvia les había dado. La noticia de la figura anónima se había extendido por el resto del equipo y en ese momento la estaban investigando.

—Puede que no sea nada —dijo él—. Pero, por otro lado, podría ser *algo*. Y si lo es, entonces quiero asegurarme de que usemos todas las armas disponibles en nuestro arsenal para garantizar que descubramos quién es.

—¿Te has preguntado por qué el asesino podría estar allí? —preguntó Victoria.

La idea no se le había ocurrido. No es que fuera necesario.

—¿Te has preguntado por qué carajo el asesino está matando gente, para empezar? —preguntó él a modo de réplica—. ¿Por qué está haciendo todo esto?

Ante eso, Victoria no tuvo respuesta. Sentada en su silla, cruzó las rodillas y apoyó las manos sobre la rótula. Luego bostezó, profundamente, abriendo la boca de par en par y mostrando los dientes. Se frotó los ojos mientras luchaba contra un segundo bostezo.

—¿Noche pesada anoche, eh? —El desdén en la voz de Tomek era abundante.

—Un poco —respondió ella—. Muchos de nosotros estamos lidiando con un dolor de cabeza de los mil demonios esta mañana.

Hubo un tiempo en el que Tomek se habría arrepentido de haberse perdido las celebraciones anuales de Nochevieja —un caso clásico de FOMO, el miedo a perderse de algo—, pero ahora no le podía importar un carajo cómo se sintieran los demás. Sí, en años anteriores se habría sentido igual, cansado, con la cabeza palpitante, el estómago revuelto y con una necesidad desesperada de algo grasoso y ácido para combatir el veneno en su sistema, pero siempre se las había arreglado para hacer su trabajo. Siempre se las había arreglado para llevarlo a cabo. Y en ese momento, Victoria le daba la impresión de que quería que la figura anónima esperara un día más, que Tomek lo pospusiera mientras ella dormía una siesta en secreto en su oficina con las persianas bajas y un par de lentes de sol sobre los ojos.

Bueno, él no lo toleraría.

Nick nunca lo había hecho, así que ¿por qué debería hacerlo él?

Mientras Tomek observaba a Victoria abrir una botella de agua como si tuviera párkinson, la puerta se abrió y Chey asomó la cabeza. Su rostro, gracias a la brillantez de la juventud, lograba enmascarar la resaca que claramente sufría. Lamentablemente, quedaban rastros de ella en su voz, quebrada y rasposa. Sin mencionar el olor a alcohol que persistía en su aliento por no haberse cepillado los dientes correctamente.

—Disculpen… disculpen que los moleste, sargento, *señora*.

—No hay problema —espetó Tomek—. ¿Qué tiene?

—Grabaciones de las cámaras de seguridad del local de pescado con papas y de un par de restaurantes a lo largo del paseo marítimo de Old Leigh.

Tomek se levantó de un salto de su silla y siguió a Chey hasta su escritorio, donde encontró a Martin, Nadia y Rachel ya reunidos. Todos esperando ansiosamente las noticias.

Al acercarse, notó que el aire a su alrededor estaba cargado de perfume y loción, un olor que se le pegaba en la garganta. Si sus

intentos de ocultar el alcohol que emanaba de sus poros pretendían ser discretos, eran todo lo contrario.

—¡Hola a todos! —gritó Tomek, golpeando la mesa repetidamente con las palmas de las manos.

Tras el primer golpe, todos se llevaron las manos a la cabeza, cubriéndose las orejas. Todos excepto Nadia quien, gracias al bebé que crecía en su vientre, se había mantenido sobria toda la noche y disfrutaba viendo a sus colegas revolcarse en su miseria.

—¿Qué carajo haces, imbécil? —espetó Martin, que era el que tenía la peor resaca de todos.

Tomek le dio una palmada en la espalda y dijo:

—Solo me aseguro de que todos estén vivos y frescos esta mañana.

—Tienes suerte de que nadie haya vomitado —dijo Nadia—. Fue… *un desastre*.

Tomek tomó el asiento de enfrente que le habían dejado. Unos momentos después, el miembro más lúcido del equipo (aparte de Tomek y Nadia) había cargado el video y le había dado al *play*.

En la pantalla de la computadora del agente había oscuridad; la silueta tenue de unas formas apenas visibles. En el centro de la grabación estaba la playa, a la izquierda estaban Lucy Cleaves y Paddy Battersby, y abajo en la esquina inferior, apenas fuera de la vista, estaba la figura anónima, una silueta negra, con sus rasgos indiscernibles.

A medida que avanzaba la grabación, y mientras todas las chicas reaccionaban al incidente y se abalanzaban sobre Paddy, la figura se movió. Al principio, sus movimientos eran lentos, vacilantes, pero luego, a medida que se sentía más seguro de que no lo verían —las chicas estaban demasiado concentradas en detener a Paddy y atender a su amiga—, pasó caminando junto a ellas. Al final del paseo marítimo, saltó a la playa y desapareció en la distancia, manteniéndose bien alejado hasta que llegó al final de la playa, donde volvió a subir al paseo marítimo y continuó en la oscuridad, en dirección a Southend-on-Sea.

—¿A dónde va después de eso? —preguntó Tomek.

—Bueno, no hay grabaciones por ahí. Es solo un estrecho…

—¿Y qué hay de cuando sale en Chalkwell?

—No me dejó terminar —espetó Chey. Luego, hizo clic en algunos botones más y apareció una segunda pantalla de oscuridad —. Este es un video de más adelante en el paseo marítimo, entre la playa de Chalkwell y Southend. —Señaló una sombra en movimiento en la playa—. Según mis cálculos, es el mismo tipo. Misma altura, misma complexión, misma ropa.

—¿A dónde va?

Y entonces encontró la respuesta en otra grabación de las cámaras de seguridad. La figura, oculta por un abrigo grande y su proximidad a las cámaras, se dirigía hacia el Grosvenor Casino.

—Vuelva a la primera toma, en Bell Wharf.

Chey hizo lo que le pedía y Tomek se inclinó para ver más de cerca, con los ojos a centímetros de la pantalla.

—¿Qué está buscando, sargento? —preguntó Chey.

—Intento averiguar quién es —dijo. Y luego añadió—: Creo que es James Elliott.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y NUEVE

La búsqueda previa del equipo en los registros financieros de James Elliott había revelado cuán perjudicial había sido su pasado con el casino del paseo marítimo y las diversas plataformas en línea. Un pasado perjudicial que casi lo había llevado al divorcio y a quedarse sin trabajo. En el transcurso de dos años, había perdido casi treinta mil libras y había estado a punto de perder su casa por ello.

Tomek había experimentado algo similar en su vida. Dos de sus amigos de la escuela se habían enfrentado a la bancarrota por sus adicciones. Les habían mentido a sus parejas, se habían mentido a sí mismos y al final acabaron muertos tras meterse en demasiados problemas con un usurero al que no pudieron pagarle.

En cuanto a James Elliott, a Tomek no le preocupaba que estuviera ocurriendo lo mismo. Más bien, pensaba lo contrario. Que James Elliott era el que estaba matando.

—¿Dónde está su marido, señora Elliott?

Amber Elliott, una mujer que parecía tan cansada como Rachel se sentía sentada a su lado, se secó el delineador corrido con un pañuelo de papel. Había estado llorando desde que llegaron, su mente ya empezaba a temer lo peor. Era el día de Año Nuevo, uno de los días más ocupados en el calendario futbolístico de la National League, y su esposo no aparecía por ningún lado. No se había presentado a trabajar por la mañana para el partido de las tres de la

tarde del Dagenham & Redbridge FC contra el Eastleigh. Tampoco había vuelto a casa de una salida nocturna.

—No sé dónde está —respondió ella, sorbiendo por la nariz.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Rachel.

Tomek le había pedido que lo acompañara, junto con Anna, que en ese momento entretenía a las dos hijas de los Elliott en la cocina.

—Salió anoche —respondió ella, quebrándosele la voz a mitad de la frase.

—¿Sabe adónde? —continuó Rachel.

Tomek estaba contento de mantenerse en un segundo plano y dejar que su colega llevara la conversación.

—Dijo que iba a un evento de fútbol. Suelen tener una fiesta de Nochevieja para los jugadores y el personal. Algo tranquilo. Nada demasiado alocado porque tienen un partido al día siguiente. Las familias están invitadas, pero Lara no se sentía muy bien anoche, así que no fuimos.

—¿Se siente mejor ahora? —preguntó Rachel mientras se movía al otro lado de la sala y se sentaba junto a Amber.

—Sí, ya está bien. Gracias. —Amber volvió a secarse los ojos, doblando el pañuelo de papel varias veces mientras lo hacía.

—¿Cuándo notó que algo andaba mal? —continuó Rachel.

—Cuando me desperté esta mañana. Él no estaba. Intenté llamarlo al celular, pero no contestaba. Una parte de mí pensó que se había quedado en el club y que simplemente iría al partido desde allí, ya que está a un par de horas en carro. Pero cuando recibí una llamada de uno de sus compañeros del club diciendo que él tampoco podía contactarlo, fue cuando supe que algo andaba mal. Que algo podría haberle pasado.

*O que él podría haberle hecho algo a otra persona.*

—¿Su marido ha hecho algo así antes? ¿Desaparecer por una noche y no volver a casa?

Amber Elliott fue incapaz de mirar a Tomek a los ojos mientras asentía con la cabeza, lenta y solemnemente. —Cuando… cuando las cosas estaban muy mal… con el dinero y las apuestas —comenzó, luego tosió al ahogarse con las lágrimas que se acumulaban en su garganta—. Cuando las cosas estaban mal entre nosotros, había

veces que salía a apostar y no volvía a casa hasta la mañana siguiente, después de haber perdido todo nuestro dinero.

Las preocupaciones en la cabeza de Tomek seguían creciendo. Si James Elliott desaparecía por noches enteras, no se sabía qué más podría haber estado haciendo. ¿Apostar? Sí. ¿Asistir a conciertos y matar a chicas inocentes mientras tanto? Posiblemente.

Desde la cocina, gritos juguetones y risas resonaron a través de la puerta. Amber levantó la cabeza y se giró hacia la cocina.

—Señora Elliott —dijo Tomek, atrayendo su atención de nuevo hacia él—. Sus hijas están bien. Están en buena compañía. Le voy a mostrar unas fotos y le voy a hacer algunas preguntas difíciles ahora, ¿de acuerdo? Y necesito que piense muy bien por mí. ¿De acuerdo?

En ese momento, Amber se volvió hacia Rachel en busca de apoyo emocional. La agente se lo demostró pasándole un brazo por los hombros y acariciándole suavemente la espalda. Por su reacción, Tomek tuvo la impresión de que sabía de qué se trataba.

—¿Dónde estaba su marido la noche del diecinueve de diciembre?

La noche de la muerte de Fern Clements.

Conteniendo las lágrimas, Amber sacó el teléfono de su bolsillo de los jeans y revisó su calendario. —Estaba en un partido de visitante. Jugaban contra el Tranmere Rovers.

—¿Y tres noches antes de eso?

La noche que murió Lily Monteith.

—Él… No recuerdo. Creo que estaba en casa.

—¿Pero no puede estar segura?

—No. Lo siento.

Cuando Tomek abrió la boca, estaba a punto de preguntarle dónde estaba su marido hacía dos años, la noche de la muerte de Mandy Butler, pero luego se dio cuenta de que era injusto esperar que ella supiera algo así.

—¿Su marido iba a algún concierto, señora Elliott? —preguntó Tomek.

—Yo… ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con todo esto?

—Solo responda a la pregunta, por favor —replicó él con firmeza.

—Pues, puede que sí. Nosotros nunca hemos ido a ninguno. No en mucho tiempo, de todas formas. Solo cuando empezamos a salir. Todo eso cambió cuando consiguió su trabajo. Siempre está fuera, yendo a lugares, viajando por todo el país.

—¿Y las abejas? ¿Su marido tiene algún interés en ellas o ha mencionado alguna vez a las abejas en alguna conversación?

—Yo… yo… no lo creo.

Tomek asintió. —¿Con qué frecuencia ve a su marido, señora Elliott?

—No mucho.

—¿Cuánto?

Ella golpeó su rodilla con la mano de forma agresiva. —¿Quiere que le ponga un número? ¿Quiere que le dé un porcentaje?

—Por favor —dijo Tomek con una ligera inclinación de cabeza.

Suspirando, Amber respondió: —El veinticinco por ciento del tiempo. Quizás más. Casi nunca está en casa. Y yo también estoy siempre ocupada en el trabajo, así que las niñas tienen que apañárselas solas la mayor parte de la semana. Afortunadamente, están en una edad en la que pueden hacerlo, pero no siempre fue tan fácil.

Tomek esperó un momento antes de pasar a la siguiente pregunta. En la cocina, el sonido de emoción y risas juguetonas continuaba, tranquilizando un poco más a Amber.

—Entiendo que ustedes dos pasaron por una mala racha hace dos años.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Fue cuando descubrí lo de las apuestas. Él lo negó, como es de esperar, pero yo tenía pruebas. Vi su cuenta bancaria y todos los correos electrónicos que recibía de las empresas de apuestas con ofertas y apuestas gratis. Así que perdí los estribos. Casi nos separamos. Los dos meses que estuvimos separados realmente nos ayudaron a reparar nuestra relación. No estaríamos juntos si no fuera por eso.

Tomek aguzó el oído. La ventana de tiempo de la muerte de Mandy Butler apareció en su mente.

—¿Estaban separados? —preguntó Tomek para aclarar.

—Sí.

—¿Le importa si le pregunto cuándo?

Ella enderezó la espalda ante la pregunta. —Bueno, ya me ha preguntado por todo lo demás, no veo por qué tendría problema con *esa* pregunta.

Tomek no respondió, y cuando ella se dio cuenta de que no lo haría, continuó: —Fue entre marzo y julio. Hace dos años. Lo recuerdo porque volvimos justo antes de las vacaciones escolares y nos invitó a unas vacaciones en Florida. Compradas y pagadas con sus ganancias.

Tomek se tomó un momento para asimilar la información. La separación de James y Amber había ocurrido al mismo tiempo que la muerte de Mandy Butler. Lo que lo convertía en el principal sospechoso de su asesinato.

Lo que dejaba una pendiente: Diana Greenock.

¿Era posible que él también la hubiera matado? Tomek quería creerlo, pero no encontraba la manera de que encajara. Y entonces se le ocurrió: el Dagenham & Redbridge FC. La National League tenía dos equipos del área de Manchester: el Rochdale y el Oldham Athletic. Quizás James se había hecho amigo de ella en algún momento, posiblemente en uno de los partidos. Quizás habían intercambiado números y coqueteado por mensajes de texto durante semanas o meses después, contando los días hasta su próxima visita. Y quizás esa noche, él había entrado en su casa para matarla.

No era del todo imposible. Pero sin duda requeriría más investigación.

—¿Los nombres Diana Greenock, Mandy Butler, Lily Monteith o Fern Clements le dicen algo, Amber? —preguntó Tomek, entregándole una hoja impresa que Chey había preparado. En ella había fotos recientes de las cuatro víctimas, con sus nombres sobre sus cabezas—. Por favor, tómese su tiempo.

Y lo hizo. Dos minutos, de hecho. En ese tiempo, Tomek sacó su teléfono y revisó sus correos electrónicos, mientras que Rachel desapareció para preparar una taza de té para ella y Amber, y un vaso de agua para él.

Para cuando regresó, Amber había terminado de analizar el documento.

Tomek no se había dado cuenta al principio, pero cuando ella lo miró, vio las lágrimas formándose en sus ojos, y las dos que ya no había podido controlar rodaban ahora por sus mejillas.

—¿Significa esto lo que creo que significa? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—No sabemos nada con certeza, señora Elliott.

—¿Cree que mi marido hizo esto?

—Actualmente estamos investigando todas las líneas de investigación —replicó Tomek—. ¿Alguno de esos nombres le dice algo?

Lenta, tímidamente, Amber Elliott señaló un nombre en la hoja.

—Lily Monteith. Va a la misma escuela que las niñas.

La noche en que Amber no podía dar cuenta del paradero de su marido.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA

—Necesita ser más concreto —dijo Victoria, mientras dejaba caer un Alka-Seltzer en un vaso de agua.

Las burbujas sisearon y efervecieron como la frustración de Tomek.

—¿Cuánto más necesitamos? —preguntó—. ¿Quiere que estemos parados junto a él mientras secuestra a una chica y la mata con cualquier método que elija la próxima vez, solo para estar absolutamente seguros?

Victoria lo fulminó con la mirada. —No hay necesidad de ser sarcástico, Tomek.

—A veces creo que sí la hay. Hasta ahora, James Elliott es el único sospechoso del que podemos decir con cierto grado de certeza, por grande que sea, que es nuestro asesino. —Tomek sacó una libreta del bolsillo de su saco y luego hojeó las páginas cercanas al principio—. El perfil forense de Tracy Pickard sugería que estaba en una posición de poder y autoridad, alguien bastante atractivo, alguien capaz de derribar las barreras de su víctima. Y creo que Elliott da el perfil. Aunque sea solo un utillero, es de un club de fútbol. A cierto tipo de chicas parece encantarles eso, especialmente si sale con la ropa deportiva del club. Cuando hablé con él, me pareció seguro de sí mismo y un poco manipulador. Y, no soy un experto, pero diría que también es bastante apuesto. Sin mencionar que conoce a Lily Monteith, posiblemente por rondar fuera de su escuela, y su esposa no puede dar cuenta de su paradero la noche

de su muerte. Viaja por todo el país, así que es posible que se haya topado con Diana Greenock y Mandy Butler en algún momento de sus vidas. Es parte del club de fútbol y tiene conexiones con Darren Edgerton y Harrison Rossiter, y sus rasgos son distinguibles en cada uno de los retratos robot que nuestros testigos han hecho.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Victoria mientras le daba un trago enorme al agua efervescente. Al terminar, hizo una mueca y dejó el vaso sobre la mesa, sacudiendo la cabeza como para despejarse de las burbujas—. Todos esos retratos muestran a un hombre blanco con cabello castaño y nariz puntiaguda. Se parece a casi la mitad de los tipos de esta ciudad. Uno de ellos incluso se parece un poco a *usted*.

Tomek asintió en silencio. Uno de ellos sí se le parecía y, aunque se suponía que no se debía depender tanto de los retratos robot, sí tenían su utilidad, y una de ellas era convencer a su inspectora jefa en funciones de la validez de sus afirmaciones.

—Respóndame esto —comenzó Victoria—. ¿Qué tiene que ver su ludopatía con todo esto?

Ahora, esta era la parte que también había dejado perplejo a Tomek. No le parecía tan obvio como todo lo demás, pero estaba seguro de que había una conexión en alguna parte. Y a veces, la única forma de encontrarla era empezar a hablar.

—Estuve pensando en eso —comenzó—, y creo que tiene algo que ver con el auto, que es otra cosa con la que lo tenemos, ¿no? El auto está registrado a nombre de su familia y no quiso decirnos a quién se lo vendió. No creo que se lo haya vendido a nadie.

—La ludopatía, Tomek —dijo Victoria con severidad, viendo a través de su fachada a pesar de sus reflejos disminuidos—. ¿Cuál es la conexión con la adicción al juego? ¿Qué motivo le da eso para matar a estas chicas?

—No está relacionado en absoluto —dijo él—. La adicción al juego era solo otro de sus vicios. La noche que Lucy fue atacada en la playa, él estaba allí por otra cosa. Quizá iba de camino al casino de todos modos. Simplemente estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. Su esposa nos explicó que a veces desaparece por la noche y que siempre está fuera por el fútbol.

Quizás estaba alimentando su adicción de esa manera y quiso caminar por el paseo marítimo en la oscuridad para ocultar su identidad.

Victoria se frotó los ojos y reflexionó un momento. Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta de su oficina. Victoria les indicó que entraran.

Era Oscar, con su metro sesenta y cinco de estatura.

—¿En qué podemos ayudarle, capitán? —preguntó Tomek.

—Es sobre James Elliott.

—¿Alguien lo encontró metido en una bolsa de equipamiento?

—No, pero los uniformados están patrullando los campos de la zona en busca de más víctimas, como usted pidió, y hemos emitido alertas sobre cualquier persona desaparecida que coincida con la descripción de nuestras víctimas de asesinato.

Tomek asintió. —Buen trabajo. ¿Qué es?

—De hecho, es sobre lo que acaba de decir, sargento.

—¿Lo encontraron en una bolsa de equipamiento?

—Sí. Y no. Acabo de hablar con el jefe de RR. HH. y me informaron que despidieron a James Elliott hace unos dos meses. Lo echaron porque se enteraron de su problema de ludopatía. No pueden permitir que alguien que hace ese tipo de cosas esté en el club. Motivo de despido inmediato. No ha trabajado allí desde hace unas ocho semanas.

Tomek se volvió hacia Victoria, y luego de nuevo hacia Oscar. —¿Entonces qué carajo ha estado haciendo todo este tiempo?

Luego bajó la vista hacia la hoja impresa con los nombres y rostros de las víctimas.

—Entonces, ha sido un ludópata desempleado durante las últimas semanas que le ha estado mintiendo a su familia —dijo Victoria, actuando como la infernal voz de la razón—. Eso todavía no explica su conexión con todas las chicas. ¿Ha revisado las listas?

Las listas. Las malditas listas de todos los hombres que habían entrado en la vida de las víctimas. Más de cuatrocientos nombres en cuatro hojas de cálculo diferentes.

Tomek asintió. —Ejecuté una función de búsqueda simple para cada una, sí.

—¿Y?

—Nada.

—Ahí lo tiene entonces.

—Pero las listas no hay que tomarlas como un evangelio —se defendió él—. Diría que son tan útiles como los retratos robot.

—¿Entonces para qué nos molestamos en compilarlas?

Sintiendo que esta era una discusión que lo superaba, Oscar comenzó a retirarse lentamente de la habitación. Tomek lo vio por el rabillo del ojo, y justo cuando estaba a punto de dirigirse al hombre, Sean apareció en la puerta, llenando por completo el umbral con sus hombros gigantes.

—¿Qué es esto? ¿Una fiesta en mi oficina a la que todo el mundo está invitado?

—No, jefa. Es mejor que una fiesta, no es que usted no pudiera organizar una buena fiesta, estoy seguro de que podría, es solo que… —Sean se detuvo gradualmente, mirando fijamente a los ojos de Victoria. Por un breve momento, a Tomek le pareció un escolar perdido, esperando instrucciones.

—¿Qué tiene que decir, Sean? —preguntó Victoria amablemente.

—Alguien acaba de reportar la desaparición de una adolescente, de catorce años. Vista por última vez anoche.

Tomek lanzó una rápida mirada a la inspectora. —James Elliott y una adolescente desaparecen la misma noche. ¿Coincidencia?

Ella no pudo rebatir eso.

La chica se llamaba Remi Sane, que estaba a una letra de donde sus padres querían que estuviera: sana.

—Salió anoche a casa de una amiga y se suponía que volvería a casa, pero nunca lo hizo —explicó Roger Sane, el padre de Remi—. Hemos intentado llamar y llamar, pero simplemente no contesta. Hemos visto todo lo que ha estado pasando en las noticias con los asesinatos y las otras chicas que han muerto, y estamos muy preocupados de que algo le haya podido pasar.

—¿Cuál es su alergia? —preguntó Tomek con brusquedad, sin darse cuenta de la ofensa que podría haber causado.

—¿Alergia? Ella… ella no tiene ninguna.

—Entiendo.

Así de simple, sus esperanzas de que la chica desaparecida estuviera relacionada con Lily Monteith y las otras víctimas se fueron por la ventana.

—¿Qué diferencia hay en eso? —preguntó Phoebe Sane desde el lado de su marido—. Sigue desaparecida, tenga o no una alergia.

*Solo significa que es mucho más probable que esté viva*, pensó Tomek. Luego decidió que sería en el mejor interés de todos si no decía nada más.

—Absolutamente —intervino Anna—. Solo queríamos descartar a su hija de nuestras investigaciones sobre los asesinatos que mencionó. El asesino tiene un tipo de víctima particular y, según la descripción que nos dio de su hija, ella no encaja. Así que no tiene nada de qué preocuparse en ese aspecto.

—Entonces lo que está diciendo es que podría estar desaparecida, pero no cree que esté muerta.

Y todo había ido tan bien. Tomek pensó que Anna lo había manejado con profesionalismo y diplomacia, pero claramente no lo suficientemente bien para el gusto de los padres de Remi.

—Es importante para nosotros saber con quién estaba su hija anoche —continuó ella, evitando la acusación.

—Con sus amigas.

—Sí. ¿Sabe por casualidad sus nombres?

Por mucho que odiara admitirlo, tan pronto como descubrió que Remi no tenía ninguna alergia, Tomek comenzó a distraerse. Si no estaba relacionada con los asesinatos, entonces estaba perdiendo el tiempo cuando podría haberlo empleado mejor en encontrar a James Elliott.

La mente de Tomek se había llenado de pensamientos sobre el hombre que les había estado mintiendo a todos. Mintiéndoles sobre su trabajo, mintiéndoles sobre su adicción, mintiéndoles sobre el auto que había sido encontrado fuera del edificio en Shoeburyness. El hombre tenía un gran blanco sobre su cabeza, y Tomek no podía esperar a ponerlo en el centro de su mira.

Pasaron unos minutos de escuchar a medias, asintiendo cuando creía que se había dicho algo importante o delicado, y sonriendo cuando creía oír algo alentador. Mientras tanto, su cabeza iba por libre. A más de ciento sesenta kilómetros por hora.

Diana Greenock. Mandy Butler. Lily Monteith. Fern Clements. El Volvo. El edificio. Dagenham & Redbridge FC. Billy, el puto Luchador de Vacas.

Pero antes de que pudiera pensar más en ellos, un sonido llegó de la puerta principal. Fuerte, abrupto. Un golpeteo. No uno de angustia, pero la desesperación detrás de él era obvia.

—¡Remi! —exclamó Phoebe mientras saltaba del sofá y dejaba atrás a su marido.

Roger la siguió poco después fuera de la sala, con Tomek y Anna pisándoles los talones. Para cuando los tres llegaron al vestíbulo, Phoebe tenía sus brazos alrededor de su hija, abrazándola con fuerza, apretándola contra su pecho, acunando la parte posterior de su cabeza y besando su frente.

Manteniéndola cerca.

Remi Sane estaba ahora exactamente como sus padres querían que estuviera.

Sana y salva.

—Parece que ya no nos van a necesitar —dijo Anna, mientras los dos se dirigían hacia la salida.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y UNO

Tomek llevaba horas sentado en su escritorio, volviéndose loco lentamente, hasta sumirse en un estado similar al de una resaca, experimentando los mismos síntomas. Dolor de cabeza, cansancio, depresión, un sentimiento de autodesprecio, pérdida de la dignidad y arrepentimiento.

Una resaca muy suya.

Había estado mirando la misma información durante horas, intentando hallar la forma de encajar las piezas del rompecabezas, de encontrar una manera de que todo tuviera sentido. Pero al final, había perdido la perspectiva y todo se había vuelto borroso.

No fue hasta que sintió una mano firme sobre sus hombros que parpadeó. O al menos pensó que había parpadeado. No podía recordar exactamente la última vez que lo había hecho.

—Parece que te vendría bien dormir un poco —dijo Sean mientras se sentaba a su lado.

—O un trago.

—¿Qué te parece una cervecita de Año Nuevo en el Last Post más tarde?

Tomek se encogió de hombros. —Lo haría. Pero Kasia… ha estado en casa todo el día. No quiero…

—Entiendo. La nueva normalidad.

—La nueva normalidad.

Ambos hombres se sonrieron con complicidad y compartieron una mirada que tranquilizó a Tomek.

—Vamos a tener que apuntarlo en la agenda —dijo—. Como las mujeres.

—Podríamos aprender una o dos cosas de Nads. Creo que ya mandó las invitaciones para el Halloween del año que viene.

Tomek puso los ojos en blanco y se rio por lo bajo. —Creo que me voy a anotar como un «quizá» para esa. No después del desastre de este año.

Su exnovia se había colado en el evento y había roto con él allí mismo para luego irse a matar a un pedófilo. Había tenido noches más agradables con el equipo, de eso no cabía duda.

—El West Ham juega en casa a fin de mes, ¿quieres ir?

—Me encantaría. Estoy seguro de que a la pequeña le parecerá bien, puede irse a casa de su amiga o algo así.

—Y la mamá de su amiga puede cuidarlas a las dos.

—Hablando de intereses amorosos —comenzó Tomek.

—¿Intereses amorosos? —Los ojos de Sean se abrieron de par en par—. No estábamos hablando de…

—Estoy preguntando por ti —respondió Tomek frenéticamente, ansioso por devolverle el tema a Sean—. Tus intereses amorosos. Quiero saber qué pasa contigo.

—¿Conmigo? —Sean examinó la habitación y bajó la cabeza—. No tengo ningún interés amoroso.

—Entonces, ¿qué fue ese titubeo de antes? ¿En la oficina de Victoria?

—Ah, ¿con Vicky? Eso fue…

—¿«Vicky»? —Ahora le tocaba a Tomek abrir los ojos de par en par—. ¿Ya están en plan de apodos cariñosos?

Sean le mostró el dedo del medio y le dijo que se fuera a la mierda. Cosa que Tomek no tenía ninguna intención de hacer.

—Fuiste tú el que vino hasta aquí —añadió—. Ahora cuéntamelo todo.

Por segunda vez desde que lo conocía, Sean parecía avergonzado, adoptando la misma expresión de colegial nervioso que había puesto antes en la oficina de la inspectora.

—Solo salimos a tomar un par de tragos una noche. Creo que el resto de ustedes se había ido a casa, así que pensamos «qué

diablos» y nos fuimos al pub. Y nos pusimos a platicar. Ya sabes cómo es.

—El eterno soltero —comentó Tomek—. ¿Y las cosas están… progresando de la manera correcta?

Sean asintió, y sus mejillas se tiñeron de un tono más oscuro.

—Ay, amigo. No puedo esperar a que le expliques eso a Nick cuando regrese.

—Ni de coña. Le voy a dejar eso a ella.

Tomek se rio entre dientes. —¿Quién dijo que la caballerosidad había muerto? Debe de ser eso lo que ve en ti, esa necesidad inagotable de poner a los demás antes que a ti mismo. En este caso, eso es exactamente lo que harás: dársela de comer al lobo primero.

—Ni siquiera sé qué ve en mí.

—¡Bueno, al menos no tenemos que preocuparnos de que te subestimes!

Tomek no pudo contener la carcajada que explotó de sus labios. El sonido resonó por toda la oficina, molestando a los que estaban más cerca. Cuando abrió los ojos, vio a Sean sujetándose el estómago, también riéndose a carcajadas con el chiste.

Eran momentos como ese los que le recordaban a Tomek que había algo de luz en la oscuridad. Su trabajo era generalmente tan deprimente y devastador que necesitaban algo de alegría, por pequeña que fuera, para mantener el ánimo.

—Ahora tienes que hablarme de *tu* interés amoroso —le dijo Sean a Tomek, deteniendo su risa de golpe—. ¿O debería decir *intereses*?

—¿Yo? ¿Interés amoroso? No. No tengo idea de qué estás hablando.

Antes de que Sean pudiera responder, el teléfono de Tomek comenzó a vibrar ruidosamente sobre la mesa.

—Salvado por la campana.

Hasta que vio quién llamaba.

Edith, su vecina.

La cuarta vez en menos de dos días. Para avisarle si había visto algo extraño o sospechoso en la calle. Para aclarar cuándo iba a instalar el sistema de seguridad que había comprado para el edificio

(respuesta: cuando se acordara y cuando tuviera tiempo, lo cual rara vez ocurría en el mismo momento).

—Hola, Edith —dijo, poniéndole los ojos en blanco a Sean.

—Hola, Tomek. ¿Cómo está usted hoy?

—Bien, gracias. ¿Está todo bien?

—Solo quería avisarle que lo he vuelto a ver.

—¿A quién?

—Al hombre.

—Ah, claro.

—Sí. Lleva ahí unos veinte minutos, diría yo. ¿No le llegó la notificación a su teléfono?

—¿Qué notifi…? Ah, claro, *eso*. Pues, me temo que todavía no he tenido tiempo de instalar la cámara de seguridad.

—Ah. Ya veo.

—Disculpe. El trabajo ha estado muy intenso últimamente. Le diría que le pidiera a Kasia que lo hiciera, pero creo que sería peor que inútil.

—No se preocupe. En otro momento será.

—¿Quiere ir a verla? —preguntó Tomek—. Podría ser buena idea ver si ella también vio al hombre. Prepara un té muy bueno, ¿le apetece uno?

El sonido de un crujido resonó a través del teléfono.

—Voy a tocar a su puerta ahora mismo. A ver si ha visto algo.

Tomek esperó en la línea mientras lo hacía. El ruido de unos pies lentos y firmes arrastrándose escaleras arriba —las mismas tablas del suelo que él intentaba evitar cada vez que llegaba tarde a casa, pero sin éxito— sonó en su oído.

Hasta que… —La puerta está abierta —dijo ella—. ¿Debería estar abierta?

—No —la voz de Tomek comenzó a quebrarse.

Edith se acercó más a la puerta. Casi podía verla poniendo la mano en el picaporte y empujándolo suavemente.

—¿Kasia? —llegó la suave llamada a través del teléfono móvil.

—¿Kasia?

Nada.

Para entonces, la respiración de Tomek se había detenido, su cuerpo se había tensado y su mente había vacilado.

—¿Kasia?

Seguía sin haber respuesta.

Luego… —¿Está seguro de que tenía que estar en casa, Tomek? Porque no está aquí.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y DOS

Tomek nunca en su vida había manejado tan rápido a casa.

De hecho, nunca en su vida había manejado tan rápido a ninguna parte.

Peligrosamente rápido. Zigzagueaba entre el tráfico, se saltaba los semáforos sin quitar el pie del acelerador. A todos los demás autos que lo habían seguido les costó mantenerle el ritmo. Y cuando se detuvo frente a su casa, Sean le gritó:

—¡Imbécil de mierda! ¡No le sirves de nada a Kasia si estás muerto!

Puede que eso fuera cierto, pero en ese momento no le importaba. Lo más importante para él era encontrar a Kasia viva y no muerta en algún campo.

—Quiero que todas las unidades disponibles busquen en los campos de la zona —ordenó sin dirigirse a nadie en particular—. Hadleigh. John Burrows. Los quiero a todos en máxima alerta por James Elliott.

No había más de quince personas en su diminuto departamento de dos habitaciones. Todos los del equipo, excepto Nadia, que se había visto obligada a quedarse supervisando las líneas telefónicas por si llegaba algo. Una unidad de cuatro oficiales uniformados y un equipo de dos personas de la escena del crimen se habían aventurado a ir.

Esa era la magnitud de su ejército. Quince miembros del servicio de policía altamente especializados y entrenados contra un solo

hombre.

Hasta ahora habían puesto todo el departamento patas arriba, con Tomek haciendo la mayor parte del trabajo, y aun así no había ni rastro de ella.

Ni rastro de entrada forzada. Ni rastro de forcejeo.

Mientras estaba de pie en medio de la habitación de ella, se obligó a imaginar cómo debió de haber sucedido. Cómo debió de haber sonado el timbre, cómo debió de haber abierto, esperando que fuera él, y cómo debió de haber sido reducida. Sometida, golpeada en la cabeza, atada, amordazada y luego llevada de vuelta al auto del asesino.

Entonces sus ojos se posaron en el pequeño paquete de Amazon en el suelo, junto al armario de Kasia.

El puto sistema de vigilancia para el hogar.

Burlándose de él, riéndose en su cara, diciéndole: *te lo dije*.

Si tan solo lo hubiera instalado antes. Si tan solo hubiera hecho lo que le habían pedido innumerables veces, al menos habría visto quién la había secuestrado. Al menos habría visto al asesino en toda su confabuladora gloria.

La furia creció en su interior, burbujeando como el Alka-Seltzer de Victoria. Hasta que finalmente hirvió y se derramó. Tomek tensó todo su cuerpo, tomó la caja de la alfombra y comenzó a destrozarla sobre la cama. El cartón, el plástico y los componentes del dispositivo volaron por el aire como si trataran de escapar de sus garras furiosas.

No se detuvo hasta que Sean lo jaló del hombro.

—¿Qué carajos estás haciendo? —le gritó en la cara a Tomek.

—Necesito instalarlo. Alguien tiene que instalarlo.

—No podrán hacerlo si tus manazas rompieron esa porquería.

Tomek hizo una pausa, examinando el desastre que había causado.

—Que alguien lo haga —ordenó—. Hay que hacerlo. Ahora.

—¿Tienes un taladro? ¿Un destornillador?

Tomek lo miró, desconcertado.

—Voy a necesitar esas cosas para atornillarlo.

Su cerebro no funcionaba correctamente. Tanto que no pudo responder a la pregunta de Sean y salió de la habitación, dejándolo solo. Al entrar en la sala, señaló a Chey y dijo:

—Ayuda a Sean a encontrar un destornillador o algo. No sabía que se necesitaban dos personas para instalar una puta cámara de seguridad.

Chey asintió, inseguro de sí mismo, y luego corrió a la habitación.

Mientras Tomek se movía por su departamento, estaba ajeno a todo y a todos a su alrededor. Se habían desvanecido en el fondo, convirtiéndose en un espejismo de formas y colores. Sin embargo, la parte lúcida de su cerebro se daba cuenta de que seguían siendo objetos y que había que evitarlos.

Se movía de un lugar a otro, caminando de un lado a otro, sin siquiera pensar.

Su mente estaba trabajando a mil por hora mientras el pánico se apoderaba de él. Ahora, por fin, comenzaba a apreciar y comprender plenamente el tormento por el que habían pasado todas las familias afectadas por el asesino. Cómo debían de haberse vuelto locos de miedo. Aunque solo estaba en la primera etapa, el pánico inmediato, sabía lo que vendría después.

Paranoia. Desesperación. Pavor.

Cada una con sus propios matices de sentimientos y comportamientos.

Desquitarse con amigos y familiares, los que se preocupaban por él.

Enloquecer con los pensamientos que daban vueltas en su mente como en el Gran Colisionador de Hadrones.

Solo rezaba para que su situación no terminara como todas las demás. Con una adolescente muerta en un campo.

Se le formó un nudo en la garganta ante ese pensamiento.

Desapareció tan pronto como vio quién acababa de entrar por la puerta.

—He hablado con su vecina. Le ha dado una declaración testimonial a los uniformados. Tenemos su número si necesitamos algo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tomek.

—¿Tú qué crees? Estoy de vuelta.

—¿Para ayudar?

Nick le puso una mano firme pero reconfortante —la mano de un padre— sobre el hombro. —Lucy no irá a ninguna parte, y siento que me estoy enflacando de solo estar sentado sin hacer nada. Además, me vendría bien la distracción.

Un leve atisbo de sonrisa apareció en los labios de Tomek. Nick, el caballero de la brillante armadura. Llegando en el último minuto para rescatarlo y salvar el día.

Justo cuando Tomek iba a dirigir su atención al siguiente asunto, Chey y Sean salieron de la habitación, con la cámara de seguridad en la mano, llevándola con cuidado como si el destino del mundo dependiera de ella.

—Qué bueno tenerlo de vuelta, jefe —dijo Sean primero.

Luego Chey. —Gusto en verlo de nuevo, señor.

—Caballeros.

—¿Tienen todo lo que necesitan? —les preguntó Tomek a los dos operarios.

—Encontramos un destornillador y un taladro en tu habitación. Un lugar raro para que los guardes, pero no voy a curiosear. Aunque ahora solo nos faltan un par de pilas.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y TRES

Tuvieron que pedirle las pilas a un vecino. Pocas de las personas en las cuatro casas con las que habían hablado tenían. Y los que sí, no tenían ninguna que funcionara.

Tras varios intentos frustrantes, de taladrar la pared incorrectamente o dejarla caer al suelo cada vez que lo intentaban, Chey y Sean finalmente habían instalado la cámara del timbre y ahora estaba en pleno funcionamiento, con notificaciones que llegaban a su teléfono repetidamente.

Dos oficiales uniformados, junto con Martin, se habían quedado en su casa por el momento, y mientras entraban y salían, ya fuera para fumar un cigarrillo, hacer llamadas telefónicas o simplemente para verificar el estado de la calle, el teléfono de Tomek sonaba constantemente. Las primeras habían sido tolerables, manejables, pero poco después, tomó la decisión de desactivar las notificaciones. El sonido lo estaba volviendo loco, y ya no podía obligarse a escucharlo. Además, si había una emergencia o una novedad, llamarían.

Eran casi las dos de la mañana, y él era uno de los pocos miembros del equipo que quedaban en la oficina. Sean, Rachel y Nick se habían quedado, mientras que el resto del equipo se había ido a casa, listos para empezar temprano por la mañana.

—Creo que deberías hacer lo mismo, amigo —le dijo Nick.

Tomek negó con la cabeza y respondió: —Con todo respeto, jefe, no. Mi casa es el último lugar en el que quiero estar. Soy una de las

pocas personas que realmente pueden hacer algo sobre lo que le pasó a Kasia. El resto de estas familias que pasan por esto se ven obligadas a quedarse sentadas pensando lo peor. Son inútiles, no pueden hacer nada para encontrar a su ser querido. Mientras que yo sí puedo. Estoy en la posición privilegiada de poder hacerlo. No voy a desperdiciar eso.

Nick se mordió el labio inferior. —Es admirable, lo entiendo. Pero tienes que dormir en algún momento.

—Hay un sofá cómodo en una de las salas de interrogatorios. O simplemente pasaré la noche en una de las celdas.

—¿Para torturarte todavía más? —preguntó Sean desde unos metros de distancia—. Por Dios, hombre, nunca te creí masoquista.

Tomek le mostró el dedo medio y luego volvió a centrar su atención en lo que estaba haciendo.

Era plena noche y, hasta ahora, ninguno del equipo de oficiales uniformados apostados en los muchos campos y parques de Hadleigh y Leigh había informado de ningún avistamiento. Desafortunadamente, debido a que el distrito de Castle Point era tan grande, con docenas de posibles ubicaciones y sin suficiente personal para cubrirlas todas, los equipos se veían obligados a patrullar constantemente, entrando en cada uno de forma esporádica. No era la forma ideal de hacer las cosas, pero Tomek se había dado cuenta rápidamente de que si habían visto a Kasia en alguno de los campos de la zona, entonces estaba muerta. Una dura verdad que se había visto obligado a enfrentar en los baños, mientras se miraba al espejo, secándose las lágrimas de los ojos.

El único lugar donde tenían una sospecha razonable de que el asesino podría haberla llevado era el edificio en Shoeburyness. Pero a Tomek no le preocupaba demasiado, ya que un vehículo policial sin insignias había estado apostado afuera desde que lo encontraron, en caso de que el asesino decidiera regresar.

Mientras tanto, Tomek se vio obligado a volver a lo básico, a las tareas que solía manejar como agente detective.

Se solicitaron los datos de telemetría del teléfono de Kasia, pero resultó que su teléfono había sido apagado, igual que el de todas las demás víctimas.

Se habían realizado averiguaciones casa por casa en su calle, aunque nadie había visto nada en particular, y los que sí lo habían hecho, no habían visto nada importante o que valiera la pena investigar. En cambio, le había tocado revisar minuciosamente las diversas grabaciones de las cámaras de seguridad de los propietarios, buscando al asesino en las imágenes más pequeñas.

Después de veinte minutos de mirar la pantalla sin pensar, vio un auto detenerse frente al departamento. Pero gracias al tráfico en la concurrida calle y al ángulo de la cámara, no pudo distinguir la marca, el modelo ni la matrícula. Lo único que tenía era la parte superior del vehículo, blanca y estrecha, una pequeña sección del panel lateral y un par de faros. Nada más. Incluso las imágenes de la figura que salía del auto eran granulosas y completamente inútiles.

—Pura pérdida de tiempo —siseó Tomek mientras apartaba el teclado con frustración.

—Ya sé que lo eres —empezó Sean—, pero yo qué…

Antes de que pudiera terminar la frase, el teléfono sonó en la oficina, perforando el silencio. El sonido fue tan fuerte que hizo saltar a Tomek.

—¡Mierda! —gritó—. ¿Quién carajo llama a…?

Y entonces se dio cuenta. Kasia. Alguien que llamaba con información.

De inmediato, Tomek saltó de su silla y corrió por la oficina hasta el escritorio más cercano que tuviera un teléfono. Arrancó el auricular del aparato y presionó el botón que lo ponía en altavoz.

—Sargento Detective Bowen, Policía Criminal de Southend, habla —dijo.

—¿Todo bien, sargento? —llegó la voz de un joven que sonaba como si acabara de salir de la pubertad—. Solo algo rápido. Un auto acaba de pasar por el edificio que hemos estado vigilando.

El edificio donde Fern Clements había muerto por las picaduras.

—De acuerdo.

—Creemos que también lo vimos la noche anterior.

—¿Cuándo anoche?

—Como a la medianoche. Quizás a la misma hora.

Tomek miró el reloj: 02:16. No podía imaginar que hubiera muchos autos en la carretera a esa hora de la noche, a menos que estuvieran allí para una cosa: matar, o planear matar.

—¿Qué quiere que hagamos, sargento?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tomek, confundido.

—¿Quiere que lo sigamos?

—¿Usted qué cree? Por supuesto que sí, carajo. Vayan tras él y no vuelvan a llamar hasta que lo encuentren.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y CUATRO

Suavidad.

Una suavidad que parecía protegerla.

Eso fue lo primero que sintió. La suavidad del colchón. Más allá de eso, todo lo demás estaba entumecido. Sus piernas, sus caderas. Incluso las manos y los pies, debido a las ataduras que los mantenían juntos. La única parte de su cuerpo que podía *sentir* era la parte alta de la espalda.

Luego abrió los ojos y vio lo que parecía un dormitorio. El único indicio de que era tal habitación era el colchón sobre el que estaba acostada y el armario de madera en la esquina. Aparte de eso, no había nada más. Las paredes estaban desnudas, salvo por los agujeros donde habían colgado cuadros u otros indicios de efectos personales. En la parte superior de las paredes, junto al techo, el papel tapiz húmedo y pegajoso comenzaba a despegarse y a desintegrarse.

El siguiente de sus sentidos en regresar fue el olfato.

El olor a humedad, a moho y a todas las cosas que olía cuando vivía con su mamá. Olores que la transportaron a aquella época horrible, a aquel hogar horrible.

Pero este no era ese hogar. Esta no era esa época horrible.

Esto era mucho peor.

Sabía lo que era. Había leído todas las notas del caso de su papá cuando él no miraba, lo había oído discutir cosas en sus llamadas telefónicas y lo había oído aludir a ellas en sus conversaciones.

Se trataba del asesino en serie que había estado secuestrando a chicas de su edad y matándolas con sus alergias.

Bueno, si ese era el caso y ella estaba en la guarida secreta del asesino o en su casa, entonces estaba jodida.

Incluso pensar en acercarse a una bolsa de nueces era suficiente para provocarle un shock anafiláctico.

No tenía idea de cómo había llegado allí. Lo único que recordaba era haberle abierto la puerta a un hombre con una máscara, que llevaba guantes; los mismos guantes de los que su papá tenía miles de pares.

Guantes forenses. Del tipo que impedía que su ADN apareciera en cualquier evidencia.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿La mataría en ese mismo instante? ¿O la haría esperar?

Pasó mucho tiempo antes de que encontrara una respuesta a esas preguntas.

Todavía estaba oscuro afuera cuando escuchó un ruido en el piso de abajo. En medio de la noche. Qué hora era exactamente, no lo sabía. Pero había estado durmiéndose y despertándose, entrando y saliendo de la inconsciencia durante la última hora más o menos. Saliendo a la superficie cada vez que oía crujir una tabla del suelo o moverse el cristal de una ventana.

Pero esta vez oyó el sonido de verdad. El sonido de unos pasos que se acercaban. Más y más cerca…

Una pausa, mientras el asesino esperaba al otro lado de la puerta. El sonido de su respiración era audible a través de la madera.

Kasia contuvo la respiración para no perturbar el silencio.

La contuvo hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallar.

Y entonces la figura se dio la vuelta y bajó de nuevo las escaleras. El sonido de los pasos se fue apagando suavemente, hasta que toda la casa finalmente quedó en silencio.

Fue en ese momento, una vez que determinó que estaba lo más segura que jamás estaría, que Kasia volvió a sumergirse en las

aguas de la inconsciencia. Y en pocos segundos, se zambulló por completo.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y CINCO

El agente pospuberto nunca volvió a llamar, lo que, como Tomek estaba a punto de descubrir, significaba que nunca habían alcanzado el auto.

Una vez que la luz finalmente despuntó en el horizonte, Tomek decidió visitar el pequeño edificio. No tenía mucho sentido aventurarse allí en mitad de la noche, donde sus habilidades y experiencia habrían sido prácticamente inútiles en la oscuridad. Ahora, sin embargo, con los rayos del sol penetrando la densa neblina gris de arriba, esperaba que eso cambiara.

Una llovizna, cargada del frío del aire, había estado cayendo desde temprano en la mañana, haciendo que el trayecto en auto hasta el edificio en Shoeburyness fuera arduo y más traicionero de lo necesario. Las carreteras ya eran bastante angostas de por sí, y la situación empeoraba por el barro que cubría el asfalto y su implacable impaciencia por llegar lo antes posible.

Afuera del edificio lo esperaban los dos agentes que habían estado vigilando el lugar durante la noche. Ambos eran tan jóvenes como Chey, si no es que más. Veintitantos. Apenas superando los veinte. Y parecían recién graduados de la academia. Eran casi idénticos en todos los sentidos: altura, complexión, peinado y color de cabello. Incluso tenían la misma piel bronceada, excepto por sus narices. Cody, el agente que había hecho la llamada, era el orgulloso dueño de una nariz delgada y estrecha, mientras que Flint, el otro agente, tenía una más grande y rota que parecía colgarle del rostro.

—Buenos días, sargento —dijo Cody, extendiendo la mano.

Tomek se la estrechó y luego repitió el gesto con Flint. Ambos jóvenes tenían un apretón fuerte para su edad. No necesitó preguntarse por qué.

—Díganme todo lo que saben —dijo Tomek.

Antes de que Cody pudiera empezar, llegó el convoy. Nick, Rachel, Sean y el equipo de la escena del crimen. Tomek se les había adelantado, violando algunos límites de velocidad en el camino. Una vez que todos salieron de sus respectivos autos y terminaron con las presentaciones, Cody empezó a hablar.

Tenía toda la atención; los siete lo miraban, escuchando con sumo interés. Y era evidente que los nervios de la situación lo estaban afectando. Antes siquiera de empezar, sus ojos se abrieron de par en par y comenzó a rascarse la nuca.

—Bueno, lo vimos por primera vez la otra noche, ¿no? —le preguntó a Flint—. No anoche. Sino la otra noche. La noche anterior.

—Dos noches seguidas —comentó Tomek con impaciencia—. Sí, ya entendimos. Continúe.

—Claro. Bueno, la primera vez no le dimos importancia, ¿sabe? Pensamos que era algún residente que vive por aquí, al otro lado de las granjas, pero luego, cuando lo vimos de nuevo anoche, más bien en la madrugada de hoy, pensamos que algo podría estar pasando. No es muy común que el mismo auto ande por aquí dos noches seguidas a las tres de la mañana. ¿Me entiende?

Tomek suspiró para sus adentros. Aunque se daba cuenta de que el agente aún era joven, y le concedía el beneficio de la inexperiencia y la ingenuidad, le resultaba exasperante escucharlo.

—¿Cómo saben que era el mismo auto?

—Porque lo reconocí —respondió Cody—. Bueno, en realidad fue Flint quien lo cuestionó.

—De acuerdo —dijo Tomek mientras se volvía hacia el otro agente—. Flint, usted parece ser el que está más atento. ¿Qué fue lo que vio?

—Bueno, era blanco.

—Un buen comienzo.

—Y eso fue todo.

Tomek suspiró con fuerza, esta vez audiblemente. Pero mientras lo hacía, una ráfaga de viento sopló por el campo, impidiendo que los demás lo oyeran.

—¿Así que vieron un auto blanco y pensaron en llamarnos?

—Sí, sargento.

—¿Tenía alguna característica distintiva? —preguntó Rachel, interviniendo—. ¿Pudieron ver la matrícula? ¿La marca? ¿El modelo?

Flint lo pensó por un momento. —Pues… estaba completamente oscuro y los faros estaban apagados. Pero creo… creo que era un Cactus o algo así.

—¿Un qué? —preguntó Tomek—. No estamos en el desierto, muchacho.

—*Tomek* —afirmó Nick con severidad, y luego dio un paso adelante—. ¿Se refiere al Citroën Cactus?

Flint asintió. —El que tiene ese panel enorme en medio del costado que parece como si un niño le hubiera dibujado un buzón.

Tomek no sabía a qué auto se referían, but a juzgar por las expresiones en los rostros de sus colegas, ellos sabían exactamente cuál debían buscar. Un Citroën Cactus blanco.

Un Citroën Cactus blanco que tenía a su hija encerrada dentro. Tomek trató de pensar en los autos de James Elliott; en los autos registrados a su nombre, o en los que había tenido en la entrada de su casa. Pero dado que, para empezar, no sabía cómo era el auto, se dio cuenta de que el esfuerzo era inútil, y que la tarea era más adecuada para alguien en la oficina.

—¿Han mirado dentro del edificio? —preguntó Nick.

Ambos agentes negaron con la cabeza.

—Lo hemos estado vigilando toda la noche. Hasta donde sappiamo, nadie ha entrado.

—Excepto cuando siguieron al auto.

Las mejillas de Cody se sonrojaron. —Bueno, sí. Excepto en ese momento.

—Así que no fue toda la noche, ¿verdad? —dijo Tomek sin rodeos.

—No. Supongo que no.

—Entonces no diga cosas que no son ciertas…

—¡Sargento! —la voz de Nick cortó el viento como una guadaña e inmediatamente silenció a Tomek y el susurro de las hojas y los árboles a su alrededor—. Ya es suficiente, gracias. Ahora, caballeros, ¿podrían llevarme al edificio, por favor?

La visita fue inútil. Estaba exactamente como Tomek lo había visto la última vez. Nada había cambiado, nada estaba fuera de lugar. Y lo más importante, no había encontrado a Kasia allí. Lo que significaba que ella todavía estaba en alguna parte, retenida en un lugar secreto del que no sabían nada.

*¿Dónde?*, se preguntó Tomek. Pero nada le vino a la mente. A lo largo de toda su investigación, este era el único edificio que habían descubierto. El único lugar que tenía una semblanza de vileza y maldad. Y no había nada que sugiriera que James Elliott hubiera mantenido a alguna de sus víctimas en su casa, o que tuviera otra propiedad donde las hubiera estado reteniendo.

Poco después de ver el interior del edificio, Nick sugirió que regresaran a la estación. Incapaces de dar la vuelta en la carretera y regresar por donde habían venido, se vieron obligados a tomar el camino más largo. Tomek lideraba el grupo, con el convoy de autos en su espejo retrovisor. Para entonces, la lluvia había amainado y las nubes habían comenzado a dispersarse. En la radio, la última canción pop sonaba a todo volumen por los parlantes. A Kasia le gustaba escucharla fuerte, probablemente porque sus tímpanos ya estaban destrozados por el volumen de sus audífonos, y él no tuvo el corazón para bajarlo.

Mientras Tomek recorría las estrechas y sinuosas carreteras, evitando las ramas bajas de los árboles y el asfalto resbaladizo, algo le llamó la atención. Pájaros. Específicamente, cuervos. Cuervos grandes y feroces, que volaban en círculos sobre un punto particular en un campo a su derecha. Inmediatamente encima del punto había una pequeña y delgada nube negra.

Tomek se detuvo bruscamente y puso el freno de mano. El sonido de llantas chirriando al detenerse sonó detrás de él, pero prestó poca atención mientras salía del auto. No sabía por qué, pero algo lo atraía hacia los pájaros, hacia ese lugar. Un magnetismo, su intuición.

—¿Qué carajos estás haciendo, Tomek? —preguntó Nick mientras salía de su auto como una tromba—. ¿A dónde vas?

Tomek los ignoró y continuó. Saltando sobre montículos de tierra húmeda, chapoteando en charcos, abriéndose paso entre las hileras de vegetales que crecían allí. La bandada de cuervos no estaba a más de unos metros de distancia, pero Tomek había notado el cuerpo mucho antes, gracias al olor, rancio, pútrido, que el viento recogió y llevó hasta sus fosas nasales.

—¡Por aquí! —gritó, con la voz quebrada—. ¡Rápido! ¡Hay un cuerpo!

Tomek se acercó con cautela, examinando el suelo en busca de huellas de zapatos o hendiduras donde el cuerpo hubiera sido arrastrado por la superficie. Su estómago se contrajo y su cuerpo se heló de miedo.

Unos pocos metros lo separaban de mirar potencialmente a los ojos de su hija muerta.

—¡Quédense ahí! —gritó Tomek hacia atrás. Si esta era Kasia, boca abajo en el suelo, no quería a nadie más allí. Quería un momento con ella antes de que el equipo viniera e hiciera el resto. Antes de que la maltrataran y manipularan.

Se acercó al cuerpo lentamente, con las piernas temblando.

Poco a poco fue apareciendo a la vista.

Y entonces respiró aliviado.

Los zapatos eran diferentes: de hombre. Al igual que los jeans y el abrigo. Y el cabello también era diferente.

De un hombre. Definitivamente de un hombre.

Cuando Tomek se agachó al lado del hombre, se dio cuenta de quién era.

Mirando fijamente al suelo, con la mitad de su rostro sumergido en la tierra, estaba James Elliott.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y SEIS

Tomek sintió una confusa mezcla de alivio y desesperación.

Alivio de que Kasia no estuviera muerta, de que su cuerpo no hubiera sido abandonado en medio de un campo en algún lugar.

Y desesperación porque seguía desaparecida, porque todavía existía la posibilidad de que su cuerpo pudiera ser abandonado en medio de un campo en cualquier momento.

La única pregunta que quedaba era dónde… y cuándo.

Pero trató de no pensar en ello. Trató de pensar en positivo, con optimismo. Ver el vaso medio lleno y todo eso.

Habían pasado unas horas desde el descubrimiento del cuerpo de James Elliott. En ese tiempo, habían levantado una carpa forense sobre él, y un gran equipo de peritos estaba recogiendo pruebas del lugar. Pasaría mucho tiempo antes de que terminaran y los enviaran a casa. La causa de la muerte fue estrangulamiento, y la hipótesis de trabajo era que lo habían matado en otro lugar y luego lo habían transportado a la granja, donde su asesino se había detenido a un lado de la carretera, había llevado su cuerpo hasta el lugar y lo había dejado allí. Hasta ahora, el equipo no había logrado encontrar huellas de zapatos en el lodo, lo que sugería que su cuerpo había sido arrojado allí cuando la tierra estaba seca. Sin embargo, habían logrado encontrar un juego de marcas de neumáticos a un lado de la carretera que coincidían con las descubiertas en el edificio de ladrillos anteriormente en la investigación. Todavía no confirmaba la marca o el modelo que buscaban, pero al menos aumentaba la

probabilidad de que el coche que buscaban fuera, en efecto, un Citroën Cactus.

Basándose en el estado de descomposición de James Elliott, Lorna Dean había estimado que el utilero llevaba allí al menos treinta y seis horas, quizá cuarenta y ocho.

La primera noche que Flint y Cody habían visto el Citroën Cactus.

La víspera de Año Nuevo.

La noche en que los dos agentes no siguieron el coche.

La noche en que James Elliott desapareció.

Lo que significaba que alguien lo había secuestrado y matado.

Lo había silenciado.

Por una razón en particular. Y Tomek tenía la intención de averiguar cuál era. Pero, mientras tanto, había algo que tenía que hacer, alguien con quien tenía que hablar.

Tomek llamó a la puerta y esperó. La lluvia había comenzado de nuevo, esta vez más fuerte, cargada de una venganza, una oscura premonición de lo que estaba por venir.

La puerta se abrió unos instantes después. Frente a él estaba la Sra. Turpin, la mamá de Billy, vestida con una bata blanca, como si la acabaran de despertar.

—¿Qué hace usted aquí? No quiero que se acerque a mi hijo. Tiene que irse o llamaré a la policía.

Tomek se rio para sus adentros ante ese último comentario. Siempre le hacía gracia. —Yo soy la policía —replicó.

—¡Esto es acoso! —la Sra. Turpin metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó su teléfono.

Tomek levantó las manos en señal de rendición y bajó el tono de voz. —Por favor —dijo—. Usted no entiende. Necesito hablar con su hijo.

—¡No!

—Es sobre mi hija. Ella… está desaparecida.

Eso pareció detenerla en seco. Lentamente, bajó el teléfono y aflojó su agarre de la puerta principal. —¿Oh, Dios mío, está bien? Quiero decir, ¿sabe si está bien? ¿Si le hicieron daño? ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Desde anoche. La secuestraron de nuestra casa.

La mamá de Billy dudó un momento y luego ladeó la cabeza. —Lo siento mucho —dijo. Luego añadió—: ¿Pero qué tiene que ver esto con Billy?

—Quiero hablar con él, ver si sabe algo.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a saber él algo sobre la desaparición de su hija?

—Por el club de fútbol —admitió Tomek—. Alguien de su club de fútbol es responsable de esto y necesito saber si alguien se ha puesto en contacto con él, le ha enviado mensajes sobre Kasia o le ha hecho preguntas personales sobre ella.

La mamá de Billy dudó, sopesando la decisión de dejarlo entrar o no.

Finalmente, cedió y se hizo a un lado. Tomek le dedicó un gesto de agradecimiento al entrar.

Billy estaba en la sala, jugando con una Nintendo Switch, con las piernas cruzadas en un sofá tan grande que se lo tragaba entero.

—Billy, el papá de Kasia está aquí para verte.

—¿Qué? ¿Por qué?

Su mamá le puso una mano en el hombro. —Dejaré que él te lo explique.

Luego le cedió la palabra a Tomek, quien bajó la mirada y se encontró con la de Billy. Los ojos del niño estaban desorbitados por el miedo y la aprensión. Como si supiera que había hecho algo malo y estuviera esperando a ver qué sabía Tomek.

—Anoche, Kasia fue secuestrada de nuestra casa. Quiero saber si usted sabe algo al respecto.

—Yo… No… —Billy dejó la consola de juegos en el sofá y apretó las rodillas más cerca de su pecho—. ¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Cómo pasó?

—Esperaba que usted pudiera decírmelo —dijo Tomek—. ¿Alguien del club de fútbol ha estado haciendo preguntas sobre Kasia? ¿Alguien ha querido saber sus movimientos?

Billy no necesitó pensarlo mucho; negó con la cabeza profusamente casi de inmediato.

—No tengo idea. Nadie del fútbol me ha enviado mensajes ni nada. No sé por qué alguien querría hacerle esto a ella.

Tomek sí lo sabía. Tomek había sabido al instante por qué se la habían llevado. Su alergia a los frutos secos. La que Billy había olvidado y la había mandado al hospital.

Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que la figura de negro había estado en la playa por otra razón. Había estado allí por Kasia, observándola. Esperando. Si no hubiera sido por la proactividad de ella esa noche, defendiendo a su amiga y llamando a la policía, Tomek se preguntaba si se la habrían llevado antes. Si ya estaría muerta.

No valía la pena pensar en eso.

Sin embargo, permanecía en el primer plano de su mente, atormentándolo, apareciendo ante sus ojos de vez en cuando. Torturándolo.

—¿Entonces no sabe nada de lo que le pasó?

Billy negó con la cabeza. —Lo siento. No, no sé nada.

Tomek bajó la mirada hacia la alfombra, dejó caer los hombros. —Si se le ocurre algo, o si alguien se pone en contacto con usted, por favor, llámeme.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de presentación. La mamá de Billy la tomó con delicadeza y la inspeccionó.

—Por supuesto. Nos pondremos en contacto si sabemos algo. Espero que la encuentre. Y espero que esté a salvo.

Tomek también lo esperaba. Pero si la historia reciente servía de algo, la ventana de oportunidad para encontrarla con vida se estaba cerrando.

Y rápido.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y SIETE

Tomek no llevaba ni treinta segundos de vuelta en la comisaría cuando Nick asomó la cabeza por la puerta de su oficina y lo llamó.

Sin tiempo para hablar con nadie. Sin tiempo para ponerse al día. Sin tiempo para nada.

Y algo en la forma en que Nick lo había llamado sugería que el inspector jefe tampoco estaba a punto de decirle nada importante.

—Siéntate —ordenó Nick con firmeza.

Tomek obedeció, como tantas veces en el pasado.

—Hay un par de cosas que me han llamado la atención —empezó Nick—, pero primero quiero preguntarte cómo estás.

*¿Cómo carajo crees que estoy?*, quiso decir Tomek, pero se contuvo. Recordó su conversación con Nick sobre Lucy y cómo Nick había respondido a la misma pregunta: con calma, control y respeto, aunque lo más probable era que se sintiera exactamente igual que Tomek ahora.

Al final, Tomek respondió:

—Solo quiero encontrarla. Solo quiero saber que está a salvo y que no le ha pasado nada.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Pero he visto la forma en que te diriges a la gente, la forma en que les das órdenes. No puedes tratar a la gente como una mierda, Tomek. La forma en que les hablaste a Cody y a Flint antes fue inaceptable, amigo.

Tomek se mordió el labio. Descargó su frustración en las encías.

—Y la forma en que has estado dando órdenes a los miembros del equipo. Todos queremos encontrar a Kasia. De verdad que sí. Pero comportarte así no va a ayudar, y no va a hacer que trabajemos más eficazmente. Estás bajo *muchísimo* estrés, eso lo entiendo, *nosotros* lo entendemos, pero hay límites, amigo. Dios sabe por lo que debes estar pasando. Esto no es como lo que le pasó a Lucy, pero creo que, de todos, probablemente soy el que más se acerca a entenderlo. Y yo no tuve nada que ver con el arresto de Paddy Battersby, y creo que fue algo bueno. Creo que necesitaba mantenerme a distancia de eso. De lo contrario…, joder, habría entrado en esa sala de interrogatorios y le habría sacado la mierda a golpes —Nick se pasó la mano por la calva como si la estuviera lustrando con su sudor—. ¿Entiendes lo que digo?

Por supuesto que entendía lo que decía Nick. ¿Cómo podría no hacerlo? Era tan obvio y cegador como el reflejo en el cuero cabelludo de Nick.

—¿Quieres que me aparte de la investigación del secuestro de mi propia hija?

—Yo…

—Debes estar bromeando, ¿verdad? No. De ninguna manera. No voy a quedarme de brazos cruzados como un puto cabrón.

—Nadie te está pidiendo eso. Todavía puedes tener un papel activo en la búsqueda de tu hija. Solo que…

—¿Qué?

—… déjanos a nosotros hablar.

Tomek se había cansado de apretar los dientes y en su lugar se mordió la lengua con tanta fuerza que pronto empezó a sentir un sabor metálico en la boca.

—¿Eso es todo? —preguntó bruscamente—. Mi hija está desaparecida y acabas de venir a echarme una bronca y a regañarme por reaccionar de forma exagerada y comportarme como lo hago.

—Como si nada hubiera cambiado… ¿recuerdas?

Tomek recordó su conversación en el paseo marítimo.

—Como si nada hubiera cambiado —dijo, expulsando aire por la nariz y apartando la vista del inspector jefe.

—¿Vas a calmarte antes de volver a salir? —preguntó Nick.

—Quizás. ¿Por qué?

—Porque necesito que lo hagas. Te tengo una sorpresa.

—A menos que hayas encontrado a mi hija, yo que tú no usaría esa palabra conmigo.

Nick se movió incómodo en su silla.

—Claro. Sí. Mis disculpas.

—Bueno… Anda, ¿qué es?

*Déjamelo a mí,* le había dicho Nick en el paseo marítimo.

Y así lo había hecho. Pero no porque confiara en que Nick cumpliría su promesa (eso ya se daba por sentado), sino porque se le había olvidado por completo. Harrison Rossiter había sido relegado al fondo de su mente mientras la búsqueda de James Elliott y su hija pasaba a primer plano.

Pero ahora el joven estaba aquí. Llegaría a la comisaría en menos de diez minutos. Nick lo había traído en un vuelo de última hora.

—¿Cómo lo trajiste? —le había preguntado Tomek.

—Bueno, le dije que era una investigación policial y que, si no venía, mandaríamos a la policía francesa a su casa. Eso le metió el miedo en el cuerpo y ahora está aquí.

Diez minutos después, Harrison Rossiter, el jugador de la academia de la Ligue 1, entró por las puertas de la comisaría y fue recibido por Anna y un oficial de apoyo civil. Luego lo llevaron a una de las salas de interrogatorios y le avisaron a Tomek.

Mientras se dirigía a la sala, Tomek empezó a sudar y un olor emanó de sus axilas. Estaba nervioso. Más que nervioso. Cagándose de miedo.

El joven, de un metro ochenta y ocho, posiblemente conocía la identidad del asesino.

Conocía la identidad del secuestrador de su hija.

La respuesta a dónde tenían a Kasia y quién la mantenía bajo su control.

Tomek se preparó mientras ponía la mano en el picaporte.

Abrió la puerta.

Encontró a Harrison Rossiter sentado a la mesa, con la espalda recta, las manos entrelazadas, descansando tranquilamente sobre la superficie. Todo lo contrario a Billy el Vaquero. Imaginó que el chico de diecisiete años habría estado repantigado en la silla, con las piernas bien abiertas, quizás incluso con un pie apoyado en el borde de la mesa. Pero no Harrison. El joven adulto tenía un aire de decoro, respetabilidad y buenos modales. Como si los franceses le hubieran inculcado esos atributos no solo en el campo de fútbol sino también en el mundo real.

Porque, como Tomek leía con tanta frecuencia, las posibilidades de que llegara a ser profesional eran astronómicamente pequeñas, por lo que tenían que preparar a los jugadores de su academia para el mundo más amplio de la vida.

Tomek solo esperaba que fuera tan honesto como respetuoso.

Le extendió la mano.

—Un placer conocerlo, Harrison. Gracias por venir con tan poca antelación.

—Está… bien.

—¿Sabe por qué lo han traído hoy a la comisaría?

Tan pronto como empezaron las preguntas, Harrison comenzó a juguetear con los dedos.

—El oficial con el que hablamos, el inspector jefe Cleaves, dijo que era sobre un concierto de hace unos años.

—Sí. Eso es correcto. En particular, el concierto al que asistió hace dos años en el Cliffs Pavilion. ¿Lo recuerda?

Harrison no pensó mucho.

—Tocaban los Catfish.

—Ese mismo. ¿Qué puede decirme de esa noche?

Tomek luchó contra todos los impulsos de su cuerpo para preguntarle al chico directamente a quién le había comprado las drogas, pero lo reprimió. En contra de su buen juicio. Era más prudente hacer que el chico se asentara, relajarlo, acostumbrarlo a las preguntas y al tipo de preguntas, y luego lanzaría el golpe final.

—Fue idea de Avena ir. Yo no era muy fan, pero siempre estoy dispuesto a hacer cosas con mis amigos, crear recuerdos y eso. Así que les dejé toda la organización a ellos y solo pagué lo que debía y

aparecí. Por lo que recuerdo, llegamos bastante temprano para poder estar cerca del frente, pero luego, durante la noche, todos nos separamos porque invariablemente alguien terminaba necesitando ir al baño, entonces alguien más lo acompañaba, y luego otro se daba cuenta de que también necesitaba ir. Así que, bueno, antes del accidente, solo estábamos yo, Avena y Priti.

—¿A qué distancia estaban del escenario?

Harrison rio suavemente.

—Típicamente, como nos separábamos todo el tiempo, nos fuimos alejando cada vez más del escenario hacia el medio. No había nadie que asegurara nuestros lugares y, ya sabe cómo es, todo el mundo intenta meterse tanto como puede.

—¿Y en qué momento alguien les ofreció drogas?

Entonces la conversación se detuvo. El cuerpo de Harrison perdió toda su postura, dejó de juguetear con los dedos y la subida y bajada constante de su pecho se aceleró.

Mientras su rostro se contraía, sumido en sus pensamientos, sus pupilas comenzaron a dilatarse.

—No está en problemas por eso —dijo Tomek—. Y nadie necesita decírselo a sus padres si eso es lo que le preocupa. Los chicos consumen drogas todo el tiempo. Obviamente, no nos gusta en absoluto. Pero con lo que realmente tenemos un problema, y con lo que *yo* realmente tengo un problema, es cuando la gente adultera esas drogas con químicos y veneno. Eso es lo que le pasó a su amiga Avena, ¿no es así?

Harrison bajó la mirada a su regazo y asintió, incapaz de mirar a Tomek a los ojos.

—Afortunadamente, su amiga tuvo suerte. Tuvo suerte de ser lo suficientemente sensata como para tomar solo la mitad de esa pastilla, y tuvo suerte de que todos ustedes reaccionaran tan rápido como lo hicieron. Pero otras personas no han tenido tanta suerte. ¿Entiende lo que quiero decir?

Otro asentimiento, esta vez levantando la cabeza una fracción más.

—La persona que les suministró drogas a usted y a sus amigos ha hecho cosas mucho peores desde esa noche —continuó Tomek—.

Y ahora necesitamos averiguar quién es y dónde está.

Más asentimientos, levantando más la cabeza.

—Y cuando hablé con Avena, me informó que usted parecía conocer a la persona que le vendió las drogas. Dijo que le dio un abrazo. Dijo que lo conocía del fútbol. ¿Es eso correcto?

—*Oui* —dijo Harrison, y luego se corrigió—. Sí.

—Genial. Ahora, solo quiero que sepa que, al decirme su nombre, no le va a pasar nada. No lo vamos a arrestar, y mantendremos su nombre fuera de la investigación tanto como sea posible, pero espero que, al igual que yo, usted quiera poner a este tipo donde pertenece. Tras las rejas, ¿verdad?

—Sí.

—Genial. Ahora, a su propio ritmo, quiero que me diga quién le vendió esas drogas del club de fútbol.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y OCHO

En cuestión de segundos, el nombre que había salido de la boca de Harrison Rossiter ya estaba escrito en la parte superior de la pizarra de la sala de crisis.

En cuestión de minutos, ya era de conocimiento general, y todos en el equipo, incluidas las unidades de respuesta de emergencia que habían sido enviadas a su última dirección conocida, fueron informados.

Como parte de su conversación anterior, Nick le había pedido a Tomek que se quedara, mientras el resto del equipo salía a buscarlo. De esa manera, si Tomek se lo encontraba, no tendría la tentación de romperle la cara.

Claro que no lo haría, porque durante los últimos treinta minutos había sido incapaz de procesar absolutamente nada. Ni siquiera podía recordar su propio nombre, así que moler a golpes a alguien hasta dejarlo al borde de la muerte estaba fuera de su alcance.

Aunque no estaba de acuerdo con la decisión de que lo dejaran atrás, se dio cuenta de que podía usar el tiempo para tratar de entender mejor el papel del asesino en cada crimen. Para reunir las pruebas de cada asesinato, de modo que cuando el caso llegara a juicio, la CPS tuviera todo lo que necesitaba.

Fue una decisión bastante lógica y bien pensada que lo sorprendió incluso a él mismo.

Al principio, comenzó con el caso más reciente. Fern Clements. La chica de quince años de Hadleigh. Revisó todas las pruebas que

el equipo había recopilado durante semanas: la lista de personas de su escuela, sus profesores, los amigos de la familia, cualquiera con quien hubiera hablado por internet, y encontró el nombre del asesino entre todo aquello.

Luego pasó a la muerte de Lily Monteith. Examinó las pruebas que se habían reunido en su asesinato, pruebas similares a las recabadas para Fern Clements. Y encontró el nombre del asesino allí también.

Y luego, después de una hora de investigación, llegó a la muerte de Mandy Butler. Y a todas las demás víctimas que habían sido drogadas. Tomek encontró el nombre del asesino entre todas ellas. Vinculadas por una cosa: su escuela. En algún momento, las cinco víctimas habían ido a la misma escuela, pero después terminaron en diferentes instituciones por una u otra razón.

Y entonces llegó a Diana Greenock. Y a la lista de inquilinos que habían estado viviendo en su mismo edificio. La lista que había estado en su escritorio durante la última semana. La que había estado demasiado ocupado para revisar. El nombre que había estado en la quinta fila de esa lista.

El nombre del asesino.

Por último, Tomek revisó la lista que le entregó la administradora de Recursos Humanos del Dagenham & Redbridge FC. En esta lista en particular, no pudo encontrar el nombre del asesino. Pero después de una rápida llamada telefónica, hablando con la misma mujer que originalmente le dio la lista, Tomek recibió la confirmación que necesitaba para probar que el asesino había trabajado en el club con funciones limitadas, y solo por un breve tiempo.

Al final de todo, se sintió agotado, casi desolado. Su mente acababa de terminar de procesarlo, y no sabía qué pensar. No sabía cómo pensar.

Alzó la vista para mirar el nombre del asesino en la pizarra.

Sintió que la sangre le empezaba a hervir.

Y entonces vibró su teléfono.

Una notificación de la cámara de seguridad de su casa, esta vez sin sonido.

Alguien estaba en su puerta.

Había llegado hacía dos minutos.

Tomek pulsó la notificación y esperó a que el reconocimiento facial desbloqueara el aparato.

Y entonces lo vio. Al asesino, el secuestrador de Kasia, con su hija en brazos, entrando con ella a su casa.

Usando su llave.

Y luego cerrando la puerta detrás de ellos.

Tomek casi dejó caer el teléfono sobre su escritorio.

El asesino estaba allí. El asesino estaba en su casa.

Pero lo más importante, Kasia estaba viva.

Por ahora.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y NUEVE

Suavidad.

Una suavidad que se sentía como si la protegiera.

Y esta vez, así era.

Familiar. Un amigo, no un enemigo.

La suavidad de un colchón que era el suyo. El olor de su detergente Persil y su propio olor corporal impregnados en las fibras. El hundimiento en el centro de la almohada, las marcas de su cuerpo por dormir en posición fetal.

Estaba en su propia cama, en su propio dormitorio. A menos que fuera una réplica inquietantemente exacta.

Entonces se encendieron las luces y ella lo confirmó.

Su dormitorio, el departamento de ambos.

¿Pero por qué? ¿Por qué aquí?

¿Acaso él había cambiado de opinión y quería devolverla? ¿O iba a matarla aquí para hacerlo más simbólico?

Las últimas horas habían sido borrosas. Había permanecido perfectamente inmóvil la mayor parte del tiempo, mirando la luz del sol a través de las cortinas, escuchando, esperando. Ignorando el rugido de su estómago. No recordaba la última vez que había comido, ni la última vez que había tomado agua. Y se sentía débil, su cuerpo despojado de toda energía. Si él entraba y la atacaba ahora, no creía que pudiera defenderse. No creía que pudiera hacer nada.

Y entonces la puerta se abrió. Y vio a su atacante por primera vez. En todas sus interacciones anteriores había llevado una máscara y guantes de goma. Y ahora no era diferente. Excepto que no tenía máscara, y en sus brazos sostenía varias bolsas gigantes de frutos secos de distintos tipos. Maníes. Anacardos. Macadamias. Nueces de Brasil. Pistachos.

Todos los tipos de frutos secos que podrían matarla si no buscaba atención médica urgente.

El arma homicida más extraña y ridícula de la historia.

—Buenas noches, Kasia —dijo él con voz templada y fría—. ¿O debería decir *dzień dobry*?

# CAPÍTULO
# SESENTA

Tomek frenó en seco en medio de la calle. Antes de que el motor se apagara por completo, ya estaba fuera del auto y corría hacia el vehículo del asesino.

El Citroën Cactus del asesino.

El auto que había visto varias veces, pero en el que nunca se había fijado.

Antes de salir de la oficina, Tomek había tomado unas tijeras, más como arma de defensa que de ataque, y al subir a la acera junto al Citroën, clavó las hojas en las llantas, ponchando cada una mientras le daba la vuelta al auto. De esa forma, no habría un escape rápido y fácil.

Mientras el aire siseaba al escapar de las gomas a sus espaldas, se apresuró hacia su casa. La puerta de entrada estaba cerrada, con llave.

Bastardo.

Si entraba a sangre y fuego, que era justo lo que quería hacer —quería patear la puerta para derribarla y taclear al asesino—, entonces perdería el elemento sorpresa y podría arriesgarse a poner en peligro la vida de Kasia. Más de lo que ya lo estaba.

En cambio, se vio obligado a hacerlo lentamente.

El tiempo pasaba mientras sacaba silenciosamente la llave de su casa del bolsillo y la introducía en la cerradura.

Tic. Tac.

Imágenes de Kasia yaciendo en algún lugar del departamento —*muerta*— destellaron en su mente.

Tic. Tac.

Y entonces la puerta se abrió. Estaba adentro.

Al pie de la escalera se detuvo, esperó, contuvo la respiración, escuchó.

Los sonidos de un forcejeo, de incomodidad, resonaban por el departamento. Pero no el sonido de angustia o gritos.

¿Ya había empezado? ¿O estaba ella en sus últimos estertores, luchando en las últimas agonías de la muerte mientras sufría en el suelo o en la cama?

Tomek decidió no esperar más. Al diablo con el elemento sorpresa.

Al diablo con todo.

Subió las escaleras como una tromba, saltando los escalones de dos en dos, sus pesados pies haciendo temblar el edificio. Desde lo alto de las escaleras, vio que la luz del cuarto de Kasia estaba encendida y se dirigió hacia allí. No esperó en la puerta —objeto inmóvil contra fuerza imparable— e irrumpió con todo.

La escena le dio ganas de llorar.

Allí, en el centro de la cama, con las manos atadas a la espalda, estaba Kasia. Su hija, su encantadora hija. A su alrededor había una montaña de nueces y maní que cubría cada centímetro de su piel expuesta y su edredón de color pastel. Estaba acurrucada en una bola, jadeando y resoplando mientras su cuerpo luchaba por encontrar la fuerza para sobrevivir.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero sabía que necesitaba atención médica inmediata.

Y entonces vio al asesino. El hombre que había estado atormentando a tantas chicas, acabando con sus sueños y, sin duda, viviendo en las pesadillas de otras chicas como ellas.

El hombre que había entrado en su casa varias veces.

El hombre que había presenciado de primera mano las alergias de Kasia. Por accidente, sí, pero las había presenciado de todas formas.

Phillip Balham.

De pie junto a ella, al otro lado de la cama, esparciendo maní sobre el cuerpo casi sin vida de su hija.

—*Część*, Tomek —dijo Phillip, con un atisbo de sonrisa asomando tras sus dientes.

—¡Vete a la mierda! —escupió Tomek y se abalanzó sobre la mesita de noche de Kasia, de donde tomó uno de sus EpiPens. Luego, arrastrándose de rodillas, corrió de vuelta a su lado, apartó un montón de frutos secos de la pierna de Kasia y le bajó los pantalones de jogging, dejando al descubierto la parte superior de su muslo. Sin pensar, rasgó el empaque y le clavó el inyector en la pierna, inyectando lentamente el antídoto en su torrente sanguíneo.

—¡Kasia! —gritó, abofeteándola suavemente—. Kasia, ¿puedes oírme?

Pero ella no podía. Sus ojos se ponían en blanco.

La abofeteó de nuevo, esta vez más fuerte. Sacudiéndola. Deseando que volviera en sí, que su mente regresara al presente, a la habitación, a él.

—¡Kasia! ¡No, no, no! Vamos, quédate conmigo. No te atrevas a hacerme algo así. No puedo perderte.

Más bofetadas, más sacudidas.

Hasta que, finalmente, sus ojos se volvieron más lúcidos, como si ahora tuviera pleno control sobre ellos. Y entonces parpadeó. Repetidamente.

—¿Papá?

No era mucho, pero era suficiente para saber que iba a estar bien. Que iba a vivir.

Que la había salvado.

—Estoy aquí, cariño —le dijo—. Vas a estar bien. Me aseguraré de ello. Pero primero, hay otra cosa que debo hacer.

Tomek tomó una de sus varias almohadas y apoyó con cuidado la cabeza de ella sobre esta. Luego, dirigió su atención al lugar donde Phillip Balham había estado de pie.

Pero el hombre ya no estaba allí.

Phillip Balham, tal como lo había hecho durante toda la investigación, se le había escapado de las garras a Tomek.

# CAPÍTULO
# SESENTA Y UNO

A Tomek no le gustaba la idea de dejar a Kasia sola. Pero la idea de dejar escapar a Phillip Balham le gustaba todavía menos.

Así que tomó la decisión de dejar a Kasia en el dormitorio. Sola. Pero al salir del edificio, se detuvo en el departamento de abajo y golpeó la puerta con los puños.

—¡Edith! ¡Edith! Soy Tomek. ¿Estás en casa? Necesito tu ayuda. ¿Puedes…?

La puerta se abrió y, parada frente a él, estaba una Edith cansada y asustada, protegiéndose detrás de la puerta.

—Estás en casa —dijo Tomek, jadeando—. Necesito tu ayuda. Necesito que llames a una ambulancia. Es una emergencia. Kasia está entrando en shock anafiláctico. Diles que le aplicaron una inyección de EpiPen. Diles quién soy y que envíen a la policía. Necesito que te quedes con ella mientras esperas.

—¿Es seguro allá arriba? —preguntó ella con voz débil.

—Sí. El hombre que hizo esto ya se fue.

—¿A dónde?

Esa era la pregunta del millón.

—No lo sé —dijo él, volteándose hacia la calle—. Pero pienso averiguarlo.

Partió antes de que ella pudiera responder. Al final del camino de entrada, se detuvo. El Citroën Cactus seguía allí, seguramente abandonado después de que Phillip notó las llantas. Lo que significaba que el hombre estaba escapando a pie.

Pero ¿a dónde? ¿Hacia qué lado? ¿Izquierda o derecha?

Tomek recordó una situación similar en la que se había encontrado el mes anterior cuando Kasia se había escapado. Mientras se despedía de su profesora, ella se había escabullido por la ventana del dormitorio y había desaparecido en dirección a la playa de Old Leigh. En ese entonces, Tomek le había pedido a Sean que rastreara su número de celular. Pero ahora no había tiempo para eso. No con lo que tenía planeado para Phillip cuando finalmente le pusiera las manos encima.

*Piensa, Tomek, piensa.*

Si él fuera Phillip Balham, ¿dónde estaría? ¿Qué camino habría tomado?

Repasó la información que sabía sobre el hiperpolíglota: el hombre vivía en algún lugar de Southend, no en Leigh, lo que sugería que quizá no conocía muy bien la zona. Pero había una zona en particular de Leigh-on-Sea con la que Tomek sabía a ciencia cierta que Phillip estaba familiarizado.

Y era el mismo lugar al que Kasia había ido cuando intentó escapar.

Bell Wharf Beach, en Old Leigh.

El mismo lugar donde Lucy Cleaves había sido atacada. Donde, ahora se daba cuenta, Phillip, y no James Elliott, había estado esperando, observando desde las sombras, para después escapar por el paseo marítimo hasta el Grosvenor Casino: su lugar de trabajo.

El trayecto hasta el paseo marítimo era de poco menos de un kilómetro. Una caminata de diez minutos en un buen día. Y Phillip ya le llevaba ventaja. A pie. Corriendo.

Tomek no sabía mucho sobre la capacidad atlética del hombre, pero sabía que estaba en bastante buena forma. Correr a diario durante los últimos veinte años lo había mantenido en la mejor forma posible. Sin embargo, en las últimas semanas, desde que Kasia había llegado a su vida, había descubierto que el pozo que antes contenía el tiempo para correr, y su fuerza de voluntad para hacerlo, de repente se había secado. Y al llegar al final de la calle, a

unos doscientos metros de la casa, empezaba a sentirlo de verdad. Jadeaba pesadamente, con el alma saliéndole por la boca.

Era como si sus pulmones tuvieran ahora la capacidad de un hombre de sesenta años, y estaba a solo unas zancadas más de desplomarse.

Pero también lo estaba Phillip Balham.

Tomek vio al asesino a unos cien metros delante de él, vacilando, su ritmo disminuyendo.

Y entonces el hombre miró hacia atrás. Tan pronto como vio a Tomek corriendo tras él, aceleró el paso y aumentó la distancia entre ellos.

Unos minutos más tarde, ambos sin aliento, ambos deseando no haber empezado a correr, llegaron a los empinados escalones que bajaban a Old Leigh. Eran los escalones metafóricos entre el centro nuevo y el antiguo, y Tomek los había subido cientos de veces —solo, en sus carreras, con amigos—, pero ninguna de esas veces fue más difícil que esta. Para cuando llegó a ellos, sus piernas eran como gelatina y, con cada escalón, sentía que su cuerpo iba a ceder. Afortunadamente, había una barandilla a la que aferrarse para soportar su peso. Usándola, se guio escaleras abajo, feliz de renunciar a su dignidad por una noche.

Al pie de los escalones, cojeó tras Phillip, que todavía estaba unas zancadas por delante, corriendo hacia un pequeño puente que cruzaba la línea de tren de Fenchurch Street de Londres a Shoeburyness. Esta vez se vio obligado a subir la escalera, y gruñía con cada escalón, con los pulmones y el cuerpo gritándole.

La distancia entre ellos disminuyó gradualmente.

Tres metros.

Dos y medio.

Tomek podía oler la desesperación del hombre por escapar.

Y podía oler su propio deseo de detenerlo a toda costa.

Cuando la distancia entre ellos era de solo unos pocos metros, Tomek se lanzó sobre Phillip, tacleándolo al estilo rugby contra el suelo en el punto más alto del puente. El cuerpo del hombre se sintió blando mientras ponía todo su peso sobre él. Años de entrenamiento de rugby, tanto socialmente como jugando para el

equipo de la policía, le habían enseñado cómo atacar correctamente, de forma segura y sin causar lesiones. También le habían enseñado cómo derribar a alguien de la peor manera posible, usando su peso corporal contra el de ellos para aplastarlos e infligir el mayor dolor posible.

Para Phillip Balham, Tomek había usado la última técnica.

—¡Quítese de encima!

—¡Váyase a la mierda! ¡Tiene suerte de que no lo arroje de este puto puente!

Con el antebrazo izquierdo, Tomek inmovilizó la cara de Phillip contra el concreto del puente, presionando su otro brazo contra la parte baja de la espalda del hombre.

Luchó contra cada impulso de su cuerpo por bajar el antebrazo hasta el cuello del hombre y mantenerlo allí.

—Va a pagar por lo que ha hecho —dijo.

—Creo que llegó demasiado tarde —dijo Phillip, provocándolo—. Demasiado tarde para salvar a su propia hija. ¿Qué clase de padre es usted?

—Uno que está muy cerca de tomarse la justicia por su propia mano.

Los ojos de Phillip se desviaron del suelo hacia Tomek por un momento.

—Hágalo —dijo, mientras masticaba tierra y la escupía—. Hágalo. No la traerá de vuelta. No traerá a ninguna de ellas de vuelta.

—Sé que no. Pero le impedirá tomar más víctimas.

—Kasia siempre iba a ser la última —dijo Phillip—. La guardé para el final.

—¿Por qué?

—Porque ella era el gran final. Muerte por contacto. Muerte por maní. ¿Cómo algo tan pequeño e insignificante puede tener ese efecto en un ser humano? Le estaba haciendo un favor a todo el mundo. Estaba librando al mundo de sus debilidades.

—¿Así que mató a adolescentes usando sus alergias? ¿Se hizo amigo de ellas hasta que confiaron en usted? ¿Lo suficiente como para subirse a su auto al menos?

—Esas chicas no confiaban en mí —jadeó Phillip entre respiraciones mientras Tomek aumentaba la presión que ejercía sobre su rostro—. Simplemente me veían un par de veces a la semana en la escuela o cuando iba a enseñarles sus idiomas. Eran estúpidas y tontas y vieron que tenía un auto. Yo era el amigable tutor de polaco, francés, alemán y español; ¿quién iba a pensar en cuestionarme?

Tomek no lo había hecho. El hombre no le había dado ninguna razón para hacerlo. Phillip había parecido normal a todas luces. Solo un tipo común tratando de abrirse paso en el mundo y subsistiendo con el dinero que ganaba dando clases particulares, enseñando en escuelas y trabajando en el casino.

—¿Usted también mató a James Elliott? —preguntó Tomek tan pronto como el pensamiento le vino a la cabeza.

Phillip no respondió. En cambio, comenzó a reír maniáticamente contra la suciedad.

—James era un cabo suelto que había que atar —respondió—. Quería reunirse en la víspera de Año Nuevo, así que acepté. Se estaba preocupando por las preguntas que usted hacía sobre el auto, así que me encargué de él. No podía dejar que abriera la boca y soltara mi nombre.

Tomek luchó por reprimir la rabia que hervía dentro de él. Aumentaba cada vez que Phillip hablaba, cada vez que el hombre le dedicaba esa sonrisa de suficiencia. Como si estuviera orgulloso de sus logros, orgulloso de todo lo que había conseguido: librar al mundo de cinco individuos que poseían una debilidad única. Tomek sintió una ola de frustración inundarlo y añadió más fuerza sobre el rostro del hombre.

Presionando y presionando continuamente.

Presionando y presionando.

Pensando en Kasia… Y en la cama… Y en el maní… Y en la intrusión en su hogar.

Hasta que…

—¡Tomek! ¡Tomek!

La voz, grave y ronca, fue sucedida por el pesado sonido de pasos que resonaban sobre el concreto. Un momento después, Nick

apareció en lo alto del puente, jadeando, resoplando, con su estómago y sus tetas alcanzando al resto de su cuerpo una fracción de segundo más tarde.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tomek, todavía presionando con su peso a Phillip.

—Te seguí —dijo—. Solo que me tomó un rato alcanzarte. —Nick se detuvo bruscamente a unos metros de Tomek y apoyó las manos en las rodillas, doblado por la mitad, jadeando—. No hagas ninguna estupidez, Tomek. No vale la pena.

Nick dio un paso tentativo hacia adelante, levantando las manos lentamente.

—Suéltalo, Tomek. Déjame encargarme de aquí en adelante.

Pero Tomek no podía oírlo. No podía oír nada. Para entonces, la agresión y la furia dentro de su cabeza habían silenciado todos los demás sonidos, y la única conciencia que tenía de que todavía estaba aplastando la cara de Phillip contra el concreto era el propio hombre retorciéndose.

Tan pronto como Nick se acercó, le puso una mano en el hombro a Tomek, haciéndolo reaccionar.

—Suéltalo, colega —dijo Nick suavemente—. Ya está. Se acabó. Lo atrapaste.

Pero Tomek no lo escuchó. Todo lo que podía pensar era que ya estaba hecho. Que Phillip Balham ya no podría herir a nadie más.

Que Kasia estaría a salvo.

# CAPÍTULO
# SESENTA Y DOS

Tomek despertó en cuanto sintió el suave roce de los dedos de ella en sus manos. Abrió los ojos con desgano, somnoliento, y al levantar la vista vio a Kasia al pie de la cama del hospital, conectada a los aparatos, con su cabello castaño recogido sobre la cabeza.

En ese momento, se parecía tanto a su madre. Hermosa, elegante, imponente, aunque todo en la situación y en su entorno sugería lo contrario.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó ella.

—Nunca me fui —respondió él mientras se incorporaba. Luego le apretó la mano, sintiendo los diminutos huesos y el cartílago flexionarse bajo su presión—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un autobús.

—¿De dos pisos o de uno?

Kasia puso los ojos en blanco. —Un minibús, *en realidad* —dijo, con un «en realidad» del que el Capitán estaría orgulloso.

Luego empezó a reír. Pero en cuanto lo hizo, le dio un ataque de tos. En pocos segundos, el contenido de sus pulmones estaba en sus manos, y se las limpió en la cama.

—El doctor dijo que ese podría ser uno de los efectos secundarios —dijo Tomek.

—¿Toser?

—No. Tener un humor seco.

—Creo que eso es solo un síntoma de ser tu hija.

La idea lo hizo sonreír.

*Tu hija.*

*Su* hija.

*Mi hija*. Incluso la noción todavía le parecía extraña. Habían pasado tantas cosas desde que ella había entrado en su vida, un vuelco total, pero no habría cambiado nada.

Bueno, casi nada.

—Es la última vez que tomas una clase de polaco. Si quieres aprender el idioma, puedes ver algunas series de televisión polacas y aprenderlo así. O puedes ir a casa de tu abuela y aprenderlo en la comodidad de su sala con ella. Tú eliges.

Por un momento, Kasia no respondió. Su rostro se contrajo y parecía sumida en sus pensamientos.

—No es literal, por cierto. No tienes que elegir ahora mismo.

—Lo sé, es que… —Dejó caer la cabeza—. Me preguntaba… ¿Qué le pasó a él? ¿Lo… lo encontraron?

—Sí —dijo Tomek sin rodeos, directo al grano. Quería ser transparente y honesto con ella y esperaba que algún día en el futuro ella fuera transparente y honesta con él—. No tendrás que volver a ver a Phillip Balham nunca más.

—¿Por qué no?

—Porque lo llevamos a la comisaría y está siendo acusado por lo que te hizo.

—Como Paddy —repitió Kasia—. ¿Lo mismo que le pasó a Lucy?

—Sí, como eso.

—¿Le has dicho a mamá que estoy aquí? —preguntó Kasia.

No solo su voz lo tomó por sorpresa y lo sacó de sus pensamientos, sino que el contenido de su pregunta lo sobresaltó. Kasia no había hablado de su madre en semanas, casi al punto de que Tomek había olvidado que existía, y de que estaba convencido de que ella también la había olvidado.

Pero ahora había decidido mencionarla. Ahora, de todos los momentos.

Suspiró y se mordió el labio inferior.

—No, no lo he hecho. Aún no. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí.

Y entonces una idea surgió en su cabeza.

—¿Qué tal si se lo decimos en persona, juntos?

Un destello de gratitud cruzó su rostro.

—Sí, por favor. Pero que sea un día de clases. Quiero una excusa para no ir —dijo, y luego volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

Ese era un argumento que Tomek no podía rechazar.

# CAPÍTULO
# SESENTA Y TRES

Todo aquello ya se le había hecho familiar. El sonido de los gritos, las conversaciones y las risas por encima del ruido de la comida al freírse. El olor a tocino y huevo y a toda clase de delicias flotando en el aire, instalándosele cómodamente en la nariz. La vista de la clientela habitual de la cafetería.

E incluso la compañía en la que se encontraba se le había hecho familiar.

Abigail Winters, como siempre, había organizado la reunión a último momento, esperando que él dejara todo lo que tenía entre manos por ella. Y, en esa ocasión, por suerte para ella, él no tenía nada que lo mantuviera ocupado: Nick lo había obligado a pasar a un segundo plano mientras procesaba lo que le había pasado a Kasia. Mientras tanto, Kasia había vuelto a la escuela. Así que el departamento estaba vacío y él no tenía nada que hacer.

Sin embargo, la mujer sentada junto a Abigail no le resultaba familiar.

Abigail se la había presentado como Martha Buhl, la posible primera víctima de Phillip Balham.

—Sabes, en realidad deberías estar haciendo esto con Sean o con alguien más del equipo —le dijo Tomek a Abigail justo cuando la mesera llegó con sus porciones de doble huevo, doble tocino y doble tostada. Tomek le dio las gracias y luego la vio alejarse. Y mientras se iba, se dio cuenta de que ella volteaba a verlo, cruzando su mirada con la de él.

—No *quiero* hablar con nadie más del equipo —replicó Abigail, devolviéndolo a la conversación—. Quiero que Martha te lo cuente a *ti*.

—Está bien. Entonces, cuénteme. —Se volvió hacia Martha, quien había hecho su comida a un lado—. ¿Qué le hizo Phillip Balham en Alemania?

Y entonces se enteró.

Varios años atrás, diez para ser exactos, Martha Buhl vivía en un edificio de departamentos en una zona tranquila y apartada de Frankfurt. Se había encontrado por primera vez con Phillip justo después de que él se mudara al edificio, y los dos se habían hecho amigos. Ella había admirado su valentía al mudarse a un país por un año solo para aprender el idioma. En ese entonces, Martha trabajaba en un hospital, vivía en el departamento de la planta baja, trabajaba a todas horas del día y de la noche, y se quedaba dormida a cualquier hora. Hasta que, una noche, mientras su novio de entonces se quedaba a dormir, un gato entró por la ventana y le provocó una reacción alérgica grave. Si no hubiera sido por su novio —ese del que Phillip no sabía nada—, que la rescató con su EpiPen y una rápida llamada a los servicios de emergencia, sus alergias —esas de las que Phillip lo sabía *todo*— la habrían matado. Las primeras sospechas de Martha habían comenzado tan pronto como Phillip empezó a mostrar un gran interés en sus alergias y en su aversión a los gatos. Según ella, él había adoptado uno durante su estancia en el edificio, tratándolo y alimentándolo como si fuera suyo. El mismo gato que se había metido por su ventana en la noche, enviado para matarla, colocado allí por el asesino vengativo, Phillip Balham.

Tan pronto como le dieron el alta del hospital, Martha llevó el caso a la policía, solo para que se rieran de ella y la despacharan. Y para cuando regresó al edificio de departamentos, Phillip se había mudado y se había ido a otra parte del país. Durante un corto tiempo, ella se quejó y armó alboroto en internet, pero al final se le acabó el impulso y decidió que él nunca volvería para hacerle daño.

Hasta que se enteró de las historias en el Reino Unido.

La de Manchester, que tenía las mismas características, y la que había quedado prácticamente confirmada gracias a que el nombre de Phillip Balham aparecía en la lista de inquilinos en la misma época en que Diana Greenock había muerto.

—¿Abigail me dijo que Phillip ha matado a otras cuatro mujeres? —terminó Martha.

—Sí. Las conocía ya sea por trabajar en sus escuelas en un rol de apoyo, infiltrándose así profundamente en la vida de las que tenían alergias, o por enseñarles idiomas extranjeros, ya fuera en la escuela o… desde la comodidad de sus propios hogares. Las elegía basándose en sus edades y sus alergias. Eran más débiles, vulnerables, más susceptibles a él.

—Es despreciable —siseó ella.

—Sí que lo es —dijo Tomek—. Sí que lo es.

—¿Cómo lo hizo?

—Bueno, su primera víctima en el Reino Unido fue Diana Greenock, de Manchester. Una enfermera, alérgica a los gatos, que vivía en un departamento en la planta baja, igual que usted. Creemos que llegó a conocerla durante su tiempo en los partidos de futbol. Un encuentro casual que se convirtió en un asesinato. Y basándome en lo que usted me ha contado, diría que lo que le hizo a usted fue el modelo para lo que le hizo a ella. En ese entonces, él estaba enseñando en la zona, donde se hizo amigo de Mandy Butler, su segunda víctima. Allí, le enseñó español en su escuela secundaria para sus exámenes GCSE. Y después de enterarse de que ella se mudaba a Essex, la siguió. Solo para toparse con un mundo de oportunidades en nuestras escuelas. Pasó un tiempo antes de que volviera a matar, pero en ese lapso las estaba seleccionando, abriéndose paso en la vida de sus víctimas de una forma u otra. Enseñándoles, ayudándolas, ganándose su confianza. —Tomek terminó lo último de su desayuno—. Pero ahora no podrá volver a hacerle daño a nadie. Aparte de a sí mismo.

—Esa sería una salida cobarde para él —replicó Martha.

—Lamentablemente, creo que ese es justo el tipo de persona que es.

Cuando la reunión finalmente terminó, Tomek pagó la cuenta y luego acompañó a las dos mujeres al auto de Abigail. Martha se deslizó en el asiento del copiloto mientras Abigail rodeaba la parte delantera del vehículo y se detenía justo frente a él.

—Te dije que podía conseguirte una reunión con ella —dijo triunfante, mirándolo de arriba abajo.

—Estoy impresionado.

Ella le puso una mano en el brazo y se lo apretó. —Ya sé que lo estás. No lo olvides —dijo mientras abría la puerta del conductor.

—¿No olvidar qué?

-Me la debes.

—No, claro que no —replicó él.

—Una cita, Tomek Bowen. Es todo lo que te pido. No es como si te estuviera pidiendo que te cases conmigo.

# FIN

Pero no del todo. La historia continúa en *Los Manos del Muerto*:

Cuando se descubre el cadáver de un hombre sin hogar, cuidadosamente metido entre las desgastadas casetas de playa de Thorpe Bay, en el malecón de Southend, los residentes de Essex apenas se inmutan. Eso, hasta que la autopsia sorprende a todos al revelar la identidad de la víctima: Herbert Tucker, el diputado local con un pasado turbio.

A medida que la presión política y mediática sube como una marea creciente, el sargento detective Tomek Bowen se ve obligado a navegar una traicionera corriente subterránea de mentiras, traición y escándalo. Al ahondar en la turbia historia de Herbert, Bowen se encuentra enredado en un laberinto de secretos donde cada sombra oculta a un posible sospechoso—y cada pista profundiza el misterio.

¡Descubre lo que sucede en *Los Manos del Muerto* ya en Amazon!

**¡Haz clic AQUÍ para conseguir tu ejemplar!**

# LOS MANOS DEL MUERTO - VISTA PREVIA EXCLUSIVA



# CAPÍTULO
# UNO

Había algo en el aire esta noche. Una crudeza, un hormigueo electrizante que se extendía por el parque John Burrows. Como si, al dar la medianoche, todo se hubiera reiniciado. Las farolas que rodeaban el parque habían parpadeado y ahora cobraban un nuevo brío. Incluso el viento parecía traer consigo una nueva energía. Más decidido, potente, dirigiéndose en una dirección particular en lugar de ser una ráfaga de movimiento aleatorio, despejando las nubes y dejando a la vista la miríada de constelaciones de luces parpadeantes en lo alto.

Sí, había algo en el aire esta noche.

Y en particular, el olor.

El olor a adolescentes cachondos bañados en litros de perfume y colonia, el olor a alcohol impregnando su aliento. El olor de la desesperación, la indecisión, el deseo.

Y pronto, el olor de la muerte.

Los observaba desde lejos, desde el otro lado del parque, oculto bajo el dosel de unos árboles de ramas bajas en una banca. Sus gritos y chillidos eran audibles desde allí; los sonidos rodaban sobre el campo ondulado, llevados por el viento decidido. Cada una de sus palabras le producía un hormigueo en el cuerpo.

Pero una en particular.

La de ella.

La más ruidosa, la más vivaz.

No llevaba casi nada puesto. Una diminuta falda negra con un *crop top* blanco. Una elección valiente pero ingenua con este clima. La temperatura había caído por debajo de cero y una fina capa de escarcha empezaba a posarse sobre el césped y la banca del parque. Luchó por ocultar el vaho de su aliento para que no lo vieran. Pero, pensándolo bien, era un esfuerzo inútil; estaban demasiado ocupados divirtiéndose, demasiado ocupados emborrachándose como solían hacer los chicos de su edad, como para prestarle la más mínima atención.

Aun así, no estaba de más ser precavido.

Consultó su reloj. Casi la 1 a. m. Con un poco de suerte, se irían pronto, habiendo sucumbido a los elementos y viéndose obligados a buscar refugio en algún lugar más cálido.

El momento oportuno era la clave. Quizás, el momento oportuno era la parte más importante de esta noche. Demasiado pronto y se arriesgaba a que lo vieran. Demasiado tarde y se arriesgaba a perderla, a perder su única oportunidad de hacer esto bien del todo. Como Ricitos de Oro, tenía que calcularlo a la perfección.

Mientras esperaba, cerró los ojos y dejó que la electricidad del aire irradiara a través de su cuerpo y estimulara sus sentidos.

Había pasado un tiempo. Mucho tiempo. Demasiado, de hecho. Una parte de él casi había olvidado cómo era. El hambre, la sensación, la euforia.

Pero la espera había sido un mal necesario. Todo tenía que prepararse meticulosamente. Había que sentar las bases. Había que trazar los pasos. Cada rincón de su historia debía estar justificado.

Esta noche era la noche en que iba a matar. Y necesitaba asegurarse de que podría salirse con la suya.

El tiempo pasó como siempre lo hacía: lentamente, sobre todo cuando se espera que algo suceda. Ya se sabe, el que espera desespera. Pasaban de la 1:30 a. m. cuando el grupo decidió que ya había tenido suficiente del frío. Mientras los veía caminar con dificultad hacia el borde del parque, él se levantó con pesadez de la banca y los siguió, enmascarado por la oscuridad. Sus vítores y risas seguían rebotando en las casas que rodeaban el parque. Poco

después, el grupo se dirigió por un sendero estrecho que conducía a la carretera principal.

Sabía que no tenía mucho tiempo para la siguiente parte, así que se apresuró a recorrer los cien metros hasta el callejón que había un poco más adelante y corrió hacia su auto. Subió de un salto, encendió el motor, atenuó los faros y luego prendió la calefacción. A toda potencia. En su ausencia, el frío de la noche se había apoderado del auto y lo había cubierto con una fina capa de escarcha.

Similar a lo que había planeado para ella esta noche.

Agarró el volante, masajeándolo con sus dedos enguantados. Látex, de color negro a juego con la columna de dirección y su abrigo. Sin querer perder más tiempo, salió de detrás del auto estacionado y se dirigió hacia el grupo. Para cuando pasó junto a ellos, parados en la boca del otro callejón, todavía estaban hablando, acurrucados, protegiéndose del frío.

Todavía no. Demasiado pronto.

Tendría que esperar y volver, merodear un poco más en segundo plano, en algún lugar donde pudiera observar sin ser visto. De la misma manera que lo había hecho durante los últimos días. La había estado observando por un tiempo, monitoreando sus movimientos, viéndola salir con sus amigos de la misma forma que lo había hecho esta noche. Pero cada vez había habido un problema, una distracción. Nunca había estado sola, siempre con alguien, siempre inseparable de su amiga o de ese chico que parecía estar encaprichado con ella. Esta noche no parecía ser diferente. Con la excepción de que podía sentirlo en el aire. Algo diferente.

Bajó la ventanilla de su auto y escuchó. Las voces eran distantes y solo pudo captar el final de la conversación.

—¿Vas a estar bien para volver a casa? —le preguntó uno de los chicos a Lily.

—Voy a estar bien. Me iré caminando. Vivo a la vuelta de la esquina —dijo ella con un aire de desafío que él admiraba.

Esperó unos minutos a que el grupo desapareciera en la otra dirección y a que ella viniera hacia él. Una vez que lo pasó por el otro lado de la calle, encendió el motor, masajeando la gruesa goma

del volante. Luego dio la vuelta en la calle y la alcanzó dos esquinas más adelante.

*Chica sensata*, pensó, manteniéndose en las calles principales, permaneciendo en la luz, haciéndose lo más visible posible. Disminuyó la velocidad del auto y se detuvo a su lado, con las ruedas girando, el auto avanzando por inercia. Bajó la ventanilla y se inclinó todo lo que pudo, manteniendo un ojo en la carretera y el otro en su falda corta.

—¿Lily? ¿Es usted? Lily, ¿se encuentra bien?

Su reacción fue inmediata… y exactamente como la había esperado. Al principio, se sobresaltó al oír su nombre, pero no lo miró, no se atrevió a mirarlo. Luego mantuvo la cabeza gacha, los ojos fijos en la acera frente a ella, su mano protegiendo su bolso y acercándolo a su cuerpo. Pero cuando empezó a darse cuenta de que la voz era de un amigo y no de un enemigo, se relajó, bajó la mano y se giró.

—No debería estar caminando por aquí a estas horas de la noche —le dijo él—. Hay extraños y bichos raros por ahí.

Sí, sí que los había. Excepto que no siempre estaban en la acera; algunos preferían un auto como medio de transporte.

—Entonces, ¿me está llamando bicho raro? —dijo ella, con un toque de picardía en la voz.

—No empiece a poner palabras en mi boca —detuvo el auto por completo, examinó sus alrededores y luego continuó—: Venga, la llevo. No debería estar aquí sola. Allá afuera es una jungla.

—Y hay sabandijas por todas partes.

*Ya lo creo*.

Lily bajó de la banqueta y se subió al auto de un salto, sentándose primero. Mientras se acomodaba, su falda se le subió por el muslo, y él se obligó a no mirar.

Habría mucho tiempo para eso más tarde si lo necesitaba.

—¿Qué hace por aquí a estas horas de la noche? —preguntó Lily después de que él arrancara.

Él se volvió hacia ella, con el ceño fruncido. —¿Podría preguntarle lo mismo? E incluso podría preguntar por qué huele a alcohol.

Su rostro se sonrojó del color de su lápiz labial, una expresión que la hacía parecer cinco años más joven.

—Buen punto —admitió ella.

—Si insiste en saber —respondió él—, estaba visitando a mi madre. Está en el hospital. Solo puedo verla a estas horas de la noche; de lo contrario, no podría verla en absoluto.

—Lo siento mucho —dijo ella—. ¿Está bien?

—No realmente, pero no importa. Es lo que hay. Ya me he hecho a la idea.

Condujeron el resto del trayecto en silencio. Eso fue hasta que llegaron a la calle sin salida donde vivía Lily. En lugar de girar en su calle, él siguió recto, maniobrando entre los autos estacionados.

—Acabamos de pasar mi calle —dijo ella, girando la cabeza para mirar hacia atrás.

Él permaneció en silencio, con los ojos fijos en la calle. Su mano se movió hábilmente hacia el panel de control en el lateral de su puerta y cerró los seguros del auto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lily. El miedo y la ansiedad eran evidentes en su voz. Justo como a él le gustaba—. ¿A dónde me lleva?

—A tomar un desvío.

—¿Adónde?

—A un lugarcito que conozco.

—¿Qué lugar?

Estaba haciendo demasiadas preguntas. Él no quería preguntas. No le gustaban.

Era hora de que se callara. Frenó en seco, agarró el clip de su cinturón de seguridad para mantenerlo en su sitio y evitar que se lo desabrochara, y luego la golpeó en la garganta. Mientras ella se ahogaba y boqueaba en busca de aire, él metió la mano en su bolso en el asiento trasero y sacó un fino guante de látex. Negro, similar a los que llevaba en las manos. Luego, manteniendo una mano sobre su boca, sujetando su cabeza contra el reposacabezas, empezó a estirar el guante sobre su cara, hasta la parte posterior de su cabeza.

Ella se debatió violentamente, sus uñas se agitaban en su dirección, nhưng mỗi lần đều trượt. Y entonces empezó a darse cuenta de lo que le estaba pasando.

Lo que *le iba* a pasar.

Lo último que hizo antes de que él la dejara inconsciente fue gritar hasta que sus pulmones casi reventaron.

# CAPÍTULO
# DOS

—¿Puedo comprar esto?

—No.

—Pero va a…

—No.

Como último recurso, se volteó hacia él. Los ojos de perrito abandonado.

—Sigue siendo no.

—¡Pero creo que se verá lindo!

—Yo creo que un Ferrari se vería lindo, pero no me ves comprando uno.

—Solo porque no puedes pagarlo.

Tomek ignoró la indirecta y suspiró profundamente. Luego extendió la mano hacia el objeto que ella tenía y vaciló. Una expresión de emoción y expectativa floreció en su rostro.

—Ay, Dios mío, ¿*de veras*? —dijo ella, incapaz de contenerse.

Sin decir nada, Tomek le quitó la decoración navideña y la colocó de nuevo en el estante con todos los otros árboles de Navidad diseñados para parecerse a hojas de marihuana. Al lado había un surtido de adornos navideños juveniles e inmaduros que Tomek admiró y de los que vio el lado divertido, pero que nunca admitiría: una figura de Papá Noel agachado mostrando el culo; una de Jesús fumando un porro, ofreciendo el símbolo de la paz a los transeúntes; y un Santa negro jugando al básquetbol.

Para él, la Navidad era una pérdida de tiempo tan grande como todas las demás festividades. San Valentín, Halloween, Pascua. Aunque provenía de una familia polaca devotamente religiosa, no era el único que se había alejado de las expectativas sociales y culturales que sus padres, en especial su madre, habían depositado en él. Su hermano mayor, Dawid, desde que se convirtió en padre y formó su propia familia, se había alejado del aspecto religioso para acercarse más al capitalista. En cambio, Tomek no era ni lo uno ni lo otro. No era porque no creyera en ello o porque no le gustara la idea de recibir regalos cada año. Era porque, históricamente, nunca había podido disfrutar de la temporada navideña por lo que era. Sabía que era una época para la familia, para las risas, para la unión. Pero cuando había vivido solo durante tanto tiempo y había sido excluido de las invitaciones familiares a la cena de sus padres cada año, era un poco difícil emocionarse por ello.

No había nada peor que alguien del extremo opuesto del espectro. Alguien que estaba loco por la Navidad. Alguien que empezaba a escuchar a George Michael y a Mariah Carey meses antes de que fuera socialmente aceptable. Alguien que se obsesionaba con la inexistente decoración navideña de su departamento.

—No tienes que ser tan… —Kasia pensó en la palabra más amable posible—. No tienes por qué ser tan *aguafiestas*.

—No lo soy —miró el carrito frente a ellos y las varias bolsas de compras en sus manos—. ¿No crees que ya tenemos suficiente?

Ya se había gastado un par de cientos de libras en una caja nueva de espumillón; una caja gigantesca de cuarenta esferas de diferentes colores; una corona que parecía que estaría mejor en un nido de pájaro en lo alto de algún árbol; más de diez metros de luces intermitentes que, sin duda, él sería el encargado de arriesgar su vida para colgarlas sobre las ventanas en la parte superior de la casa; y un árbol de Navidad nuevo que al instante se arrepintió de haber comprado. Tontamente, le había mentido y le había dicho a Kasia que compraba uno nuevo cada año para salvar al mundo de los residuos plásticos, pero entonces ella le recordó que matar árboles vivos era perjudicial para el medio ambiente y que uno de

plástico era reutilizable y más sostenible. Él había argumentado que no comprar ninguno en primer lugar, e incluso no comprar *nada* de eso, era el mayor paso que podrían haber dado hacia la sostenibilidad, pero había perdido esa batalla, y así el árbol de plástico había encontrado su camino hasta sus brazos, junto con los kilos extra añadidos a su huella de carbono.

—Nunca se tiene suficiente, papá —respondió ella—. Mamá y yo solíamos tirar la casa por la ventana. Teníamos de todo con temática navideña: casas de jengibre, marcos de fotos, latas de chocolate. Cubríamos la casa con espumillón y pegábamos recortes de muñecos de nieve y renos en las ventanas. Incluso teníamos un Santa gigante afuera en el jardín, con nieve falsa por todo el césped.

*Sí, y tu madre probablemente tenía el dinero de la droga para pagarlo todo.*

En cambio, él no lo tenía. Tenía su mísero sueldo de sargento que se agotaba rápidamente; con la reciente mudanza, la alimentación de su hija, el pago de la ropa de la escuela y todos los demás gastos que conllevaba tener una hija de la que no sabías nada.

—Creo que ya tenemos suficiente por ahora… —le dijo mientras apartaba el carrito de la pared de decoraciones y se dirigía a la caja.

—Eres todo un Scrooge.

—Eso es injusto —respondió él, preguntándose si ella conocía toda la historia del cuento de Dickens—. Al menos *gasté* dinero. Esta es la mayor cantidad de adornos que he tenido en unos veinte años.

—Debiste haber sido un hombrecito muy triste —dijo ella. Si sabía el daño que esas palabras podrían haberle hecho a alguien más que a él, no lo demostró. No había una sonrisa irónica, ni un atisbo de sarcasmo. Afortunadamente para ella, él era curtido y había recibido cosas mucho peores en su vida, de niños mucho más pequeños.

Se detuvieron al final de la fila, que ya había crecido hasta una longitud ridícula en el corto tiempo transcurrido desde la última vez que había mirado.

—Estoy más que dispuesto a devolverlo todo si quieres.

Ella le puso una mano preocupada en el brazo. —No. Por favor, no. No podemos tener una Navidad sin árbol de Navidad ni adornos.

—Entonces sugiero que…

Había perdido la atención de Kasia. Algo la había distraído. Una planta de temática festiva, posiblemente. O un atizador de chimenea cubierto de espumillón. No lo sabía. Para él, todo parecía la misma porquería. Pero fuera lo que fuese, la había cautivado. Sin decir nada, se apresuró hacia una mesa, tomó algo y luego lo trajo triunfalmente, como un gato que acabara de traerle una rata a su dueño. Tomek bajó la vista y vio un plato de cerámica que había sido decorado con una ilustración chillona de Papá Noel bajando por una chimenea.

—¿Qué carajos es eso? —dijo, subiendo la voz unas cuantas octavas.

—¿No te parecen adorables?

—No. Son el tipo de cosas que terminas comprando y regalando a la caridad porque finalmente has entrado en razón y te has dado cuenta de lo estúpida que fue la decisión de comprarlas en primer lugar.

La expresión de perplejidad en su rostro le dijo que no tenía idea de lo que estaba hablando.

—De acuerdo —dijo—. Es un ejemplo específico, pero siguen siendo horribles. Y *no* los vamos a comprar.

—¡Pero *necesitamos* platos de Navidad!

—No. *Necesitamos* aire. *Necesitamos* comida. *Necesitamos* agua. No *necesitamos* esto. Además, solo los vamos a usar una vez al año.

—Exacto. Ocasiones especiales. Al menos se usarán. Y si se usan, no terminarán en una tienda de caridad como dijiste.

Tomek abrió la boca para responder, pero no pudo. Lo había atrapado. Usó sus propias palabras en su contra. No podía culparla por eso. Ni tampoco, al parecer, la mujer que estaba delante de ellos en la fila.

—Creo que tiene razón —dijo la mujer, metiéndose en su conversación privada—. La verdad es que se ven muy lindos. Y combinan con el resto de las cosas que ha comprado.

—Genial. Gracias por su opinión no solicitada.

Tomek se dio cuenta rápidamente de que no podía gritarle a esta perra entrometida delante de Kasia, así que en su lugar solo tendría que limitarse a sonrisas pasivo-agresivas y una expresión aún más agresivamente pasiva en su rostro.

—De nada —dijo ella con una sonrisa, y mientras volvía a lo que fuera que estuviera haciendo en la fila, le guiñó un ojo a Kasia.

—Vi eso… —le susurró Tomek a su hija.

—Entonces… ¿podemos? ¿Podemos comprarlos?

Tomek suspiró profundamente. Había perdido la batalla, una de muchas. Pero no perdería la guerra. En realidad, no. ¿A quién engañaba? Por supuesto que sí. Lo tenía comiendo de su mano y no iba a soltarlo.

Al menos, no en el corto plazo.

Poco después de pagar sus cosas, salieron de John Lewis y comenzaron a caminar de vuelta hacia el auto al otro lado de Chelmsford High Street. Afuera, el cielo se había tornado de un tono más oscuro de pizarra, y una ligera llovizna había comenzado a caer. Solo había estado en la zona para ir de compras unas pocas veces en el pasado, y todo era bastante nuevo para él. Pero Kasia sabía exactamente a dónde ir y qué hacer, a pesar de que nunca había estado allí antes. Era como si tuviera un sentido innato de la orientación que la dirigía hacia sus tiendas favoritas, como un sabueso capaz de olfatear el olor de H&M y Primark a casi un kilómetro de distancia.

Mientras caminaban hacia el auto, protegiéndose del frío, Tomek observó su entorno. Al ver a la mujer de mediana edad sola con bolsas de varias cadenas de tiendas, corriendo hacia la siguiente, se preguntó qué había adentro, en qué había gastado su dinero. Qué regalos no agradecerían sus familiares. Si eran las cosas correctas o no.

Eso le recordó algo a Tomek.

—¿Qué quieres para Navidad? —preguntó, dándose cuenta de repente de que tal vez lo había dejado para un poco tarde. Faltaban unas semanas… estaría bien, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Para Navidad. Regalos. Ya sabes… los que te dan en esta época del año… ¿Qué quieres?

Ella le ofreció un ceño fruncido y confundido, como si acabara de comer un dulce ácido y estuviera tratando de guardar las apariencias. —¿Quieres que, como, te dé una lista o algo?

—Idealmente, sí…

—Pero… Así no es… Así no es la Navidad.

—Sí, lo es. Me dices lo que quieres. Lo compro. Lo recibes. Eres feliz. Yo soy feliz. Todos ganan.

—¿Pero dónde está la diversión en eso? ¿Dónde está la sorpresa?

—Esto no es el Amigo Secreto, Kasia. Si hubiera querido darte un regalo de porquería que vas a tirar después de cinco minutos, te habría comprado más platos. Prefiero comprarte algo que quieras, en lugar de adivinar. No soy muy bueno adivinando. Necesito que me lo *digan*. Necesitas darme una lista.

Lo consideró por un momento, rascándose debajo del ojo.

—¿Qué tal unos AirPods? —preguntó mientras cruzaban un pequeño puente sobre el río Chelmer que atravesaba la ciudad.

—No. Definitivamente no. ¿Sabes lo caros que son? Y solo los vas a perder en la escuela. Piensa en otra cosa.

—Entonces no puedo pedir nada que yo quiera, ¿o sí?

—Nunca dije eso. Dije que me dieras una lista y que compraré lo que pueda de ella…

—Pero tampoco dijiste esa parte.

Lo había atrapado de nuevo. Usó sus propias palabras en su contra. Se estaba volviendo demasiado lista para su propio bien. Y tendría que pensar mucho en lo que decía cerca de ella en el futuro.

Llegaron al auto. Tomek dejó caer las bolsas y el árbol de Navidad en el suelo y le quitó el seguro al auto.

—Bueno, te lo digo ahora, dame la lista de cosas que quieres y compraré lo que pueda, y lo haré de manera que no sepas cuáles te compraré… *Ahí* está tu sorpresa.

Tan pronto como llegaron a casa, antes incluso de considerar algo como qué iban a cenar, Kasia insistió en que pasaran el resto de la

tarde poniendo el departamento patas arriba y transformándolo en una versión más barata y pequeña (pero no por ello menos cursi) de la Gruta de Papá Noel. Les tomó un total de dos horas. Y en ese tiempo lograron armar el árbol y equiparlo con todo el espumillón, esferas, luces y otros adornos innecesarios que había comprado. También habían colocado una corona, completa con bolas brillantes y hojas de plástico que se caían cada vez que Tomek respiraba, en la puerta principal del departamento. Tomek había insistido en no colocarla en la puerta de entrada exterior porque había dicho que era un imán para criminales y ladrones, señalando que había regalos caros y mucho dinero en alguna parte del departamento. Ninguna de las dos cosas era cierta para él en ese momento, pero no quería que nadie pensara que podía entrar en su casa cuando le diera la gana.

La tarea más grande y difícil que les había tocado mientras redecoraban el departamento fue hacer espacio para el mismísimo árbol de Navidad. El gigante de seis pies de alto, que Tomek pensaba que era más grande de lo que cualquier árbol de Navidad necesitaba ser, y ciertamente más grande de lo que *ellos* necesitaban que fuera, requería al menos cuatro metros cuadrados de espacio en una habitación que apenas era lo suficientemente grande para ambos (a pesar de que acababan de mudarse de una propiedad aún más pequeña), lo que significaba que había que mover todos los muebles. Cuando Tomek había comprado originalmente el departamento unas semanas antes, no había incluido una planta artificial en sus limitadas capacidades de diseño de interiores. Ahora, después de haber movido todo, la habitación se veía considerablemente más pequeña, y el feng shui del lugar estaba totalmente desequilibrado. No es que creyera en ese tipo de cosas, solo usaba las palabras para hacerla sentir culpable por tener que moverlo todo.

—Ahora me va a doler el cuello cuando esté viendo la tele —le dijo—. Y mi cuello no está hecho para ese tipo de ángulo.

—No creo que el de nadie…

—Y va a empeorar mi dolor de espalda.

—No lo tenías hace dos minutos.

Tomek la ignoró y en su lugar se masajeó la zona de la espalda baja donde había sentido un tirón al levantar el árbol para ponerlo en su sitio.

—¿Por qué estás tan Scroogey? —se quejó ella.

-No lo estoy. Lo siento. Solo estaba bromeando. Mi espalda estará bien. —Se la masajeó un poco más fuerte para aliviar el dolor —. ¿Estás contenta con él?

—Sí.

—Entonces yo también.

Para celebrar, Tomek pidió una pizza de su local de comida para llevar. Una de pepperoni para él, llena de sabor y deliciosas grasas saturadas. Y una aburrida cuatro quesos para ella, sin gluten, sin gracia y sin nada de diversión. Su pizzería habitual, la única que usaban, estaba familiarizada con las alergias a los frutos secos de Kasia, así que le preparaban la pizza sin alegría especialmente para ella. Con un sobrecosto, por supuesto. Lejos de todos los demás ingredientes que pudieran contener frutos secos, en la medida de lo posible.

Mientras se sentaban en la sala que ahora carecía de cualquier tipo de feng shui, Tomek encendió la televisión y sintonizó un documental de naturaleza. David Attenborough les estaba enseñando sobre los animales de la sabana africana. Leones, hienas y todo tipo de bestias merodeaban por el desierto, cazando, acechando y matando.

Hasta que la pantalla cambió a una imagen de una manada de dóciles búfalos, ocupándose de sus propios asuntos, pastando en la hierba y el barro junto a un oasis.

—¿Crees que podrías pelear contra una vaca? —preguntó Kasia, sorprendiéndolo. Él se volvió para mirarla. Había terminado su rebanada de pizza y lo miraba fijamente, con una expresión de seriedad en su rostro.

—Creo que vas a tener que preguntarme eso de nuevo. No creo haberte oído bien… —respondió, mientras dejaba lentamente su rebanada a medio comer de vuelta en el plato.

—Una vaca. ¿Crees que podrías pelear con una?

Resulta que la había oído perfectamente bien la primera vez.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno, cuando estuvimos en la granja el otro día en la excursión escolar, Billy Turpin se le plantó a una de las vacas y levantó los puños. La señorita Wells tuvo que llevárselo a la fuerza.

Tantas preguntas. Tantas cosas que quería decir, comentarios que quería hacer.

Había olvidado por completo que ella había ido a la granja para una de sus excursiones de geografía. Aunque sí recordaba haber visto la carta al respecto y pensar que ya estaban un poco grandes para ir a ver vacas, cabras y gallinas en la secundaria. Que era algo más adecuado para los de primaria. Evidentemente no. Y evidentemente, Billy Turpin no desentonaba allí.

—Billy Turpin suena como un idiota —respondió él.

Ella pareció visiblemente ofendida. —Él dice que podría pelear con una y noquearla.

Tomek sacudió la cabeza, tratando de entender la conversación. —Pelear con una vaca y noquearla son dos cosas diferentes. Cualquiera puede *pelear* con una vaca, pero eso no significa necesariamente que vaya a ganar. Y ciertamente no significa que la vaya a noquear.

—¿Pero *tú* podrías hacerlo?

—Nunca lo he pensado. Honestamente puedo decir que la idea nunca se me ha cruzado por la mente.

Y estaba preocupado porque, ahora que sí, no podría pensar en otra cosa que no fuera una vaca recibiendo un puñetazo suyo.

—¿Qué dijo la señorita Wells? —preguntó Tomek.

Kasia se encogió de hombros, como si de repente hubiera perdido el interés en la conversación. —Llamó estúpido a Billy.

—Bueno, en eso tiene razón. Billy suena como un imbécil. Aléjate de Billy.

Kasia guardó silencio, su mirada cayó a la alfombra justo delante del mueble de la televisión. Cruzó las piernas en el sofá y colocó ambas manos en el hueco entre estas.

—Bueno, en realidad… —comenzó, incapaz de mirarlo a los ojos. La vacilación teñía sus palabras—. Iba a preguntarte…

Uh-oh. Tomek podía sentir hacia dónde iba esto. La palabra con C. Chicos. En particular, *un* chico. Un solo chico que ella consideraba superior a los demás. Un chico que creía que podía pelear con una maldita vaca.

—¿Podría Billy venir una tarde después de la escuela? —dijo tímidamente. Una vez que las palabras salieron, su cuerpo se tensó aún más y se quedó congelada en el sofá—. Solo para ver un poco la tele o algo así…

O algo así. Tomek sabía exactamente qué era ese *algo*. Estaba sucediendo justo frente a él en la pantalla de la televisión. Dos bestias salvajes apareándose, el león macho montando y preparándose para inseminar a la leona.

*Solo para ver un poco la tele o algo así…*

Su imaginación se desbocó mientras la paranoia y la sobreprotección se apoderaban de él.

—Tendré que pensarlo… —dijo—. Pero no me entusiasma la idea de que ustedes dos estén solos en casa. No necesito hablarte de las abejitas y las florecitas, ¿o sí?

—¡Qué asco, papá! ¡No, qué asco! ¡Tengo trece años! Billy es solo un amigo. Es un chico… *amigo* —explicó, poniendo un énfasis extra en la palabra *amigo* para eliminar cualquier otra duda que él pudiera tener—. Además, ya sabemos todo eso por la escuela. Nos han estado enseñando eso durante años. Por favor, no me digas cómo se hacen los bebés.

—Si ustedes dos son solo amigos, entonces no deberías preocuparte de que te explique cómo funcionan ese tipo de cosas.

Ante eso, no tuvo respuesta. Y eso lo preocupó aún más.

—No quiero que Billy venga —le dijo—. Tus tardes ya están bastante ocupadas con tus clases de polaco y tu tarea. No quiero que te distraiga más de lo que probablemente ya lo hace en tus clases… o en la granja.

# OTROS LIBROS DE JACK PROBYN

***Serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:***

**Libro 1: Se Sirve Frío**

**Southend-on-Sea, Essex: el sargento detective Tomek Bowen** —resuelto, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es convocado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado de forma ritual y abandonado en una parcela cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que era un hombre con un pasado. Un pasado que le granjeó muchos enemigos.

***Descarga Se Sirve Frío***

**Libro 2: Dejado por Muerto**

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba afuera de su escuela y al conductor que iba dentro. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto un tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil de la isla de Canvey.

***Descarga Dejado por Muerto***

**Libro 3: El Contacto del Mal**

Cuando la niebla se disipa una mañana de diciembre en Essex, el cuerpo de una adolescente es descubierto boca abajo en un campo. Como resultado, el caso llega rápidamente al escritorio del sargento

detective Tomek Bowen quien, mientras intenta hacer malabares con su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desenterrar la mortífera secuencia de acontecimientos y sacar la verdad a la luz.

***Descarga El Contacto del Mal***

## Libro 4: Los Manos del Muerto

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex no se inmuta. Pero cuando la autopsia revela que la identidad corresponde a la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo empieza a prestar atención.

***Descarga Los Manos del Muerto***

# ALÉGRALE EL DÍA A UN AUTOR

Hemos llegado. El final.

Bueno, digo "nosotros"… me refiero a *ti*. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y seguir conmigo mientras conjuro estas historias tan descabelladas y bizarras en mi cabeza, para luego pasarlas al papel (o más bien, a archivos digitales).

Amazon está plagado de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber en qué libro sumergirte a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que, ¿qué haces?

Miras las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Un par de audífonos. Casi todo se rige por las opiniones de otras personas.

¿Una locura, no?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Es posible que lo evites. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es precioso. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie quiere. Y yo tampoco quiero eso para ti. A veces me preocupa que a esta historia le pase lo mismo. Pero hay una solución.

Una reseña ayuda muchísimo. Y me da la confianza para seguir creando los pensamientos alocados de mi cabeza; un día, para convertir este sueño en una carrera de tiempo completo.

Así que, para ayudar a nuevos lectores a descubrir los libros, y para que tú leas más de lo mismo, puedes dejar una reseña en los siguientes enlaces:

Amazon US

Amazon UK
Amazon CA
Amazon AU

Gracias.
Tu Amigo Autor,
Jack Probyn

# SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y el autor de la serie de *thrillers* policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está escribiendo una nueva serie de novelas de misterio ambientada en Essex, su ciudad natal.

¿No quieres suscribirte a otra lista de correo más? Entonces, puedes mantenerte al día sobre los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo una de las siguientes cuentas. Recibirás una notificación cuando saque un libro nuevo, sin la molestia de tener que unirte a mi lista de correo.

Página de autor de Amazon: "Seguir"

1. Haz clic en el enlace aquí: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir".
3. Haz clic ahí y Amazon te enviará un correo electrónico con los nuevos lanzamientos y promociones.

Página de autor de BookBub: "Seguir"

1. Similar a la de Amazon, haz clic en el enlace aquí: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Al lado de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir".
3. Haz clic ahí y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento.

Si quieres información más actualizada sobre los nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

Facebook: https://www.facebook.co.uk/jackprobynbooks

Facebook
X (Twitter)
Instagram

---